

GRAHAM GREENE

EL PODER Y LA GLORIA



A VIVIEN
con todo mi cariño

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

El señor Tench salió a buscar su tubo de éter; bajo el encenegedor sol mejicano, la tierra parecía calcinada. Algunos gavilanes lo miraron desde el techo, con mísera indiferencia: todavía no era carroña. Un débil impulso de rebelión agitó el pecho del señor Tench; arrancó con sus uñas rotas un terrón de la calle y lo arrojó sin fuerza hacia las aves. Una de éstas alzó el vuelo y se alejó aleteando sobre el pueblo: sobre la placita diminuta; sobre el busto de un ex presidente, ex general, ex ser humano; sobre los dos puestos de venta de gaseosas. Hacia el río y el mar. Allí no encontraría nada; los tiburones se encargaban de toda la carroña de esa zona. El señor Tench cruzó la plaza.

Dijo “Buenos días” a un hombre con un fusil, sentado a la sombra de una pared. Pero aquí no era como en Inglaterra: el hombre no le dijo nada; lo miró malévolamente, como repudiando al extranjero, al responsable de sus dos premolares de oro. El señor Tench pasó sudando frente a la Dirección de Impuestos (que había sido una iglesia), hacia el puerto. De pronto, a mitad del camino, se olvidó del motivo de su salida. ¿Un vaso de agua mineral? En este Estado, donde el alcohol estaba prohibido, no había otras bebidas, salvo la cerveza; pero como ésta constituía un monopolio oficial, resultaba demasiada cara, exceptuando ocasiones extraordinarias. Una horrible sensación de náusea revolvió el estómago del señor Tench; evidentemente, no era agua mineral lo que quería. Por supuesto, era el tubo de éter... El barco ya había atracado. Mientras descansaba en la cama, después del almuerzo, Tench había oído su estrepitosa sirena. Dejó atrás la peluquería, dos consultorios dentales, y por fin, pasando entre un depósito y la aduana, llegó a la orilla del río.

El río avanzaba perezosamente hacia el mar, entre plantaciones de bananas; el *General Obregón* estaba amarrado a la barranca. En ese momento descargaban cerveza; ya había sobre el muelle unos cien cajones. El señor Tench se quedó a la sombra de la Aduana, y pensó: “¿Para qué vine?”. El calor le secaba la memoria. Juntó la bilis de su boca; escupió desoladamente al sol. Luego se sentó sobre un cajón, y esperó. No había nada que hacer. Nadie iría a verlo antes de las cinco.

El *General Obregón* tendría unos veinticinco metros de

largo. Algunos trozos de baranda rota, un salvavidas, una campana que colgaba de una cuerda podrida, una lámpara de kerosene en la proa; tal vez resistiese dos o tres años más de Atlántico, si no tropezaba con alguna tormenta en el golfo. Esto, naturalmente, sería el fin del barco. En realidad, no importaba; todos los viajeros quedaban asegurados automáticamente, al comprar el pasaje. Media docena de pasajeros apoyados en la borda, entre los pavos maniatados, miraban hacia el puerto: la aduana, la calle vacía y calcinada, con sus peluquerías y sus consultorios dentales.

El señor Tench oyó detrás de él el crujido de una cartuchera, y volvió la cabeza. Un empleado de la aduana lo miraba enojado. Decía algo que Tench no lograba comprender.

-¿Cómo dice? -preguntó Tench.

-Mis dientes -farfulló confusamente el empleado de la aduana.

-¡Oh! -dijo Tench-, sí, sus dientes.

El individuo no tenía dientes, por eso no podía hablar claramente; Tench se los había sacado todos. Sintió una nueva náusea; algo andaba mal: lombrices, disentería...

-La dentadura está casi terminada... Para esta noche -prometió insensatamente.

Por supuesto, era imposible; pero así se vive, postergando todo. El hombre estaba conforme; quizá se olvidara; de todos modos, ¿qué podía hacer? Había pagado por adelantado. Ése era el mundo del señor Tench: el calor, el olvido, la postergación, y dentro de lo posible, cobrar por adelantado; ¿para qué? Miró el río perezoso: la aleta de un tiburón se desplazaba como un periscopio en la desembocadura. Al correr de los años, algunos barcos habían encallado, y ahora servían de defensas costeras, con sus chimeneas inclinadas como cañones que apuntaban hacia algún punto lejano, más allá de los bananos y de las marismas.

El señor Tench pensó: "El tubo de éter; casi me olvido." Entreabrió la boca y distraídamente se puso a contar las botellas de Cerveza Moctezuma. "Ciento cuarenta cajones. Doce veces ciento cuarenta". La espesa flema se le acumulaba en la boca. "Doce por cuatro son cuarenta y ocho."

Dijo en voz alta, en inglés:

-¡Mi Dios, qué belleza!

“Doce por cien, mil doscientos; mil seiscientos ochenta...”, escupió, contemplando con vago interés a una muchacha en la cubierta del *General Obregón*: una linda silueta delgada (por lo general, eran tan gruesas), ojos negros, por supuesto, y a pesar del brillo inevitable del diente de oro, fresca y joven... “Mil seiscientos ochenta botellas, a un peso la botella.”

Alguien le preguntó en inglés:

-¿Cómo decía?

El señor Tench giró sobre los talones.

-¿Usted es inglés? -dijo asombrado, pero al ver la cara redonda y demacrada, ensombrecida por una barba de tres días, alteró la pregunta: ¿Habla inglés?

-Sí -dijo el hombre-, hablo inglés.

Permanecía rígido en la sombra; era un hombre bajo, de traje raído y oscuro, con un pequeño portafolio. Bajo el brazo llevaba una novela, con una escena amorosa en la tapa, de colores chillones.

-Discúlpeme -dijo-. Creí que me hablaba.

Tenía ojos saltones; parecía poseído de una hilaridad inestable, como si hubiera estado celebrando algún cumpleaños... a solas.

El señor Tench escupió las flemas.

-¿Qué dije?

No recordaba nunca nada.

-Dijo: “¡Mi Dios, qué belleza!”

-¿Y a qué me habré referido?

Miró hacia el cielo implacable. Vio un gavián, insistente como un vigía.

-¿Qué habrá sido? ¡Ah, esa muchacha, supongo! Pocas veces se ve algo decente por aquí. Apenas una o dos por año, que valgan la pena.

-Es muy joven.

-Oh, no tengo mayores intenciones -dijo con aire cansado el señor Tench-. Uno puede mirar. Hace quince años que vivo solo.

-¿Aquí?

-En la región.

Se quedaron callados; el tiempo pasaba, la sombra de la aduana se desplazó unos centímetros más hacia el río; el gavilán se movió un poco, como la manecilla negra de un reloj.

-¿Vino en ese barco? -preguntó Tench.

-No.

-¿Se va en él?

El hombre pareció eludir la pregunta, pero luego, como si fuera indispensable alguna explicación, dijo:

-Miraba, solamente. Supongo que parte pronto, ¿no?

-Hacia Veracruz -dijo Tench-. Dentro de unas horas.

-Sin hacer escala en ninguna parte?

-¿Y dónde quiere que haga escala? -Después preguntó:-
¿Cómo llegó aquí?

Vagamente, el forastero dijo:

-En una canoa.

-Tiene alguna plantación.

-No.

-Es agradable oír hablar en inglés -dijo Tench-. ¿Lo aprendió en los Estados Unidos?

El hombre asintió. No era muy conversador.

-¡Ah, qué no daría por estar ahora allí! -dijo Tench-. Por casualidad -agregó en voz baja y ansiosa-, ¿no tendría alguna bebida en esa valijita? Algunas personas -he conocido una o dos- las llevan, por razones de salud.

-Sólo remedios -dijo el hombre.

-¿Usted es médico?

El desconocido miró astutamente, de reojo, al señor Tench; tenía los ojos inyectados de sangre.

-Usted, más bien, me llamaría un curandero, o un charlatán.

-Comprendo. Cada uno vive como puede -dijo Tench.

-¿Y usted se va en este barco?

-No, vine para... para... ¡oh, bueno!, de todos modos no tiene importancia.

Se llevó la mano al estómago, y dijo:

-¿No tendría algún remedio, para...? ¡Oh, diablos! No sé qué. Es este inmundo país. No podría curarme de eso. Nadie puede.

-¿Quiere volver a su país?

-Mi país -contestó Tench-, mi país por ahora es éste. ¿No vio a cuánto está el peso en la ciudad de Méjico? A cuatro pesos el dólar. Cuatro. ¡Dios mío! *Ora pro nobis*.

-¿Es usted católico?

-No, no. Es una simple exclamación. No creo en nada de eso. De todos modos, hace demasiado calor -agregó, sin mayor ilación.

-Me parece que tendré que buscar un lugar donde sentarme.

-Venga a mi casa -dijo Tench-. Tengo una hamaca de más. El barco no saldrá hasta dentro de algunas horas..., si tiene interés en verlo partir.

El desconocido dijo:

-Esperaba encontrarme con una persona. Un tal López.

-¡Oh, le metieron unos cuantos tiros en el cuerpo, hace unos días! -dijo Tench.

-¿Lo mataron?

-Usted sabe cómo son en este país. ¿Era amigo suyo?

-No, no -protestó precipitadamente el forastero-. Amigo de un amigo mío, nada más.

-Bueno, así es -dijo Tench.

Volvió a lanzar una escupida al sol abrumador.

-Dicen que ayudaba a ciertos..., bueno, llamémoslos indeseables... a escaparse. La muchacha ahora vive con el jefe de policía.

-¿La muchacha? ¿Se refiere a su hija?

-No estaba casado. Me refiero a la que vivía con él.

Tench se sintió momentáneamente sorprendido por la expresión del desconocido. Prosiguió:

-Usted sabe lo que son esas cosas -y dirigió la vista hacia el *General Obregón*-. Está bastante bien. Naturalmente, dentro de dos años será como todas. Gorda y estúpida. ¡Dios

mío, qué ganas de tomar algo! *Ora pro nobis.*

-Tengo un poco de aguardiente -dijo el desconocido.

Tench lo miró con interés.

-¿Dónde?

El hombre demacrado se llevó la mano a la cabeza; parecía señalar el origen de su extraña y nerviosa hilaridad. Tench le cogió la muñeca.

-Cuidado -dijo-. Aquí no.

Miró la sombra que alfombraba el suelo; un centinela con un rifle, sentado en un cajón vacío, dormitaba.

-Venga a mi casa -dijo Tench.

-Mi intención -dijo el hombre, sin mayor entusiasmo- era ver partir el barco.

-¡Oh, todavía faltan horas! -volvió a afirmar Tench.

-¿Horas? ¿Está seguro? Hace tanto calor, al sol.

-Sería mejor que viniera a mi casa.

“Mi casa”; con ese nombre designaba las cuatro paredes en cuyo interior dormía. Nunca había sido realmente un hogar. Atravesaron la placita calcinada, donde el general fallecido verdecía de humedad, entre los puestos de gaseosas y las palmeras. Era como una pila de tarjetas, bastaba barajarlas, para encontrarse con Nottingham, con una aldea natal en Metroland, con un interludio en Southend. También el padre del señor Tench había sido dentista. El primer recuerdo del hijo era un molde de yeso, tirado en un canasto de papeles; la boca áspera y desdentada, abierta, como un ejemplar de las excavaciones de Dorset-Neanderthal o Pitecantropo. Había sido su juguete favorito; la familia trataba de tentarlo con un Maccano, pero el destino fue más fuerte. Siempre existe un momento de la infancia en que uno abre una puerta y deja entrar el futuro. Ese húmedo y caluroso puerto fluvial, esos buitres, ya estaban en aquel canasto de papeles viejos; él los había sacado. Es una suerte que no podamos ver los horrores y las degradaciones que rodean nuestra infancia, en los armarios y en los estantes de las bibliotecas, en todas partes.

Las calles no estaban pavimentadas; en la época de las lluvias, la aldea (porque no era en realidad otra cosa) se deshacía en el barró. Pero ahora el suelo estaba duro como una piedra. Los dos hombres pasaron en silencio frente a las

peluquerías y los consultorios dentales; en los tejados, los gavilanes parecían satisfechos, como animales domésticos; se buscaban los piojos bajo las anchas y ásperas alas polvorientas.

El señor Tench dijo: “Disculpe”, y se detuvo ante una cabaña de madera, de un solo piso, con una galería al frente, de donde pendía una hamaca. La casa aventajaba un poco a las otras de la angosta calle, que se perdía en el pantano a unos ciento cincuenta metros de distancia. Nerviosamente, dijo:

-¿Quiere entrar un momento? No es por vanagloriarme, pero soy el mejor dentista del pueblo. La casa no es mala; para este lugar, por lo menos.

El orgullo temblaba en su voz, como una planta de raíces poco profundas.

Lo condujo hacia el interior, cerrando con cuidado la puerta; entraron en un comedor donde había dos mecedoras junto a una mesa desnuda; una lámpara de kerosene, algunos periódicos viejos, norteamericanos; un armario. El señor Tench dijo:

-En seguida traigo los vasos; pero antes quisiera mostrarle... usted es una persona educada...

El consultorio daba a un patio donde algunos pavos se paseaban con nerviosa y deslucida pompa: un torno de pedal, un sillón de dentista de felpa roja brillante, una vitrina con varios instrumentos amontonados y cubiertos de polvo. Había un par de pinzas en una taza, una lámpara de alcohol rota, en un rincón, y rollos de algodón en todos los estantes.

-Muy lindo -dijo el desconocido.

-No está mal, ¿no es cierto? -dijo Tench-, para este pueblo... No puede imaginarse las dificultades, lo que me ha costado. Ese torno -dijo con amargura- es hecho en el Japón. Hace apenas un mes me lo compré, y ya está medio descompuesto. Pero no puedo pagar lo que cuestan los tornos norteamericanos.

-La ventana -dijo el forastero- es muy hermosa.

Se veía un panel de vidrio pintado; a través del alambre tejido, una Virgen contemplaba los pavos del patio.

-Lo conseguí cuando saquearon la iglesia -dijo Tench-. No me parecía bien un consultorio dental sin un vitral. No es

bastante civilizado. En mi país..., en Inglaterra..., generalmente era el Caballero Sonriente, no sé por qué; o si no, la rosa de Tudor. Pero aquí uno no puede tener demasiadas pretensiones.

Abrió otra puerta y dijo:

-Mi laboratorio.

Lo primero que se veía era una cama, debajo de un mosquitero. El señor Tench agregó:

-Usted comprenderá, no dispongo de mucho lugar.

En un extremo de una mesa de carpintero, había una palangana y una jabonera; en el otro, un soplete, una bandeja con arena, tenacillas, y un hornillo.

-Hago el vaciado en arena -dijo el señor Tench-; en este lugar, no queda otro remedio -y levantó el molde de una mandíbula inferior-. No siempre salen muy exactos. Naturalmente, se quejan.

Volvió a dejarlo sobre la mesa, y señaló con la cabeza un objeto acordonado, que parecía un intestino, con dos vejiguillas de goma.

-Fisura congénita -dijo-. La primera vez que hago la prueba. El método Kingley. Quién sabe si podré; pero hay que tratar de estar al día.

Abrió la boca, y miró hacia el vacío; el calor de la salita era abrumador. Parecía un hombre perdido en una caverna, entre los fósiles y los instrumentos de una edad casi desconocida. El forastero dijo:

-Si pudiéramos sentarnos...

El señor Tench lo miró, sin verlo.

-Podríamos abrir la botella de aguardiente.

-¡Oh, sí, el aguardiente!

Tench sacó dos vasos de un armarito bajo la mesa, y limpió los restos de arena. Luego se sentaron en las dos mecedoras, en la habitación del frente. El señor Tench sirvió el aguardiente.

-¿Agua? -dijo el desconocido.

-Uno no puede fiarse de esta agua -dijo Tench-. Por culpa del agua estoy así.

Se llevó la mano al estómago, y bebió un largo sorbo.

-Usted tampoco parece estar muy bien de salud -dijo.

Lo miró con más atención:

-Sus dientes.

Le faltaba un canino, y los incisivos estaban cariados y amarillos de sarro.

-Tiene que cuidárselos un poco -dijo.

-¿Para qué? -contestó el desconocido.

En su vaso había apenas una gota de aguardiente; lo sostenía como un animal al que uno acoge, pero que inspira desconfianza. Con su cara demacrada y su descuido en el vestir parecía una persona sin importancia, vencida por la enfermedad o por la inquietud. Estaba sentado en el borde mismo de la mecedora, con el portafolio sobre las rodillas; difería el momento de tomar el aguardiente, demostrando un afecto culpable.

-Beba -le aconsejó Tench (el aguardiente no era suyo)-; le hará bien.

El traje oscuro del hombre, sus hombros caídos, le recordaban desagradablemente un ataúd; la muerte ya se había instalado en su boca. Tench se sirvió otro vaso. Dijo:

-A veces esto se pone solitario. Es una gran cosa poder hablar un poco en inglés, aun con un extranjero. ¿Le gustaría ver un retrato de mis chicos?

Sacó de la cartera una fotografía amarillenta, y se la tendió. En un jardincito interior dos criaturas se peleaban por una regadera.

-Naturalmente -dijo-, esa foto ya tiene dieciséis años.

-Ahora son mozos.

-Uno murió.

-Oh, bueno -dijo el otro amablemente-, por lo menos murió en un país cristiano.

Tomó un sorbo de aguardiente, y sonrió al señor Tench, un poco tontamente.

-Sí, creo que sí -dijo Tench sorprendido.

Escupió, y dijo:

-Por supuesto, a mi no me parece que tenga mucha importancia.

Calló; se le iban los pensamientos; se quedó con la boca abierta, gris y absorto, hasta que el dolor de estómago lo llamó a la realidad; se sirvió un poco más de aguardiente.

-A ver... ¿de qué hablábamos? Los chicos..., ¡oh, sí!, los chicos. Es curioso lo que uno recuerda. Recuerdo mejor esa regadera que a los chicos. Era verde; me costó tres chelines y once peniques; podría mostrarle la tienda donde la compré. Pero en cuanto a los chicos -y miró pensativamente dentro del vaso, hacia el pasado-, sólo recuerdo que lloraban.

-¿Recibe noticias de allá?

-¡Oh, ya antes de venir aquí había dejado de escribir! ¿Para qué? No podía mandar dinero. No me sorprendería que mi mujer se hubiera casado nuevamente. Su madre se alegraría; la vieja desgraciada... Nunca le gusté.

El desconocido dijo en voz baja:

-Es espantoso.

El señor Tench volvió a examinar, sorprendido, a su visitante. Parecía un negro signo de interrogación, dispuesto a irse, dispuesto a quedarse, en equilibrio sobre su silla. Con su barba gris de tres días, parecía un débil vagabundo; alguien a quien se puede ordenar cualquier cosa.

-Me refiero al mundo, a las cosas que ocurren -dijo.

-Mejor que beba su aguardiente.

Lo probó, como quien se permite un pecado. Dijo:

-¿Recuerda cómo era este lugar antes... antes de que vinieran los Camisas Rojas?

-¡Claro que sí!

-¡Qué feliz era esto en esa época!

-¿Sí? No me di cuenta.

-Por lo menos tenían... a Dios.

-Los dientes siguen como antes -dijo Tench.

Se sirvió un poco más del aguardiente ajeno.

-Siempre fue un lugar horrible. Solitario. ¡Dios mío! En mi país creerán que es un lugar romántico. Me dije: cinco años aquí, y después me voy. Había mucho trabajo... Dientes de oro. Pero después bajó el peso. Y ahora no puedo irme. Algún día podré. Me retiraré de la profesión. Me iré a Inglaterra. Viviré como un caballero. Esto -y señaló con un ademán el cuarto ruín

y desnudo-. Me olvidaré de todo esto. ¡Oh!, no me falta mucho, ahora. Soy optimista.

El desconocido dijo de pronto:

-¿Cuánto tardará en llegar a Veracruz?

-¿Quién?

-El barco.

El señor Tench dijo lúgubrementemente:

-Cuarenta horas, y estaríamos allá. “La Diligencia”. Un buen hotel. También hay lugares donde se baila. Una ciudad alegre.

-Parecería cerca -dijo el forastero-. ¿Y cuánto costaría el pasaje?

-Tendrá que preguntarle a López -dijo Tench-. Es el representante.

-Para López...

-¡Oh, sí, me olvidaba! Lo fusilaron.

Alguien llamó a la puerta. El desconocido metió el portafolio debajo de la mecedora, y el señor Tench se acercó cautelosamente a la ventana.

-Hay que tener muchísimo cuidado -dijo-. Todo dentista que se respete tiene enemigos.

Una débil voz les llegó, suplicante:

-Un amigo.

El señor Tench abrió. Inmediatamente entró el sol, como una barra al rojo blanco.

En el umbral había una criatura; venía en busca de un médico.

Bajo el gran sombrero, unos ojos negros los miraban atontados. Detrás de él, dos mulas resoplaban y piafaban en la calle caliente y endurecida. El señor Tench dijo que no era médico; era dentista. Miró en torno, y vio al forastero, agachado en su mecedora; parecía rezar, suplicarles... El niño dijo que había llegado un médico al pueblo; el que había antes tenía fiebre y no quería incomodarse. La enferma era la madre del niño.

Un vago recuerdo cruzó la mente de Tench. Como descubriendo algo, dijo:

-¡Ah!, pero usted es médico, ¿no es verdad?

-No, no. Tengo que alcanzar el barco.

-Creí que me había dicho...

-Cambié de idea.

-¡Oh, bueno! Todavía tardará unas horas en salir -dijo Tench-. Nunca salen a horario.

Preguntó al niño si era lejos. Seis leguas, fue la respuesta.

-Demasiado lejos -dijo Tench-. Vete. Busca otro médico.

Y observó al forastero:

-¡Cómo corre la voz! Ya todo el mundo sabe que usted llegó al pueblo.

-No podría ser útil en nada -dijo el forastero con ansiedad; parecía requerir la opinión de Tench, humildemente.

-Vete -dijo Tench.

El niño no se movió. Permaneció bajo la cruda luz solar, con infinita paciencia. Dijo que su madre se moría. Los ojos negros no expresaban ninguna emoción; enunciaba un hecho. Uno nacía, sus padres se morían; uno envejecía, luego se moría a su vez.

Pero el forastero se había levantado; muy a su pesar, lo habían emplazado; no podía eludir la intimación. Dijo tristemente:

-Siempre ocurre lo mismo.

-Le costará mucho alcanzar el barco.

-No lo alcanzaré -dijo-. Estoy destinado a no alcanzarlo.

Un dejo de rabia lo estremecía.

-Deme mi aguardiente.

Tomó un largo trago, con los ojos fijos en el niño impasible, la calle calcinada, los gavilanes que se movían en el cielo como manchas de indigestión.

-Pero si está muriéndose... -dijo Tench.

-Conozco a esta gente. Estará tan enferma como yo.

-Usted no puede serle útil en nada.

El niño los miraba, con indiferencia. La discusión, que se desarrollaba en un idioma desconocido, era para él algo

abstracto; no le importaba. Esperaría hasta que el médico se decidiera a acompañarlo.

-¿Qué sabe usted? -dijo con fiereza el forastero-. Eso es lo que dicen todos, constantemente; que no servimos para nada.

El aguardiente le había hecho efecto. Con monstruosa amargura, agregó:

-Me parece oírlos, oírles decir esas palabras sobre toda la faz del mundo.

-De todos modos -dijo Tench-, habrá otro barco. Dentro de una quincena. O de tres semanas. Tiene suerte. Puede irse. No tiene todo su capital aquí metido, como yo.

Pensaba en su capital: el torno japonés, el sillón de dentista, la lámpara de alcohol, las pinzas y el hornillo para las incrustaciones de oro; una estaca que lo clavaba al país.

-Vamos -dijo el hombre al niño.

Se volvió hacia Tench, y le dijo que le agradecía el descanso a la sombra. Tenía esa especie de dignidad venida a menos, a la que Tench estaba acostumbrado: la dignidad de esa gente que tenía miedo del dolor, y que sin embargo se sentaba con firmeza en el sillón. Tal vez no le gustara viajar en mula. Con un saludo más bien anticuado, el hombre le dijo:

-Rezaré por usted.

-Le agradezco la visita -dijo Tench.

El hombre montó la mula; lentamente emprendieron el camino, bajo el deslumbrante resplandor del sol, hacia las marismas, tierra adentro. De allí había emergido esa misma mañana el forastero, para echar una mirada al *General Obregón*; y ya se volvía.

Oscilaba levemente sobre la montura, efecto del aguardiente. Poco a poco, se convirtió en una silueta diminuta y desilusionada, lejana.

Había sido agradable hablar con un forastero, pensaba el señor Tench, mientras entraba nuevamente en su habitación, y cerraba la puerta con llave (más vale ser prudente...). Se encaró con la soledad, con el vacío. Pero estaba tan acostumbrado a ellos, como a su propia cara en el espejo. Se sentó en la mecedora y se balanceó, originando una débil brisa en el aire tórrido. Una angosta columna de hormigas atravesaba el cuarto, hacia la manchita que se había formado en el suelo al derramar

el forastero un poco de aguardiente; la lamían, luego seguían ordenadamente hacia la pared opuesta, y desaparecían. En el río, el *General Obregón* pitó dos veces. Tench se preguntó por qué pitaría.

El desconocido había olvidado el libro debajo de la mecedora: una mujer, vestida a la moda de 1910, sollozaba echada sobre una alfombra, abrazando los zapatos lustrados y puntiagudos de un hombre. Éste la miraba desdeñosamente, con un bigotito engomado. El libro se titulaba *La Eterna Mártir*. Después de un rato, Tench lo levantó. Al abrirlo, experimentó sorpresa; el texto impreso en el interior no concordaba con las tapas: era en latín. Tench se quedó pensativo; cogió el libro y se lo llevó a su laboratorio. Uno no puede quemar un libro, pero tal vez convenía esconderlo, en caso de duda; es decir, de duda en lo que se refería a su contenido. Lo metió dentro del hornillo para fundir oro. Luego se quedó junto a la mesa de carpintero, con la boca abierta; recordaba de pronto por qué había ido al puerto: el tubo de éter que debía traerle el *General Obregón*. Nuevamente se oyó la sirena y Tench salió corriendo al sol, sin sombrero. Acababa de asegurar que el barco no salía hasta la madrugada, pero uno no podía nunca confiar en que esa gente *no* se atuviera al horario; en efecto, cuando llegó a la orilla, entre la aduana y el depósito, el *General Obregón* ya se había alejado unos tres metros del atracadero; se lo llevaba el lento río, hacia el mar. Gritó con todas sus fuerzas, inútilmente; en el muelle no se veían rastros de ningún tubo. Volvió a gritar, y luego no se preocupó más. Después de todo, no importaba tanto; un poco de dolor adicional pasaría inadvertido, en medio de la inmensa incuria.

Una leve brisa comenzó a soplar en el *General Obregón*; a ambos lados se veían las plantaciones de bananas; algunas antenas de radio, y el puerto quedó atrás. Desde allí, nadie habría podido adivinar su existencia. El vasto Atlántico se abría ante el río; las grandes olas grises y cilíndricas alzaban la proa, y los pavos maniatados resbalaban sobre cubierta. El capitán estaba en el diminuto puente de mando, con un mondadientes en el pelo. La tierra se alejaba con un balanceo lento y uniforme; la oscuridad cayó de pronto, con un cielo de estrellas lúcidas y cercanas. A proa, encendieron una lámpara de kerosene; la muchacha que Tench había mirado desde la orilla comenzó a cantar suavemente; una canción melancólica, sentimental y resignada, sobre una rosa manchada por la sangre

del verdadero amor. Una enorme sensación de libertad y de aire cubría el golfo, mientras la baja costa tropical se hundía en la oscuridad tan profundamente como una momia en su tumba. “Soy feliz -se dijo la muchacha, sin saber por qué-, soy feliz.”

Muy lejos, hundidas en esa oscuridad, las mulas avanzaban laboriosamente. Hacía rato que el efecto del aguardiente se había disipado; en el cerebro del desconocido resonaba la sirena del *General Obregón*, mientras recorría el sendero pantanoso, que se volvería intransitable en cuanto empezaran las lluvias. Sabía lo que esa sirena significaba; el barco se había atenido al horario; lo habían abandonado. Sintió un odio involuntario hacia el niño que lo precedía, y hacia la enferma; era indigno de lo que llevaba consigo. Un olor a humedad lo envolvió; como si esa parte del mundo no hubiera terminado de secarse totalmente en el fuego, cuando se lo echó a rodar en el espacio; sólo había absorbido la humedad y las nubes de esas terribles regiones. Comenzó a rezar, sacudido por el paso irregular y resbaloso de la mula, con la lengua aguardentosa:

-Que me encuentren pronto, que me encuentren pronto.

Había intentado escapar, pero era como el rey de esa tribu del Africa Occidental, esclavo de su pueblo, que ni siquiera puede acostarse por temor de que cese el viento.

CAPÍTULO II

La patrulla de policía volvía al cuartel. Marchaban desordenadamente, con los rifles colgados de cualquier modo; donde hubo botones, sólo quedaban restos de hilo; la venda de una polaina caía sobre un tobillo; todos eran bajos, con esos ojos negros y misteriosos de los indios. La placita, situada en lo alto de la colina, se alumbraba mediante globos de luz eléctrica reunidos de tres en tres, enlazados entre sí por unos cables aéreos flojos. La Dirección de Impuestos, la Presidencia, el consultorio de un dentista, la cárcel; un edificio bajo, con peristilo, que tenía por lo menos trescientos años, y luego la calle empinada hacia el bajo; la pared de atrás de una iglesia en ruinas; en cualquier dirección que uno fuese, llegaba en última instancia al agua y al río. Las clásicas fachadas de color de rosa se descascaraban, mostrando el barro de abajo; lentamente el barro volvía a ser barro. En torno de la plaza proseguía el paseo vespertino; las mujeres en una dirección, los hombres en otra; algunos jóvenes de camisa roja pugnaban estrepitosamente en torno de los puestos de gaseosa.

El teniente marchaba al frente de sus hombres, con un aire de amargo desagrado. Como si lo hubieran encadenado a ellos, contra su voluntad; tal vez la cicatriz de su mandíbula fuera recuerdo de una fuga. Tenía las polainas y la funda de la pistola lustradas; y todos los botones en su lugar. Su nariz larga y ganchuda emergía en medio de una cara delgada de bailarín; en ese pueblo mísero su pulcritud producía una impresión de exagerada ambición. Desde el río subía un olor rancio hasta la plaza; los buitres se disponían a dormir en los tejados, bajo la tienda de sus alas negras y ásperas. A veces asomaba una cabecita estúpida, y miraba en torno; a veces una garra cambiaba de posición. A las nueve y media, exactamente, todas las luces de la plaza se apagaron.

Un policía presentó armas, torpemente, y la patrulla entró en el cuartel; sin esperar órdenes, colgaron sus rifles junto al cuarto de los oficiales, dirigiéndose lentamente a sus hamacas colgadas en el patio, y al excusado. Algunos se quitaron las botas, y se recostaron. En las paredes de barro, el revoque se descascaraba; una generación de policías había garrapateado mensajes en el encalado.

Algunos campesinos esperaban sentados en un banco, con

las manos entre las rodillas. Nadie les hacía el menor caso. Dos hombre reñían en la letrina.

-¿Dónde está el jefe? -preguntó el teniente.

Nadie lo sabía; suponían que estaría jugando al billar en alguna parte. El teniente se sentó con evidente irritación ante el escritorio del jefe; detrás de su cabeza, sobre el encalado, se entrelazaban dos corazones dibujados al lápiz.

-Muy bien -dijo-, ¿qué esperan? Traigan a los detenidos.

Uno tras otro, entraron inclinándose con el sombrero en la mano.

-Fulano de Tal. Ebriedad y desorden.

-Cinco pesos de multa.

-¡Pero Excelencia, no puedo pagar!

-Que lave la letrina y las celdas.

-Fulano de Tal. Arrancó un aviso electoral.

-Cinco pesos de multa.

-Fulano de Tal. Por llevar una medalla bajo la camisa.

-Cinco pesos de multa.

La tarea llegó a su fin; no había nada importante. Por la puerta abierta, los mosquitos entraban zumbando.

Se oyó que el centinela presentaba armas; era el jefe de policía. Éste entró sin mayores ceremonias; era un hombre gordo, de cara ancha y roja. Llevaba un traje blanco, un sombrero de grandes alas, una cartuchera y una enorme pistola que le golpeaba el muslo. Se cubría la boca con un pañuelo; parecía dolorido.

-Otra vez el dolor de muelas -dijo-, el dolor de muelas.

-Sin novedades -dijo el teniente con desprecio.

-El Gobernador volvió a incriminarme hoy -se quejó el jefe.

-¿Por las bebidas?

-No; por un cura.

-Hace varias semanas que fusilaron al último.

-Él dice que no.

-Lo malo del asunto -dijo el teniente- es que no tenemos ninguna fotografía.

Miró hacia la pared, hacia el retrato de James Calver, a quien buscaba la policía de los Estados Unidos por asalto a un banco y homicidio; una cara basta e irregular, de frente y de perfil; descripción del individuo, distribuida por todas las comisaría de Centroamérica; la frente estrecha, y los ojos fanáticamente fijos. Lo miró con nostalgia; el pobre tenía tan pocas esperanzas de llegar alguna vez al Sur; lo encontrarían seguramente en alguna taberna de la frontera, en Juárez, o Piedras Negras, o Nogales.

-Dice que tenemos una -se lamentó el jefe-. ¡Mis muelas, oh, mis muelas!

Trató de sacar algo del bolsillo trasero de su pantalón, pero la funda de la pistola se interponía. El teniente se palmeó con impaciencia la bota reluciente.

-Aquí está -dijo el jefe.

Se veía una cantidad de gente en torno de una mesa; jovencitas vestidas de muselina; mujeres de más edad, de pelo desordenado y expresión fatigada; algunos hombres se asomaban tímida y solícitamente en el fondo. Todas las caras estaban formadas por puntitos; era una fotografía de un periódico, tomada muchos años atrás en una fiesta de primera comunión; entre las mujeres aparecía sentado un hombre más bien joven, con cuello de eclesiástico. Uno podía imaginárselo, mimado, con toda suerte de delicadas atenciones, preservado para uso exclusivo de las mujeres en una atmósfera sofocante de intimidad y respeto. Allí estaba, regordete, de ojos saltones, rebosante de inofensivas bromas femeninas.

-Fue tomada hace varios años.

-Se parece a todos los otros -dijo el teniente.

La fotografía era oscura y manchada, pero se distinguía una mandíbula bien afeitada y empolvada, demasiado regordeta para su edad. Lo bueno de la vida le había sido deparado demasiado temprano: el respeto de sus contemporáneos, un medio seguro de subsistencia. La manida frase religiosa en la boca, la broma que facilita todo, la fácil aceptación del homenaje universal..., un hombre feliz. Un odio natural, como de perro a perro, se agitó en las entrañas del teniente.

-Ya lo hemos fusilado cien veces -dijo.

-El Gobernador recibió ciertos informes... La semana pasada trató de huir a Veracruz.

-¿Y qué hacen los Camisas Rojas? ¿Por qué recurre a nosotros?

-¡Oh, no lo encontraron, naturalmente! Fue una gran casualidad que no alcanzara el barco.

-¿Qué se sabe de él?

-Encontraron su mula. El Gobernador dice que lo quiere antes de fin de mes. Antes de las lluvias.

-¿Cuál era su parroquia?

-Concepción, y las aldeas vecinas. Pero hace años que se fue de allí.

-¿Se sabe algo más de él?

-Puede pasar por gringo. Estuvo seis años en un seminario norteamericano. No sé más nada. Nació en Carmen; su padre era tendero. Aunque eso no nos sirve de mucho.

-Para mí son todos iguales -dijo el teniente.

Una especie de horror se apoderó de él cuando miró los vestidos de muselina; recordó el olor a incienso en las iglesias de su infancia, los cirios, los encajes, el amor propio, las inmensas exigencias formuladas desde las gradas del altar por personas que no conocían el sentido del sacrificio. Los viejos aldeanos se arrodillaban ante las santas imágenes con los brazos en cruz; agotados por el largo día de labor en la plantación, conseguían arrancarse una mortificación más. Y el cura pasaba con el cepillo, sacándoles sus pocos centavos, reprochándoles sus pecadillos consoladores, no sacrificando en cambio absolutamente nada, excepto una mísera actividad sexual. Y eso era fácil, pensó el teniente. Él, por lo menos, no sentía la necesidad de las mujeres. Dijo:

-Ya lo agarraremos. Cuestión de tiempo.

-¡Mis muelas! -gimió nuevamente el jefe-. Me envenena la vida. Hoy mi puntaje más alto fue veinticinco.

-Tendrá que cambiar de dentista.

-Son todos iguales.

El teniente tomó la fotografía y la clavó en la pared. James Calver, asaltante de bancos y asesino, miraba con su agrio perfil la fiesta de primera comunión.

-Ése es un hombre, por lo menos -afirmó el teniente.

-¿Quién?

-El gringo.

El jefe dijo:

-Habrá oído hablar de lo que hizo en Houston. Se escapó con diez mil dólares. Mató a dos cendarmes.

-Gendarmes.

-Es un honor, en cierto sentido, tratar con esa gente.

Lanzó una furiosa palmada a un mosquito.

-Un hombre así -dijo el teniente- no hace realmente daño. Unos cuantos muertos. Todos tenemos que morir. El dinero... alguien tiene que gastarlo. Más bien hacemos cuando cogemos a uno de éstos.

De pie en el cuartito encalado, con sus botas lustradas y su veneno, poseía la dignidad de una idea. Había algo desinteresado en su ambición; una especie de virtud en su deseo de atrapar al respetado y meloso agasajado de la fiesta de primera comunión.

El jefe dijo lúgubremente:

-Debe de ser diabólicamente astuto, para seguir durante tantos años.

-Cualquiera podría -dijo el teniente-. En realidad, no nos hemos preocupado mucho por ellos, salvo cuando cometían la torpeza de ponerse entre nuestras manos. Es más, me comprometería a atrapar a este individuo antes de un mes, si...

-¿Si qué?

-Si tuviese autoridad suficiente.

-Eso es fácil de decir -replicó el jefe-. ¿Cómo haría?

-El Estado es pequeño. Montañas al Norte, el mar al Sur. Organizaría una batida como si se tratara de una sola calle, casa por casa.

-¡Oh, parece fácil! -gimió confusamente el jefe, con el pañuelo sobre la boca.

El teniente dijo de pronto:

-Ya sé lo que haría. Tomaría un rehén en cada aldea del Estado. Si los aldeanos no nos denuncian al individuo cuando éste aparece, matamos al rehén, y tomamos otro.

-Así mataríamos a unos cuantos, naturalmente.

-¿No le parece que valdría la pena? -dijo el teniente con

una especie de entusiasmo-. Librarse para siempre de esa gente.

-¿Sabe que no me parece mala idea? -Dijo el jefe.

El teniente se encaminaba hacia su casa, entre los postigos cerrados de la ciudad. Toda su vida estaba allí; en Sindicato de Obreros y Campesinos había sido en otros tiempos una escuela. Él había colaborado para borrar ese desdichado recuerdo. Toda la ciudad estaba cambiada; el campo de deportes, en lo alto de la colina, cerca del cementerio, donde se alzaban como patíbulos en la oscuridad unos columpios de hierro, había sido el emplazamiento de una catedral. Los nuevos niños tendrían nuevos recuerdos; nada volvería a ser lo que había sido. Había algo sacerdotal en su andar decidido y vigilante; parecía un teólogo que volvía sobre los errores del pasado para destruirlos nuevamente.

Llegó a su casa. Todas las viviendas era de un solo piso, encaladas, con un patio en el centro, un aljibe y algunas flores. Las ventanas que daban a la calle eran enrejadas. En el cuarto del teniente había una cama hecha de cajones viejos, con un colchón de paja encima, una almohada y una sábana. Sobre la pared, un retrato del Presidente, un calendario; sobre el piso de baldosas, una mesa y un sillón de hamaca. A la luz de la bujía parecía tan cómodo como una celda de convento o de cárcel.

El teniente se sentó sobre la cama, y empezó a quitarse las botas. Era la hora del ángelus. Los cascarudos negros estallaban contra las paredes, como petardos. Muchos se arrastraban sobre las baldosas, con las alas rotas. Le enfurecía que todavía hubiera gente en el Estado que creyera en un Dios amante y misericordioso. Hay místicos que dicen haber conocido directamente a Dios. Él también era un místico, y lo que había conocido era un vacío..., una certeza completa de la existencia de un mundo que se moría y se enfriaba, un mundo de seres humanos que descendían de los animales, sin objeto alguno. Él sabía.

Se acostó con la camisa y los *breeches* puestos, y apagó la vela. El calor permaneció en la habitación, como un enemigo. Pero él, contra el testimonio de sus sentidos, creía en los vacíos y helados espacios del éter. Una radio sonaba en alguna parte: música de la ciudad de Méjico tal vez, o aun de Londres o de Nueva York, que llegaba filtrándose hasta ese rincón oscuro y olvidado. Le parecía una debilidad; ésta era su propia tierra, y

él la habría amurallado de acero, si hubiera sido posible, hasta arrancar de ella todo cuanto le recordara lo que esa tierra había sido para un niño desdichado. Quería destruir todo; quedarse solo, sin ninguna clase de recuerdos. La vida había empezado cinco años atrás.

El teniente yacía de espaldas, con los ojos abiertos; los cascarudos rebotaban contra el techo. Recordaba al cura que los Camisas Rojas habían fusilado contra el muro del cementerio, en la colina; también era un hombre regordete, de ojos saltones. Era un monseñor, y creía que eso lo protegería; sentía una especie de desprecio por el bajo clero, y hasta el último momento insistió en su jerarquía. Sólo al final recordó sus oraciones. Se arrodilló, y le dieron tiempo para un breve acto de contrición. El teniente había presenciado la escena; no le concernía directamente. En total, habían fusilado unos cinco curas; dos o tres se habían escapado; el obispo estaba a salvo en la ciudad de Méjico, y uno se había sometido a la ley del Gobernador, que ordenaba el matrimonio a todos los curas. Ahora vivía cerca del río, con su ama de llaves. Ésa, por supuesto, era la mejor solución de todas: dejar un testimonio viviente de la debilidad de su fe. Demostraba la impostura que durante tantos años habían cometido. Ya que si realmente creían en el cielo o en el infierno, no se preocuparían por un poco de dolor físico, a cambio de quién sabe qué inmensidades... El teniente, acostado en su dura cama, en la oscuridad húmeda y calurosa, no sentía la menor simpatía hacia las debilidades de la carne.

En la habitación del fondo de la Academia Comercial, una mujer leía para su familia. Dos niñas de seis y diez años estaban sentadas en el borde de su cama, y un muchacho de catorce se apoyaba en la pared con una expresión de intenso aburrimiento.

“El joven Juan -leía la madre- se distinguió desde sus primeros años por su humildad y su fe. Otros niños eran brutales y vengativos; pero el joven Juan seguía el precepto de Nuestro Señor, y presentaba la otra mejilla. Un día su padre creyó que había dicho una mentira, y le pegó; más tarde supo que su hijo le había dicho la verdad, y se disculpó. Pero Juan le dijo: ‘Querido padre, así como nuestro Padre celestial tiene el derecho de castigarnos cuando le place...’ ”

El muchacho se frotó la cara, impaciente, contra el encalado; la suave voz proseguía, como un zumbido. Las dos niñas, con ojos intensos como cuentas negras, se abrevaban en dulce devoción.

“No tenemos que suponer que el joven Juan no reía y jugaba como los demás niños, aunque a veces se alejaba del círculo de sus alegres compañeros de juegos, para esconderse en el establo de su padre con algún libro de sagradas imágenes.”

El muchacho aplastó un escarabajo con el pie desnudo, y pensó lúgubrementemente que todo termina alguna vez..., algún día llegarían al último capítulo y el joven Juan moriría contra una pared, gritando: “¡Viva Cristo Rey!” Pero entonces aparecería otro libro; todos los meses llegaban de contrabando, de la ciudad de Méjico; si por lo menos los aduaneros supieran buscar...

“No, el joven Juan era un verdadero niño mejicano, y si parecía más pensativo que sus compañeros, también era el primero cuando se trataba de representaciones teatrales. Una vez su clase representó una obrita ante el obispo, basada en las persecuciones de los primeros cristianos, y nadie se divirtió más que Juan cuando lo eligieron para representar el papel de Nerón. Y qué espíritu cómico supo poner en su parte, este niño, cuya edad en flor sería cercenada por un gobernante mucho peor que Nerón. Su compañero de clase, que luego fue el Padre Miguel Cerra, S. J., escribe: ‘Ninguno de nosotros olvidará aquel día...’ ”

Una de las niñas se lamió los labios, disimuladamente. Esto sí era vida.

“ ‘ Se levantó el telón, y apareció Juan con la mejor túnica de baño de su madre, bigotes pintados con carbón, y una corona hecha con una lata de galletitas. Hasta el anciano y buen obispo sonrió cuando Juan se adelantó hasta el frente del personal escenario improvisado, y empezó a declamar...’ ”

El muchacho ahogó un bostezo contra la pared encalada. Dijo con fastidio:

-¿Es realmente un santo?

-Lo será un día de éstos, cuando lo decida el Santo Padre.

-¿Y son todos así?

-¿Quiénes?

-Los mártires.

-Sí. Todos.

-¿Hasta el Padre José?

-No lo nombres -dijo la madre-, ¿cómo te atreves? Ese hombre despreciable. Un traidor a Dios.

-Me dijo que era más mártir que los demás.

-Te dije mil veces que no hablaras con él, hijo querido, oh, mi querido hijito...

-¿Y el otro..., el que vino a vernos?

-No, ése no es... exactamente... como Juan.

-¿Es despreciable?

-No, no. No es despreciable.

La niña más pequeña dijo de pronto:

-Tenía un olor raro.

La madre siguió leyendo:

“¿Tuvo aquella noche el joven Juan algún presagio de que también él, dentro de breves años, se contaría entre los mártires? No sabemos, pero el Padre Miguel Cerra nos dijo que esa noche Juan se quedó más tiempo que de costumbre arrodillado, y cuando sus compañeros le tomaron cariñosamente el pelo, como es natural entre niños...”

La voz seguía y seguía, suave y decidida; inflexible y amable; las niñas escuchaban con atención, formando mentalmente sencillas frases piadosas con las que sorprenderían a sus padres, y el muchacho bostezaba contra el encalado. Todo termina algún día.

Poco después la madre entró en la habitación donde se encontraba su marido.

-¡Me preocupa tanto ese muchacho! -le dijo.

-¿Por qué no las chicas? Preocupaciones hay en todos lados.

-Son dos santitas. Pero el chico... me hace cada pregunta... sobre el cura borracho. Quisiera que no hubiera venido nunca a casa.

-Si no lo hubiéramos recibido, lo habrían fusilado, y entonces habría sido uno de nuestros mártires. Escribirían un libro sobre él, y tú se lo leerías a los niños.

-¿Ese individuo? Nunca.

-Bueno, después de todo -dijo su marido-, cumple con su deber. Yo no creo todo lo que escriben en esos libros. Todos somos humanos.

-¿Sabes lo que oí contar hoy? Una pobre mujer le llevó su hijo para que lo bautizara. Quería que lo llamara Pedro... pero estaba tan borracho que no se fijó en lo que le decían, y lo bautizó Carlota. ¡Carlota!

-Bueno, es el nombre de una santa muy famosa.

-Hay veces -dijo la madre- que pierdo la paciencia contigo. Y ahora el chico ha estado hablando con el padre José.

-Ésta es una ciudad pequeña -dijo el marido-. Y no hay que hacerse ilusiones. Nos han abandonado. Tenemos que seguir como podemos. En cuanto a la Iglesia... la Iglesia es el padre José y el cura borracho; no sé de otros. Si no nos gusta la Iglesia, pues tendremos que dejarla.

El hombre la observaba pacientemente. Era más educado que su mujer; sabía escribir a máquina, poseía elementos de contabilidad; había estado una vez en la ciudad de Méjico; podía descifrar un mapa. Sabía hasta qué punto estaban abandonados; las diez horas río abajo hasta el puerto, las cuarenta y dos horas en el Golfo de Veracruz; ése era uno de los caminos. Al Norte, las marismas y los ríos, que se perdían en las montañas que los separaban del Estado contiguo. Del otro lado, no había caminos; sólo sendas de mulas, y algún aeroplano de vez en cuando; aldeas indígenas y cabañas de pastoreo; a doscientas millas, el Pacífico.

La mujer dijo:

-Antes preferiría morirme.

-¡Oh -dijo el marido-, por supuesto! Eso ni se dice. Pero tenemos que seguir viviendo.

El anciano estaba sentado sobre un cajón, en el patiecito reseco. Era muy obeso, y le faltaba el aliento; jadeaba un poco, por el calor, como después de un gran esfuerzo. En un tiempo había sido un poco astrónomo; ahora trataba de distinguir las constelaciones, mirando el cielo. Sólo vestía camisa y pantalones; estaba descalzo, pero algo inconfundiblemente eclesiástico subsistía en sus modales. Cuarenta años de

sacerdocio lo habían marcado con su sello. En la ciudad reinaba un silencio completo; todos dormían.

Allá en los espacios, veía esos mundos deslumbrantes, como una promesa; este mundo no era el universo. Tal vez, en alguna parte, Cristo no había muerto.

No podía creer que para un observador allá situado este mundo brillara con tanto esplendor; lo más probable es que rodara pesadamente por el éter, envuelto en su neblina, como un barco en llamas, abandonado. El globo entero giraba hundido en su propio pecado.

Una mujer lo llamó desde la única habitación que poseían:

-¡José, José!

Se agachó al oírla, como un esclavo en las galeras; su miraba bajó del cielo, y las constelaciones huyeron hacia arriba; los cascarudos se arrastraban por el patio.

-¡José, José!

Pensó con envidia en los que habían muerto; todo terminaba tan pronto... Los llevaban al cementerio, y los fusilaban contra la pared; en dos minutos, la vida se extinguía. Y llamaban a eso martirio. Aquí, la vida seguía y seguía; sólo tenía sesenta y dos años. Tal vez viviera hasta los noventa. Veintiocho años... el período inconmensurable que mediaba entre su nacimiento y su primera parroquia; toda la infancia y la juventud y el seminario habían en ese lapso.

-¡José! ¡Vente a la cama!

Se estremeció; sabía que era un bufón. Un anciano que se casa es bastante grotesco, pero cuando además de viejo es cura... Se contempló desde afuera; se preguntó si merecía siquiera el infierno. Sólo era un viejo impotente, burlado y vituperado entre dos sábanas. Pero luego recordó el don que había recibido, y que nadie podía quitarle. Eso lo hacía digno de la condena eterna; el poder que aun conservaba de convertir la hostia en carne y sangre de Dios. Era un sacrílego. Dondequiera que fuera, hiciera lo que hiciera profanaba a Dios. Ciertamente católico renegado y loco, incitado por la política del Gobernador, había irrumpido una vez en una iglesia (cuando todavía había iglesias) y arrebatado la Hostia consagrada. La había escupido y pisoteado; luego la gente lo había arrastrado y colgado, como solían colgar del campanario al Judas, en Semana Santa. No era tan mal hombre, pensó el padre José;

sería perdonado; sólo era un político; pero él, era mucho peor; era como un dibujo obsceno colgado allí, día tras día, para corromper a los niños.

Eructó, estremeciéndose sobre su cajón mientras dejaba pasar los gases.

-José, ¿qué estás haciendo? Ven a la cama.

Ya no tenía nada que hacer; ni rezos diarios, ni misas, ni confesiones; era inútil seguir rezando, porque una oración implica una representación, y él no tenía ninguna intención de representar. Hacía dos años que vivía continuamente en pecado mortal, sin que nadie lo oyera en confesión; no tenía nada que hacer, salvo estar sentado y comer; comer excesivamente: su mujer lo alimentaba y lo engordaba, lo conservaba como a un cerdo premiado.

-¡José!

Empezó a hipar nerviosamente ante la idea de enfrentarse, como ya lo había hecho setecientas treinta y ocho veces, con su agria ama de llaves; con su mujer. Estaría tendida en la ancha y desvergonzada cama que llenaba la mitad del cuarto, una sombra huesuda bajo el mosquitero; una larga quijada, una corta trencita gris y una cofia ridícula. Se creía obligada a estar a la altura de las circunstancias; su marido era un pensionado del gobierno, y ella la esposa del único cura casado. Esto la enorgullecía.

-¡José!

-Ya... hip... voy, querida -dijo, y se levantó del cajón.

Alguien, en alguna parte, se rió.

Alzó los ojitos rosados, los ojos de un cerdo que sabe que va al matadero. La voz aguda de una criatura gritó:

-¡José!

Miró atónito hacia el patio. En una ventana enrejada, del otro lado, tres criaturas lo observaban con profunda gravedad. Les volvió la espalda, y dio uno o dos pasos hacia su puerta, moviéndose con suma lentitud a causa de su corpulencia.

-¡José! -chilló nuevamente alguien-. ¡José!

Volvió a mirar hacia atrás, y sorprendió una expresión de salvaje alegría en las caras de las criaturas; sus ojitos rosados no mostraban cólera; no tenía derecho de encolerizarse; su boca formó una sonrisa frustrada y mísera,

desintegrada. Como si esa señal de debilidad les concediera toda la licencia que requerían, las criaturas chillaron sin disimulo:

-¡José, José! Vente a la cama, José.

Sus vocecitas desvergonzadas llenaban el patio; el padre José sonrió humildemente, esbozando vagos ademanes de silencio; ya no quedaba ningún respeto para él, ni en su casa, ni en la ciudad, ni en todo este inmenso astro abandonado.

CAPÍTULO III

El capitán Fellows cantaba en voz alta; a proa, resoplaba el motorcito de la canoa. La cara ancha y tostada de Fellows parecía el mapa de una región montañosa; manchas de diversos matices de pardo, con dos laguitos azules, los ojos. Improvisaba la letra a medida que cantaba, con voz bastante desentornada.

-Vuelvo a casa, vuelvo a casa, que buena será la comidaaaaa. No me gusta la comida en esa ciudad aburridaaaaa.

Pasó del río principal a un afluente; sobre las orillas arenosas, se veían algunos caimanes.

-No me gustan vuestras caruchas, ¡oh truchas! No me gustan vuestras caruchas, ¡oh truchas!

Era feliz.

Los plantíos de bananas descendían hasta las orillas; la voz del hombre retumbaba bajo el sol canicular; esa voz, y el traqueteo del motor, eran los únicos ruidos que se oían. Estaba completamente solo. Una ola de alegría pueril lo envolvía; una tarea viril, en el corazón de la selva; no sentía ninguna responsabilidad ante nadie. Sólo en otro país se había sentido tan dichoso: en Francia, durante la guerra, en el paisaje devastado de las trincheras. El afluente serpenteaba y se internaba en ese exuberante Estado de marismas; un gavián se demoraba en el cielo, con las alas desplegadas. El capitán Fellows abrió una cajita de lata y comió un sandwich; la comida nunca sabe tan bien como al aire libre. Al pasar, un mono le lanzó unos chillidos; Fellows se sintió felizmente unido a la naturaleza; un vasto parentesco superficial con todo el mundo corría por su sangre; en todas partes se sentía como en su casa. "Pícaro diablito -pensó-, pícaro diablito." Empezó nuevamente a cantar; palabras que no eran suyas, un poco revueltas en su amable y deficiente memoria.

-Dadme la vida que anhele, que me sumerja en el río, bajo el gran cielo estrellado, volvió el cazador del mar.

Los plantíos raleaban; muy lejos, aparecieron las montañas, unas líneas gruesas y negras sobre el horizonte. Del barro surgieron algunos *bungalows*. Había llegado a casa. Una leve nubecita turbó su felicidad.

Pensó: “Después de todo, a uno le gusta que lo esperen.”

Se dirigió hacia su *bungalow*; se distinguía de los demás por su techo de tejas, un asta de bandera sin bandera, una chapa en la puerta con la inscripción: “Compañía Bananera Centroamericana”. En la galería estaban suspendidas dos hamacas, pero no se veía a nadie. El capitán Fellows sabía dónde encontraría a su mujer; no era a ella a quien esperaba encontrar. Entró ruidosamente por una puerta, y gritó:

-¡Papá está de vuelta!

Un rostro delgado y atemorizado lo escudriñó a través del mosquitero; las botas del hombre aplastaban contra el piso la tranquilidad de la casa; la señora Fellows se replegó dentro de su blanca tienda de tul.

-¿No te alegras de verme, Trix? -dijo él.

En el rostro de la mujer se esbozó rápidamente una atemorizada bienvenida. Era como una caricatura que se hace en un pizarrón. Dibujad un perro con un solo trazo, sin levantar la tiza, y el resultado será una salchicha.

-Me alegro de estar otra vez en casa -dijo el capitán Fellows, convencido.

Era su única convicción sólida: que realmente sentía las emociones propias del amor y la alegría, la pena y el odio. Siempre había sido un buen hombre.

-¿Todo anda bien en la oficina?

-Bien -dijo Fellows-, muy bien.

-Ayer tuve un poco de fiebre.

-¡Ah, necesitas cuidarte! Ahora que estoy en casa -dijo con cierta vaguedad-, te mejorarás.

Eludía alegremente el tema de la fiebre, palmoteando, riendo fuerte, mientras la mujer temblaba dentro de su mosquitero.

-¿Dónde está Coral?

-Está con el policía -dijo la señora Fellows.

-Pensé que me esperaba -dijo Fellows, paseándose sin objeto definido por el modesto cuartito, lleno de hormas de zapato, mientras su cerebro captaba lo que acababa de oír-. ¿El policía? ¿Qué policía?

-Llegó anoche, y Coral le permitió dormir en la galería.

Está buscando a alguien, parece.

-¡Qué extraordinario! ¿Aquí?

-No es un policía cualquiera. Es un oficial. Dejó a sus hombres en la aldea... dice Coral.

-Pienso que deberías levantarte -dijo él-. Quiero decir..., esos individuos, no se puede confiar en ellos.

Sin mayor convicción, agregó:

-Todavía es una criatura.

-Te dije que tenía fiebre -gimió la señora-. Me sentía espantosamente mal.

-Ya estarás mejor. No es más que una pequeña insolación. Ya verás... ahora que estoy en casa.

-Tenía tal dolor de cabeza que no podía leer ni coser. Y después ese hombre...

El terror la acechaba siempre desde atrás; la agotaba el esfuerzo de no volverse para no verlo.

Disfrazaba su temor, para poder hacerle frente; lo transformaba en fiebre, ratas, tedio. La verdad era tabú: la muerte que se acercaba año tras año en ese lugar desconocido; todos hacían las maletas y se iban, mientras ella permanecía en un cementerio que nadie visitaba, una inmensa tumba sobre la faz de la tierra.

-Supongo que tendré que ir a ver a ese hombre -dijo él.

Se sentó sobre la cama y le colocó una mano sobre el brazo.

Algo tenían en común; una especie de falta de iniciativa. El hombre dijo distraídamente:

-Ese morocho, el secretario del patrón, se fue.

-¿Adónde?

-Al otro mundo.

Sintió que el brazo de la mujer se endurecía. La señora Fellows se alejó de su marido, hacia la pared. Había tocado el tabú. El vínculo, se había roto, no sabía por qué.

-¿Te duele la cabeza, querida?

-¿No sería mejor que fueras a ver a ese hombre?

-¡Oh, sí, sí! Ya voy.

Pero no se movió; fue la hija quien vino a buscarlo.

Se quedó mirándolos desde el vano de la puerta, con un aire de inmensa responsabilidad. Ante su mirada tan seria, se convertía en un niño en quien no se podía confiar, y en un fantasma que casi se podía alejar con un soplo; un fragmento de aire asustado.

Era muy joven, tenía más o menos trece años, y a esa edad uno no tiene miedo de muchas cosas, de la edad y de la muerte, de todo lo que puede ocurrir, mordeduras de víboras y fiebres y ratas y mal aliento. La vida todavía no la había atacado; tenía un aire falso de inexpugnabilidad. Pero ya se había visto reducida, en realidad, a la mínima expresión; todo era en ella lo más endeble posible. Eso era lo que el sol hacía con una criatura; la reducía a un esquema. La pulsera de oro en su muñeca huesuda parecía un candado en una puerta de lona, que se rompe con un puño.

-Ya le dije al policía que había llegado -informó.

-¡Oh, sí, sí! -dijo Fellows-. ¿No das un beso a tu padre?

Atravesó solemnemente la habitación, y lo besó como una formalidad; en la frente. Coral tenía otras cosas en que pensar. Dijo:

-Avisé a la cocinera que mamá no se levantaría para comer.

-Opino que deberías hacer un esfuerzo, querida -dijo Fellows.

-¿Por qué? -dijo la niña.

-Oh, bueno...

-Quiero hablar a solas contigo -dijo Coral.

La señora Fellows se movió en el interior de su mosquitero; estaba segura de que con esa misma seriedad, su hija se encargaría de solucionarlo todo. El sentido común era una cualidad horrible que ella no había poseído jamás; era el sentido común quien decía: "Los muertos no oyen", o "Ahora no puede enterarse", o "Las flores artificiales son más prácticas".

-No comprendo -dijo inquieto el capitán Fellows- por qué no puede oír tu madre.

-No vendría. Sólo conseguiría asustarla.

Coral (y él ya estaba acostumbrado) tenía respuesta para

todo. No hablaba nunca sin reflexionar; estaba preparada; pero a veces esas respuestas le parecían a su padre de un salvajismo... Se basaban en la única vida que ella podía recordar: ésta. Las marismas y los buitres, y ninguna criatura en ninguna parte, excepto unas cuantas en la aldea, con los vientres hinchados por las lombrices, y que comían tierra en la orilla del río, inhumanamente. Se dice que los hijos unen a los padres; en verdad, él sentía, como su mujer, un inmenso deseo de no confiarse a esta criatura. Sus respuestas podían arrastrarlo quién sabe adónde. A través del tul, buscó la mano de su mujer... secretamente. Los dos eran adultos. La niña era la intrusa en su casa. Dijo ruidosamente:

-¡Quieres asustarnos!

-No creo -dijo la niña, con cuidado- que tú te asustes.

-Bueno, mi querida -dijo él débilmente, apretando la mano de su mujer-, nuestra hija parece haber decidido...

-Antes tienes que ver al policía. Quiero que se vaya. No me gusta.

-Entonces debe irse, naturalmente -dijo Fellows, con una risa hueca e insegura.

-Ya se lo dije. Le dije que no podíamos negarle una hamaca para que pasara la noche, habiendo llegado tan tarde. Pero ahora debe irse.

-¿Y te desobedeció?

-Dijo que quería hablar contigo.

-No se imaginaba -dijo Fellows-, no se imaginaba...

La ironía era su única defensa, pero nadie la comprendía; no comprendían nada que no fuera claro, como un alfabeto o una cuenta simple o una fecha histórica. Abandonó la mano de su mujer, y se dejó conducir desganadamente hacia el sol vespertino. El oficial de policía estaba frente a la galería; una silueta inmóvil, color aceituna; no se dignó mover un pie para acercarse al capitán Fellows.

-¿Y bien, teniente? -dijo Fellows con jovialidad.

Pensó de pronto que Coral tenía más puntos de contacto con el oficial que con él.

-Estoy buscando a un hombre -dijo el teniente-. Se lo ha visto en esta zona.

-No puede estar aquí.

-Lo mismo me dice su hija.

-Ella sabe.

-Se lo acusa de delitos muy serios.

-¿Asesinato?

-No. Traición.

-¡Oh, traición! -dijo Fellows, perdiendo todo interés, ya que parecía haber tanta traición en todas partes; era como los hurtos en los cuarteles.

-Es un cura. Espero que nos informe inmediatamente si alguien lo ve por aquí. Usted es un extranjero -agregó después de una pausa- que vive bajo la protección de nuestras leyes. Esperamos que sepa corresponder como se debe a nuestra hospitalidad. ¿Usted no es católico?

-No.

-Entonces, ¿puedo confiar en que nos pondrá al corriente de cualquier novedad?

-Supongo que sí.

El teniente parecía un pequeño, oscuro y amenazante signo de interrogación bajo el sol; su actitud parecía indicar que de un extranjero ni siquiera podía aceptar el beneficio de la sombra. Pero había utilizado la hamaca. "Seguramente -pensó Fellows-, lo ha considerado una requisición."

-¿Quiere un vaso de gaseosa?

-No. No, gracias.

-Bueno -dijo el capitán Fellows-, no puedo ofrecerle nada más, ¿no es verdad? Beber alcohol es traición.

El teniente giró de pronto sobre los talones, como si no pudiera soportar un instante más su presencia, y se alejó a grandes pasos por el sendero de la aldea; las polainas y la funda de la pistola relucían al sol. Después de un trecho, se detuvo y escupió; no había querido parecer descortés, había esperado hasta suponer que ya no lo observaban, para deshacerse de su odio y su desprecio hacia ese estilo de vida tan distinto, hacia la comodidad, la seguridad, la tolerancia, la satisfacción consigo mismo.

-No quisiera ser su enemigo -dijo el capitán Fellows.

-Por supuesto, desconfía de nosotros.

-No confían en nadie.

-Creo -dijo Coral- que olió algo.

-En todas partes huelen algo.

-Porque no le permití que revisara la casa.

-¿Por qué no? -dijo Fellows, y luego su mente imprecisa se fue por una tangente-. ¿Cómo hiciste para impedírselo?

-Le dije que le soltaría los perros, y que me quejaría al cónsul. No tenía ningún derecho...

-¡Oh, derechos! -dijo el capitán Fellows-. El derecho lo llevan al cinto. Dejándolo mirar, no hacías mal a nadie.

-Le di mi palabra.

Era tan inflexible como el teniente; pequeña, oscura y fuera de lugar entre los bananos. Su candor no hacía concesiones a nadie; el futuro, lleno de compromisos, ansiedades y vergüenza, estaba afuera; todavía seguía cerrada la puerta que algún día los dejaría entrar. Pero en cualquier momento una palabra, un ademán, el acto más trivial podía ser el sésamo... ¿para qué? El capitán Fellows se sintió atemorizado; tenía conciencia de un amor exagerado, que menoscababa su autoridad. No se puede dominar lo que se ama; uno lo ve dirigirse temerariamente hacia el puente roto, el riel cortado, el horror de los setenta años futuros. Cerró los ojos; era un hombre feliz, y tarareó una melodía.

Coral dijo:

-No me hubiera gustado que un hombre como ése me descubriera... mintiendo, quiero decir.

-¿Mintiendo? ¡Dios mío! -exclamó el capitán Fellows-, ¿no querrás decir que está aquí?

-Naturalmente, está aquí -dijo Coral.

-¿Dónde?

-En el granero grande -explicó amablemente-. No podíamos permitir que lo apresaran.

-¿Tu madre sabe?

-¡Oh, no! -dijo con aniquiladora honestidad-; no podía confiar en *ella*.

Era independiente de ambos; ellos correspondían al pasado. Dentro de cuarenta años, estarían tan muertos como los faraones de Egipto.

-Muéstramelo -dijo Fellows.

La siguió con paso lento; la felicidad se le escurría más rápida y más completamente que a un desdichado; un infeliz está siempre preparado. Frente a él, las dos míseras trencitas descoloridas al sol, le hicieron pensar por primera vez que su hija había llegado a la edad en que las muchachas mejicanas empiezan a tener relaciones con los hombres. ¿Qué ocurriría? Eludía esos problemas que no se había atrevido nunca a encarar. Al pasar junto a la ventana del dormitorio, divisó una silueta delgada, encogida, huesuda y solitaria bajo el mosquitero. Recordó con nostalgia su felicidad de un rato antes. Si no se hubiera casado nunca... Gimió como un niño a la espalda inmadura y despiadada:

-No tenemos por qué meternos en política.

-Esto no es política -dijo ella amablemente- sé lo que es política. Mamá y yo estamos estudiando la *Reform Bill*.

Sacó una llave del bolsillo, y abrió el candado del granero grande, donde guardaban las bananas antes de mandarlas al puerto. A causa de la luz exterior, adentro parecía más oscuro; en un rincón se oyó un ruido. El capitán Fellows encendió una linterna eléctrica y la dirigió hacia un hombre de traje oscuro y desgarrado; un hombre bajo que parpadeaba, con la barba crecida.

-¿Quién es usted? -dijo el capitán Fellows, en español.

-Sé hablar en inglés -contestó el otro.

Se aferraba a un pequeño portafolio, como quien espera un tren que de ningún modo puede perder.

-Aquí no tiene nada que hacer.

-No -dijo el hombre-, no.

-Esto no es asunto que nos concierna -dijo Fellows-. Somos extranjeros.

-Por supuesto -contestó el intruso-, me iré.

Se quedó con la cabeza ligeramente agachada, como un soldado que espera la orden de un oficial. El capitán Fellows se aplacó un poco. Dijo:

-Mejor que espere a que oscurezca. No conviene que lo descubran.

-No.

-¿Tiene hambre?

-Un poco. No importa.

Con humildad más bien repulsiva, agregó:

-Si pudiera hacerme un favor...

-¿Qué?

-Un poco de aguardiente.

-Bastante falto a la ley por culpa suya -dijo el capitán.

Salió rápidamente del granero, sintiéndose dos veces más alto, al lado de esa silueta baja y agobiada que se quedaba en la oscuridad, entre las bananas. Coral cerró el candado, y lo siguió.

-¡Qué religión! -dijo Fellows-. Suplicando un poco de aguardiente. ¡Qué vergüenza!

-Pero tú a veces tomas.

-Mi querida -dijo Fellows-, cuando seas mayor comprenderás la diferencia que existe entre beber un poco de aguardiente después de las comidas, y... bueno, necesitarlo.

-¿No puedo llevarle un poco de cerveza?

-Tú no le llevarás nada.

-No conviene confiar en los criados.

Se sintió impotente y furioso; dijo:

-Ya ves en qué atolladero nos ha metido.

Se alejó torpemente hacia la casa, y entró en el dormitorio, inquieto, comenzó a pasearse entre las hormas de zapatos. La señora Fellows dormía, intranquila, soñando con casamientos. De pronto dijo algo en voz alta, referente a la cola de su traje de novia. Fellows, al oír la palabra "*train*", creyó que hablaba de un tren.

-¿Qué pasa? -dijo con petulancia-, ¿qué pasa?

La noche cayó como un telón; un momento antes brillaba el sol, y de pronto había desaparecido. La señora Fellows se despertó, para encontrarse con otra noche.

-¿Hablabas, querido?

-Eras tú -dijo él-. Hablabas de un tren.

-Estaría soñando.

-Pasarán años antes de que haya trenes aquí -dijo Fellows, con sombría satisfacción.

Se acercó y se sentó sobre la cama, esquivando la ventana; lejos de la vista, lejos de la mente. Los grillos empezaban a cantar, y detrás de la tela metálica las luciérnagas se movían como bombillas eléctricas. Colocó su cordial y pesada mano, su mano que anhelaba consuelo, sobre la forma que yacía entre las sábanas, y dijo:

-No es tan mala esta vida, Trixy. ¿No te parece? ¿No es verdad que no es tan mala?

Sintió nuevamente que el cuerpo se endurecía; la palabra “vida” era tabú; hacía recordar la muerte. La mujer volvió la cara hacia la pared; luego, sin esperanzas, lo miró nuevamente. También la pared le recordaba el ataúd. Se sintió presa del pánico; las fronteras de su temor se distendían cada vez más hasta incluir toda relación humana y el mundo entero en los objetos inanimados; era como una infección. No podía mirar nada fijamente sin descubrir que también eso albergaba el germen..., hasta las sábanas, que parecían mortajas. Rechazó la sábana, y dijo:

-¡Hace tanto calor, tanto calor!

El hombre generalmente feliz y la mujer siempre desdichada contemplaron con desconfianza, desde la cama, cómo se espesaba la noche. Eran compañeros que estaban aislados de todo el mundo; fuera de sus dos corazones, nada tenía significado; como dos criaturas, se sentían arrastrados a través de los inmensos espacios, sin imaginarse siquiera su destino. Fellows comenzó a tararear con desesperada animación una melodía de sus años de guerra; no quería oír esos pasos de afuera, que se dirigían hacia el granero.

Coral dejó en el suelo las patas de pollo y las tortillas, y abrió el candado. Traía bajo el brazo una botella de cerveza Moctezuma. Se oyó el mismo rebullir de antes en la oscuridad; el ruido de un hombre asustado. La muchacha dijo:

-Soy yo -para tranquilizarlo, pero no encendió la linterna-. Aquí tiene una botella de cerveza, y algo de comida.

-Gracias. Gracias.

-La policía se fue de la aldea... hacia el Sur. Le conviene ir hacia el Norte.

El hombre no contestó nada.

Coral le preguntó, con la intensa curiosidad de una criatura:

-¿Qué le harían si lo descubrieran?

-Me fusilarían.

-Estará muy asustado -dijo la niña con interés.

El hombre se dirigió a tientas hacia la puerta; contempló la pálida luz de las estrellas. Respondió:

-Estoy asustado -y tropezó con un racimo de bananas.

-¿No puede huir de aquí?

-Lo intenté. Hace un mes. El barco se iba, y de pronto... me llamaron.

-¿Alguien lo necesitaba?

-No me necesitaba -dijo él con amargura.

Coral ahora podía adivinar su cara, mientras el globo terrestre flotaba entre las estrellas; era lo que su padre había llamado una cara poco digna de confianza. El hombre dijo:

-Ya ve que indigno soy... al hablar de ese modo.

-¿Indigno de qué?

Apretó contra su cuerpo el portafolio, y continuó:

-¿Podría decirme en qué mes estamos? ¿En febrero, todavía?

-No. Hoy es siete de marzo.

-Raras veces encuentro gente que sepa la fecha en que está. Eso significa un mes más... seis semanas... antes de que empiecen las lluvias. Cuando lleguen las lluvias estaré casi a salvo. Porque la policía no puede moverse.

-¿Las lluvias le convienen? -preguntó Coral.

Tenía un intenso deseo de aprender. La *Reform Bill*, y Senlac, y un poco de francés, eran en su cerebro como un tesoro encontrado en el desierto. Esperaba que le contestaran todas las preguntas, y absorbía con avidez las respuestas.

-¡Oh, no, no! Sólo significan seis meses más de esta vida.

Desgarró con los dientes la presa de pollo. Coral sentía su aliento; era desagradable, como algo que ha estado demasiado tiempo al sol. El hombre dijo:

-Preferiría que me atraparan.

-Pero entonces -dijo ella lógicamente- ¿por qué no se entrega?

Él tenía respuestas tan claras y comprensibles como las preguntas de la muchacha. Dijo:

-Porque temo al dolor. Es imposible entregarse así al dolor. Y además, es mi deber no dejarme atrapar. Porque mi obispo se ha ido.

Con curiosa pedantería dijo:

-Ésta es mi parroquia.

Encontró una tortilla y se puso a comer vorazmente.

Coral dijo con solemnidad:

-Es un problema.

Se oyó el gorgoteo de la botella. Después de beber, el hombre comentó:

-Procuro recordar lo feliz que era en otros tiempos.

Una luciérnaga le iluminó la cara, como una linterna, y luego se alejó; era la cara de un vagabundo; ¿qué podía haberlo hecho tan feliz?

-En la ciudad de Méjico estarán dando la bendición. Mi obispo está allá... ¿Usted cree que él piensa alguna vez...? Ni siquiera saben que estoy vivo.

-¡Por supuesto! Usted podría... renunciar.

-No comprendo.

-Renunciar a su fe -dijo ella, empleando las palabras de su texto de *Historia de Europa*.

-Es imposible. No hay manera. Soy sacerdote. No está en mi poder.

La niña escuchaba atentamente.

-Como una marca de nacimiento -dijo.

Lo oía chupar desesperadamente la botella. Agregó:

-Creo que sé dónde está el aguardiente de mi padre.

-¡Oh, no, no hay que robar!

Terminó la cerveza; un largo silbido vidrioso en la oscuridad; seguramente había bebido hasta la última gota. Dijo:

-Debo irme. Inmediatamente.

-Puede volver cuando quiera.

-A su padre no le gustaría.

-No necesita enterarse -dijo ella-. Yo puedo atenderlo. Mi habitación queda justamente frente a esta puerta. Usted sólo tendría que golpearme la ventana. Tal vez -prosiguió con serenidad-, sería mejor comunicarnos mediante una clave. Porque podría golpear otra persona.

El hombre dijo con voz horrorizada.

-¿Un hombre?

-Sí. Uno nunca sabe. Otro fugitivo de la justicia.

-Pero -preguntó él, atónito-, ¿le parece muy probable?

Coral contestó con soltura:

-A veces sucede.

-¿Ocurrió alguna vez, anteriormente?

-No, pero supongo que puede ocurrir. Prefiero estar preparada. Tiene que golpear tres veces. Dos golpes largos y uno corto.

El hombre se rió de pronto, como un niño:

-¿Cómo es un golpe largo?

-Así.

-¡Ah!, ¿usted quiere decir un golpe más fuerte?

-Los llamo golpes largos según el sistema Morse.

El hombre estaba totalmente desconcertado.

-Usted es muy buena. ¿Rezaré por mí?

-¡Oh! -contestó ella-, no creo en esas cosas.

-¿En las oraciones?

-No, no creo en Dios. Perdí la fe cuando tenía diez años.

-¡Dios mío! -dijo él-. Entonces yo rezaré por usted.

-Si quiere -dijo ella, condescendiente-. Si vuelve le enseñaré el alfabeto Morse. Le será útil.

-¿Para qué?

-Si usted estuviera escondido en la plantación, yo podría comunicarle mediante un espejo los movimientos del enemigo.

El hombre escuchaba con seriedad.

-Pero, ¿no la verían?

-¡Oh, ya inventaría una explicación!

Adelantaba lógicamente, paso por paso, eliminando toda objeción.

-Adiós, hija mía -dijo el hombre.

Se detuvo en la puerta.

-Ya que no le interesan las oraciones, tal vez le interesen... Sé hacer pruebas de magia.

-Esas pruebas me gustan.

-Se hacen con naipes. ¿No tiene una baraja?

-No.

El hombre suspiró.

-Entonces, no hay caso -y rió. Coral recibió su aliento a cerveza-; tendré que limitarme a rezar por usted.

Ella dijo:

-No parece asustado.

-Un traguito obra maravillas en un cobarde. Con un poco de coñac, desafiara a... al mismo diablo.

Tropezó en el umbral.

-Adiós -dijo la niña-. Espero que se salve.

Un débil suspiro surgió de la oscuridad; Coral agregó amablemente:

-Si lo matan, no los perdonaré nunca, nunca.

Estaba dispuesta a aceptar cualquier responsabilidad, aun la venganza, sin pensarlo dos veces. Era su vida.

En un claro se alzaban media docena de cabañas de barro y paja; dos estaban en ruinas. Unos cuantos cerdos hozaban en torno; una vieja llevaba de cabaña en cabaña un ascua candente encendiendo un fueguito en el centro de cada una, para llenarla de humo y alejar los mosquitos. Las mujeres vivían en dos de las cabañas, los cerdos en otra; en la otra cabaña entera, donde guardaban el maíz, un viejo, un niño y una tribu de ratas. El viejo, de pie, en medio del claro, contemplaba la ronda del fuego, que destellaba en la oscuridad, como un rito repetido a la misma hora durante una vida entera. El pelo blanco, la barba hirsuta y las manos pardas y frágiles como hojas secas; daba la sensación de una infinita permanencia. Nada podía cambiar en él, jamás, ya que vivía al borde mismo de la existencia. Hacía

muchos años que era viejo.

El forastero llegó al claro. Sus zapatos habían sido zapatos de ciudad, negros y puntiagudos; sólo le quedaba la capellada, y en realidad podía decirse que andaba descalzo. Eran zapatos simbólicos, como los estandartes llenos de telarañas en las iglesias. Por única vestimenta llevaba una camisa y un par de pantalones negros y rotos; no soltaba el portafolio, como un turista con billete para toda la temporada. También él estaba por llegar al estado de permanencia, pero todavía mostraba las huellas del tiempo; los zapatos destruidos implicaban un pasado distinto, las arrugas de la cara sugerían esperanzas y temores relacionados con el porvenir. La vieja del ascua se detuvo entre dos cabañas y lo contempló. El hombre entró en el claro con la mirada baja y las espaldas agachadas, como quien se siente vulnerable. El viejo le salió al paso; tomó la mano del forastero, y la besó.

-¿No podrían cederme una hamaca, por esta noche?

-¡Ah, padre, si quiere una hamaca tiene que ir a la ciudad! Aquí hay que conformarse con lo que uno encuentra.

-No importa. Un lugarcito donde echarme. ¿No pueden darme... un poco de alcohol?

-Café, padre. No tenemos nada más.

-Un poco de comida.

-No tenemos comida.

-No importa.

El muchacho salió de la cabaña, y los contempló; todos lo contemplaban; parecía una corrida de toros; el animal estaba cansado, y todos querían ver el final. No eran duros de corazón; se limitaban a contemplar el raro espectáculo de alguien que era más miserable aún que ellos. El cura cojeó hacia la cabaña. Adentro estaba lleno de humo de las rodillas para arriba; no había llamas en el suelo, sólo unas brasas mortecinas. La mitad de la habitación estaba ocupada por un montón de maíz; las ratas susurraban entre las hojas secas exteriores. Había una cama de tierra, con un colchón de paja encima; y dos cajones servían de mesa. El forastero se acostó y el viejo cerró la puerta.

-¿No hay peligro?

-El muchacho vigila. Él sabe.

-¿Me esperaban?

-No, padre. Pero hace cinco años que no vemos a un cura..., algún día tenía que suceder.

El cura se quedó dormido, con un sueño inquieto; el viejo se acuclilló en el suelo, avivando el fuego a soplidos. Alguien golpeó la puerta, y el cura se enderezó nerviosamente.

-No es nada -dijo el viejo-. Es su café, padre.

Se lo trajo; era un café gris de maíz, que humeaba en una taza de lata; pero el cura estaba demasiado cansado para beber. Se quedó echado de costado, perfectamente inmóvil; desde el maíz, una rata lo vigilaba.

-Los soldados estuvieron aquí ayer -dijo el viejo.

Sopló el fuego; el humo subió a raudales y llenó la habitación. El cura empezó a toser, y la rata se metió rápidamente, como la sombra de una mano, dentro del maíz.

-El muchacho no está bautizado, padre. El último cura que pasó por aquí quería dos pesos. Yo sólo tenía uno. Ahora no tengo más que cincuenta centavos.

-Mañana -dijo con aire cansado el cura.

-¿Mañana dirá misa, padre, por la mañana?

-Sí, sí.

-¿Y la confesión, padre? ¿Nos confesará?

-Sí, pero antes déjenme dormir.

Volvió la espalda y cerró los ojos para protegerlos del humo.

-No tenemos dinero, padre, para pagarle. El otro cura, el padre José...

-Denme alguna ropa, entonces -dijo el cura con impaciencia.

-Pero no tenemos más que lo puesto.

-Cámbienmelo por esta ropa.

El viejo resolló con aire de duda, mirando de reojo lo que el fuego dejaba ver de los negros harapos.

-Si es necesario, padre -dijo.

Sopló tranquilamente el fuego, durante algunos minutos. El cura volvió a cerrar los ojos.

-Después de cinco años, hay mucho que confesar.

El cura se irguió repentinamente.

-¿Qué fue eso? -dijo.

-Estaría soñando, padre. El muchacho nos avisará si vienen los soldados. Yo decía...

-¿No puede dejarme dormir cinco minutos, por lo menos?

Volvió a acostarse; en alguna parte, en una de las cabañas de las mujeres, alguien cantaba:

Bajé a mi prado y encontré una rosa.

El viejo dijo suavemente:

-Sería una pena que llegaran los soldados antes de que tuviésemos tiempo..., es una carga grande para nuestras pobres almas, padre...

El cura se apoyó de espalda contra la pared, y dijo con furia:

-Muy bien. Empiece a hacer su confesión.

Las ratas se peleaban en el maíz.

-Vamos, empiece -prosiguió-. No pierda tiempo. Pronto. ¿Cuándo fue la última...?

El viejo se arrodilló junto al fuego; del otro lado del claro, la mujer cantaba:

Bajé a mi prado y la encontré marchita.

-Hace cinco años.

Se interrumpió, y sopló el fuego.

-Es difícil recordar, padre.

-¿Ha pecado contra la pureza?

El cura se apoyaba contra la pared, con las piernas encogidas; las ratas, habituadas ya a las voces, revolvían el maíz. El viejo escogía sus pecados con dificultad, soplando el fuego.

-Haga un buen acto de contrición -dijo el cura-, y diga... diga... ¿tiene rosario? Entonces rece los Misterios Gozosos.

Se le cerraron los ojos; los labios y la lengua dijeron a tropezones la fórmula de la absolución; no la podía terminar..., volvió a despertarse.

-¿Puedo traer a las mujeres? -decía el viejo-. Hace cinco

años...

-¡Oh, que vengan, que vengan todos! -gritó el cura airadamente-. Soy vuestro servidor.

Se puso una mano sobre los ojos y se echó a llorar. El viejo abrió la puerta; afuera, bajo el enorme arco del cielo mal iluminado por las estrellas, la oscuridad no era completa. Cruzó hasta la cabaña de las mujeres, y golpeó.

-Venid -dijo-. Tenéis que confesaros. Es lo menos que podéis hacer por el padre.

Respondieron gimiendo que estaban cansadas..., que sería lo mismo por la mañana.

-¿Queréis ofenderlo? -dijo el viejo-. ¿Para qué creéis que vino? Es un padre muy santo. Está en mi cabaña llorando por nuestros pecados.

Las obligó a salir; una por una se dirigieron hacia la cabaña del cura; el viejo se fue por el sendero para reemplazar al muchacho que vigilaba el paso del río de posibles soldados.

CAPÍTULO IV

Hacía años que el señor Tench no escribía una carta. Sentado frente a su mesa de trabajo, chupaba la pluma de acero; obedeciendo a un extraño impulso, había decidido lanzar esa carta perdida hacia su antigua dirección, en Southend. ¿Quiénes habrían muerto y quiénes vivirían? Trató de empezar; era como romper el hielo en una reunión donde uno no conoce a nadie. Comenzó por escribir el sobre; Señora de Marsdyke, para la Sra. de Tench. 3, The Avenue, Westcliffe. Era la casa de su suegra; ese ser dominador y entremetido que lo había inducido a instalar su consultorio en Southend, durante un período fatal. “Se ruega entregar”, escribió. Ella, su suegra, de saberlo, no la entregaría, pero probablemente después de tanto tiempo, ya se habría olvidado de su letra.

Chupó la pluma entintada; ¿cómo proseguir? Habría sido mucho más fácil, de haber tenido algún otro móvil, además del vago deseo de hacer saber a alguien que todavía vivía. Resultaría indiscreto si su mujer se hubiera casado de nuevo, pero en ese caso, ella no vacilaría en romper la carta.

Escribió “Querida Sylvia”, con letra grande, clara, e infantil, mientras el horno bullía en la mesa. Preparaba una aleación de oro; en el pueblo no había dónde comprar el material ya preparado. Por otra parte, los proveedores no fabricaban aleaciones de 14 quilates, y Tench no podía utilizar material más fino.

El inconveniente era que en ese lugar no ocurría nunca nada. Su vida era tan sobria, respetable y ordenada que hubiera resultado inobjetable hasta para la señora Marsdyke.

Miró el crisol; el oro estaba a punto de fundirse con la aleación; echó una cucharada de carbón vegetal, para proteger la mezcla, retomó la lapicera, y se quedó nuevamente absorto ante el papel. No podía recordar con claridad a su mujer; sólo recordaba sus sombreros. Qué sorpresa sería para ella recibir sus noticias después de tanto tiempo; desde la muerte del pequeño, sólo habían cambiado una carta. En realidad, los años no significaban nada para él; pasaban a su lado bastante rápidamente, sin alterar una sola costumbre. Seis años antes, había decidido retirarse, pero hubo una revolución y el peso bajó; entonces se vino a vivir al Sur. Ahora había ahorrado más dinero, pero el mes pasado el peso había vuelto a bajar; otra

revolución, Dios sabía adónde. No había nada que hacer, salvo esperar... Volvió a meterse la pluma en la boca; la memoria se le derretía al calor de la habitación. ¿Para qué escribir, después de todo? Ya ni recordaba por qué se le había ocurrido semejante idea. Alguien llamó a la puerta de calle; Tench dejó la carta sobre la mesa; la frase “Querida Sylvia” a la vista, grande y enérgica y desesperanzada. En la costa, sonó la campana de un barco; era el *General Obregón*, que había vuelto de Veracruz. Surgió un recuerdo; como si un algo vivo y sufriente se moviera en el cuartito del frente, entre las mecedoras; “una tarde agradable; qué habría sido de él, quién sabe, cuando...”; luego murió o desapareció; el señor Tench estaba habituado al dolor, era su profesión. Esperó cautelosamente que la mano volviera a golpear en la puerta, y una voz dijera: “Con amistad” (no se podía confiar en nada) antes de correr el cerrojo y abrir, para hacer entrar a un paciente.

Bajo la gran portada clásica que rezaba, en letras negras, “Silencio”, el padre José entró en lo que la gente solía llamar “el jardín de Dios”. Era un barrio donde nadie se hubiera fijado en la arquitectura de la casa vecina. Las grandes bóvedas eran de cualquier altura y de cualquier forma; a veces había un ángel sobre el techo, con las alas cubiertas de líquenes; a veces, a través de una ventana de vidrio, se veían algunas flores artificiales de metal oxidado, sobre un anaquel; era como mirar dentro de la cocina de una casa cuyos dueños se han mudado, olvidándose de vaciar los floreros. Producía una sensación de intimidad; uno podía ir por todos lados y mirarlo todo. La vida se había retirado definitivamente.

Avanzaba muy lentamente entre las tumbas, a causa de su corpulencia; aquí no había criaturas, podía estar solo y permitirse una leve sensación de nostalgia, que siempre era mejor que no sentir nada. Él había enterrado a muchas de estas personas. Sus ojillos inflamados se volvían hacia aquí y hacia allá. Al rodear la enorme masa gris de la bóveda de los López, una familia de comerciantes que cincuenta años antes habían poseído el único hotel de la capital, descubrió que no estaba solo. Al fondo del cementerio, junto al muro, cavaban una fosa; dos hombres trabajaban rápidamente; a su lado había una mujer y un viejo. A sus pies, el ataúd de una criatura; en esa tierra esponjosa, no se tardaba mucho en cavar una sepultura; en el

fondo manaba un poco de agua; por eso los que disponían de medios erigían bóvedas.

Todos se detuvieron un momento, y miraron al padre José; éste se desvió hacia la bóveda de los López, como un intruso. En el día cálido y resplandeciente, no se veía la menor señal de dolor; un gavián esperaba sobre un techo, fuera del cementerio. Alguien dijo:

-Padre.

El padre José alzó la mano, humildemente, como tratando de indicar que no se encontraba allí, que se había ido, que había desaparecido.

El viejo dijo:

-Padre José.

Todos lo miraron con avidez; antes de su aparición estaban resignados, pero ahora se sentían ansiosos, ávidos... El cura se escabulló y trató de esquivarlos.

-Padre José -repitió el viejo-. ¿Una oración?

Le sonrieron, esperando. Estaban bastante acostumbrados a ver morir a la gente, pero una esperanza imprevista de felicidad había surgido de pronto entre las tumbas; después de esto, podrían vanagloriarse de que por lo menos uno de la familia había sido enterrado con una oración oficial.

-Es imposible -dijo el padre José.

-Ayer fue el día de su santo -dijo la mujer, como si esto modificase la situación-. Tenía cinco años.

Era una de esas mujeres charlatanas que muestran a los desconocidos las fotografías de sus hijos; pero ella sólo podía mostrar un ataúd.

-Lo siento.

Con el pie, el viejo hizo a un lado el ataúd para acercarse más al padre José; el cajoncito era liviano y pequeño, y sólo parecía contener unos huesitos.

-No le pedimos un servicio completo, ¿comprende?, sólo una oración. La niña era... inocente -dijo.

En medio de esa ciudadela de piedra, la palabra parecía extraña y arcaica, casi un modismo; pasada de moda, como la bóveda de los López; exclusiva de ese lugar.

-Es contra la ley.

-Se llamaba Anita -prosiguió la mujer-. Cuando nació estuve muy enferma -explicó, como para disculpar la fragilidad de la niña que provocaba todas esas molestias.

-La ley...

El viejo se llevó un dedo a la nariz.

-Puede confiar en nosotros. Sólo se trata de una breve oración. Yo soy su abuelo. Ésta es su madre, éste es su padre, y su tío. Puede confiar en nosotros.

Pero ése era el inconveniente: que no podía confiar en nadie. Tan pronto llegaran a sus casas, uno u otro comenzaría a jactarse. Retrocedía sin cesar, retorciéndose los dedos rollizos, meneando la cabeza, tropezando casi con la bóveda de los López. Tenía miedo, y sin embargo un extraño orgullo bullía en su pecho, porque nuevamente lo trataban como a un cura, con respeto.

-Si pudiera -dijo-, hijos míos...

De pronto, inesperadamente, una extrema angustia descendió sobre el cementerio. Estaban acostumbrados a perder hijos, pero no estaban acostumbrados a lo que el resto del mundo conoce tan bien: la esperanza que se esfuma. La mujer comenzó a llorar; en seco, sin lágrimas, con el ruido encerrado de algo que quiere liberarse; el viejo cayó de rodillas, con las manos extendidas.

-Padre José -dijo-, no hay nadie más que usted...

Lo miraba como quien solicita un milagro. El padre José sintió una enorme tentación de correr el riesgo y pronunciar una oración sobre la tumba; experimentaba la salvaje atracción del deber, y esbozó en el aire el signo de la cruz; luego volvió el miedo, como una droga. El desprecio y la seguridad lo esperaban allá, junto al muelle; quiso irse. Se dejó caer desoladamente de rodillas y suplicó:

-Déjenme en paz. Soy indigno. ¿No lo ven? Soy un cobarde.

Los dos ancianos se enfrentaban de rodillas, entre las tumbas; el pequeño ataúd había sido hecho a un lado, como un pretexto; después de haberse analizado a sí mismo durante una vida entera, podía verse tal como era: obeso y feo, viejo y humillado. Como si un vasto coro seductor de ángeles se hubiera retirado, para ser sustituido por las voces de las criaturas en el patio: "Ven a la cama, José, ven a la cama", agudas y estridentes y peores que nunca. Sabía que se

encontraba a la merced del pecado imperdonable: la desesperación.

“Por fin llegó el día bendito” -leyó en voz alta la madre- “que ponía fin al noviciado de Juan. ¡Oh, qué día de gozo fue aquel para su madre y su hermana! Y también un poco triste, porque la carne no siempre puede ser fuerte, y ¿cómo no dejar de sentir en el fondo de los corazones la pérdida de un hijito y de un hermano mayor? ¡Ah, si hubieran sabido que aquel día ganaban un santo más en el cielo, para rezar por ellas!”

La niña menor, sentada en la cama, dijo:

-¿Nosotros también tenemos un santo?

-Naturalmente.

-¿Para qué querían otro santo?

La madre siguió leyendo:

“Al día siguiente toda la familia recibió la comunión de manos de un hijo y un hermano. Luego dieron un tierno adiós (lejos estaban de imaginarse que sería el último) al nuevo soldado de Cristo, y se volvieron a su casa, en Morelos. Algunas nubes ya oscurecían el cielo, y el presidente Calles preparaba las leyes anticatólicas en el Palacio de Chapultepec. El demonio estaba listo para atacar al desdichado México”.

-¿Falta mucho para los fusilamientos? -preguntó el niño, frotándose inquietamente contra la pared.

La madre prosiguió inexorable:

“Juan, a escondidas de todos, excepto de su confesor, se preparaba para los tristes días que le esperaban, con las más rigurosas mortificaciones. Sus compañeros no sospechaban nada, porque Juan era siempre el alma y el corazón de toda conversación alegre, y en la fiesta del fundador de la Orden, fue él quien...”

-Ya sé, ya sé -dijo el muchacho-, representó una comedia.

Las niñas abrieron los ojos, asombradas.

-¿Y por qué no, Luis? -dijo la madre, suspendiendo la lectura, con un dedo sobre el libro prohibido.

El muchacho miró con ojos hoscos a la mujer.

-¿Y por qué no, Luis? -repitió ésta.

Esperó un instante, y luego siguió leyendo; las niñas

contemplaban a su hermano con horror y admiración.

“...fue él quien obtuvo permiso para representar una obra basada en...”

-Ya sé, ya sé -dijo el niño-. Las catacumbas.

La madre, apretando los labios, prosiguió:

“...la persecución de los primeros cristianos. Tal vez recordaba aquel día, en su infancia, en que había representado el papel de Nerón ante el buen anciano obispo, pero esta vez insistió en asumir el papel cómico de un pescador romano...”

-No creo una sola palabra de todo esto -dijo el muchacho con hosco furor-, ni una sola palabra.

-¿Cómo te atreves?

-Nadie podría ser tan estúpido.

Las niñas permanecían inmóviles, con los ojos abiertos, negros y fervorosos, divirtiéndose como el mismo Diablo.

-Vete con tu padre.

-Cualquier cosa, con tal de salvarse de este... este... -dijo el chico.

-Dile lo que me dijiste.

-Este...

-Vete de este cuarto.

Salió dando un portazo; su padre estaba junto a la ventana enrejada de la sala, mirando hacia afuera; los cascarudos golpeaban contra la lámpara de kerosene, y se arrastraban con las alas rotas sobre el piso de piedra. El niño exclamó:

-Madre dice que le diga que le dije que no creía nada de ese libro que está leyéndonos...

-¿Qué libro?

-El libro santo.

El hombre dijo con tristeza:

-¡Oh, ése!

Nadie pasaba por la calle, nada ocurría nunca; ya eran más de las nueve y media, y todas las luces estaban apagadas. Dijo:

-Debes ser más condescendiente. Recuerda que para nosotros es como si todo hubiera terminado. Ese libro... es como nuestra infancia.

-¡Resulta tan estúpido!

-Tú no puedes recordar la época en que había iglesias. Yo era un mal católico, pero de todos modos para mí significaba..., bueno, música, luces, un lugar donde sentarse y alejarse de este calor; y para tu madre, bueno, siempre tenía algo que hacer. Si tuviéramos un teatro, cualquier cosa que las reemplazara, no nos sentiríamos tan... abandonados.

-Pero este Juan -dijo el muchacho-. Parece tan estúpido.

-Lo mataron, ¿no es verdad?

-Oh, también mataron a Villa, a Obregón, a Madero...

-¿Quién te habló de ellos?

-Todos jugamos a ser ellos. Ayer, yo era Madero. Me fusilaron en la plaza... La ley de la fuga.

En alguna parte, en la opresiva noche, se oyó el redoble de un tambor; el rancio olor del río llenaba la habitación; era algo familiar, como el gusto a hollín en las ciudades.

-Tiramos suertes. Yo era Madero; Pedro tuvo que ser Huerta. Huyó a Veracruz, río abajo. Manuel lo persiguió; era Carranza.

El padre se sacudió un cascarudo de la camisa, mirando hacia la calle; se acercaba un ruido de pasos marciales. Dijo:

-Supongo que tu madre estará enfadada.

-Usted no lo está -dijo el niño.

-¿Para qué? La culpa no es tuya. Nos han abandonado.

Pasaron los soldados, que volvían al cuartel, en lo alto de la colina, cerca de lo que en un tiempo había sido la catedral; a pesar del tambor, se marcaba correctamente el paso; parecían desnutridos, poco aguerridos. Pasaron letárgicamente por la calle oscura, y el muchacho los vio desaparecer con ojos llenos de entusiasmo y de esperanza.

La señora Fellows se mecía hacia atrás y hacia adelante, hacia atrás y hacia adelante.

-“Entonces Lord Palmerston dijo que si el gobierno griego no trataba como correspondía a Don Pacífico...” Querida -agregó-, me duele tanto la cabeza que creo que por hoy basta.

-Naturalmente. También a mí me duele un poco.

-Espero que se te pase. ¿Te incomodaría llevarte los libros?

Los míseros libritos habían llegado por correo, enviados por una institución privada de Paternoster Row, llamada “Enseñanza Privada, Ltda.”; un curso completo que empezaba por “Aprenda a leer sin sufrir”, y proseguía metódicamente hasta la *Reform Bill* y Lord Palmerston y los poemas de Victor Hugo. Cada seis meses remitían los temas de examen, y la señora Fellows repasaba laboriosamente las respuestas y las calificaba. Luego las mandaba de vuelta a Paternoster Row, donde algunas semanas más tarde eran archivadas; una vez se había olvidado de esta obligación, cuando los tiroteos de Zapata, y le habían mandado una hojita impresa que empezaba así: “Estimado Tutor, lamento advertirle que...” El inconveniente era que ya estaban adelantadas varios años (había tan pocos libros que leer), y por lo tanto los temas de examen resultaban varios años atrasados. A veces la institución enviaba certificados en relieve, para enmarcar, donde anunciaban que la señorita Coral Fellows había pasado tercera, con mención, al segundo grado, firmados con un sello que decía Henry Beckley, B. A., Director de Enseñanza Privada, Ltda., y a veces llegaban cartitas personales, escritas a máquina, con la misma firma borrosa: “Querida alumna, creo que esta semana debería prestar más atención a...”. Las cartas siempre llegaban seis semanas atrasadas.

-Querida -dijo-, ¿quieres ir a la cocina a dar las órdenes para el almuerzo? Para ti solamente. Yo no podría comer un bocado, y tu padre está en la plantación.

-Madre -dijo la muchacha-, ¿crees que Dios existe?

La pregunta asustó a la señora. Se meció furiosamente en su mecedora, y contestó:

-Por supuesto.

-Me refiero a la concepción de la Virgen... y a todo lo demás.

-Querida, qué preguntas. ¿Con quién estuviste hablando?

-¡Oh! -dijo la niña-, estuve pensando, nada más.

No esperó más respuesta; sabía muy bien que no la habría; siempre le correspondía a ella tomar las decisiones. Henry Beckley, B. A., le había explicado todo claramente en una de sus primeras lecciones; no era más imposible de creer que la

historia del gigante trepado a la planta de habas, y a los diez años ya había rechazado implacablemente ambas ficciones. En esa época empezaba a estudiar álgebra.

-¿Espero que tu padre no...?

-¡Oh, no!

Se puso el casco de corcho y salió hacia el calor llameante de las diez, en busca de la cocinera; parecía más frágil que nunca, y más indomable. Después de dar las órdenes necesarias, se dirigió al depósito para inspeccionar las pieles de caimán clavadas en la pared, luego al establo, para ver si las mulas estaban bien. Llevaba sus responsabilidades cuidadosamente, como piezas de vajilla, a través del patio ardiente; no había pregunta que no estuviera dispuesta a contestar; al verla, los gavilanes levantaron vuelo, lánguidamente.

Volvió a la casa, y dijo a su madre:

-Hoy es jueves.

-¿Sí, querida?

-¿Papá no hizo bajar las bananas al muelle?

-No tengo la menor idea, querida.

Volvió rápidamente al patio, e hizo sonar una campana. Acudió un indio; no, las bananas estaban todavía en el depósito; no habían dado ninguna orden al respecto.

-Llévenlas abajo -dijo la muchacha-, en seguida, rápido. El barco no tardará en llegar.

Con el registro de su padre, contó los cachos a medida que los sacaban; cien bananas o más por racimo, lo que equivalía a unos cuantos peniques; llevaba más de dos horas vaciar el depósito; alguien tenía que hacer las cosas, y ya una vez su padre se había equivocado de día. Después de media hora empezó a sentirse fatigada; no estaba acostumbrada a cansarse tan temprano; se apoyó contra la pared, que le quemaba los omóplatos. No sentía ningún resentimiento por el hecho de verse obligada a estar allí, ocupándose de todo; la palabra "juego" no tenía para ella ningún sentido; toda su vida había sido adulta. En uno de los primeros libros de lectura de Henry Beckley había un grabado que representaba una fiesta de muñecas; le resultaba extraña, como una ceremonia que no había comprendido jamás; no apreciaba las ventajas de la

simulación. Cuatrocientos cincuenta y seis. Cuatrocientos cincuenta y siete. El sudor chorreaba del cuerpo de los peones, constantemente, como una ducha. Un dolor horrible le oprimió de pronto el estómago; dejó pasar una partida, y luego trató de incluirla en la cuenta; por primera vez, el sentido de la responsabilidad le pareció una carga que había soportado durante demasiados años. Quinientos veinticinco. Era un nuevo dolor (esta vez no eran lombrices), pero no se asustó; como si su cuerpo lo hubiera esperado, como si se hubiera adaptado ya para recibirlo, así como la mente se adapta a la pérdida de la ternura. No podía decirse que era la niñez que se le iba; jamás había tenido conciencia de su niñez.

-¿Es el último? -preguntó.

-Sí, señorita.

-¿Está seguro?

-Sí, señorita.

Pero tenía que comprobarlo personalmente. Nunca le había ocurrido hacer algo de mala gana; si no lo hacía ella, no lo hacía nadie; pero hoy deseaba acostarse, dormir; si algunas bananas se quedaban sin despachar, la culpa era de su padre. Se preguntó si no tendría fiebre; sentía los pies helados sobre el piso ardiente. ¡Oh, bueno!, pensó, y se dirigió pacientemente al granero, buscó la linterna, y la encendió. Sí, parecía que estaba bastante vacío, pero ella no hacía nunca nada a medias. Se acercó a la pared del fondo, proyectando hacia adelante la luz de la linterna. Rodó una botella vacía; la iluminó: Cerveza Moctezuma. Luego alumbró la pared; abajo, cerca del suelo, alguien había garrapeado algo con tiza; se acercó; en el círculo de luz apareció una cantidad de crucecitas. Seguramente el hombre estuvo acostado entre las bananas, y trató mecánicamente de distraer su temor escribiendo algo, y eso era lo único que se le había ocurrido. La niña, aguantando su dolor, las contempló; una horrible novedad envolvía toda la mañana; hoy todo parecía memorable.

El jefe de policía estaba en la cantina, jugando al billar; allí lo encontró el teniente. El jefe tenía un pañuelo atado alrededor de la cara, con la vaga idea de que le calmaba el dolor de muelas. El teniente empujó la puerta de resorte; en ese momento, el jefe ponía tiza en el taco, para una jugada difícil. En los estantes, sólo había botellas de gaseosas y de un líquido

amarillo llamado sidral; garantizado sin alcohol. El teniente permaneció con aire de protesta en la puerta; la situación era innoble; él quería eliminar del Estado todo lo que pudiera provocar la burla de un extranjero. Dijo:

-¿Puedo hablar una palabra con usted?

El jefe hizo una mueca, al sentir un pinchazo repentino de dolor, y se acercó con rapidez inusitada a la puerta; el teniente miró los tantos, marcados mediante unas anillas colgadas de un hilo que atravesaba la habitación; el jefe perdía.

-Seguida... vuelvo -dijo el jefe-. O quiero abrir a boca -explicó luego al teniente.

Cuando abrían la puerta, alguien alzó un taco y corrió subrepticamente hacia atrás uno de los anillos del jefe.

Se alejaron por la calle, uno al lado del otro; el gordo y el flaco. Era domingo, y todos los negocios cerraban a mediodía; era la única reliquia de los viejos tiempos. No se oía repicar campanas en ninguna parte. El teniente dijo:

-¿Habló con el Gobernador?

-Puede hacer lo que quiera -dijo el jefe-, lo que quiera.

-¿Lo deja todo a nuestro criterio?

-Bajo ciertas condiciones -dijo el otro, con una mueca de dolor.

-¿Cuáles?

-Lo considerará responsable si no... descubre antes... las lluvias.

-Mientras no me considere responsable de nada más... -dijo el teniente, pensativo.

-Usted se lo buscó. Alégrese, ahora.

-Me alegro.

Para el teniente, lo que más le importaba en el mundo estaba ahora a sus pies. Pasaron frente al nuevo edificio del Sindicato de Obreros y Campesinos; a través de la ventana se veían los grandes, ingeniosos y atrevidos frescos; en uno, un cura que acariciaba a una mujer en el confesionario, otro que se bebía el vino sagrado. El teniente dijo:

-Pronto éstos serán innecesarios, gracias a nosotros.

Miró los frescos con los ojos de un extranjero; le parecieron bárbaros.

-¿Por qué? Son... divertidos.

-Algún día olvidarán que aquí hubo una iglesia.

El jefe no dijo nada. El teniente sabía lo que pensaba: "Cuánto alboroto por nada". Dijo secamente:

-Bueno, ¿cuáles son las órdenes?

-¿Ordenes?

-Usted es mi jefe.

El jefe permaneció callado; estudiaba discretamente al teniente, con ojillos astutos. Luego dijo:

-Bien sabe que confío en usted. Haga lo que le parezca mejor.

-¿Me lo reconocerá por escrito?

-¡Oh, no es necesario! Ya nos conocemos.

Durante todo el camino siguieron punzándose astutamente, procurando sacar alguna ventaja.

-¿El Gobernador no le dio nada por escrito? -preguntó el teniente.

-No. Dijo que ya nos conocíamos bien.

El teniente terminó por ceder, porque era el más interesado. Su futuro personal no le importaba. Dijo:

-Tomaré rehenes en cada aldea.

-Entonces, no pasará más por las aldeas.

-¿Usted cree -dijo amargamente el teniente- que no saben dónde está? Tiene que mantenerse en contacto de algún modo; si no, ¿de qué sirve?

-Como quiera -dijo el jefe.

-Y fusilaré a todos los que estime necesario fusilar.

El jefe dijo con falsa jocosidad:

-Un poco de sangre no hace mal a nadie. ¿Por dónde empezará?

-Por su parroquia, supongo; Concepción; y luego, tal vez... su aldea.

-¿Por qué justamente allí?

-Tal vez piense que allí está más seguro.

Pasaba frente a los negocios cerrados, calculando.

-Vale la pena fusilar a unos cuantos, pero ¿usted cree que él me defenderá si se alborotan los de Méjico?

-No es muy probable, ¿no le parece? -dijo el jefe-. Pero es lo que...

Una punzada de dolor lo interrumpió.

-Es lo que yo quería -completó el teniente.

Siguió solo hacia el cuartel de la policía; el jefe volvió al billar. Había poca gente en la calle; hacía demasiado calor. “Si por lo menos tuviéramos una fotografía más clara”, pensó; quería conocer los rasgos del enemigo. Una bandada de chicos se había apoderado de la plaza. Jugaban a un juego oscuro y complicado, de banco en banco; una botella vacía de gaseosa voló por los aires y se estrelló a los pies del teniente. La mano de éste se dirigió a la pistola; volvió la cabeza, y descubrió la expresión consternada de un niño.

-¿Arrojaste tú esa botella?

Los ojos negros, lentos, lo miraron hoscamente.

-¿Qué estaban haciendo?

-Era una bomba.

-¿Me la arrojaste a mí?

-No.

-¿A quién, entonces?

-A un gringo.

El teniente sonrió, con un torpe movimiento de los labios.

-Muy bien, pero hay que mejorar la puntería.

Con el pie, arrojó la botella rota a la calle, y trató de demostrar a las criaturas que todos militaban en el mismo bando. Dijo:

-Supongo que el gringo era uno de esos yanquis ricos que se creen...

Sorprendió en la cara del niño una mirada de absoluta devoción, una devoción que exigía ser de algún modo correspondida; tuvo conciencia de un amor triste e imposible de satisfacer, en el fondo de su propio corazón. Dijo:

-Ven aquí.

El chico se acercó, mientras sus compañeros formaban un temeroso semicírculo y lo contemplaban desde una distancia

segura.

-¿Cómo te llamas?

-Luis.

-Bueno -dijo el teniente, sin saber ya qué decir-, debes aprender a tener más puntería.

El chico dijo con pasión:

-ojalá pudiera.

Miraba la funda de la pistola.

-¿Te gustaría ver la pistola? -dijo el teniente.

Sacó de la funda la pesada automática, y se la tendió; los otros niños se acercaron cautelosamente. Dijo:

-Éste es el seguro. Levántalo. Así. Ahora se puede disparar.

-¿Está cargada? -preguntó Luis.

-Siempre está cargada.

El muchacho sacó la punta de la lengua; tragó saliva. La saliva brotaba de sus glándulas como si hubiera olido comida. Ahora todos los niños los rodeaban. Un chico más atrevido extendió la mano y tocó la funda. Formaban un círculo en torno del teniente; éste se sentía rodeado por una frágil felicidad, mientras volvía el arma a su lugar.

-¿Cómo se llama? -preguntó Luis.

-Es una Colt N° 5.

-¿Cuántas balas tienes?

-Seis.

-¿Mató a alguien con ella?

-Todavía no -contestó el teniente.

El interés les quitaba el habla. Con una mano en la funda de la pistola, el teniente contemplaba esos ojos negros, atentos y pacientes; por ellos luchaba. Eliminaría de su infancia todo lo que lo había hecho a él desdichado; todo lo que fuera pobre, supersticioso y corrupto. No merecían nada menos que la verdad; un universo vacío y un mundo que se enfriaba; el derecho de ser felices de cualquier modo que se les antojara. Estaba perfectamente dispuesto a hacer una carnicería por ellos; primero con la Iglesia; y luego con los extranjeros, y luego con los políticos; hasta su propio jefe tendría que

desaparecer algún día. Quería reconstruir el mundo, con ellos, en medio de un desierto.

-¡Oh! -dijo Luis-, yo quisiera... yo quisiera... -como si su ambición fuera demasiado vasta para ser definida.

El teniente le tendió la mano en un ademán de afecto; una caricia... no sabía cómo terminaría. Pellizcó la oreja del chico, y vio que éste retrocedía de dolor; todos se dispersaron en torno de él, como pájaros, y siguió solo a través de la plaza, hacia el cuartel de policía, una siluetita de odio que encerraba su secreto de amor. En la pared de la oficina, el bandido, de perfil, seguía mirando fijamente la fiesta de primera comunión; alguien había rodeado la cabeza del cura con una línea de tinta, para destacarla de las caras de las mujeres; la sonrisa insoportable aparecía ahora envuelta en un halo. El teniente gritó con furor hacia el patio.

-¿No hay nadie aquí?

Luego se sentó ante el escritorio, mientras las culatas de los fusiles arañaban el piso.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

De pronto, la mula que el cura montaba se sentó; no era extraño, porque hacía casi dos horas que viajaban por la selva. Primero había ido hacia el Oeste, pero al enterarse de la proximidad de los soldados, se habían vuelto hacia el Este; los Camisas Rojas vigilaban esa zona, de modo que habían tomado hacia el Norte, vadeando las marismas y hundiéndose en la profunda oscuridad de las selvas. Estaban cansados, y la mula decidió sentarse. El cura se apeó como pudo, y se echó a reír. Estaba contento. Uno de los descubrimientos más extraños que hace el hombre es que la vida, sea cual fuere, contiene momentos de alegría; siempre se puede hacer una comparación con épocas peores; hasta en medio del peligro y de la desdicha el péndulo oscila.

Salió cautelosamente del cercado de los árboles, a un espacio abierto y pantanoso; todo ese Estado era así: río y pantano y selva; se arrodilló en la luz crepuscular, y se lavó la cara en un charco oscuro, que reflejó como un trozo de cacharro vidriado sus rasgos barbudos y demacrados; eran tan inesperados, que les sonrió, con la sonrisa tímida, evasiva y falaz del delincuente desenmascarado. En otros tiempos, solía ensayar largamente sus gestos frente al espejo; había llegado a conocer su cara tan bien como un actor. Era una forma de humildad; su cara, la verdadera, no le parecía apropiada. Era una cara de bufón, buena para hacer bromas livianas a las mujeres, pero inapropiada para el altar. Había tratado de modificarla; “y realmente, pensó, realmente lo conseguí, ya no me reconocerán más”; y el motivo de su felicidad volvió a su memoria, como el gusto del aguardiente, prometiéndole un consuelo momentáneo en medio del temor, de la soledad, de tantas cosas. La presencia de los soldados lo impedía hacia donde más quería ir. Durante seis años lo había eludido, pero ahora no era culpa suya; era su deber ir; eso no podía considerarse un pecado. Volvió hasta la mula, y la pateó suavemente: “¡Arriba, mula, arriba!”; un hombre bajo y demacrado, con ropas andrajosas de aldeano, que por primera vez, después de tantos años, como cualquier otro hombre, volvía a su casa.

De todos modos, aunque hubiera podido ir hacia el Sur, y esquivar la aldea, no hacerlo, era simplemente una capitulación

más. Los últimos años estaban llenos de capitulaciones semejantes; las fiestas de guardar, ayunos y abstinencias habían sido los primeros en irse; luego había dejado de preocuparse, excepto de vez en cuando, por el breviario; y finalmente lo había olvidado en el puerto, en una de sus periódicas tentativas de huida. Luego había sido la piedra del altar; resultaba demasiado peligroso llevarla consigo. Claro que no podía decir la misa sin ella; probablemente se exponía a una suspensión, pero las puniciones eclesiásticas comenzaban a parecer irreales en un Estado donde la única pena era la civil, la pena de muerte. La rutina de su vida, como un dique, se había resquebrajado, y el olvido entraba poco a poco borrando esto y aquello. Cinco años antes, había cedido a la desesperación, el pecado imperdonable; y ahora volvía a la escena de su desesperación con una extraña despreocupación de espíritu. Porque también había sobrepasado la desesperación. Era un mal sacerdote, lo sabía; tenían un nombre para los de su clase -un cura borracho-, pero todos sus fracasos desaparecían de la vista y de la mente; en alguna parte se acumulaban en secreto, los desechos de sus fracasos. Algún día sofocarían totalmente la fuente de la gracia, suponía él. Hasta ese momento, seguiría luchando, con intervalos de temor, de cansancio, con desvergonzada despreocupación de espíritu.

La mula chapoteó a través del pantano, y entraron nuevamente en la selva. El hecho de no desesperar no significaba, por supuesto, que no estuviera condenado; simplemente, que después de un tiempo el misterio se volvía demasiado grande: un ser condenado, que introduce a Dios en la boca de los hombres; extraño servidor para el Diablo.

Tenía la imaginación llena de simples mitologías; San Miguel, revestido de coraza, mataba un dragón, y los ángeles caían a través de los espacios, como cometas de hermosa cabellera ondulante, porque tenían celos, según había dicho uno de los Padres, de lo que Dios destinaba a los hombres: el enorme privilegio de la vida, de esta vida.

Se advertían señales de cultivo; troncos de árboles tronchados y cenizas de fogatas donde habían limpiado el terreno para labrarlo. Dejó de azuzar a la mula; sentía una extraña timidez... Una mujer salió de una cabaña, y miró cómo se arrastraba por el sendero, sobre la mula cansada. La diminuta aldea, apenas dos docenas de cabañas en torno de una plaza polvorienta, parecía hecha con un molde, pero era un

molde que le llegaba al corazón. Tenía la seguridad -confiaba en una bienvenida- de que por lo menos habría en ella alguna persona adicta que no lo entregaría. Cuando llegó, la mula volvió a sentarse; esta vez tuvo que tirarse al suelo para zafarse. Se levantó, y la mujer lo contempló como si fuera un enemigo.

-¡Ah, María! -exclamó el cura-, ¿cómo estás?

-Bien -dijo ella-. ¿Es usted, padre?

El hombre no la miraba directamente; sus ojos eran astutos y cautelosos. Dijo:

-¿No me reconociste?

-Ha cambiado mucho.

Lo miró de arriba abajo, con una especie de desprecio. Dijo:

-¿Cuándo consiguió esa ropa, padre?

-Hace una semana.

-¿Qué hizo con la suya?

-La cambié por ésta.

-¿Por qué? Era ropa buena.

-Estaba muy rota, y era demasiado llamativa.

-Yo la hubiera remendado y escondido. Es una pena. Ahora parece un hombre cualquiera.

El cura sonreía, con la vista baja, mientras ello lo reñía como un ama de llaves; era igual que antes, cuando había un presbiterio, y reuniones de las Hijas de María y de las cofradías, y las habladurías de la parroquia, salvo por supuesto que... Dijo amablemente, sin mirarla, con la misma sonrisa turbada:

-¿Cómo está Brígida?

Su corazón se estremeció ante el nombre; un pecado puede tener enormes consecuencias; hacía seis años que no volvía a... su casa.

-Está como todos nosotros. ¿Qué se imaginaba?

Era una satisfacción relacionada con su crimen; no tenía derecho de sentir placer por nada que se relacionara con aquel pasado. Dijo mecánicamente:

-Tanto mejor -mientras latía en su corazón su amor

secreto y aterrador-. Estoy muy cansado -agregó-. La policía andaba por Zapata...

-¿Por qué no se fue a Montecristo?

Alzó la vista con ansiedad; no era la bienvenida que él esperaba. Un grupito de gente se había reunido entre las cabañas, y lo contemplaba desde una distancia prudencial; había un pabelloncito ruinoso, para la banda de música, y un puesto de venta de gaseosas; la gente había sacado sus sillas a la puerta, para esperar la noche. Nadie se acercó a besarle la mano, ni a pedirle la bendición. Era como si por culpa de su pecado hubiera descendido al centro de la lucha humana, para aprender algo más que la desesperación y el amor: que un hombre puede no ser bienvenido hasta en su propia casa. Dijo:

-Allí estaban los Camisas Rojas.

-Bueno, padre -dijo la mujer-, no podemos echarlo. Será mejor que venga.

La siguió humildemente, pisándose los largos pantalones de peón; de su cara se había borrado la felicidad, y apenas había quedado la sonrisa, como sobreviviente de un naufragio. Había siete u ocho hombres, dos mujeres, media docena de criaturas; se presentó ante ellos como un mendigo. No podía dejar de recordar la última vez..., el entusiasmo, los odres de vino guardados en el suelo, en agujeros... Su culpa todavía era reciente; sin embargo, cómo lo habían agasajado. Era como si uno de ellos hubiera vuelto a su corrompida cárcel; un emigrado que retorna enriquecido a su lugar natal.

-Éste es el padre -dijo la mujer.

Tal vez no lo hubieran reconocido, pensó, esperando sus homenajes. Se acercaron uno por uno, le besaron la mano, y luego se retiraron para observarlo. Dijo:

-Me alegro de verlos...

Iba a decir "hijos míos", pero le pareció que sólo un hombre sin hijos puede llamar hijos suyos a los extraños. Los niños acudieron a besarle la mano, incitados por sus padres. Eran demasiado pequeños para recordar los tiempos en que los curas se vestían de negro y usaban cuellos eclesiásticos y tenían manos suaves, protectoras y llenas de autoridad; era evidente que se sentían engañados ante esas muestras de respeto hacia un aldeano como sus padres. No los miraba directamente, pero no por eso dejaba de observarlos con

atención. Había dos niñas, una criatura delgada y borrosa -de cinco o seis años, o tal vez siete, no podía saberse-, y otra a quien el hambre había agudizado hasta un aspecto de malicia y diablura que no correspondía a su edad. En los ojos de esta niña lo miraba ya una mujer madura. Los niños se dispersaron sin decir nada; eran desconocidos.

Uno de los hombres dijo:

-¿Se quedará mucho, padre?

-Tal vez -dijo-, si pudiera descansar... unos pocos días.

Otro de los hombres sugirió:

-¿No podría irse un poco más al Norte, padre, a Pueblita?

-Hace doce horas que viajamos, yo y la mula.

La mujer le tomó de pronto la palabra, irritada:

-Es claro que pasará la noche acá. Es lo menos que podemos hacer.

-Diré la misa para ustedes mañana por la mañana - prosiguió el cura, como queriendo sobornarlos; pero la expresión de desgano y timidez de aquellos rostros, evidenciaba lo infructuoso de su intento.

Alguien dijo:

-Si a usted no le importara, padre, muy tempranito... o mejor de noche...

-¿Qué les ocurre a todos ustedes? -dijo el cura-. ¿Por qué tienen tanto miedo?

-¿No se ha enterado?

-¿Enterado de qué?

-Ahora toman rehenes... en todas las aldeas donde creen que usted estuvo. Y si no dicen la verdad... lo fusilan... y luego se llevan otro rehén. Así ocurrió en Concepción.

-¿Concepción?

Uno de sus párpados comenzó a temblar, a subir y bajar, a subir y bajar; de un modo tan trivial suele expresar el cuerpo el horror, la ansiedad o la desesperación. Dijo:

-¿A quién?

Lo miraron estúpidamente. Insistió con furia:

-¿A quién asesinaron?

-A Pedro Montes.

Lanzó un aullido breve, como el de un perro; taquigrafía absurda del dolor. La niña-vieja se rió. El cura dijo:

-¿Por qué no me cogen a mí? Imbéciles. ¿Por qué no me cogen a mí?

La niñita volvió a reírse; la miró sin ver, como si sólo pudiera oír el sonido de la risa, pero no ver la cara. La felicidad había vuelto a morir, antes de tener tiempo de respirar; se sentía como una mujer con un hijo muerto antes del alumbramiento; mejor enterrarlo pronto, y olvidar, y empezar de nuevo. Tal vez el próximo viva.

-Ya ve, padre -dijo uno de los hombres-, por qué...

Se sentía como un culpable ante los jueces. Dijo:

-¿Preferirías que yo fuera como... como el padre José de la capital...? ¿No han oído hablar de él...?

Dijeron sin convicción:

-Claro que no, padre.

-¿Qué estoy diciendo? -exclamó el cura-. No es eso lo que ustedes desean, ni lo que yo deseo tampoco.

Secamente, con autoridad, agregó:

-Ahora me iré a dormir... Pueden despertarme una hora antes del alba... Media hora para confesarlos..., luego la misa, y me voy.

Pero ¿adónde? Ya no había una aldea en el Estado donde no fuera un peligro indeseable.

La mujer dijo:

-Por aquí, padre.

La siguió a un cuartito, donde todos los muebles estaban hechos con cajones: una silla, una cama de tablas clavadas y cubiertas con un colchón de paja, una canasta con un lienzo encima, y sobre el lienzo una lámpara de kerosene. Dijo:

-No quiero que nadie se quede sin cama por mi culpa.

-Es mi cuarto.

La miró dubitativamente:

-¿Dónde dormirás?

Temía otras exigencias. La vigilaba disimuladamente; ¿esto era el matrimonio, esta esquivéz y esta desconfianza y

este desasosiego? Cuando las personas se confesaban con palabras tan apasionadas, ¿se referían solamente a esto, a la cama dura y a la mujer atareada y el no mencionar el pasado...?

-Cuando se haya ido.

La luz se volvía horizontal detrás de la selva, y las largas sombras de los árboles se acercaban a la puerta. El cura se acostó en la cama; la mujer se afanaba en una ocupación invisible; la oía arañar la tierra del piso. No podía dormir. ¿Sería su deber huir? Varias veces había tratado de escaparse, pero siempre se lo habían impedido; ahora querían que se fuera. Nadie lo detendría para decirle que una mujer estaba enferma o un hombre agonizante. Ahora era una enfermedad.

-María -dijo-, María, ¿qué haces?

-Tengo un poco de aguardiente escondido para usted.

Pensó: “Si me voy, me encontraré con otros curas; me confesaré; me sentiré contrito y me perdonarán; la vida eterna comenzará nuevamente para mí. La Iglesia enseña que el primer deber del hombre es salvar su propia alma.” Las ideas más simples del infierno y del cielo poblaban su cerebro; esa vida sin libros, sin contacto con gente educada había borrado todo de su memoria, excepto el esquema más simple de los misterios.

-Ahí tiene -dijo la mujer.

Traía una botellita de remedio, llena de alcohol.

Abandonándolos, se salvaba; y ellos se verían libres de su ejemplo; era el único cura que esos niños habían visto jamás. En él se basarían para imaginar toda una religión. Pero también era de él de quien recibirían a Dios... en sus bocas. Si él se iba, Dios dejaba de existir en todo ese espacio entre el mar y las montañas. ¿No era su obligación quedarse, aunque lo despreciaran, aunque los mataran por su culpa, aunque su ejemplo los corrompiera? La enormidad del problema lo abrumaba; se tapó los ojos con las manos; en ninguna parte, en toda esa región llana y pantanosa, había una sola persona que pudiera aconsejarlo. Se llevó la botella de aguardiente a la boca.

Dijo tímidamente:

-Y Brígida... ¿está bien...?

-Acaba usted de verla.

-¡No!

No podía creer que no la había reconocido. Era como burlarse de su pecado mortal; uno no puede hacer una cosa así, y después ni siquiera reconocer...

-Sí, estaba allí afuera.

María se acercó a la puerta y llamó:

-¡Brígida, Brígida!

El cura se volvió de costado; la miró mientras llegaba desde un paisaje externo de terror y lujuria; era la niñita maliciosa que se había reído de él.

-Ve, háblale al padre -dijo María-. ¡Vamos!

El cura trató de esconder la botella de aguardiente, pero no había dónde... Trató de achicarla entre sus manos, mientras contemplaba a la niña, y sentía la conmoción del amor humano.

-Sabe el catecismo -dijo María-, pero no quiere decirlo...

La niña se quedó contemplándolo con una mirada perspicaz y despreciativa. No la habían concebido por amor; sólo el temor y la desesperación y media botella de aguardiente y la sensación de soledad lo habían impelido a una acción que lo horrorizaba; y este amor asustado, desvergonzado e irresistible era la consecuencia. Dijo:

-¿Por qué no? ¿Por qué no quieres decirlo? -dirigiéndole miradas subrepticias, sin atreverse a sostener su mirada, mientras el corazón le latía desordenadamente en el pecho, como un viejo motorcito de bomba, con el deseo frustrado de salvarla de... de todo.

-¿Por qué había de decirlo?

-A Dios le place.

-¿Cómo lo sabe usted?

Tuvo conciencia de una carga inmensa de responsabilidad; no difería del amor. "Esto", pensó, "debe de ser lo que sienten todos los padres; esos hombres vulgares que se pasan la vida haciendo cruces con los dedos, rezando para evitar el dolor, asustados... Esto es lo que eludimos sin mayor inconveniente, sacrificando un mero impulso del cuerpo". Durante años, por supuesto, se había sentido responsable de las almas, pero aquello era tan diferente..., era más soportable. Uno podía confiar en la indulgencia de Dios, pero no podía confiar en la indulgencia de la viruela, del hambre, de los hombres... Dijo:

“Querida”, apretando más la botella entre las manos... La había bautizado cuando su última visita; en esa época parecía una muñeca de trapos, de cara envejecida y arrugada; no era probable que viviera mucho... Sólo había sentido cierta pena; era difícil sentir vergüenza donde nadie le reprochaba nada. La mayoría de ellos no había conocido otro cura; él les daba la pauta del sacerdocio. Hasta a las mujeres.

-¿Usted es el gringo?

-¿Qué gringo?

La mujer exclamó:

-¡Qué criatura más tonta! Es porque la policía estuvo buscando un hombre.

Parecía extraño que buscaran a alguien que no era él.

-¿Qué había hecho?

-Es un yanqui. Mató a algunas personas, en el Norte.

-¿Y por qué lo buscaban aquí?

-Piensan que se dirige a Quintana Roo, las plantaciones de chicle.

Así terminaban muchos criminales en Méjico; se podía trabajar en una plantación y ganar bastante y nadie se metía con nadie.

-¿Usted es el gringo? -repitió la niña.

-¿Parezco un asesino?

-No sé.

Si se iba del Estado, también a ella la dejaría abandonada. Dijo humildemente a la mujer:

-¿No podría quedarme unos cuantos días aquí?

-Es demasiado peligroso, padre.

Descubrió en los ojos de la niña una mirada que lo atemorizó; volvía a aparecer en ellos la mujer madura, una mujer que sabía demasiado, que preparaba sus planes. Su pecado mortal lo miraba desde esos ojos, sin contricción. Trató de establecer algún contacto con la niña, y eludir a la mujer; le dijo:

-Queridita, dime ¿a qué te gusta jugar...?

La criatura se rió burlonamente. El cura desvió rápidamente la mirada y se quedó contemplando el techo, donde

una araña se desplazaba. Recordó un proverbio; surgía de las reconditeces de su propia infancia: su padre solía decirlo. “El mejor olor es el del pan, el mejor sabor el de la sal, el mejor cariño, el de los niños”. Había sido una infancia feliz, aunque demasiadas cosas le inspiraban temor, y odiaba la pobreza como un crimen; creía que en cuanto se recibiera de cura sería rico y orgulloso; a eso lo llamaban tener vocación. Pensó en la distancia inconmensurable que puede recorrer un hombre, desde su primer trompo hasta esa cama, donde ahora yacía aferrado al aguardiente. Y para Dios sólo era un momento. La burla de esa criatura y el primer pecado mortal estaban tan próximos entre sí como dos parpadeos de un ojo. Extendió la mano como si pudiera alejar a la niña, por la fuerza, de... de algo; pero era impotente; tal vez no habían nacido todavía el hombre o la mujer que algún día completarían su corrupción; ¿cómo protegerla de lo inexistente?

La niña se alejó, donde no podía alcanzarla, y le sacó la lengua. La mujer dijo:

-¡Diablillo! -y alzó la mano.

-No -dijo el cura-. No.

Se incorporó, hasta quedar sentado.

-No te permito... -exclamó.

-Soy su madre.

-No tenemos ningún derecho.

Y dijo a la criatura:

-Si tuviera algunos naipes te mostraría alguna prueba. Podrías enseñársela a tus amiguitos...

No había sabido nunca hablar a los niños, sino desde el púlpito. La niña lo miró fijamente, con insolencia. El cura dijo:

-¿Sabes transmitir mensajes con golpecitos... uno largo, uno corto, uno largo...?

-¿De qué está hablando, padre? -exclamó la mujer.

-Es un juego de niños. Yo sé.

Y preguntó a la pequeña:

-¿Tienes amiguitos?

La criatura volvió a reírse, maliciosamente. Su cuerpecito de siete años era como el de un enano; ocultaba una horrible madurez.

-Vete de aquí -dijo la mujer-. Vete antes que yo te enseñe...

Hizo un último ademán procaz y malicioso, y se fue; tal vez para siempre, pensó él. Uno no siempre se despide de los que ama junto a un lecho de muerte, en una atmósfera de tranquilidad y de incienso. Dijo:

-Me pregunto qué podemos enseñarle *nosotros*...

Pensó en su propia muerte, en la vida de su hija, imprevisible; tal vez para él el infierno fuera contemplar cómo, poco a poco, a lo largo de lentos años de envilecimiento, ella se le acercaba, compartía su debilidad como la tuberculosis... Se recostó en la cama, y alejó la vista de la luz expirante; parecía dormir, pero estaba perfectamente despierto. La mujer se dedicaba a sus pequeñas tareas; cuando el sol se puso, aparecieron los mosquitos, que se abalanzaban infaliblemente a través de los aires hacia el objetivo, como cuchillos de marinero.

-¿Le pongo un mosquitero, padre?

-No. No importa.

En los últimos diez años había tenido tantos ataques de fiebre que había perdido la cuenta; ya no se preocupaba; venían y se iban, y todo seguía igual; formaban parte de su ambiente.

Luego, la mujer salió de la cabaña; oyó su voz, que charlaba afuera con otras mujeres. Se sentía sorprendido y un poco aliviado por su capacidad de acomodación; una vez, durante cinco minutos, siete años atrás, habían sido amantes; si podía darse ese nombre a una relación en la que la mujer no lo había llamado nunca por su nombre de pila; para ella sólo era un incidente, un rasguño que se cura completamente en la carne sana; hasta se sentía orgullosa de haber sido la mujer del cura. Él sólo conservaba la herida, como si todo un mundo hubiera terminado.

Fuera, estaba oscuro; todavía no se veían indicios del alba. Quizás había unas dos docenas de personas sentadas en el piso de tierra de la cabaña más grande, mientras él les predicaba. No podía verlos con precisión; las bujías, sobre el cajón, humeaban serenamente hacia arriba; la puerta estaba cerrada y no había corrientes de aire. Hablaba del cielo, de pie entre los aldeanos y las velas, con sus andrajosos pantalones

de peón y la camisa desgarrada. Refunfuñaban y se movían, inquietos; el cura sabía que deseaban que la misa terminara de una vez; lo habían despertado muy temprano, porque había rumores de policías...

Decía:

-Uno de los Padres nos dice que la alegría siempre depende del dolor. El dolor es una parte de la alegría. Tenemos hambre, y pensamos cómo gozaremos con la comida. Tenemos sed...

Se interrumpió de pronto, escudriñando la sombra con la mirada, esperando la risa cruel que no llegaba. Prosiguió:

-Nos negamos ciertas cosas para poder gozarlas. Habrán oído hablar de los ricos, en el Norte, que comen comidas saladas, para así tener sed..., para lo que ellos llaman el *cocktail*. También el casamiento es precedido por el largo noviazgo...

Se interrumpió otra vez. Sentía su propia indignidad, como un peso sobre la lengua. Una bujía se doblaba en el inmenso calor nocturno, y esparció un olor a cera caliente; la gente cambiaba de posición sobre el suelo duro, en la sombra. El olor a seres sucios luchaba con el de la cera. Exclamó obstinadamente, con voz autoritaria:

-Por eso les digo que el cielo está aquí; ésta es una parte del cielo, así como el dolor es una parte del placer.

Prosiguió:

-Rueguen que los hagan sufrir más y más y más. No se cansen de sufrir. La policía que los vigila, los soldados que cobran los impuestos, los golpes que reciben de manos del jefe porque son demasiado pobres para pagar, el hambre, la viruela y la fiebre... todo eso forma parte del cielo; es la preparación. Tal vez sin ellos (¿quién podría saberlo?) no pudieran gozar tanto del cielo. El cielo no sería completo. Y el cielo... ¿Qué es el cielo?

Frases literarias de lo que ahora parecía ser totalmente otra vida, la vida estricta y tranquila del seminario, se confundían en su lengua; los nombres de piedras preciosas; Jerusalén, la dorada. Pero esa gente nunca había visto el oro.

Prosiguió, un poco dificultosamente:

-El cielo es donde no hay jefes, ni leyes injustas, ni

impuestos, ni soldados, ni hambre. Sus hijos no se morirán en el cielo.

La puerta de la cabaña se abrió, y entró subrepticamente un hombre. Fuera del círculo de luz de las bujías, se oyó un murmullo.

-Allá no sentirán nunca temor... ni inquietud. No hay Camisas Rojas. Nadie envejece. La cosecha no se malogra nunca. ¡Oh!, es fácil decir todo lo que no hay en el cielo; pero lo que hay, es Dios. Eso es más difícil. Nuestras palabras sirven para describir lo que percibimos con los sentidos. Decimos “la luz”, pero pensamos en el sol, “amor”...

No era fácil concentrarse; la policía no estaba lejos. Ese hombre, probablemente, había traído noticias.

-“Amor” puede significar una criatura...

La puerta volvió a abrirse; pudo ver un nuevo día que se diseñaba afuera, como una pizarra gris. Una voz le susurró con urgencia:

-¡Padre!

-¿Sí?

-La policía se acerca; están apenas a una milla de distancia; vienen por la selva.

Esto era lo habitual; el sermón incomprendido, el final precipitado, la posibilidad del dolor que se interponía entre su alma y su fe. Dijo con obstinación:

-Sobre todo, recuerden esto: el cielo está aquí.

¿Venían a caballo o a pie? Si venían a pie, todavía le quedaban veinte minutos para terminar la misa y esconderse.

-Ahora mismo, por ejemplo, en este mismo instante, el miedo de ustedes y el mío forman parte del cielo, donde no habrá nunca más miedo, eternamente.

Les dio la espalda y empezó a recitar rápidamente el Credo. Una vez había sentido un verdadero pavor físico al acercarse al Canon; la primera vez que había consumido el cuerpo y la sangre de Dios estando en pecado mortal; pero después, la vida creó sus propias excusas; después de un tiempo, ya no le pareció tan importante condenarse o no a sí mismo, siempre que esos otros...

Besó la tapa del cajón y se volvió para bendecir... En esa escasa luz podía ver apenas dos hombres arrodillados, con los

brazos extendidos en cruz; seguirían en esa posición mientras no terminara la consagración, una mortificación más en sus duras y penosas vidas. Se sintió humillado por el dolor que esos hombres vulgares soportaban voluntariamente; él lo soportaba por obligación.

-¡Oh Señor, he amado la hermosura de tu casa...!

Las bujías humeaban y la gente se acercaba de rodillas; una absurda felicidad surgió en él, nuevamente; luego retornó la inquietud; como si le hubieran permitido contemplar desde afuera la población del cielo. El cielo debía contener justamente esos rostros asustados y hambrientos y obedientes. Durante unos segundos sintió la inmensa satisfacción de poder hablarles del sufrimiento sin hipocresía; es difícil para el cura bien cuidado y alimentado elogiar la pobreza. Empezó el Memento por los vivos; la larga lista de los Apóstoles y Mártires parecía una procesión de pasos: Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono; pronto la policía llegaría al claro donde la mula se le había sentado, donde él se había lavado en el charco. Las palabras latinas se atropellaban en su lengua presurosa; sentía la impaciencia que lo rodeaba. Empezó la Consagración (hacía mucho tiempo que se le habían terminado las obleas, ahora era un trozo de pan del horno de María); la impaciencia desapareció bruscamente; con el tiempo, todo se volvía rutina, menos esto:

-El cual el día de su Pasión tomó el pan con sus santas y venerables mano y...

Viniera quien viniera por el sendero de la selva, nadie se movía allí dentro.

-Hoc est enim Corpus Meum.

Oía el suspiro de los pechos aliviados; Dios había cobrado cuerpo ante ellos por primera vez después de seis años. Cuando alzó la Hostia se imaginó las caras ansiosas, como perros famélicos. Comenzó la consagración del vino, en una copa rota. Era una capitulación más; durante dos años había llevado un cáliz consigo; una vez casi le costó la vida, pero el oficial que le abrió el portafolio resultó ser católico. También pudo haberle costado la vida al oficial, si alguien hubiera descubierto la infracción; no lo sabía; se paseaba por todas partes, suscitando Dios sabía cuántos mártires, en Concepción o en otra parte, cuando él mismo carecía de la gracia suficiente para morir.

La consagración fue silenciosa; no sonó ninguna campanilla. Se arrodilló ante el cajón, exhausto, sin rezar. Alguien abrió la puerta; una voz susurró con urgencia:

-Ya están aquí.

Entonces no venían a pie, pensó vagamente. En alguna parte, en medio de la absoluta inmovilidad del alba, a menos de un cuarto de milla de distancia, un caballo relinchó.

Se incorporó; María estaba a su lado.

-El mantel, padre -le dijo-, deme el mantel.

Se metió apresuradamente la Hostia en la boca, y bebió el vino; había que evitar la profanación; el mantel desapareció del cajón. María pellizcó los pabilos de las velas para que no dieran olor; la habitación ya estaba vacía; sólo el dueño de casa permanecía junto a la puerta, esperándolo, para besarle la mano; a través de la puerta, el mundo parecía débilmente visible; un gallo cantó en la aldea.

María dijo:

-Venga pronto a casa.

-Sería mejor que me fuera -no tenía ningún plan-convendría que no me encontraran aquí.

-Ya rodearon la aldea.

“¿Será esto el fin, después de todo?”, se preguntó el cura. En alguna parte, el miedo acechaba para saltar sobre él, pero todavía no lo sentía. Siguió a la mujer, deslizándose por la aldea hasta la cabaña, murmurando de paso, mecánicamente, un acto de contrición. Se preguntó cuándo empezaría el miedo; lo había sentido la vez que el policía le abrió el portafolio, pero de eso hacía mucho tiempo. Había sentido miedo, escondido en el granero, entre las bananas, oyendo a la niña que discutía con el oficial; de eso hacía apenas unas semanas. El miedo, sin duda, podía empezar en cualquier momento. No había todavía señales de la policía; sólo la mañana gris, los pollos y los pavos que se desperezaban, bajando de las ramas de los árboles donde habían pasado la noche. Nuevamente cantó el gallo. Si tomaban tantas precauciones, debían de saber sin lugar a dudas que se encontraba allí. Era realmente el fin.

María lo tironeó.

-Entre. Pronto. Acuéstese.

Tal vez tenía alguna idea; las mujeres eran

asombrosamente prácticas; construían inmediatamente nuevos planes, sobre las ruinas de los viejos. Pero ¿para qué? María dijo:

-A ver su aliento. ¡Oh, Dios!, cualquiera se da cuenta de que usted ha tomado vino... ¿de dónde lo íbamos a sacar nosotros?

Ella había vuelto a entrar; un extraño alboroto en medio de la paz y el silencio del alba. De pronto, a unos cien metros de distancia, un oficial a caballo emergió de la selva. En ese silencio absoluto, se podía oír el crujido de la funda de su revólver, cuando se volvió para hacer una seña a los demás.

Rodeando la aldea apareció la policía; debían de haber marchado a toda prisa, pues sólo el oficial tenía caballo. Fusil en mano, se acercaron al grupito de cabañas; una demostración de fuerzas exagerada y más bien absurda. Uno de los hombres arrastraba la venda de la polaina; probablemente se le había enganchado en la selva. La pisó, y cayó, con un gran estrépito de cartucheras; el jinete miró en torno, y luego volvió su cara amarga y furiosa hacia las silenciosas cabañas.

La mujer llamaba al cura desde el interior. Le dijo:

-Muerda esto. Pronto. No hay tiempo...

Dio la espalda a la policía que avanzaba, y entró en la oscuridad de la habitación. María tenía en la mano una cebolla cruda.

-Muérdala -le dijo.

La mordió, y empezó a llorar.

-¿No es mejor así? -Dijo ella.

El cura oía los cascos del caballo que avanzaba cauteloso entre las cabañas.

-Es horrible -dijo con una risita.

-Démela.

La hizo desaparecer entre sus ropas; era una treta que al parecer todas las mujeres conocían. El cura dijo:

-¿dónde está mi portafolio?

-No se preocupe por su portafolio. Métase en la cama.

Pero inmediatamente un caballo obstruyó el vano de la puerta; vieron una pierna, una bota de montar; una brillante hebilla de bronce; una mano enguantada descansaba sobre el

pomo de la montura. María le puso una mano sobre el brazo; era lo más parecido a un ademán de afecto que le había visto jamás; entre ellos, el afecto era tabú. Una voz gritó:

-Salgan todos.

El caballo piafó, y se levantó una columna de polvo.

-Vamos, salgan, les digo.

En alguna parte sonó un tiro. El cura salió de la cabaña.

Ya había despuntado el día; algunas plumas livianas de color ascendían por el cielo; un hombre apuntaba todavía hacia arriba, y una nubecilla de humo gris flotaba en la punta del arma. ¿Así empezaría la agonía?

Los aldeanos emergían desganadamente de las cabañas; las criaturas adelante; sentían curiosidad, y no miedo. Los hombres y las mujeres ya tenían un aire de personas condenadas por la autoridad; la autoridad no se equivocaba nunca. Ninguno de ellos miraba al cura. Contemplaban fijamente el suelo, y esperaban; sólo las criaturas se interesaban por el caballo; les parecía lo más importante de todo.

El teniente dijo:

-Registren las cabañas.

El tiempo pasaba muy lentamente, hasta el humo del tiro parecía flotar en el aire un tiempo irracional. Algunos cerdos salieron gruñendo de una choza; un pavo macho se adelantó con maligna dignidad hasta el centro del círculo, esponjando las plumas polvorientas y agitando la larga membrana rosada del pico. Un soldado se acercó al teniente y esbozó una venia. Dijo:

-Están todos.

-¿No encontró nada sospechoso?

-No.

-Entonces revise todo de nuevo.

Otra vez el tiempo se detuvo, como un reloj roto. El teniente sacó su cigarrera, titubeó, y volvió a guardarla. Nuevamente se acercó el policía e informó:

-Nada.

El teniente ladró:

-¡Atención! ¡Escúchenme todos!

El círculo de policías se cerró un poco más, empujando a

los aldeanos hacia el centro, hasta formar un grupito frente al teniente; sólo los niños quedaron en libertad. El cura vio a su hija junto al caballo del teniente; llegaba a la altura de la bota; la niña extendió la mano y tocó el cuero.

El teniente dijo:

-Estoy buscando a dos hombres; uno es un gringo, un yanqui, un asesino. Veo perfectamente que no está aquí. Hay una recompensa de quinientos pesos por su captura. Abran bien los ojos.

Se interrumpió y los recorrió con la mirada; el cura sintió que ésta se detenía en él; como los demás, miró hacia el suelo.

-El otro -prosiguió el teniente- es un cura.

Alzó más la voz.

-Ya saben lo que eso significa: traidor a la República. Cualquiera que lo encubra es también un traidor.

La inmovilidad de toda esa gente parecía irritarlo. Dijo:

-Son unos imbéciles si creen lo que les dicen los curas. Lo único que quieren es su dinero. ¿Qué hizo Dios por ustedes? ¿Les dio bastante de comer? Sus hijos ¿tienen bastante de comer? En vez de comida, les hablan del cielo. ¡Oh, todo será muy lindo cuando estén muertos!, dicen ellos. Yo les digo que todo será muy lindo cuando se mueran ellos, y ustedes tienen que ayudarme.

La criatura había puesto la mano sobre la bota. El teniente bajó la mirada hacia ella, con oscuro afecto. Dijo con convicción:

-Esta criatura vale más que el Papa de Roma.

Los policías se apoyaban sobre sus fusiles; uno de ellos bostezó; el pavo se volvió, asustado, hacia las cabañas. El teniente agregó:

-Si han visto a este cura, hablen. Hay una recompensa de setecientos pesos...

Nadie habló.

El teniente hizo girar la cabeza del caballo hacia ellos; les dijo:

-Sabemos que está en este distrito. Tal vez se hayan enterado de lo que le pasó a un hombre en Concepción.

Una de las mujeres empezó a llorar. El teniente dijo:

-Acérquense... uno por uno... y vayan diciéndome cómo se llaman. No, las mujeres no; los hombres.

Se colocaron hoscamente en fila, y el teniente los interrogó:

-¿Cómo se llama usted? ¿En qué trabaja? ¿Casado? ¿Cuál es su mujer? ¿Ha oído hablar de este cura?

Sólo quedaba un hombre entre el cura y la cabeza del caballo. El sacerdote recitaba en silencio y mecánicamente un acto de contrición, sin prestarle mayor atención:

“...de todo corazón de haberos ofendido, pésame por el infierno que merecí y por el cielo que perdí...”

Se encontró frente al teniente.

“...y propongo firmemente no pecar más...”

Era una formalidad, porque hay que estar preparado; era como un testamento; y quizás igualmente inútil.

-¿Cómo se llama?

El nombre del mártir de Concepción vino a su mente. Dijo:

-Montes.

-¿No ha visto nunca a ese cura?

-No.

-¿En qué se ocupa usted?

-Cultivo la tierra.

-¿Está casado?

-Sí.

-¿Cuál es su mujer?

María intervino de pronto:

-Soy yo. ¿Por qué hace tantas preguntas? Acaso se cree que *él* es el cura?

El teniente examinaba algo en el pomo de su montura; parecía ser una fotografía vieja.

-A ver las manos -dijo.

El cura alzó las manos; estaban tan curtidas como las de un labriego. De pronto, el teniente se agachó sobre la montura para sentirle el aliento. Entre los aldeanos reinaba un silencio completo; un silencio peligroso, porque parecía sugerir al

teniente cierto recelo... Volvió a mirar la cara demacrada y barbuda, y otra vez la fotografía.

Muy bien -dijo-, el siguiente.

Pero cuando el cura se hacía a un lado, agregó:

-Espere.

Bajó la mano hasta la cabeza de Brígida y le tiró afectuosamente las crenchas negras y duras. Le dijo:

-Oye. Tú conoces a todos los de esta aldea ¿no es cierto?

-Sí -dijo ella.

-Entonces dime ¿quién es este hombre? ¿Cómo se llama?

-No sé -dijo la criatura.

El teniente contuvo el aliento.

-¿No sabes cómo se llama? -preguntó-. ¿Es un forastero?

María exclamó:

-Pero si esa criatura ni siquiera sabe cómo se llama ella. Pregúntele quién es su padre.

-¿Quién es tu padre?

La niña alzó la vista hacia el teniente, y luego volvió los ojos maliciosos hacia el cura...

"...por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa...", repetía éste mentalmente, con los dedos en cruz, para que le trajera suerte. La criatura dijo:

-Éste. Es éste.

-Muy bien -dijo el teniente-. El próximo.

El interrogatorio continuó: ¿Nombre? ¿Trabajo? ¿Casado?, mientras el sol aparecía sobre la selva. El cura permanecía con las manos cruzadas sobre el vientre; otra vez la muerte había sido postergada; sentía una enorme tentación de precipitarse hacia el teniente y entregarse: "Yo soy el que buscan". ¿Lo fusilarían inmediatamente? Una ilusoria promesa de paz lo tentaba. En lo alto del cielo, un gavián vigilaba; desde esa altura debían de parecer dos grupos de animales carnívoros que en cualquier momento podían romper hostilidades, y por eso, como un puntito negro, esperaba la carroña. Pero la muerte no era el término del dolor; creer en la paz definitiva era una especie de herejía.

El último hombre declaró.

El teniente dijo:

-¿Nadie quiere ayudarnos?

Permanecieron todos silenciosos, junto al ruinoso pabellón de la banda de música. El teniente prosiguió:

-Ya saben lo que pasó en Concepción. Tomé un rehén... y cuando descubrí que el cura había estado por allí, lo coloqué contra el árbol más próximo. La descubrí, porque siempre hay alguno que cambia de idea; tal vez porque alguien estaba enamorado de la mujer de este hombre, y quería sacarlo del medio. No es mi oficio averiguar los motivos. Sólo sé que encontramos vino en Concepción... Tal vez hay alguien en esta aldea que desea la parcela de tierra o la vaca del vecino. Es mucho más seguro hablar ahora. Porque también me llevaré un rehén de aquí.

Hizo una pausa. Luego siguió:

-Ni siquiera hace falta hablar, si está aquí entre ustedes. Basta con que lo miren. Así nadie sabrá quién fue el que lo delató. Tampoco lo sabrá él, por si tienen miedo de sus maldiciones. Ésta es la última oportunidad que tienen.

El cura miró al suelo; no quería que resultara demasiado embarazoso delatarlo.

-Muy bien -dijo el teniente-; entonces, elegiré al rehén. Ustedes se lo buscaron.

Se quedó observándolos, sin bajar del caballo; uno de los policías había apoyado el fusil en el pabellón, y se envolvía la polaina. Los aldeanos seguían mirando el suelo; todos tenían miedo de mirarlo. Estalló repentinamente:

-¿Por qué no confían en mí? No quiero que ninguno de ustedes muera. Para mí, ustedes valen mucho más que él, ¿entienden? Quiero que alguna vez tengan -e hizo un ademán que resultó inútil porque nadie lo miraba- todo.

Agregó con voz opaca:

-Usted. Usted, allí. Véngase conmigo.

Una mujer gritó:

-¡Éste es mi hijo! ¡Es Miguel! ¡No pueden llevarse a mi hijo!

El teniente dijo sin expresión:

-Ya sé que aquí todos son el hijo o el marido de alguien.

El cura se quedó callado, con las manos entrelazadas; a medida que las apretaba, los nudillos palidecían..., sentía nacer el odio en torno de él. Porque no era ni el hijo ni el marido de nadie. Dijo:

-Teniente...

-¿Qué quiere?

-Ya no soy tan joven, y no sirvo más para labrar la tierra. Lléveme a mí.

Una piara de cerdos salió corriendo del fondo de una choza, sin hacer caso de nadie. El soldado terminó de colocarse la polaina, y se incorporó. La luz del sol, que asomaba sobre la selva, centelleaba en las botellas de gaseosa.

El teniente dijo:

-Estoy eligiendo un rehén, y no ofreciendo comida y alojamiento gratis a los ociosos. Si no sirve para el campo, no sirve como rehén.

Dio una orden.

-Aten las manos de ese hombre, y tráiganlo.

La policía no tardó en irse; se llevaron dos o tres pollos, un pavo, y al hombre que se llamaba Miguel. El cura dijo:

-Hice lo que pude.

Luego agregó:

-Les corresponde a *ustedes* delatarme. ¿Qué quieren que haga yo? A mí me corresponde no dejarme atrapar.

Uno de los hombres dijo:

-Está bien, padre. Sólo quisiéramos que tenga cuidado... de no dejar nada de vino... como hizo en Concepción.

Otro dijo:

-Es inútil que se quede, padre. Al final lo cogerán. No se olvidarán más de su cara. Le conviene irse al Norte, a las montañas. Cruzar la frontera.

-Del otro lado de la frontera hay un Estado muy bueno - dijo una mujer-. Allí tienen iglesias. Nadie puede entrar en ellas, naturalmente; pero por lo menos están. Hasta he oído decir que en las ciudades hay curas. Un primo mío fue una vez a Las Casas, del otro lado de las montañas, y oyó misa en una casa, con un verdadero altar, y el cura vestido como en los buenos tiempos. Allí sería feliz, padre.

El cura siguió a María dentro de la cabaña. La botella de aguardiente estaba sobre la mesa; la tocó con los dedos... no quedaba gran cosa. Dijo:

-¿Mi portafolio, María? ¿Dónde está?

-Es demasiado peligroso seguir llevando eso -dijo María.

-¿Y cómo llevaré el vino?

-No hay más vino.

-¿Qué quieres decir?

-No quiero que le suceda nada ni a usted ni a ningún otro -dijo la mujer-. Rompí la botella. Aunque me traiga una maldición...

El hombre dijo suave y tristemente:

-No debes ser supersticiosa. No era más que... vino. No hay nada sagrado en el vino. Sólo que aquí es difícil obtenerlo. Por eso guardaba una reserva en Concepción. Pero la encontraron.

-Espero que ahora se vaya... que se vaya para siempre. Ya no sirve de nada a nadie -dijo la mujer cruelmente-. ¿No comprende, padre? No lo queremos más.

-¡Oh, sí! -dijo él-. Comprendo. Pero no se trata de lo que ustedes quieren, o de lo que yo quiera...

María le replicó ferozmente:

-Sé lo que son las cosas. Yo fui a la escuela. No soy como éstos, una ignorante. Sé que usted es un mal cura. Esa vez que estuvimos juntos... Apuesto que no fue lo único malo que ha hecho. He oído decir ciertas cosas, se lo aseguro. ¿Cree que Dios le iba a admitir ese sacrificio a usted, a un cura borracho como usted?

El hombre permanecía pacientemente frente a la mujer, como antes frente al policía, escuchando. No había pensado que esa mujer fuera capaz de razonar de esa manera. María agregó:

-Suponiendo que se muriera. Sería un mártir ¿no es verdad? Pero ¿qué clase de mártir? Toda la gente se burlaría de la religión.

No se le había ocurrido que alguien pudiera considerarlo un mártir. Dijo:

-Es difícil. Muy difícil. Lo pensaré. No quisiera que se burlaran de la Iglesia...

-Entonces, piénselo del otro lado de la frontera...

-Bueno...

La mujer prosiguió:

-Cuando pasó lo que usted sabe, yo estaba orgullosa. Pensé que los buenos tiempos volverían alguna vez. Y no cualquiera es la mujer de un cura. Y la criatura..., pensé que usted haría mucho por ella. Pero ahora, por lo que puede hacer, daría lo mismo que fuera un ladrón...

El hombre contestó vagamente:

-Ha habido muchos ladrones buenos.

-Por Dios, tome este aguardiente y váyase.

-Había una cosa -dijo-. En mi valija, había algo...

-Vaya entonces a buscarla al muladar. No quiero volver a tocarla.

-¿Y la pequeña? -dijo él-; eres una buena mujer, María. Quiero decir, que tratarás de criarla como se debe..., como a una buena cristiana.

-Nunca servirá para nada, eso puede verlo usted mismo.

-No puede ser tan mala... a su edad -imploró él.

-Seguirá siendo como empezó.

El cura agregó:

-La próxima misa que diga será para ella.

La mujer ni siquiera escuchaba. Sólo dijo:

-Es mala por donde la busquen.

Entre la cama y la puerta, el hombre verificaba la muerte paulatina de la fe; pronto la misa no significaría nada para nadie, apenas lo que significa un gato negro que se nos cruza por el camino. Arriesgaba todas esas vidas por un poco de sal derramada, o dos dedos cruzados. Empezó a decir:

-Mi mula...

-Le están dando maíz.

La mujer agregó:

-Le conviene irse hacia el Norte. Ya no hay nada que hacer por el Sur.

-Pensé que tal vez en Carmen...

-También está vigilado.

-¡Oh, bueno...! -dijo tristemente-. Tal vez algún día...

cuando las cosas mejoren...

Hizo la señal de la cruz, y la bendijo, pero la mujer permaneció impacientemente inmóvil, ante él, deseando que se fuera para siempre.

-Bueno, adiós, María.

-Adiós.

Atravesó la plaza con las espaldas encorvadas; sentía que no había en la aldea un alma que no lo viera irse con satisfacción; era el perturbador, a quien por motivos oscuros y supersticiosos, preferían no delatar; sentía envidia del gringo desconocido, a quien no titubearían en tender una trampa; él, por lo menos, no se veía obligado a arrastrar consigo la carga de la gratitud.

Más allá de una pendiente marcada por los cascotes de las mulas, y erizada de raíces de árboles, estaba el río; apenas tenía dos pies de profundidad, y rebosaba de latas vacías y botellas rotas. Debajo de un cartel colgado de un árbol, que rezaba: "Está prohibido arrojar basuras...", todas las de la aldea se amontonaban y descendían paulatinamente hacia el agua, que las arrastraba. Puso un pie entre las latas viejas y las hierbas podridas, y alcanzó el portafolio. Suspiró; había sido una valijita de mano bastante buena; una reliquia más del tranquilo pasado... Pronto sería difícil recordar que la vida no había sido siempre como ahora. La cerradura había sido arrancada con violencia; palpó el forro de seda del interior...

Allí estaban los papeles; con pena, dejó caer el portafolio; toda una juventud importante y respetada, caída entre las latas; se lo habían regalado sus feligreses de Concepción, para el quinto aniversario de su ordenación... Alguien se movió detrás de un árbol. Sacó el pie de la basura... las moscas zumbaban alrededor de sus tobillos. Con los papeles ocultos en el puño, rodeó el tronco para ver quién lo espiaba... La niña estaba sentada en una raíz, pateando la corteza con los talones. Tenía los ojos fuertemente cerrados. El cura dijo:

-Querida, ¿qué te pasa...?

Se abrieron rápidamente, enrojecidos y coléricos, con una expresión de absurdo orgullo.

La niña dijo:

-Usted... usted...

-¿Yo?

-Sí, de usted se trata.

Se acercó a ella con infinita cautela, como si se tratara de un animal espantadizo. Se sintió enternecido hasta la debilidad. Dijo:

-Querida, ¿por qué de mí?

La criatura contestó con furia:

-Se ríen de mí.

-¿Por mi culpa?

-Todos los demás tienen un padre... que trabaja -dijo la niña.

-Yo también trabajo.

-Usted es un cura, ¿no es cierto?

-Sí.

-Pedro dice que usted no es un hombre. Que no sirve para las mujeres. No sé qué quiere decir -agregó.

-Supongo que tampoco él lo sabe.

-¡Oh, sí, él sabe! -contestó ella-. Tiene diez años. Y yo quiero saberlo también. Se va, ¿no es cierto?

-Sí.

Volvió a asombrarle la madurez de la criatura, cuando ella borró de sus labios la sonrisa; una de las tantas de su amplio y variado repertorio.

-Dígame... -suplicó seductoramente la niña.

Estaba sentada en la raíz del árbol, junto al muladar, con un aire de abandono. El mundo ya estaba alojado en su corazón, como la manchita de la podredumbre en un fruto. Estaba desamparada..., no tenía ninguna gracia, ningún encanto que abogara por ella; el corazón del padre se sintió oprimido ante la seguridad de ese destino ingrato. Dijo:

-Querida, ten cuidado.

-¿De qué? ¿Por qué se va usted?

Se acercó un poco más; “uno puede besar a su propia hija” pensó, pero la criatura se alejó de un salto.

-No me toque -le chilló con su voz de antes, y se rió burlonamente.

Toda criatura nace con algún sentido del amor, pensó él; la mama con la leche materna; pero la clase de amor que llega a sentir depende de los padres y de los amigos: el amor que salva o el amor que pierde. La lujuria también era una especie de amor. La vio incrustada en su vida, como un insecto en el ámbar; la mano de María alzada para dar una cachetada; las palabras prematuras de Pedro en la penumbra; y la policía que registraba la selva; violencia en todas partes. Rogó mentalmente: "Oh Dios, dame cualquier clase de muerte, sin contrición, en pecado mortal, pero salva por lo menos a esta criatura".

Se suponía que su oficio era salvar almas. En un tiempo le había parecido sumamente fácil; predicar antes de la bendición, organizar las hermandades, tomar café con señoras maduras detrás de las ventanas enrejadas, bendecir las casas nuevas con un poco de incienso, usar guantes negros..., era tan fácil como ahorrar dinero; y ahora era un misterio. Tenía conciencia de su desesperada incapacidad.

Se arrodilló, y la trajo hacia sí, mientras ella reía nerviosamente y trataba de soltarse. Le dijo:

-Te quiero. Soy tu padre, y te quiero. Trata de comprender eso.

La retuvo con fuerza por la muñeca; de pronto la niña se quedó inmóvil, mirándolo. Siguió diciendo:

-Daría mi vida; no, es más, daría mi alma... Querida, querida, trata de comprender que eres... tan importante.

Ésa era la diferencia, siempre lo había sabido, entre su fe y la de ellos, los dirigentes políticos del pueblo, que sólo se interesaban por cosas como el Estado, la República; esta criatura era más importante que todo un continente. Le dijo:

-Tienes que cuidarte, porque eres tan... tan necesaria. El Presidente, en la capital, se pasea protegido por soldados con fusiles; pero tú, hija mía, sólo tienes a los ángeles del cielo...

La niña lo miraba fijamente, con sus ojos negros e inconscientes; el hombre tuvo la sensación de que había llegado demasiado tarde. Dijo:

-Adiós, querida mía -y la besó con torpeza; un hombre ridículo, envejecido y apasionado. Apenas la soltó y se dirigió pesadamente hacia la plaza, sintió detrás de sus espaldas agobiadas, que el mundo entero y vil se precipitaba sobre la

criatura, para perderla.

La mula lo esperaba, ensillada, junto al puesto de venta de gaseosas. Un hombre dijo:

-Le conviene ir hacia el Norte, padre -y le hizo un prolongado saludo con la mano. No hay que sentir afectos humanos, o más bien hay que amar a todas las almas como amamos a nuestra propia hija. El deseo de proteger a alguien debe hacerse extensivo a todo un mundo; pero él lo sentía acorralado y doliente como un animal maniatado al tronco de un árbol. Dirigió la mula hacia el Sur.

Seguía en realidad las huellas de la policía; mientras no se diese prisa, y no se encontrara con algún rezagado, parecía una ruta bastante segura. Lo que necesitaba ahora era vino, vino de uvas; sin él, no servía para nada; daba lo mismo que se escapara hacia el Norte; hacia las montañas, al otro Estado, donde no había peligro, donde lo peor que podía ocurrir era una multa, y algunos días de cárcel porque no podía pagarla. Pero todavía no estaba dispuesto a la última capitulación; cada pequeña capitulación exigía como pago un sufrimiento ulterior, y ahora, sentía la necesidad de pagar de algún modo el rescate de su hija. Se quedaría un mes más, un año más... Al vaivén de la mula, trató de sobornar a Dios con ofrecimientos de futura firmeza... El animal, de pronto, hundió los cascos en la tierra y se detuvo en seco; una diminuta viborita verde se irguió, como una mujer ofendida en el camino, y luego se alejó silbando a través de las hierbas, como la llama de una cerilla. La mula echó nuevamente a andar.

Cuando se acercaba a una aldea, se apeaba y seguía su camino a pie; la policía podía haberse demorado en ella; luego la atravesaba rápidamente, montado, sin hablar con nadie, salvo unos "buenos días"; una vez en la picada volvía a seguir las huellas de la cabalgadura del teniente. No tenía ya ideas claras sobre nada; sólo quería poner la mayor distancia posible entre él y la aldea donde había pasado la noche. En una mano apretaba todavía la arrugada bola de papel. Alguien había atado un racimo de unas cincuenta bananas a su montura, además del machete y de la bolsita que contenía su provisión de velas. De vez en cuando se comía una banana madura, dorada y delicuescente, con gusto a jabón. Dejaba sobre su boca una mancha como un bigote.

Después de seis horas de viaje llegó a La Candelaria, un pueblo largo, mísero, de techos de lata, tendido a lo largo de uno de los afluentes del río Grijalva. Se aproximó con cautela por la calle polvorienta; eran las primeras horas de la tarde; los gavilanes esperaban en los techos protegiendo las cabecitas del sol, y algunos hombres yacían en sus hamacas, a la somera sombra que las casas proyectaban. La mula seguía muy lentamente su camino, a través del día abrumador. El cura iba agachado sobre el pomo de su montura.

La mula se detuvo por propia inspiración junto a una hamaca; sobre ella estaba atravesado un hombre, con una pierna balanceaba la hamaca lentamente, para formar una imperceptible corriente de aire. El cura dijo:

-Buenas tardes.

El hombre abrió los ojos y lo miró.

-¿Cuánto falta para Carmen?

-Tres leguas.

-¿Puedo conseguir alguna canoa para cruzar el río?

-Sí.

-¿Dónde?

El hombre señaló con mano lánguida, como diciendo: en cualquier parte menos aquí. Sólo le quedaban dos dientes, los colmillos, que emergían amarillentos a cada lado de la boca, como los dientes de esos animales extinguidos hace tiempo, que aparecen engastados en la arcilla.

-¿Qué hacía la policía por aquí? -preguntó el cura, y una nube de tábanos se posó en el cuello de la mula; los espantó con un palo, y se alejaron lentamente, dejando unas gotitas de sangre, pero volvieron a posarse en el duro pellejo gris. La mula plantada en el sol, con la cabeza gacha, parecía no sentir nada.

-Buscaba a alguien -dijo el hombre.

-Oí decir -dijo el cura- que hay una recompensa por la captura... de un gringo.

El hombre siguió meciendo su hamaca. Dijo:

-Mejor estar vivo y pobre, que rico y muerto.

-¿Cree que podré alcanzarlos si voy para Carmen?

-No van a Carmen.

-¿No?

-Se fueron para la ciudad.

El cura prosiguió su camino; a unos metros de distancia, se detuvo junto a un puesto de venta de gaseosas y preguntó al muchacho que lo atendía:

-¿Dónde puedo conseguir un bote para cruzar el río?

-No hay bote.

-¿No hay bote?

-Alguien lo robó.

-Deme un sidral.

Bebió el líquido amarillo, burbujeante y artificial; le dio más sed que antes. Dijo:

-¿Cómo hago para pasarlo?

-¿Por qué quiere pasarlo?

-Voy hacia Carmen. ¿Cómo lo cruzó la policía?

-Nadando.

-¡Mula! ¡Mula! -dijo el cura, urgiendo a la mula, junto al inevitable pabellón de la banda de música y a una estatua de estilo rococó: una mujer vestida con una toga, que sostenía una guirnalda en la mano; parte del pedestal se había roto, y yacía en medio del camino; la mula lo esquivó.

El cura miró hacia atrás; a lo lejos, en la calle, el mestizo se había sentado en la hamaca, y lo observaba. La mula se desvió hacia un sendero empinado que bajaba al río, y nuevamente el cura miró hacia atrás; el mestizo seguía en su hamaca, pero había colocado los pies en el suelo. Su intranquilidad habitual lo incitó a azuzar la mula, "Mula, mula"; pero la mula no quería darse prisa, mientras bajaba la barranca hacia el río.

Cuando llegó se negó a entrar en el agua; el cura partió la punta del palo con los dientes, y dio un fuerte puntazo en el flanco del animal. La mula se metió de mala gana, y pronto el agua le llegó, primero hasta los estribos, y luego hasta las rodillas; entonces empezó a nadar, horizontal, invisible, salvo los ojos y las ventanas de la nariz, como un caimán. Alguien llamó desde la orilla.

El cura se volvió; en la ribera estaba el mestizo, y lo llamaba, no muy fuerte; su voz llegaba apagada. Parecía abrigar

un designio secreto, que nadie, sino el cura, podía oír. Agitaba el brazo, le hacía señas de volverse, pero la mula salió del agua sacudiéndose, y subió la barranca del otro lado; el cura no hizo caso; la inquietud ya se había alojado en su cerebro. Azuzó a la mula, en la semipenumbra verde de un bananal, sin mirar hacia atrás. Durante todos esos años, siempre había tenido dos lugares donde refugiarse con ciertas garantías de seguridad; uno era Concepción, su antigua parroquia, que ahora le había cerrado sus puertas para siempre; el otro era Carmen, donde había nacido y donde estaban enterrados sus padres. También había creído que existía un tercer lugar, pero a ése, ya no volvería nunca más... Volvió la mula hacia Carmen, y nuevamente los tragó la selva. A ese paso, llegarían de noche, lo que era su deseo. La mula, al no sentirse más hostigada, adelantaba con suma lentitud, la cabeza gacha; olía un poco a sangre. El cura, agachado sobre el pomo prominente de la montura, se quedó dormido. Soñaba que una niñita vestida de organdí blanco recitaba el catecismo; hacia el fondo se veía un obispo y un grupo de Hijas de María, mujeres de edad de caras devotas, duras y grises, con cintas azul pálido. El obispo decía: "Excelente... excelente", y aplaudía, *clac, clac*. Un hombre con chaqueta deportiva decía: "Hay un déficit de quinientos pesos en la suma destinada al órgano nuevo. Hemos proyectado organizar un concierto especial, con la esperanza..." Repentinamente, recordó con asombro que no le correspondía estar allí..., era otra parroquia..., debía estar haciendo retiro en Concepción. Montes apareció detrás de la niña de organdí, gesticulando, recordándole algo... Algo le había ocurrido, tenía una herida seca en la frente. Percibió con aterradora certeza una amenaza para la niña. Dijo: "Dios mío, Dios mío", y se despertó con el lento balanceo de la mula y un ruido de pasos.

Se volvió; era el mestizo, que corría detrás de él, chorreando agua; seguramente había cruzado el río a nado. Sus dos dientes asomaban sobre el labio inferior; sonreía obsecuentemente.

-¿Qué quiere? -le preguntó con sequedad el cura.

-No me dijo que iba a Carmen.

-¿Por qué había de decírselo?

-Le diré, yo también quiero ir a Carmen. Es mejor viajar acompañado.

Vestía una camisa, un par de pantalones blancos, y

zapatillas por donde asomaba el dedo grande del pie, regordete y amarillo como todo lo que vive bajo tierra. Se rascaba los sobacos, y se acercó familiarmente al estribo del cura. Dijo:

-¿No está ofendido, señor?

-¿Por qué me llama señor?

-Cualquiera puede ver que usted es una persona educada.

-La selva está abierta para todos -dijo el cura.

-¿Conoce bien Carmen? -dijo el hombre.

-No muy bien. Tengo algunos amigos.

-Iría por asuntos de negocios, supongo.

El cura no contestó nada. Sentía la mano del individuo sobre su pie, un contacto liviano y humilde.

-Hay una finca a un costado del camino -dijo el hombre-, a unas dos leguas de aquí. Convendría pasar allí la noche.

-Lleva prisa -dijo el cura.

-Pero ¿qué ganaría con llegar a Carmen a la una, o a las dos de la madrugada? Podríamos dormir en la finca, y llegar al pueblo antes de que el calor apriete.

-Hago lo que me conviene.

-Por supuesto, señor, por supuesto.

Permaneció callado un rato, y luego dijo:

-No es prudente viajar de noche, si no tiene armas. Para un hombre como yo, es distinto...

-Soy pobre -dijo el cura-. No es difícil darse cuenta. No vale la pena asaltarme.

-Y además, está el gringo; dicen que es un individuo realmente feroz, un verdadero pistolero. Se acerca a uno y le pregunta en su idioma: "Oiga, cuál es el camino a...", bueno, cualquier parte, y como uno no entiende lo que dice, y hace algún movimiento, lo mata de un tiro. Pero tal vez usted entiende el norteamericano, señor.

-Claro que no. ¿Por qué habría de entenderlo? Soy un pobre. Pero no hago caso de cuentos de hadas.

-¿Viene de lejos?

El cura pensó un momento:

-De Concepción.

Ya no podía hacer allí más daño que el que había hecho.

El hombre pareció satisfecho, por el momento. Siguió junto a la mula, con una mano en el estribo; de vez en cuando escupía; cuando el cura miraba hacia abajo, podía ver el dedo gordo que avanzaba como una larva por el suelo; tal vez fuera inofensivo. Las condiciones reinantes de vida incitaban a la sospecha. Oscureció, y casi inmediatamente se hizo la noche. La mula seguía avanzando a paso lento. En torno de ellos comenzaron los ruidos, como en un teatro, cuando cae el telón y comienza el rumoreo en los palcos y en los pasillos. Seres de nombre desconocido, tal vez jaguares, gritaban en la maleza; los monos saltaban en las ramas altas, y los mosquitos zumbaban como máquinas de coser.

-Da sed caminar -dijo el hombre-. Por casualidad, señor, ¿no tendría un trago?...

-No.

-Si quiere llegar a Carmen antes de las tres, tendrá que azucar a la mula. ¿Quiere que la azuce yo...?

-No, no, deje que el pobre animal se de el gusto. A mí no me importa... -dijo, soñoliento.

-Usted habla como un cura.

Se despertó inmediatamente, pero bajo los elevados árboles oscuros no veía nada. Dijo:

-¡Qué tonterías dice!

-Yo soy muy buen católico -dijo el individuo, acariciando el pie del cura.

-Me imagino. Ojalá lo fuera yo.

-¡Ah, usted tendría que saber en quién puede confiar!

Escupió, con aire de complicidad.

-No tenga nada que confiar a nadie -dijo el cura-. Excepto estos pantalones, y están muy rotos. Y esta mula; es muy buena mula; no es difícil darse cuenta.

Hubo un silencio; y luego, como si hubiera estado meditando la última observación del cura, el mestizo dijo:

-No sería mala mula si la tratara como corresponde. Nadie sabe más que yo de mulas. Y me doy cuenta de que está agotada de fatiga.

El cura miró la cabeza gris, oscilante y estúpida.

-¿Le parece?

-¿Cuánto anduvieron ayer?

-Tal vez unas doce leguas.

-Hasta una mula necesita descanso.

El cura sacó los pies descalzos de los profundos estribos de cuero, y se apeó. La mula, durante un minuto casi, dio unos pasos más largos, y luego redujo el andar. Las ramitas y las raíces de la picada desgarraban los pies del cura; cinco minutos después sangraba. Trató inútilmente de no renguear. El mestizo exclamó:

-¡Qué delicados tiene los pies! Debería usar zapatos.

Obstinadamente, repitió:

-Soy pobre.

-A este paso no llegará nunca a Carmen. Sea sensato, hombre. Si no quiere alejarse del camino para llegar hasta la finca, yo sé donde hay una chocita, a media legua de aquí. Podemos dormir unas horas, y llegar a Carmen cuando amanezca.

Se oyó un rumor en la maleza, junto al sendero; el cura recordó las víboras, y sus pies desnudos. Los mosquitos le comían las muñecas; parecían jeringuillas médicas llenas de veneno, que apuntaban a la corriente sanguínea. A veces una luciérnaga acercaba su globo iluminado a la cara del mestizo, apagándolo y encendiéndolo como una linterna. El hombre dijo con voz acusadora:

-Usted no confía en mí. Sólo porque soy una persona capaz de ayudar a un desconocido, porque trato de ser buen cristiano, no confía en mí.

Parecía que trataba de forjarse un minúsculo furor artificial. Dijo:

-Si mi intención fuera asaltarlo, ¿no podría haberlo hecho ya? Usted es un viejo, después de todo.

-No tan viejo -dijo el cura, amablemente.

Su conciencia comenzó automáticamente a funcionar; era como un aparato de ranura, donde cualquier moneda servía, hasta el disco sin acuñar del falsificador. Las palabras orgulloso, lujurioso, envidioso, cobarde, ingrato; todas ponían en marcha el resorte; él era todas esas cosas. El mestizo dijo:

-Aquí me ve, perdiendo varias horas en guiarlo a Carmen; no quiero ninguna recompensa porque soy buen cristiano; probablemente, hubiera podido ganar dinero durante este tiempo, en mi pueblo; pero no importa...

-Creí oírle decir que tenía algo que hacer en Carmen -dijo con amabilidad el cura.

-¿Cuándo dije tal cosa?

Era verdad; el cura no lo recordaba..., tal vez era también injusto...

-¿Por qué iba a decir algo que no es cierto? No, me pierdo un día entero para serle útil, y usted ni se fija en que su guía está cansado...

-No necesito guía -protestó suavemente.

-Lo dice ahora que el camino es fácil, pero si no hubiera sido por mí, hace rato que se habría equivocado de ruta. Usted mismo dijo que no conocía bien Carmen. Por eso vine.

-Pero naturalmente -dijo el cura-, si está cansado, podemos descansar.

Se sentía culpable de su falta de confianza, pero de todos modos, la desconfianza subsistía, como un tumor que sólo un cuchillo podía arrancar.

Después de media hora, llegaron a la choza; de barro y ramitas, estaba construida en un claro diminuto; seguramente la había levantado algún labrador a quien habría posteriormente expulsado la selva, esa fuerza natural incontenible, que no se podía vencer con un machete y unas fogatas. Todavía quedaban en el suelo ennegrecido señales de sus tentativas para destruir la maleza, y hacer posible alguna magra, limitada e insuficiente cosecha. El hombre dijo:

-Yo me encargo de la mula. Usted entre, acuéstese y descance.

-Pero es usted quien está cansado.

-¿Yo, cansado? -dijo el mestizo-. ¿Cómo se le ocurre? No me canso nunca.

Con tristeza en el alma, el cura retiró su alforja, empujó la puerta y entró en una oscuridad absoluta; encendió un fósforo; no había muebles; sólo una tarima más alta, de tierra, y un colchón de paja tan roto que ni habían querido llevárselo. Encendió una vela, y la fijó sobre su propia cera, en la tarima;

luego se sentó y esperó; el hombre tardaba.

En el puño tenía todavía la bola de papel rescatada de su portafolio; es necesario conservar alguna reliquia sentimental, por lo menos, si se quiere seguir viviendo. El argumento del peligro sólo es aplicable a los que viven seguros. Se preguntó si el mestizo le habría robado la mula, y se reprochó la innecesaria sospecha. Luego la puerta se abrió, y el hombre entró; dos colmillos amarillentos, las uñas que se rascaban el sobaco. Se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared, y dijo:

-Acuéstese. Está cansado. Lo despertaré cuando debamos irnos.

-No tengo mucho sueño.

-Apague la vela. Dormirá mejor.

-No me gusta la oscuridad -dijo el cura.

Tenía miedo.

-¿No rezará una oración, padre, antes de dormirse?

-¿Por qué me llama así? -preguntó secamente, tratando de escudriñar, entre las sombras, el lugar donde el mestizo se había sentado contra la puerta.

-¡Oh, lo adiviné, naturalmente! Pero no tiene por qué temer. Soy buen cristiano.

-Se equivoca.

-Podría averiguarle fácilmente, ¿no es cierto? -dijo el mestizo-. No tendría más que decirle: "Padre, óigame en confesión." No podría negar la confesión a un hombre en pecado mortal.

El cura no dijo nada, esperando el pedido; la mano que sostenía los papeles temblaba.

-¡Oh, no tiene por qué temer! -prosiguió cautelosamente el mestizo-. Yo no lo traicionaría. Soy buen católico. Sólo pensé que una oración... convendría...

-No se necesita ser cura para saber rezar.

Empezó:

-*Pater noster qui est in coelis...* -mientras los mosquitos se acercaban zumbando a la llama de la vela.

Había decidido no dormir; el individuo tenía algún plan; hasta su conciencia dejó de acusarlo por su falta de caridad. Ya

lo sabía. Estaba en presencia de Judas.

Apoyó la cabeza contra la pared, y entrecerró los ojos; recordó la Semana Santa, en los buenos tiempos, cuando colgaban del campanario un Judas relleno de paja, y los chicos hacían un estrépito de latas y matracas mientras se balanceaba en el aire. Los miembros viejos y tranquilos de la congregación habían censurado a veces esa costumbre; era blasfematorio, decían, convertir al traidor de Nuestro Señor en ese mamarracho; pero él no había dicho nada, y había permitido que la costumbre subsistiera; le parecía bien que el traidor del mundo fuera puesto en ridículo. De otro modo, hubiera sido demasiado fácil idealizarlo y considerarlo como un hombre que había luchado contra Dios; un Prometeo, una víctima noble de una guerra sin esperanzas.

-¿Está despierto? -murmuró una voz junto a la puerta.

El cura se rió de pronto, como si también el mestizo hubiera sido un muñeco absurdo, con piernas rellenas de estopa y una cara pintada y un sombrero viejo de paja, y dentro de unos minutos debieran quemarlo en la plaza, mientras la muchedumbre pronunciaba discursos políticos y se encendían los fuegos artificiales.

-¿No puede dormir?

-Soñaba -murmuró el cura.

Abrió los ojos y vio que el hombre temblaba junto a la puerta; los dos colmillos afilados subían y bajaban sobre el labio inferior.

-¿Está enfermo?

-Un poco de fiebre -dijo el hombre-. ¿No tiene algún remedio?

-No.

El temblor del individuo hacía crujir la puerta.

-Fue la mojadura del río... -dijo.

Se dejó deslizar al suelo, y cerró los ojos; algunos mosquitos con las alas chamuscadas se arrastraban sobre la tarima de tierra. El cura pensó: no debo dormirme, es peligroso, debo vigilarlo. Abrió el puño, y alisó el papel. Había algunas líneas débiles pero visibles, escritas con lápiz; palabras sueltas, el comienzo y el final de algunas frases, unas cifras. Ahora que había perdido el portafolio, esto era la única prueba

de que alguna vez la vida había sido distinta; lo llevaba consigo como un amuleto; porque si la vida había sido así alguna vez, podía volver a serlo. La llama de la bujía, en el aire cálido de esas tierras bajas y pantanosas, terminaba en una punta de humo, temblorosa... El cura acercó a ella el papel, y leyó las palabras “Sociedad del Altar”, Cofradía del Santísimo Sacramento”, “Hijas de María”, y luego volvió a mirar la oscuridad de la choza; vio los ojos amarillos y palúdicos del mestizo, que lo vigilaban. Cristo no hubiera encontrado a Judas dormido en el huerto; Judas podía esperar más de una hora.

-¿Qué hay en ese papel..., padre? -dijo con voz insinuante, mientras temblaba contra la puerta.

-No me llame padre. Es una lista de semillas que debo comprar en Carmen.

-¿Sabe escribir?

-Sé leer.

Volvió a mirar el papel, y una bromita de ligera impiedad apareció entre los rasgos desvaídos del lápiz; algo basado en la expresión “de una sola substancia”. Se había referido a su corpulencia y a la buena cena que acababan de ofrecerle; los feligreses no habían celebrado mucho su humorismo.

Se trataba de una comida que le habían ofrecido en Concepción para festejar el décimo aniversario de su ordenación. Lo habían hecho sentar en el medio de la mesa, junto a... ¿quién estaba a su derecha? Había doce platos; también había dicho algo referente a los Apóstoles, que no había sido considerado del mejor gusto. Era bastante joven todavía, y se había sentido impulsado por cierto espíritu jovial, en medio de todas esas personas importantes, devotas y maduras de Concepción, con las cintas de las cofradías y sus respectivas divisas. Había bebido un poco más de la cuenta; en esta época no estaba acostumbrado a la bebida. De pronto recordó quién estaba a su derecha: era Montes, el padre del hombre que habían fusilado.

Montes había pronunciado un largo discurso. Había informado sobre los progresos de la “Sociedad del Altar” durante el año transcurrido; contaban con un superávit de veintidós pesos. Lo había anotado, para comentarlo; allí estaba: S. d. A. 22. Montes había demostrado mucho interés en fundar una **filial** de la Sociedad de San Vicente de Paúl; y una mujer se había quejado de que en Concepción vendían libros malos,

traídos en mula desde la capital; su hijo había conseguido uno, titulado *Marido por una noche*. En su discurso, él había dicho que escribiría sobre ese particular al Gobernador.

En ese momento el fotógrafo local había encendido el magnesio, y por eso recordaba la escena claramente; como si hubiera sido un extraño que contemplaba desde afuera, atraído por el ruido, un acontecimiento feliz, alegre e insólito; advirtiendo con envidia, y tal vez con algo de humorismo, al cura gordo y juvenil, con la mano extendida autoritariamente, mientras su lengua se demoraba con agrado en la palabra “Gobernador”. Todas las bocas, en torno, estaban abiertas, como bocas de pescado; y las caras resplandecían de blancura bajo el magnesio, con todos sus rasgos y su individualidad borrados por la luz.

Ese momento de autoridad lo había devuelto de golpe a la completa compostura; había dejado de bromear y todos se sentían más satisfechos. Había dicho:

“El superávit de veintidós pesos en las cuentas de la Sociedad del Altar, aunque sumamente inusitado para la ciudad de Concepción, no es el único motivo de congratulación que el año transcurrido nos ofrece. Las Hijas de María han aumentado en nueve el número de sus socias, y la Cofradía del Santísimo Sacramento llevó a cabo nuestro retiro anual durante el otoño con más éxito que de costumbre. Pero no debemos dormarnos sobre nuestros laureles, y confieso que tengo ciertos proyectos que tal vez os parezcan un poco alarmantes. Estoy seguro de que ya me consideraréis una persona de ambiciones desmedidas. Bien, quiero que Concepción tenga una escuela mejor, y eso, por supuesto, significa un presbiterio mejor. Constituimos una parroquia numerosa, y el cura tiene que mantener la jerarquía que le corresponde. Y no pienso en mí personalmente, sino en la Iglesia. Y no nos detendremos allí, aunque temo que nos lleve unos cuantos años reunir el dinero necesario, aun en una ciudad de la importancia de Concepción.”

Mientras hablaba, toda una vida serena abría ante él sus perspectivas; era realmente ambicioso; no veía por qué no habría de encontrarse alguna vez en la capital, en la Catedral, mientras otro se encargaba de pagar sus deudas en Concepción. Un cura enérgico siempre tenía muchas deudas. Prosiguió, agitando una mano regordeta y elocuente:

“Por supuesto, muchos peligros acechan en Méjico a

nuestra amada Iglesia. En este Estado tenemos una suerte extraordinaria; pero en el Norte ya hay quienes perdieron la vida por ella; debemos prepararnos”, y refrescó sus labios secos con un trago de vino, “para lo peor. Vigilad y rezad”, prosiguió vagamente, “vigilad y rezad. El demonio, como un león furioso...”

Las Hijas de María alzaban la vista hacia él, con las bocas un poco abiertas, mientras sus cintas azul pálido pendían oblicuas sobre las oscuras blusas domingueras.

Habló largo rato todavía, gozando con el sonido de su propia voz; había desanimado a Montes en lo que se refería a la Sociedad de San Vicente de Paúl, porque no le parecía oportuno dar demasiadas alas a un seglar; y había relatado una encantadora anécdota de una niña en su lecho de muerte; se moría de consunción, firme en su fe, a los once años de edad.

Preguntó quién estaba al pie de su cama, y le dijeron: “Es el padre Fulano de Tal”, y ella contestó: “No, no. Conozco al padre Fulano de Tal. Me refiero a ése que tiene la corona de oro.” Una socia de la Cofradía del Santísimo Sacramento había llorado. Todos estaban muy contentos. Era una historia verdadera, además, aunque no podía recordar bien dónde la había oído. Tal vez la había leído alguna vez en un libro. Alguien volvió a llenarle la copa. Respiró profundamente, y dijo: “Hijos míos...”

...y mientras el mestizo se revolvía y gruñía junto a la puerta, abrió los ojos, y la vida de antes se le despegó como una etiqueta; estaba acostado en una choza oscura y sin ventilación, con unos pantalones rotos de peón, y la cabeza puesta a precio. Todo el mundo había cambiado; ya no había iglesias en ninguna parte; ningún cura que lo acompañara, excepto el padre José, el descastado, en la capital. Se quedó oyendo la pesada respiración del mestizo, y se preguntó por qué no había seguido el mismo camino que el padre José, sometiéndose a las leyes. “Fui demasiado ambicioso”, pensó, ésa es la verdad. Quizás el padre José era mejor que él; su humildad lo hacía capaz de aceptar cualquier clase de burla; en sus mejores épocas, siempre se había considerado indigno del sacerdocio. Una vez había habido una conferencia del clero parroquial en la capital, en la época feliz del antiguo Gobernador, y todavía recordaba cómo el padre José se

escabullía a la cola de todas las reuniones, acurrucado en algún asiento del fondo para que no lo vieran, sin abrir jamás la boca. No era exceso de escrúpulos, como en ciertos curas intelectuales; simplemente, la idea de Dios le resultaba abrumadora. Cuando la Elevación de la Hostia, sus manos temblaban; no era como Santo Tomás, que necesitaba poner las suyas en las heridas, para creer; para él, las heridas volvían a sangrar sobre cualquier altar. Una vez el padre José le había dicho, en un arrebató confidencial: "Cada vez... tengo tanto miedo". Su padre había sido un peón.

Pero él era diferente: tenía ambición. No era más intelectual que el padre José, pero su padre había sido un comerciante, y sabía el valor de un superávit de veintidós pesos, y cómo se maneja una hipoteca. No quería quedarse toda la vida como un cura de parroquia más bien pequeña. Sus ambiciones le parecían ahora casi cómicas, y tuvo un pequeño acceso de risa atónita, a la luz de la vela. El mestizo abrió los ojos y dijo:

-¿Todavía no se durmió?

-Duerma usted -dijo el cura, secándose con la manga el sudor de la cara.

-¡Tengo tanto frío!

-Un poco de fiebre, nada más. ¿Quiere ponerse esta camisa? No es gran cosa, pero podría serle útil.

-No, no. De usted no quiero nada. Usted no confía en mí.

No, si hubiera sido humilde como el padre José, ahora estaría viviendo en la capital, con María, y una pensión oficial.

Esto era orgullo, un orgullo diabólico, quedarse allí, ofreciendo su camisa al hombre que quería delatarlo. Hasta sus tentativas de huida habían sido ineficaces por culpa del orgullo: el pecado que perdió a los ángeles. Cuando supo que era el único cura que quedaba en el Estado, su orgullo fue mayor que nunca; se consideró un ser incomparable, que llevaba a Dios por todas partes, con riesgo de la vida; algún día sería recompensado... Rezó en la penumbra:

"Oh Dios, perdóname, soy un ser orgulloso, lujurioso, voraz. He amado demasiado la autoridad. Estas gentes son mártires que me protegen con sus propias vidas. Se merecen un mártir que cuide de ellos, y no un imbécil como yo, que ama todo lo que no debe amar. Acaso sería mejor que me escapara;

si explico a las gentes cómo están las cosas aquí, tal vez manden a un buen hombre, encendido de amor...”

Como de costumbre, su autoconfesión se diluyó en el problema práctico: ¿qué hacer?

Junto a la puerta, el mestizo dormía, inquieto.

Qué poco tenía para alimentar su orgullo. Este año sólo había celebrado cuatro misas, y escuchado tal vez unas cien confesiones. Le parecía que hasta el peor alumno de cualquier seminario habría hecho otro tanto... o más. Se levantó con mucha cautela, y dirigió sus pies descalzos hacia la puerta. Debía llegar a Carmen y escapar nuevamente de prisa, antes de que ese hombre... Tenía la boca abierta; mostraba las encías pálidas, duras, desdentadas; en sueños, gruñía y se debatía; luego se dejó caer en el suelo, y se quedó inmóvil.

Producía una sensación de abandono, como si hubiera decidido renunciar a toda lucha, y fuera víctima de algún poder... El cura sólo tenía que pasar por encima de sus piernas, y empujar la puerta; se abría hacia afuera.

Pasó una pierna por encima del cuerpo, y una mano le tomó el tobillo. El mestizo alzó los ojos hacia él.

-¿Adónde va?

-A hacer unas necesidades -dijo el cura.

La mano seguía aferrada a su tobillo.

-¿Por qué no puede hacerlas aquí? -gimió el hombre-. ¿Qué se lo impide, padre? ¿Usted es un padre, no es verdad?

-Tengo una hija -dijo el cura-, si a eso se refiere.

-Usted sabe a qué me refiero. Usted es entendido en las cosas de Dios, ¿no es verdad?

La mano caliente seguía apretada.

-Tal vez lo tiene allí, en el bolsillo. Lo lleva consigo, ¿no es cierto?, en caso de que alguien esté enfermo... Bueno, yo estoy enfermo. ¿Por qué no me lo da? ¿O cree que él no querría saber nada de mí... si supiera?

-Usted tiene fiebre.

Pero el hombre no quería callarse. El cura recordaba un pozo de petróleo que algunos exploradores habían descubierto una vez cerca de Concepción; aparentemente, no era un terreno bastante propicio para justificar nuevas operaciones, pero el

pozo había continuado durante cuarenta y ocho horas manando hacia el cielo; una fuente negra que brotaba del suelo pantanoso e inútil, y que derramaba también inútilmente doscientos mil litros por hora. Era como el sentido religioso de este individuo, que de pronto brotaba como una columna negra de humo y de impurezas, inútilmente.

-Le diré lo que he hecho... Es su deber escucharme. He recibido dinero de mujeres para hacer lo que usted sabe, y he dado dinero a muchachos...

-No quiero oír.

-Es su obligación.

-Se equivoca.

-¡Oh, no, no me equivoco! No puede engañarme. Escuche. He dado dinero a muchachos... usted sabe lo que quiero decir. Y he comido carne los viernes.

La horrible mezcla de lo grosero, lo trivial y lo grotesco ascendía entre esos colmillos amarillentos, y la mano aferrada al tobillo del cura, temblaba y temblaba de fiebre.

-He dicho mentiras, no he ayunado en cuaresma desde hace no sé cuántos años. Una vez tuve dos mujeres... Le diré lo que hice...

Se daba una importancia inmensa; no podía imaginar un mundo del que sólo era un ejemplar típico..., un mundo de traiciones, violencias y lujuria, donde su vergüenza era totalmente insignificante. Cuántas veces había oído el cura la misma confesión; el hombre es tan limitado; ni siquiera tiene el ingenio de inventar un vicio nuevo; los animales saben tanto como él. Por este mundo había muerto Cristo; más ignominia uno ve y oye en torno, más gloria hay en su muerte; es demasiado fácil morir por lo hermoso y lo bueno, por nuestro hogar, o nuestros hijos, o la civilización; sólo Dios puede morir por lo que es ruin y corrupto. El cura dijo:

-¿Por qué me cuenta todo esto?

El hombre se desplomó exhausto, callado; empezaba a sudar, y su mano soltó el tobillo del cura. Éste abrió la puerta y salió; la oscuridad era completa. ¿Cómo encontrar la mula? Escuchó; algo aulló en las cercanías. Sintió miedo. En la choza, la vela se consumía; se oía un extraño sonido burbujeante; el hombre lloraba. Nuevamente recordó los pantanos petrolíferos; los charquitos negros y las burbujas que ascendían lentamente,

estallaban y volvían a subir.

El cura encendió un fósforo, y echó a andar hacia adelante; uno, dos, tres pasos, hasta dar contra un árbol. Un fósforo, en esa inmensa oscuridad, valía tanto como una luciérnaga. Murmuró: “Mula, mula”; no se atrevía a llamarla en voz alta, para que no lo oyera el mestizo; además, era poco probable que el estúpido animal le contestara. La odiaba; odiaba su oscilante cabeza de mandarín, su boca voraz y masticadora, su olor a sangre y basura. Encendió otro fósforo y echó nuevamente a andar; después de unos pasos, chocó otra vez contra un árbol. Dentro de la choza, el sonido gaseoso del llanto continuaba. Tenía que llegar a Carmen y huir antes de que ese hombre encontrara la manera de comunicarse con la policía. Comenzó nuevamente a recorrer el claro; uno, dos, tres, cuatro, y un árbol. Algo se movió bajo sus pies; pensó en los escorpiones. Uno, dos, tres, y de pronto, el grito grotesco de la mula surgió de la oscuridad; tenía hambre, o tal vez había oído algún animal.

Estaba atada, unos metros detrás de la choza; la llama de la bujía desapareció de la vista. Ya le quedaban muy pocos fósforos; pero después de dos tentativas, encontró a la mula. El mestizo la había desensillado, y escondido la montura; no podía perder tiempo en buscarla. Montó, y sólo entonces descubrió lo imposible que resultaba ponerla en marcha, sin una soga siquiera en torno del cuello; trató de retorcerle las orejas, pero eran menos sensibles que un albadón; se quedaba plantada, como una estatua. Encendió un fósforo y le aplicó la llama contra la flanco; la mula coceó repentinamente con las patas traseras, y el cura dejó caer el fósforo; luego, el animal volvió a quedarse inmóvil, con la cabeza hosca y agachada, con sus ancas antediluvianas. Una voz dijo, acusadora:

-Me deja aquí solo... para que me muera.

-Tonterías -dijo el cura-. Tengo prisa. Mañana por la mañana usted estará bien, pero no puedo esperarlo.

Se oyó un rebullir en la tiniebla, y luego una mano le tomó el pie descalzo.

-No me deje solo -dijo la voz-. Se lo ruego..., sea cristiano.

-Aquí no le pasará nada.

-¿Quien sabe, con ese gringo que anda rondando por ahí?

-Yo no sé nada del gringo. No conozco a nadie que lo haya visto. Por otra parte, no es más que un hombre, como cualquiera de nosotros.

-No quiero quedarme solo. Tengo un presentimiento...

-Muy bien -dijo el cura con aire cansado-, busque la montura.

Cuando hubieron ensillado la mula, se fueron; el mestizo iba tomado del estribo. Callaban; a veces el mestizo tropezaba. Despuntaba el gris falso del amanecer; una chispa de cruel satisfacción ardía allá en el fondo, en la mente del cura; ahí estaba Judas, enfermo y tambaleante, y asustado de la oscuridad. No tenía más que azuzar la mula para dejarlo plantado en la selva; de pronto hundió la punta de su palito, y la obligó a adelantarse con un cansado trote; sentía todo el tiempo en el estribo los tirones del mestizo, que quería retenerlo. Oyó un gemido; parecía la exclamación: “¡Madre de Dios!”; dejó que la mula disminuyera el paso. Rezó mentalmente: “Dios me perdone”; Cristo también había muerto para ese hombre; ¿cómo podía pretender él, con su orgullo y su lujuria y su cobardía, ser más digno de esa muerte que el mestizo? El hombre deseaba traicionarlo por dinero, un dinero que necesitaba, y él había traicionado a Dios por algo que ni siquiera era verdadera lujuria. Dijo:

-¿Se siente mal?

No obtuvo respuesta.

Desmontó y dijo:

-Suba. Iré un rato a pie.

-Estoy bien -dijo el hombre, con voz de odio.

-Será mejor que suba.

-Se cree una gran cosa -agregó el hombre-, porque ayuda a sus enemigos. Eso es ser cristiano, ¿no es verdad?

-¿Usted es mi enemigo?

-Eso es lo que usted cree. Cree que quiero esos setecientos pesos..., la recompensa. Cree que un pobre como yo no puede darse el lujo de no delatarlo...

-Usted tiene fiebre.

El hombre dijo, con voz enferma y astuta:

-Tiene razón, claro.

-Le conviene más montar la mula.

El mestizo por poco se cayó; tuvo que sostenerlo y sentarlo; se quedó agachado sobre la mula, con la boca casi al nivel de la boca del cura, lanzándole el mal aliento en la cara.

-Un pobre no puede tener pretensiones, padre -dijo-. Si fuera rico, un poco rico nada más, sería bueno.

El cura, de pronto y sin motivo, pensó en las Hijas de María que comían pasteles. Se rió, y murmuró:

-Lo dudo...

Si eso era ser bueno...

-¿Qué decía, padre? Usted no confía en mí -prosiguió balanceándose-, porque soy pobre, y porque no confía en mí...

Cayó sobre el pomo de la montura, respirando con dificultad y temblando. El cura lo sostuvo con una mano; siguieron en silencio hacia Carmen. Era inútil; ya no podría quedarse, hasta era imprudente entrar en el pueblo, porque si llegaban a saberlo, alguien perdería la vida..., se llevarían un rehén. En alguna parte, muy lejos, cantó un gallo; la neblina ascendía del suelo esponjoso hasta las rodillas, y el cura pensó en la luz de magnesio que iluminaba el salón desnudo de la iglesia, entre las mesas improvisadas. ¿A qué hora cantaban los gallos? Una de las cosas más raras de ese nuevo mundo era que no había relojes; uno podía pasarse un año sin oír una campanada. Habían desaparecido con las iglesias, y sólo quedaban las lentas auroras grises y las rápidas noches, como única medida del tiempo.

Lentamente, caído sobre la montura, el mestizo empezó a hacerse visible, con los dientes amarillos que emergían de su boca abierta; en realidad, pensó el cura, se merece la recompensa..., setecientos pesos no es tanto, pero tal vez pueda vivir con ellos un año entero, en esa aldehuela polvorienta y abandonada. Volvió a reírse; nunca se acostumbraría a considerar con suficiente seriedad las complicaciones del destino; era bastante posible, pensó, que un año sin ansiedades lograra salvar el alma de ese hombre. No había más que mirar el revés de cualquier problema, e inmediatamente surgían esas pequeñas situaciones contradictorias. Se había dejado llevar por la desesperación, y de eso había emergido un alma más humana, y un amor también humano; no es el mejor amor, pero amor después de todo. El mestizo dijo de pronto:

-Es el destino. Una vez me dijo una adivina..., una recompensa...

Sostenía firmemente al traidor sobre la montura, y marchaba a su lado; los pies le sangraban, pero pronto se endurecerían también. Un extraño silencio cayó sobre la selva, y se hundió en la neblina del suelo. La noche había sido rumorosa, pero ahora todo enmudecía. Era como un armisticio, cuando los ejércitos de ambos lados callan; uno se imaginaba al mundo entero dispuesto a escuchar lo que no había oído jamás: la paz.

Una voz le dijo:

-Usted es realmente el cura, ¿no es verdad?

-Sí.

Habían salido de sus respectivas trincheras para encontrarse y fraternizar en la Tierra de Nadie, entre los alambres de púa. Recordaba ciertas historias de la guerra europea; durante los últimos años los hombres solían reunirse entre los frentes, obedeciendo a un impulso inexplicable. Así se habrían preguntado: ¿Usted es realmente alemán?, con incredulidad ante ese rostro semejante, o: ¿Usted es realmente inglés?

-Sí -dijo nuevamente. La mula seguía andando con toda lentitud.

A veces, en los viejos tiempos, cuando instruía a los niños, algún indiecito de ojos negros y oblicuos le había preguntado: "¿Cómo es Dios?", y él le contestaba fácilmente, haciendo referencias al padre y a la madre de la criatura, o tal vez, más ambiciosamente, incluía al hermano y a la hermana, y trataba de darle alguna idea de todos los amores y relaciones combinados en una pasión inmensa, y sin embargo personal... Pero en el centro de su propia fe siempre había imperado el convincente misterio de que estábamos hechos a imagen de Dios; Dios era el padre, pero también era el policía, el criminal, el cura, el loco y el juez. Algo parecido a Dios colgaba de la horca, o adoptaba extrañas actitudes ante las balas en el patio de una cárcel o se contorsionaba como un camello en el acto sexual. Se sentaba en el confesionario y oía las complicadas y sucias ingeniosidades que la imagen de Dios había elucubrado; esa imagen de Dios que ahora se balanceaba sobre el lomo de la mula, con sus colmillos amarillentos que sobresalían sobre el labio inferior; y esa imagen de Dios que había cometido el acto

desesperado de rebelión, con María, en la choza, entre las ratas. A veces ha de ser un consuelo para el soldado saber que las atrocidades de ambos bandos son equivalentes; nadie está nunca solo. Dijo:

-¿Se siente mejor, ahora? ¿No siente tanto frío, eh? ¿O tanto calor?

Y apoyó la mano con una especie de impulsiva ternura sobre los hombros de la imagen de Dios.

El hombre no contestó; el espinazo de la mula lo zarandeaba de un lado y de otro.

-Ya no quedan más que dos leguas -dijo el cura, para darle ánimo.

Debía tomar una resolución. Tenía la imagen de Carmen más clara que la de cualquier otra aldea o ciudad del Estado: la extensa pendiente cubierta de hierba, subía sobre una diminuta colina, de unos veinte pies más o menos, desde el río hasta el cementerio, donde estaban enterrados sus padres. El muro del cementerio se había derrumbado; algunos fanáticos habían destruido dos o tres cruces; un ángel había perdido una de sus alas de piedra, y los pocos monumentos funerarios que no habían sido dañados se inclinaban lastimosamente entre las largas hierbas de las tierras bajas. Una estatua de la Madre de Dios había perdido las orejas y los brazos, y permanecía como una Venus pagana sobre la tumba de algún rico y olvidado comerciante de maderas. Era extraña esa manía de borrar todo, porque naturalmente, no se podía nunca borrar bastante. Si Dios fuera como un sapo, se podrían hacer desaparecer todos los sapos del globo; pero cuando Dios era como uno mismo, era inútil conformarse con las estatuas de piedra; había que suicidarse entre las tumbas.

Dijo:

-¿Está bastante fuerte ya para sostenerse solo?

Retiró la mano. El camino se bifurcaba; por un lado se iba a Carmen, por el otro hacia el Oeste. Empujó a la mula por el camino de Carmen, azotándole la grupa. Dijo:

-Llegará dentro de unas dos horas -y se quedó mirando la mula que se iba hacia su pueblo natal, con el delator encorvado sobre el arzón.

El mestizo trató de sentarse derecho.

-¿Adónde va?

-Usted me servirá de testigo -dijo el cura-, de que no estuve en Carmen. Pero si dice que va de mi parte, le darán de comer.

-¿Por qué... por qué?

El mestizo trató de hacer girar la cabeza de la mula, pero no tenía fuerzas; el animal se limitó a seguir su camino. El cura le gritó:

-¡Recuerde, no estuve en Carmen!

Pero, ¿adónde podría ir ahora? Reconoció que había un solo lugar en todo el Estado donde no había peligro de que tomaran como rehén a un inocente... pero no podía ir con esa ropa... El mestizo se aferraba desesperadamente a la montura, volviendo implorante hacia él sus ojos amarillentos:

-No me dejará aquí... solo.

Pero no era solamente el mestizo lo que el cura dejaba en esa picada de la selva; de costado, como una barrera, meneando la estúpida cabeza, la mula se interponía entre él y el lugar donde había nacido. Se sentía como un hombre sin pasaporte, rechazado de todos los puertos.

El mestizo le gritaba todavía:

-Y a eso llama ser cristiano.

De algún modo había conseguido incorporarse sobre la montura. Comenzó a lanzarle insultos; una serie de palabras procaces sin sentido, que se perdían en la selva como los golpes sin fuerza de un martillo. Amenazaba:

-Si vuelvo a verlo, no será por *mi* culpa.

Por supuesto, tenía motivo para estar enojado; había perdido setecientos pesos. Chilló desesperadamente:

-¡Nunca olvido una cara!

CAPÍTULO II

Bajo la noche cálida y electrizada, los jóvenes y las jóvenes se paseaban alrededor de la plaza; las mujeres en un sentido, los varones en otro, sin hablarse nunca. En el cielo, al Norte, relampagueaba. Era como una ceremonia religiosa que hubiera perdido todo sentido, pero en la que todos lucían siempre sus mejores ropas. A veces, algún grupo de mujeres mayores se unía a la procesión, con un poco de entusiasmo y de risas, como si conservaran algún recuerdo de cómo eran las cosas antes de la desaparición de todos los libros. Un hombre, con una pistola en la cadera, vigilaba desde la escalinata de la Dirección de Impuestos, y un soldado viejo y marchito estaba sentado ante la puerta de la cárcel, con un fusil entre las rodillas; las sombras de las palmeras apuntaban hacia él como un cerco de sables. En la ventana de un dentista, la luz, que estaba encendida, brillaba sobre el sillón giratorio, y los almohadones de felpa roja, y el vaso para enjuagarse en su anilla de metal, y el pequeño armario lleno de instrumentos. Detrás de la tela metálica de las ventanas en las casas particulares, las abuelas se balanceaban en sus mecedoras entre las fotografías de familia; nada que hacer, nada que decir, demasiada ropa encima, un poco sudorosas. Ésta era la capital de un Estado.

El hombre del raído traje de dril observaba todo desde un banco. Pasó una patrulla armada de policía, hacia el cuartel, sin marcar el paso, con los rifles colgados de cualquier modo. La plaza estaba iluminada en cada esquina por unos racimos de tres globos, unidos por antiestéticos cables aéreos; un mendigo pasaba de banco en banco, sin éxito.

Se sentó junto al hombre vestido de dril, y empezó una larga explicación. Había en sus modales algo confidencial, y al mismo tiempo amenazador. Por todas partes las calles descendían al río, al puerto y a la llanura pantanosa. Dijo que tenía mujer y tantos hijos, y que durante las últimas semanas habían comido tan poco...

Se interrumpió y tocó el traje de dril del otro.

-¿Y cuánto le costó esto? -dijo.

-Se sorprendería si supiera lo barato que me costó.

De pronto, mientras un reloj daba las nueve y media,

todas las luces se apagaron. El mendigo dijo:

-Bastaría esto para sentirse desesperado.

Miró hacia uno y otro lado, mientras el desfile se disgregaba colina abajo. El hombre del traje de dril se levantó, y el otro también, siguiéndolo hacia el costado de la plaza; sus pies descalzos y chatos golpeteaban el suelo. Dijo:

-Para usted, unos cuantos pesos no serían nada...

-Ah, si supiera lo que serían para mí...

El mendigo se sintió desconcertado. Dijo:

-Un hombre como yo, piensa a veces que haría cualquier cosa por unos pesos.

Ahora que todas las luces de la ciudad estaban apagadas, la oscuridad les otorgaba cierta intimidad.

-¿Le parece censurable? -preguntó.

-No, no. Lo último que se me ocurriría es censurarlo.

Todo lo que decía parecía aumentar la irritación del mendigo.

-A veces -dijo éste-, me sentiría capaz de matar...

-Eso, por supuesto, estaría muy mal.

-¿Le parecería mal que tomara a un hombre por el cuello...?

-Bueno, un muerto de hambre tiene evidentemente que salvar su vida de algún modo.

El mendigo lo observaba con furia, mientras el otro hablaba como si tratara un tema de interés académico.

-En lo que a mí se refiere, ni siquiera valdrá la pena arriesgarse. Quince pesos con sesenta y cinco centavos es todo lo que poseo en el mundo. Hace cuarenta y ocho horas que no como nada.

-Madre de Dios -dijo el mendigo-, usted es más duro que una piedra. ¿No tiene corazón?

El hombre del traje de dril se echó de pronto a reír. El otro le dijo:

-Miente. ¿Por qué no come, si tiene quince pesos?

-Ya ve, quería gastarlos en bebida.

-¿Qué clase de bebida?

-La clase de bebida que un forastero no sabe cómo conseguir en un pueblo como éste.

-¿Quiere decir aguardiente?

-Sí... y vino.

El mendigo se acercó mucho más; su pierna tocaba la pierna del otro; le puso una mano sobre el brazo. Parecían amigos íntimos, casi hermanos, conversando confidencialmente en la oscuridad; hasta las luces de las casas se apagaban ahora, y los taxímetros que durante el día esperaban cerca de la plaza a un viajero que no parecía llegar nunca, empezaban a dispersarse; una luz trasera parpadeó y pasó frente al cuartel de policía. El mendigo dijo:

-Hombre, hoy tuvo suerte. ¿Cuánto me pagaría...?

-¿Por un trago?

-Por presentarle a alguien que podría conseguirle un poco de aguardiente..., verdadero aguardiente fino de Veracruz.

-Con una garganta como la mía -explicó el hombre del traje de dril-, lo que realmente quiero es vino.

-Pulque o magüey... tiene de todo.

-¿Vino?

-¿Vino de membrillo?

-Daría todo lo que tengo -juró el otro solemne y precisamente-, excepto los centavos, por un poco de vino verdadero de uva.

En alguna parte, junto al río, un tambor redoblaba; uno, dos, uno, dos; se oyó el ruido de pasos que marchaban desordenadamente; los soldados se iban a sus casas, a dormir.

-¿Cuánto? -Repitió impaciente el mendigo.

-Bueno, yo le daría a usted los quince pesos, y usted compraría el vino por lo que le costara.

-Venga conmigo.

Hicieron unos metros cuesta abajo; en la esquina de una calle que pasaba frente a la farmacia y el cuartel, y de otra que bajaba hacia el hotel, el muelle, y el depósito de la Compañía Bananera, el hombre del traje de dril se detuvo. La policía subía por la calle, con los fusiles colgados de cualquier modo.

-Espere un momento.

Entre los soldados venía un mestizo, con dos dientes que asomaban sobre el labio inferior, como los colmillos de un tigre. El hombre del traje de dril, en la sombra, los miró pasar; el mestizo volvió la cabeza, y sus miradas se encontraron. Luego la policía se alejó hacia la plaza.

-Vamos. Rápido.

El mendigo dijo:

-No se meterán con nosotros. Están buscando algo más importante.

-¿Para qué llevarían a ese hombre?

-¡Quién sabe! Tal vez sea un rehén.

-Si fuera un rehén, le habrían atado las manos, ¿no es cierto?

-¡Qué se yo!

Demostraba esa rencorosa independencia habitual en los países donde los pobres tienen el derecho de mendigar. Dijo:

-¿Quiere las bebidas o no las quiere?

-Quiero vino.

-No puedo asegurarle que tenga esto o lo otro. Tiene que conformarse con lo que haya.

Siguió hacia el río. Agregó:

-Ni siquiera sé si está en la ciudad.

Los cascarudos aparecían en bandadas y cubrían el suelo; explotaban bajo el pie como globitos, y del río subía un olor acre y verde. El busto blanco de un general relucía en un jardincillo público, puro polvo y adoquines calientes, y una dínamo vibraba en la planta baja del único hotel. Una escalera ancha, llena de cascarudos que se trepaban por los peldaños, subía al primer piso.

-Hice lo que pedía -dijo el mendigo-. Más, era imposible.

En el primer piso, un hombre vestido con oscuros pantalones de gala y una chaqueta blanca ceñida, salió de un dormitorio con una toalla sobre el hombro. Tenía una barbita gris y aristocrática, y tirantes además del cinturón. En alguna parte, lejos, gorgoteaba un caño, y los cascarudos chocaban ruidosamente contra la bombilla eléctrica. El mendigo empezó a discutir con energía; mientras hablaba, la luz se apagó del todo, y luego se encendió, parpadeando insatisfactoriamente. El

rellano de la escalera estaba lleno de mecedoras, y en una pizarra grande se veían escritos con tiza los nombres de los huéspedes; sólo tres, para veinte habitaciones.

El mendigo se volvió hacia su acompañante.

-El señor no está -dijo-. Así asegura el gerente. ¿Lo esperamos?

-Para mí el tiempo no cuenta.

Entraron en un gran dormitorio desnudo, con piso de baldosas. La camisa negra de hierro parecía un objeto que habían dejado por casualidad al mudarse. Se sentaron uno al lado del otro, y esperaron; los cascarudos entraban como disparados por los agujeros de la tela metálica.

-Es un hombre muy importante -dijo el mendigo-. Es el primo del Gobernador; puede conseguirle cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. Pero por supuesto, hay que ser presentado por alguien de confianza.

-¿Y usted es de confianza?

-En un tiempo trabajé para él.

Agregó francamente:

-No le queda más remedio que confiar en mí.

-¿Sabe el Gobernador?

-Claro que no. El Gobernador es un hombre intolerante.

De vez en cuando, los caños de agua gorgoteaban ruidosamente.

-¿Y por qué cree que puede confiar en mí?

-¡Oh, cualquiera se da cuenta de que a usted le gusta el trago! Ya volverá por más. Lo que vende es de lo mejor. Conviene que me dé a mí los quince pesos.

Los contó cuidadosamente, dos veces. Dijo:

-Le conseguiré una botella del mejor aguardiente de Veracruz. Ya verá si no.

La luz se apagó, y se quedaron sentados en la oscuridad; la cama crujía cada vez que se movían.

-No quiero aguardiente -dijo una voz-. Por lo menos, no me interesa tanto.

-¿Qué quiere, entonces?

-Ya se lo dije: vino.

-El vino es caro.

-No se preocupe por eso. Vino o nada.

-¿Vino de membrillo?

-No, no. Vino francés.

-A veces tiene vino de California.

-Con eso bastaría.

-Claro que a él... no le cuesta nada. Lo consigue en la Aduana.

La dínamo empezó otra vez a vibrar, abajo, y la luz se encendió débilmente. La puerta se abrió, y el gerente llamó al mendigo; iniciaron una larga conversación. El hombre del traje de dril se recostó en la cama; al afeitarse se había cortado en varios lugares; parecía demacrado y enfermo; daba la impresión de haber sido alguna vez regordete y de cara redonda, antes de adelgazar. Tenía un aspecto de hombre de negocios en la mala.

El mendigo volvió. Anunció:

-El señor está ocupado, pero pronto volverá. El gerente mandó un muchacho a buscarlo.

-¿Dónde está?

-No podemos interrumpirlo. Está jugando al billar con el jefe de policía.

Volvió a la cama, aplastando dos cascarudos con el pie descalzo. Dijo:

-Este hotel es muy bueno. ¿Dónde se aloja usted? ¿Forastero, verdad?

-¡Oh, sólo estoy de paso!

-Este caballero es muy influyente. Le convendría ofrecerle un trago. Después de todo, no pensará llevárselo todo. Da lo mismo que lo beba aquí o en otra parte.

-Me gustaría guardarme un poco, para llevármelo a casa.

-Es lo mismo. Yo siempre digo que mi casa es donde hay una silla y un vaso.

-De todos modos...

La luz volvió a apagarse, y en el horizonte el relámpago hinchó el cielo como una cortina. El ruido del trueno llegó a través de la tela metálica, muy lejano, como el clamoreo que se oye desde el otro extremo de una ciudad cuando hay corrida

de toros el domingo.

El mendigo dijo confidencialmente:

-¿En qué trabaja usted?

-¡Oh, hago lo que puedo... donde puedo!

Se quedaron callados, escuchando el ruido de pasos en los peldaños de madera. La puerta se abrió, pero no vieron nada. Una voz lanzó un débil juramento, y preguntó:

-¿Quién está allí?

Luego se encendió un fósforo, que alumbró una vasta quijada azul, y se apagó. La dínamo se agitó un rato, y volvió a encenderse la luz. El desconocido dijo con aire cansado:

-¡Oh, es usted!

-Soy yo.

Era un hombre bajo, de cara fofa y demasiado grande, vestido con un traje gris ajustado. Un revólver abultaba su chaleco. Dijo:

-No tengo nada para usted. Nada.

El mendigo cruzó la habitación arrastrando los pies, y empezó a hablar enérgicamente, en voz muy baja; en un momento dado, acarició amablemente con los pies descalzos el zapato lustrado de su interlocutor. Éste suspiraba, hinchaba los carrillos, y vigilaba constantemente la cama, como temiendo quién sabe qué perversas intenciones. Dijo secamente al hombre de dril:

-¿Así que usted quiere un poco de aguardiente de Veracruz, no es cierto? La ley no lo permite.

-Aguardiente no. No quiero aguardiente.

-¿No le basta con la cerveza?

Se adelantó autoritariamente hasta el centro de la habitación, con aire de crear dificultades; sus zapatos crujían sobre las baldosas; era el primo del Gobernador.

-Podría hacerlo arrestar -amenazó.

El hombre de traje de dril se atemorizó, convencionalmente. Dijo:

-Por supuesto, Excelencia...

-¿Se cree que no tengo otra cosa que hacer que calmar la sed de todos los vagabundos que deciden...?

-No lo habría molestado nunca, si este hombre no me hubiera...

El primo del Gobernador escupió sobre las baldosas.

-Pero si su Excelencia prefiere que me vaya...

El otro dijo con sequedad:

-No soy tan intransigente. Siempre hago lo posible por complacer a los demás... cuando está en mí hacerlo, y no representa perjuicio para nadie. Tengo que pensar en mi posición, ¿comprende? Esas bebidas llegan a mis manos por vías absolutamente legales.

-Por supuesto.

-Y me veo obligado a cobrarlas lo que me cuestan.

-Por supuesto.

-De otro modo, sería mi ruina.

Se acercó delicadamente a la cama, como si le apretaran los zapatos, y la deshizo.

-¿Usted suele hablar mucho? -preguntó de espaldas.

-Sé guardar un secreto.

-No me importa que se lo diga a... a quien puede decírselo.

Había una gran desgarradura en el colchón; sacó un puñado de paja, y volvió a meter la mano. El hombre del traje de dril observaba con falsa indiferencia el jardincillo, las oscuras barrancas barrosas, y los mástiles de los barcos; más allá relampagueaba, y se acercaba el trueno.

-Ahí tiene -dijo el primo del Gobernador-, como un favor especial podría darle esto. Es lo mejor que hay.

-En realidad, no es aguardiente lo que yo quiero.

-Tiene que conformarse con lo que hay.

-Entonces, me parece que me guardaré los quince pesos.

El primo del Gobernador exclamó vivamente:

-¡Quince pesos!

El mendigo empezó a explicar rápidamente que el caballero quería comprar un poco de vino, además del aguardiente; se pusieron a discutir acaloradamente junto a la cama, en voz baja, por cuestiones de precios. El primo del Gobernador dijo:

-El vino es muy difícil de conseguir. Puedo darle dos botellas de aguardiente.

-Una de aguardiente y una de...

-Es el mejor aguardiente de Veracruz.

-Pero yo soy bebedor de vino... No sabe qué deseos tengo de beber un poco de vino...

-El vino me cuesta mucho dinero. ¿Cuánto más podría pagar?

-No me quedan más que setenta y cinco centavos en el mundo.

-Podría conseguirle una botella de tequila.

-No, no.

-Entonces, cincuenta centavos más... Es una botella grande.

Empezó a buscar nuevamente en el colchón, sacando más paja. El mendigo guiñó el ojo al hombre del traje de dril, y ejecutó los ademanes de quien descorcha una botella y llena un vaso.

-Ahí tiene -dijo el primo del Gobernador-, tómela si la quiere, y si no déjela.

-¡Oh, está muy bien!

El primo del Gobernador perdió de pronto el mal humor. Se frotó las manos y dijo:

-¡Qué noche pesada! Me parece que este año las lluvias van a empezar antes.

-Tal vez su Excelencia quiera hacerme el honor de aceptar un vasito de aguardiente, para brindar por nuestra pequeña operación.

-Bueno... bueno... tal vez...

El mendigo abrió la puerta y pidió alegremente que trajeran vasos.

-Hace mucho tiempo -dijo el primo del Gobernador- que no tomo un vaso de vino. Tal vez sea más adecuado para brindar.

-Por supuesto -dijo el hombre vestido de dril-, como prefiera su Excelencia.

Contempló cómo descorchaban la botella, con dolorosa ansiedad. Dijo:

-Si ustedes me permiten, creo que beberé un vasito de aguardiente -y sonrió con dificultad, lastimosamente, mientras veía bajar el nivel del vino.

Brindaron, los tres sentados sobre la cama; el mendigo bebió aguardiente. El primo del Gobernador dijo:

-Me siento orgulloso de haberle vendido este vino. Es muy bueno. Lo mejor de California.

El mendigo guiñó un ojo, hizo unos ademanes, y el hombre del traje de dril dijo:

-Un vasito más, Excelencia..., o tal vez prefiera este aguardiente; se lo recomiendo...

-Es muy buen aguardiente, pero creo que beberé otro vaso de vino...

Volvieron a llenar los vasos. El hombre del traje de dril dijo:

-Me llevaré un poco de este vino... para mi madre. Le encantará un vasito.

-Tiene muy buen gusto -dijo el primo del Gobernador, vaciando el suyo-. ¿Así que tiene madre?

-¿Acaso no tenemos todos?

-¡Ah, que hombre feliz! La mía murió.

Su mano se desviaba hacia la botella, distraídamente; la cogió.

-A veces la echo de menos. Yo la llamaba "mi amiguita".

Inclinó la botella.

-¿Con su permiso?

-Por supuesto, Excelencia -dijo el otro, desesperado, con un largo trago de aguardiente.

El mendigo dijo:

-Yo también tengo madre.

-¿A quién puede importarle? -dijo con sequedad el primo del Gobernador.

Se echó hacia atrás, y la cama crujió.

-A menudo pienso que la madre es mejor amigo que el padre. Trata de inclinarnos hacia la serenidad, la bondad, la caridad... Para el aniversario de su muerte, siempre visito su tumba... con flores.

El hombre del traje de dril contuvo un hipo, cortésmente.
Dijo:

- ¡Ah, si yo pudiera hacer lo mismo...!
- Pero ¿no dijo que su madre vivía?
- Creía que se refería a su abuela.
- ¿Cómo se le ocurre? De mi abuela ni me acuerdo.
- Yo tampoco.
- Yo sí -dijo el mendigo.

El primo del Gobernador dijo:

- Usted habla demasiado.
- Tal vez conviniera mandarlo abajo, para que haga envolver esta botella de vino... A su Excelencia no le conviene que la vean...

-Espere, espere. No tenemos prisa. Aquí está usted como en su casa. Todo lo que hay es este cuarto está a su disposición. Tome un vaso de vino.

- Prefiero aguardiente...
- Entonces, con su permiso...

Inclinó la botella; chorreó un poco sobre las sábanas.

- ¿De qué hablábamos? -preguntó.
- De nuestras abuelas.

-No creo que habláramos de eso. Ni siquiera me acuerdo de la mía. Lo primero que recuerdo de mi infancia es...

La puerta se abrió. El gerente dijo:

- El jefe de policía sube a verlo.
- Espléndido. Hágalo entrar.
- ¿Seguro?
- Por supuesto. Es un buen amigo.

Y explicó a los demás:

- Pero cuando juega al billar no se puede confiar en él.

Un hombre corpulento, grueso, en camisa, con pantalones blancos y pistolera en la cintura, apareció en el vano de la puerta. El primo del Gobernador gritó:

-Entre, entre. ¿Qué tal el dolor de muelas? Hablábamos de nuestras abuelas.

Y agregó secamente al mendigo:

-Haga sitio al jefe.

El jefe permaneció ante la puerta, observándolos con leve perplejidad. Murmuró:

-Bueno... bueno...

-Celebrábamos una pequeña reunión privada. ¿Quiere ser de los nuestros? Sería un honor para nosotros.

La cara del jefe se iluminó de pronto al divisar la botella del vino:

-Naturalmente; un poco de cerveza nunca cae mal.

-Bien dicho. Sírvanle al jefe un vaso de cerveza.

El mendigo llenó de vino su propio vaso, y se lo tendió. El jefe se sentó en su lugar, en la cama, y vació el vaso; luego se hizo cargo de la botella. Dijo:

-¡Qué buena cerveza! Muy buena cerveza. ¿No hay más que esta botella?

El hombre del traje de dril lo observaba con helada ansiedad.

-Sí; lo lamento, pero es la única.

-¡Salud!

-¿Y de qué estábamos hablando? -preguntó el primo del Gobernador.

-De sus recuerdos de infancia -contestó el mendigo.

-De mi infancia recuerdo que... -empezó a decir el jefe, con deliberación-. Pero este caballero no bebe.

-Beberé un poco de aguardiente.

-¡Salud!

-¡Salud!

-Lo que recuerdo con más claridad es mi primera comunión. ¡Ah, qué emoción en mi alma; mis padres me rodeaban...!

-¿Cuántos padres tenía usted, entonces...?

-Dos, por supuesto.

-Entonces, no podían rodearlo... por lo menos hubieran requerido cuatro... ja, ja.

-¡Salud!

-¡Salud!

-No, pero como les decía, ¡la vida tiene cada ironía! Me correspondió el penoso deber de asistir al fusilamiento del mismo cura que me dio la primera comunión; era un anciano. No me avergüenza decir que lloré en esa ocasión. Mi consuelo es que ahora probablemente sea un santo en el cielo, que reza por nosotros. No todos se merecen las plegarias de un santo.

-¡Qué extraña manera...!

-La vida es tan misteriosa.

-¡Salud!

El hombre del traje de dril dijo:

-¿Un vasito de aguardiente, jefe?

-Ya queda tan poco en esta botella, que da lo mismo tomarlo o dejarlo...

-Tenía la intención de llevarle un poco a mi madre.

-¡Oh!, una gotita así; sería un insulto llevarle esto. No es más que la borra.

Invirtió la botella sobre su vaso, y ahogando la risa dijo:

-Si se puede decir que la cerveza tenga borra.

Luego, con la botella todavía sobre el vaso, dijo atónito:

-Pero hombre, ¡usted está llorando!

Los tres contemplaron al hombre del traje de dril, con las bocas levemente abiertas. Éste dijo:

-Siempre me hace este efecto... el aguardiente. Perdónenme, caballeros. Me embriago muy fácilmente, y entonces creo ver...

-¿Ver qué?

-Oh, no sé; cómo se agota toda la esperanza del mundo.

-Hombre, usted es un poeta.

El mendigo dijo:

-Un poeta es el alma de su país.

El relámpago llenaba las ventanas como una sábana blanca; de pronto el trueno estalló violentamente sobre sus cabezas. La única lamparilla parpadeó junto al cielo raso, y su luz disminuyó.

-Malas noticias para mis hombres -dijo el jefe,

aplastando con el pie un cascarudo que se había arrastrado hasta él.

-¿Por qué, malas noticias?

-Que las lluvias empiecen tan temprano. Porque están de caza.

-¿El gringo?

-El gringo realmente no importa nada; pero el Gobernador descubrió que todavía queda un cura, y ustedes ya saben lo que piensa del asunto. Si fuera por mí, lo dejaría tranquilo, pobre diablo. Ya se morirá de hambre, o de malaria, o terminará por entregarse. No puede hacer nada a nadie; ni bien, ni mal. Si ni siquiera se dieron cuenta de su existencia, hasta hace unos pocos meses.

-Tendrán que darse prisa.

-¡Oh, en realidad no tiene muchas probabilidades de salvarse! A menos que pase la frontera. Hay un hombre que lo conoce. Habló con él; pasó una noche entera con él. Hablemos de otra cosa. ¿A quién puede gustarle ser un policía?

-¿Y dónde cree usted que estará?

-Se sorprendería usted de saberlo.

-¿Por qué?

-Está aquí, en esta misma ciudad. Pura deducción. Porque desde que empezamos a tomar rehenes en las aldeas, realmente no puede estar en ninguna otra parte... Lo echan, no quieren recibirlo. Por eso le hemos soltado este hombre que acabo de mencionarle, como un perro; algún día lo encontrará, y entonces...

El hombre del traje de dril dijo:

-¿Tuvieron que fusilar a muchos rehenes?

-Todavía no. Tres o cuatro, tal vez. Bueno, ahí va el último trago de cerveza. ¡Salud!

Depositó con pena el vaso en el suelo.

-Tal vez ahora podría probar una gotita de su... sidral, llamémoslo así.

-Sí. Por supuesto.

-¿No nos hemos visto alguna vez? Su cara me parece...

-Creo que nunca tuve ese honor.

-Ése es otro misterio -dijo el jefe, estirando su pierna larga y gruesa sobre el colchón, y empujando suavemente al mendigo hacia el pie de la cama-; uno cree haber visto personas y lugares que en realidad no ha visto nunca. ¿Las habrá visto en sueños, o en una vida anterior? Una vez oí decir a un médico que tenía algo que ver con la distancia focal de los ojos. Pero era un yanqui. Un materialista.

-Recuerdo que una vez... -dijo el primo del Gobernador.

El relámpago cruzó el cielo sobre el puerto, y el trueno estremeció el techo; ésta era la atmósfera del Estado entero; afuera, la tormenta, y adentro, la conversación ininterrumpida; palabras como “misterio” y “alma” y “la fuente de la vida” que se repetían, mientras ellos charlaban, sentados sobre la cama, sin nada que hacer, ni nada que creer, ni dónde ir.

El hombre del traje de dril dijo:

-Creo que será mejor que me vaya.

-¿Adónde?

-Oh..., me esperan unos amigos -dijo vagamente, conjurando ampliamente con las manos un mundo entero de ficticias amistades.

-Será mejor que se lleve sus bebidas -dijo el primo del Gobernador.

Luego reconoció:

-Después de todo, usted las pagó.

-Gracias, Excelencia.

Recogió la botella de aguardiente. Apenas quedaban unos tres dedos de licor. La botella de vino, estaba totalmente vacía.

-Escóndala, hombre, escóndala -dijo secamente el primo del Gobernador.

-¡Oh, Excelencia, pierda cuidado!

-No hace falta que lo llame Excelencia -dijo el jefe.

Lanzó una carcajada, y empujó al mendigo hasta hacerlo caer al suelo.

-No, no, es que...

Se retiró cautelosamente, de costado, con huellas de lágrimas en los ojos enrojecidos e irritados; desde el vestíbulo oyó que la conversación se reanudaba, “misterio”, “alma”, interminable, sin sentido.

Los cascarudos habían desaparecido; aparentemente, la lluvia los había arrastrado consigo. La lluvia caía perpendicular, con una especie de mesurada intensidad, como quien clava la tapa de un ataúd. Pero el aire no se había despejado; el sudor y la lluvia empapaban las ropas. El cura permaneció unos segundos en la puerta del hotel, oyendo el temblor de la dínamo; luego corrió unos metros hasta otra puerta; titubeó, recorriendo con la mirada el busto del general, los barcos de vela amarrados, y una vieja barcaza con chimenea de lata. No tenía dónde ir; la lluvia no entraba en sus cálculos; había supuesto que podría seguir viviendo de cualquier manera, durmiendo en los bancos de las plazas, o junto al río.

Dos soldados, discutiendo furiosamente, bajaron por la calle hacia el muelle; dejaban que la lluvia les cayera encima, como si no les importara, como si las cosas ya hubieran llegado a un punto en que nada de eso tenía importancia... El cura empujó la puerta de madera contra la que se había apoyado- la puerta de una cantina que sólo le llegaba hasta las rodillas- y entró para no mojarse; hileras de botellas de gaseosas, y una sola mesa de billar, con los anillos ensartados en alambres; tres o cuatro hombres; alguien había dejado sobre el mostrador la funda de su pistola. El cura entró demasiado rápidamente, y golpeó al pasar el codo de un hombre que en ese momento preparaba una carambola. Éste se volvió furioso:

-¡Madre de Dios! -exclamó; era un Camisa Roja.

¿No habría paz en ninguna parte, ni siquiera un momento?

El cura pidió humildemente disculpas, deslizándose de nuevo hacia la puerta; pero tal vez esta vez se movió demasiado rápidamente; el bolsillo de su chaqueta golpeó contra la pared, y se oyó el ruido de la botella. Tres o cuatro caras lo miraron con maliciosa alegría; era un forastero, y por lo tanto podían divertirse a sus expensas.

-¿Qué tiene en el bolsillo? -preguntó el Camisa Roja.

Era un joven que apenas tendría veinte años, con dientes de oro y boca burlona y presuntuosa.

-Limonada -dijo el cura.

-¿Para qué lleva una botella de limonada en el bolsillo?

-La tomo de noche, con la quinina.

El Camisa Roja, lleno de presunción, tocó desde lejos el bolsillo del cura, con la punta del taco.

-¿Limonada, eh?

-Sí, limonada.

-Veamos un poco esa limonada.

Se volvió orgullosamente hacia los demás, y dijo:

-Puedo olfatear un contraventor a diez pasos de distancia.

Metió la mano en el bolsillo del cura, y sacó la botella de aguardiente:

-Ahí tienen -dijo-. ¿No les había dicho...?

El cura se lanzó hacia la puerta, y salió a la lluvia. Una voz gritó:

-¡Cójanlo!

Nunca se habían divertido tanto.

Corrió por la calle hacia la plaza, giró hacia la izquierda y luego a la derecha; era una suerte que las calles estuvieran oscuras, y la luna oculta. Mientras se mantuviera alejado de las ventanas iluminadas, era casi invisible; oía cómo sus perseguidores se daban voces. No abandonaban la caza; era más divertido que el billar; en alguna parte sonó un silbato; la policía se unía a ellos.

Ésta era la ciudad donde siempre había ambicionado que lo ascendieran, dejando en Concepción las deudas habituales; pensó en la Catedral, en Montes, en un canónigo que había sido su amigo, mientras dejaba atrás las esquinas. Algo muy profundo en él, el deseo de huir, irradiaba un matiz de humorismo momentáneo y conmovedor sobre toda la situación; se reía y jadeaba y volvía a reírse. Oía cómo se llamaban y silbaban en la oscuridad, mientras la lluvia caía; se precipitaba y rebotaba sobre el piso de cemento del inútil frontón que había sido en otro tiempo la catedral (hacía demasiado calor para jugar a la pelota; a un costado se alzaban algunos columpios de hierro, como patíbulos). Volvió a bajar la cuesta; se le había ocurrido una idea.

Los gritos se acercaban; luego apareció un nuevo grupo de hombres, que venían del río; habían encarado la persecución con método; lo dedujo al percibir sus pasos tranquilos; era la policía, los sabuesos oficiales. Se encontraba acorralado entre

los dos grupos; los aficionados y los profesionales. Pero conocía bien la puerta que buscaba; la abrió, volvió a cerrarla detrás de sí, y atravesó rápidamente el patio.

Permaneció un momento en la oscuridad, jadeante, mientras escuchaba pasos que se acercaban por la calle; la lluvia seguía cayendo. Luego advirtió que alguien lo observaba desde una ventana, una carita marchita, como una de esas cabezas embalsamadas que compran los turistas. Se acercó a la reja y dijo:

-¿El padre José?

-Es allá.

Detrás del hombro del interpelado, apareció otra cara, mal iluminada por la luz de una bujía, luego otra; las caras brotaban como hongos. Sentía que lo vigilaban, mientras cruzaba chapoteando el patio y golpeaba la puerta.

Tardó un momento en reconocer al padre José, en ese absurdo camión inflado por el viento, con una lámpara en la mano. La última vez que lo había visto fue en una conferencia, sentado en la última fila; mordiéndose las uñas con la esperanza de que nadie lo viera. Esperanza innecesaria; nadie, ninguno de los atareados clérigos de la catedral sabía siquiera cómo se llamaba. Era extraño pensar que ahora había llegado a gozar de una especie de fama que ellos no conocían: -José -dijo amablemente, haciendo guiños desde la oscuridad.

-¿Quién es usted?

-¿No se acuerda de mí? Naturalmente, hace tantos años...
¿No recuerda la conferencia en la catedral...?

-¡Oh, Dios mío! -dijo el padre José.

-Me buscan. Pensé que tal vez por esta noche usted pudiera...

-¡Váyase! -dijo el padre José-, ¡váyase!

-No saben quién soy. Se creen que soy un contrabandista de licores; pero cuando me lleven al cuartel de policía, se darán cuenta.

-No hable tan alto. Mi mujer...

-Déjeme un rinconcito, nada más -murmuró.

Nuevamente empezaba a sentir miedo. Tal vez el efecto del aguardiente se le había pasado (en ese clima tan cálido era imposible permanecer borracho durante mucho tiempo; el

alcohol volvía a salir por las axilas, goteaba por la frente); o tal vez era sólo el deseo de vivir, que aparece cíclicamente, y que ahora volvía; el deseo de vivir cualquier clase de vida.

A la luz de la lámpara, la cara del padre José mostraba una expresión de odio. Dijo:

-¿Por qué acude a mí? ¿Qué le hace suponer...? Llamaré a la policía, si no se va. Usted sabe qué clase de hombre soy.

El otro abogaba con dulzura.

-Usted es un buen hombre, José. Siempre lo supe.

-Si no se va, grito.

Trató de recordar algún motivo de enemistad. Se oían voces en la calle, discusiones, golpes. ¿Estarían registrando las casas?

-Si alguna vez lo ofendí, José, perdóneme. Fui orgulloso, presuntuoso, dominador; un mal sacerdote. Siempre supe, en el fondo, que usted era mejor que yo.

-¡Váyase! -le chilló José-, ¡váyase! No quiero mártires aquí. No tengo más nada que ver. Déjeme en paz. Estoy muy bien.

Trató de reunir todo su veneno en una escupida, y la lanzó débilmente hacia la cara del otro. Ni siquiera llegó; cayó impotente a mitad de camino. Dijo:

-Vaya y muérase de una vez. Ésa es su obligación.

Y de un golpe cerró la puerta. El cura vislumbró al padre José que espiaba desde una ventana; luego, una forma enorme, envuelta en un camisón blanco, lo absorbió y se lo llevó; como un ángel guardián, lo alejó de la desastrosa lucha humana. Una voz dijo:

-¡Ahí está!

Era el joven Camisa Roja. El cura abrió la mano y dejó caer junto a la pared del padre José una pelotita de papel; era la última capitulación de todo un pasado.

Sabía que esto era el principio del fin, después de tantos años. Empezó a recitar mentalmente un acto de contrición, mientras le sacaban la botella de aguardiente del bolsillo; pero no podía concentrarse. Ésa era la falacia del arrepentimiento *in articulo mortis*; la contrición es fruto de largos ejercicios y disciplinas; con el temor no basta. Trató de pensar con vergüenza en su hija, pero sólo podía pensar en ella con una especie de voraz amor; ¿qué sería de ella? Y el pecado mismo

era tan antiguo que, como en un cuadro de otra época, la deformidad ya se había borrado y convertido en una especie de gracia. El Camisa Roja estrelló la botella contra el piso de piedra, y el olor a alcohol ascendió en torno; no muy fuerte, porque no era mucho lo que quedaba.

Luego se lo llevaron; ahora que lo habían capturado, lo trataban amistosamente, burlándose de su tentativa de huida; excepto el Camisa Roja, a quien había malogrado la carambola. No encontraba respuesta alguna a sus bromas; el instinto de conservación se le había atravesado en el cerebro, como una horrible obsesión. ¿Cuándo descubrirían su verdadera identidad? ¿Cuándo se encontraría con el mestizo, o con el teniente que ya lo había interrogado? El grupo ascendió con lentitud hacia la plaza. Cuando entraron, la culata de un rifle golpeó el suelo; contra la pared sucia y encalada, una lamparilla humeaba; en el patio colgaban las hamacas, ciñendo los cuerpos dormidos como las redes en las que se transportan las aves de corral.

-Puede sentarse -dijo uno de los hombres, y lo empujó familiarmente hacia uno de los bancos.

Todo parecía ahora irrevocable; el centinela se paseaba frente a la puerta; en el patio, entre las hamacas, el incesante murmullo de los dormidos proseguía.

Alguien le habló; abrió la boca y alzó la vista.

-¿Qué?

Parecía desarrollarse una discusión entre la policía y el Camisa Roja; discutían si había que despertar a alguien.

-Pero es su obligación -seguía repitiendo el Camisa Roja; tenía incisivos de conejo.

-Daré cuenta al Gobernador -agregó.

Un policía dijo:

-Usted admite la acusación, ¿no?

-Sí -dijo el cura.

-Ahí tiene. ¿Qué más quiere? Es una multa de cinco pesos. ¿Para que molestar a nadie?

-¿Y quién se queda con los cinco pesos, eh?

-Eso no es asunto que nos concierna.

El cura dijo de pronto:

-Nadie se quedará con ellos.

-¿Nadie?

-Sólo tengo en el mundo veinticinco centavos.

Se abrió la puerta de una habitación interior, y salió el teniente. Dijo:

-En nombre de Dios, ¿qué es todo este ruido?...

El policía se cuadró desganadamente.

-Descubrí a un hombre que llevaba bebidas alcohólicas - dijo el Camisa Roja.

El cura seguía sentado, mirando hacia el suelo; "...porque fue crucificado..., crucificado..., crucificado..." Su contrición se empantanaba desesperadamente en la formalidad de las palabras. No sentía ninguna emoción, salvo el miedo.

-Bueno -dijo el teniente-. ¿Y a usted qué le importa? Nosotros descubrimos veinte por día.

-¿Lo hacemos entrar? -preguntó uno de los soldados.

El teniente echó una mirada a la silueta encorvada y servil, sentada en el banco.

-Levántese -dijo.

El cura se levantó. Ahora, pensaba, ahora... Alzó la mirada. El teniente miró hacia otra parte, a través de la puerta donde el centinela, cabizbajo, se paseaba. Su cara morena y contraída parecía cansada, lacerada...

-No tiene dinero -dijo uno de los policías.

-¡Madre de Dios! -dijo el teniente-, ¿cuándo aprenderán?...

Dio dos pasos hacia el centinela, y volvió.

-Regístrenlo. Si no tiene dinero, métalo en un calabozo. Dénle algún trabajo...

Salió, y de pronto, alzando la mano abierta, pegó una cachetada al centinela, sobre la oreja. Le dijo:

-Parece dormido. Marche como si tuviera algo de orgullo..., orgullo -repitió, mientras la lamparilla de acetileno humeaba sobre la pared encalada, y el olor a orines llegaba desde el fondo; y los soldados dormían en sus hamacas, seguros en sus redes.

-¿Le tomamos los datos? -preguntó un sargento.

-Por supuesto -dijo el teniente, sin mirarlo, yendo y

viniendo nerviosa y agitadamente por el patio, bajo la lámpara; no se cubría, aunque la lluvia caía sobre su pulcro uniforme; miraba hacia todos lados.

Parecía una persona obsesionada; como si una pasión secreta hubiera interrumpido la rutina de su vida. Iba y venía; no podía quedarse quieto.

El sargento empujó al cura para hacerlo entrar en la habitación; sobre la cal descascarada colgaba un llamativo calendario de una casa de comercio; una muchacha mestiza, de piel oscura, en traje de baño, ofrecía cierta agua mineral; alguien había escrito con lápiz, y con clara caligrafía pedagógica, la simple y presuntuosa afirmación de que el hombre no tiene nada que perder, salvo sus cadenas.

-¿Su nombre? -dijo el sargento.

Sin pensarlo siquiera, el cura respondió:

-Montes.

-¿Donde vive?

Nombró una aldea al azar; lo absorbía su propio retrato. Allí se veía a sí mismo, sentado entre los vestidos blancos y almidonados de las comulgantes. Alguien había dibujado un círculo alrededor de su cara, para que se lo distinguiera mejor. También había otro retrato en la pared; el gringo de San Antonio, Texas, acusado de asesinato y asalto a mano armada.

-Supongo -dijo cautelosamente el sargento- que habrá comprado esa bebida a un desconocido...

-Sí.

-¿A quién no podría identificar?

-No.

-Así me gusta -dijo el sargento, con aprobación.

Era evidente que no deseaba iniciar ninguna investigación. Cogió al cura muy familiarmente por el brazo, y lo condujo hacia afuera, a través del patio; llevaba una llave muy grande, como las que se emplean en las representaciones religiosas, o en los cuentos de hadas, como símbolo. Algunos hombres se movían en sus hamacas; una quijada ancha, sin afeitar, colgaba de costado, como un trozo que se abandona sobre el mostrador de una carnicería; una larga oreja desgarrada; un muslo desnudo, negro y velludo. El cura se preguntó cuándo aparecería la cara del mestizo, feliz de reconocerlo.

El sargento abrió una puertita enrejada, apartó con la bota algo que estaba atravesado frente a la entrada y dijo abriéndose paso a puntapiés:

-Es buena gente, es toda buena gente la que está aquí.

Un olor espantoso llenaba el recinto, y alguien, en medio de esa oscuridad absoluta, lloraba.

El cura se detuvo en el umbral, tratando de ver algo; la informe tiniebla parecía estremecerse y moverse. Dijo:

-¡Tengo tanta sed!... ¿No podría tomar un poco de agua?

El hedor subía por sus narices, y le provocaba náuseas.

-Mañana por la mañana -dijo el sargento-; por hoy ya bebió bastante.

Y aplicando una mano ancha y cuidadosa sobre la espalda del cura, lo empujó hacia adentro; luego cerró la puerta de un golpe. El sacerdote pisó una mano, luego un brazo, y apretando la cara contra la reja, protestó con débil horror:

-No hay lugar. No veo nada. ¿Quiénes son estas personas?

Afuera, entre las hamacas, el sargento soltó la risa:

-Hombre -dijo-, hombre, ¿es la primera vez que lo meten en un calabozo?

CAPÍTULO III

Una voz, junto a sus pies, dijo:

-¿Tiene un cigarrillo?

Se apartó rápidamente, y pisó un brazo. Otra voz dijo imperiosamente:

-Agua, pronto -como si su dueño desconocido hubiera creído que podía tomar de sorpresa al recién llegado, y obligarlo a obedecer.

-¿No tiene un cigarrillo?

-No -contestó fatigadamente-; no tengo absolutamente nada -y le pareció sentir la hostilidad general que ascendía como humo en torno de él.

Cambió nuevamente de lugar; alguien le dijo:

-Cuidado con el balde.

De allí venía el olor. Se quedó perfectamente inmóvil, y esperó hasta recuperar la visión. Afuera, la intensidad de la lluvia comenzó a decrecer; caían gotas aisladas, y el trueno se alejaba. Ya se podía contar hasta cuarenta entre el relámpago y el trueno. Cuarenta millas, según la superstición. La mitad de la distancia hasta el mar; la mitad de la distancia hasta las montañas. Tanteó con el pie, tratando de averiguar si había espacio suficiente para sentarse; pero aparentemente no lo había. Cuando relampagueaba, podía ver algunas hamacas, a un costado del patio.

-¿Tiene algo de comer? -dijo una voz-. ¿Tiene algo de comer? -repitió, al ver que no contestaba.

-No.

-¿Tiene dinero? -preguntó otra voz.

-No.

De pronto, a uno o dos metros de distancia, se oyó un grito ahogado; era una mujer. Una voz fatigada dijo:

-¿No pueden quedarse quietos?

Entre furtivos movimientos, volvieron a oírse los gritos apagados, sin dolor. Comprendió horrorizado que aun en medio de esas atestadas tinieblas el placer continuaba. Nuevamente movió un pie, y trató de abrirse paso, pulgada por pulgada, para

alejarse de la reja. Detrás de las voces humanas, otro ruido persistía, permanente; era como un pequeño motor, una correa eléctrica que giraba con cierto ritmo. Llenaba los pocos silencios del lugar, más potente que la respiración humana. Era el zumbido de los mosquitos.

Ya se había alejado unos dos metros de la reja; sus ojos empezaron a distinguir algunas cabezas, que lo rodeaban como odres; tal vez el cielo se despejaba. Una voz dijo:

-¿Quién es usted?

No contestó, presa del pánico, alejándose cada vez más adentro; de pronto, se encontró con la pared del fondo; la piedra parecía húmeda al tacto; el calabozo no podía tener más de cuatro metros de profundidad. Descubrió que si mantenía los pies recogidos bajo el cuerpo, podía sentarse. Un viejo se acurrucaba contra su hombro; calculó que era un viejo por lo liviano de sus huesos, y el aleteo débil y desigual de su respiración. Era alguien muy próximo al nacimiento o a la muerte; y en semejante lugar, no podía ser una criatura. El viejo dijo de pronto:

-¿Eres tú, Catalina? -y su aliento se extinguió en un largo suspiro de paciencia, como si ya hubiera esperado mucho tiempo, y pudiera esperar mucho más todavía.

El cura dijo:

-No. No soy Catalina.

Cuando hablaba, todos los demás guardaban silencio, escuchando, como si lo que decía tuviera mucha importancia; luego, las voces y los movimientos recomenzaban. Pero el sonido de su propia voz, la sensación de comunicarse con un vecino, lo calmaban.

-No podía ser -dijo el viejo-. Realmente, no pensé que fuera ella. No vendrá nunca.

-¿Es su mujer?

-¡Qué dice! No tengo mujer.

-Catalina.

-Es mi hija.

Nuevamente, todos escuchaban; excepto las dos personas invisibles que sólo se interesaban por su encubierto e incómodo entretenimiento sexual.

-Tal vez no la dejen entrar.

-No creo que lo intente -dijo con absoluta convicción la vieja voz desesperanzada.

Al cura empezaban a dolerle los pies, recogidos debajo de los muslos. Dijo:

-Si lo quiere...

En alguna parte, en medio de esa confusión de formas oscuras, la mujer volvió a gritar; ese grito final de protesta y abandono y placer.

-Los curas tienen la culpa -dijo el viejo.

-¿Los curas?

-Los curas.

-¿Por qué los curas?

-Los curas.

Una voz junto a sus rodillas dijo:

-Ese viejo está loco. ¿Para qué le hace preguntas?

-¿Eres tú, Catalina? Realmente -agregó-, no es que lo crea; es una simple pregunta.

-En cambio, yo sí que tengo motivos de queja -prosiguió la voz-. Uno tiene que defender su honor. ¿Supongo que no me dirá que no?

-No sé nada del honor.

-Estaba en la cantina, y el hombre de quien les hablaba se me acercó y me dijo: "Su madre es una tal por cual". Bueno, yo no podía hacer nada, porque él tenía un arma de fuego. Lo único que me quedaba era esperar. Estaba bebiendo abundantemente; yo sabía que se emborracharía; cuando empezó a tambalearse lo seguí. Yo tenía una botella; la rompí contra una pared. No podía disponer de otra arma. Su familia tiene cierta relación con el jefe; si no, no estaría yo aquí.

-Es terrible matar a un hombre.

-Habla como un cura.

-Los curas tienen la culpa -dijo el viejo-. En eso tiene razón.

-¿Qué quiere decir?

-¿Qué importa lo que quiere decir un viejo como ése? Me gustaría más bien contarle otra cosa...

La voz de una mujer dijo:

-Le quitaron la hija.

-¿Por qué?

-Era ilegítima. Procedieron muy correctamente.

Al oír la palabra “ilegítima”, sintió una dolorosa emoción; la que siente el hombre enamorado cuando un desconocido nombra una flor que además es el nombre de la amada. Ilegítima; la palabra lo llenaba de mísera felicidad. Le hacía sentir la cercanía de su propia hija; la veía bajo el árbol, en el muladar, indefensa. Preguntó:

-¿Ilegítima? -como repitiendo su nombre; con encubierta ternura disfrazada.

-Dijeron que no era un padre como es debido. Pero por supuesto, cuando los curas se escaparon, la muchacha tuvo que volver a su lado. ¿Adónde podía ir, si no?

Era una especie de final feliz, hasta que la mujer agregó:

-naturalmente, lo odiaba. Le habían enseñado muchas cosas.

Podía imaginarse la boquita obstinada de una mujer educada. ¿Qué estaría haciendo allí?

-¿Por qué está preso?

-Le encontraron un crucifijo.

El hedor del balde aumentaba por momentos; la noche los envolvía como una pared, sin ventilación; oyó que alguien orinaba, haciendo resonar la lata. Dijo:

-No tenían por qué meterse...

-Hacían lo que debían, naturalmente. Era un pecado mortal.

-No tenían el derecho de obligarla a odiar a su padre.

-Ellos saben bien lo que tienen que hacer.

-Eran malos sacerdotes -dijo él-, si hicieron una cosa semejante. El pecado ya pertenecía al pasado. Su deber era enseñarle..., bueno, a amar.

-Usted no sabe lo que es justo. Los curas lo saben.

Después de un momento de vacilación, dijo muy claramente:

-Yo soy cura.

Era como el final de todo; ya no necesitaba seguir

teniendo esperanzas. La cacería de diez años por fin había terminado. En torno de él, sólo había silencio. Ese lugar era como el mundo, abarrotado de pasiones y crímenes y amores desdichados; su fetidez subía al cielo; pero comprendía que después de todo era posible encontrar allí cierta paz, cuando uno sabía con seguridad que le restaba poco tiempo de vida.

-¿Cura? -dijo por fin la mujer.

-Sí.

-¿Lo saben *ellos* ?

-Todavía no.

Sintió que una mano le tocaba la manga. Una voz le dijo:

-No debió decirlo, padre; aquí hay toda clase de gente. Asesinos...

La voz que había relatado su crimen dijo:

-No hace falta insultarme. El hecho de matar a un hombre no significa que...

Por todos lados brotaban murmullos. La voz siguió diciendo amargamente:

-No hay que creer que soy un delator, simplemente porque cuando un hombre me dice "Su madre es una..."

El cura interrumpió:

-No hace falta que nadie me delate. Eso sería un pecado. A la luz del día, ya lo descubrirán ellos por su cuenta.

-Lo fusilarán, padre -dijo la voz de la mujer.

-Sí.

-¿Tiene miedo?

-Sí. Naturalmente.

Una nueva voz habló desde el rincón de donde surgían los ruidos eróticos. Dijo áspera y obstinadamente:

-Un hombre no puede tener miedo de una cosa semejante.

-¿No? -dijo el cura.

-Un poco de dolor... ¿Qué otra cosa puede esperar? Alguna vez será.

-De todos modos -dijo el cura-, tengo miedo.

-Peor es un dolor de muelas.

-No todos podemos ser valientes.

La voz dijo con desprecio:

-Ustedes, los creyentes, son todos iguales. El cristianismo los hace cobardes.

-Sí. Tal vez tenga razón. Porque en realidad, yo soy un mal cura y un mal hombre. Morir en pecado mortal -agregó con una risita inquieta- da que pensar.

-Ahí tiene. Como le decía. Creer en Dios los vuelve cobardes.

La voz parecía triunfante, como si hubiera demostrado algo.

-¿Y entonces? -dijo el cura.

-Mejor es no creer, y ser valiente.

-Comprendo..., sí. Y por supuesto, si uno creyera que el Gobernador no existe, o el jefe, si pudiéramos imaginarnos que esta cárcel no es de ningún modo una cárcel, sino un jardín, ¡qué valientes seríamos entonces!

-Eso es una mera tontería.

-Pero cuando uno descubriera que la cárcel es una cárcel, y que el Gobernador indudablemente existe, bueno, entonces no importaría mucho si uno ha sido valiente una hora o dos.

-Nadie puede decir que esta cárcel no sea una cárcel.

-¿No? ¿Le parece? Veo que no escucha a los políticos.

Le dolían mucho los pies; sentía calambres en la planta, pero no podía presionar sobre los músculos para aliviarlos. Todavía no era medianoche; las horas de oscuridad parecían alargarse interminablemente.

La mujer dijo de pronto:

-¡Quién hubiera dicho! Tenemos entre nosotros a un mártir...

El cura se rió; no podía dejar de reírse. Dijo:

-No creo que los mártires sean como yo.

Se puso de pronto serio, recordando las palabras de María; no debía permitir que alguien pudiera burlarse de la Iglesia. Dijo:

-Los mártires son hombres santos. Es un error creer que por el solo hecho de morir..., no. Les digo que estoy en pecado mortal. He hecho cosas de las que no podría hablarles; apenas

podría murmurarlas en el confesionario.

Cuando hablaba, todos lo escuchaban con atención, como si les hablara desde un púlpito; se preguntó cuál de ellos sería el inevitable Judas; pero no sentía la certeza de la presencia de Judas, como la había sentido en la choza de la selva. Sintió de pronto un afecto enorme e irracional hacia todos los ocupantes de ese calabozo. Recordó una frase: “Amaba tanto Dios al mundo...” Dijo:

-Hijos míos, no deben creer que los santos mártires son como yo. Hay un nombre para los curas de mi calaña; ya lo he oído muchas veces. Me llaman el cura borracho. Estoy aquí adentro porque me encontraron una botella de aguardiente en el bolsillo.

Trató de mover los pies agarrotados; el calambre había pasado, pero ahora habían perdido toda sensibilidad. Oh, bueno, mejor dejarlos. De todos modos, no tendría que usarlos muchas veces más.

El viejo murmuraba algo, y el cura volvió a pensar en Brígida. Ya se había radicado en ella el conocimiento del mundo, como la mancha oscura y delatora de una radiografía; anhelaba salvarla, con una ansiedad jadeante en el pecho. Salvarla. Pero ya sabía el diagnóstico del cirujano: la enfermedad era incurable.

La voz de la mujer dijo en tono de disculpa:

-Beber un poco, padre..., no es tan importante.

El cura se preguntó por qué estaría allí esa mujer; seguramente porque le habrían encontrado en la casa alguna estampa religiosa. Tenía la voz fastidiosa y vehemente de la mujer devota. Eran extraordinariamente imprudentes con esas estampas. ¿Por qué no las quemaban? Uno no necesita una estampa... Dijo con austeridad:

-¡Oh, no soy sólo un borracho!

Siempre le había preocupado el destino de las mujeres devotas; como los políticos, se alimentan de ilusiones; temía por ellas. Llegaban casi siempre a la muerte en un estado de indestructible satisfacción, desprovistas de toda caridad. Era su deber, mientras pudiera, desvirtuar ciertas ideas sentimentales sobre el bien... Dijo con voz dura:

-Tengo una hija.

¡Qué mujer digna era! Su voz lo disculpaba en la oscuridad; no entendía bien lo que decía; pero era algo referente al Buen Ladrón. El cura dijo:

-Hija mía, el ladrón se arrepintió. Yo no me he arrepentido todavía.

Recordó a la niña cuando entraba en la cabaña, con su mirada oscura, maliciosa y experta, de espaldas al sol. Dijo:

-No sé cómo hacer para arrepentirme.

Era verdad; había perdido toda capacidad de arrepentimiento. No podía decirse que deseaba no haber cometido nunca ese pecado, porque ese pecado le parecía ahora tan poco importante; además, amaba al fruto de su pecado. Necesitaba un confesor, que guiara lentamente su alma por los grises corredores que llevan al horror, al pesar y al arrepentimiento.

La mujer callaba, ahora; se preguntó si después de todo no habría sido duro con ella. Si su fe necesitaba creer que él era un mártir..., pero rechazó esta idea; se debía a la verdad. Se movió un poco, siempre en cucullas, y dijo:

-¿A qué hora amanece?

-A las cuatro..., a las cinco... -contestó un hombre.

-No podemos saber, padre, no tenemos relojes.

-¿Hace mucho que están aquí?

-Tres semanas.

-¿Los dejan aquí dentro todo el día?

-¡Oh, no! Nos hacen salir cuando limpian.

El cura pensó: "en ese momento me descubrirán; a menos que me descubran antes; porque seguramente alguna de estas personas me delatará". Siguió una larga cadena de razonamientos, que lo indujo finalmente a anunciar:

-Ofrecen una recompensa por mi captura. Quinientos o seiscientos pesos; no estoy seguro.

Luego volvió a callarse. No podía inducir a nadie a que lo delatará; hubiera sido inducirlo al pecado; pero al mismo tiempo, si allí adentro había un delator, no había motivo para que la desdichada criatura se perdiera la recompensa. Cometer un pecado tan horrible (seguramente equivalía al asesinato), y no tener ninguna compensación en este mundo... Pensó con

simplicidad: era una injusticia.

-Ninguno de nosotros -dijo una voz- aceptaría ese dinero maldito.

Nuevamente lo invadió un extraordinario afecto. No era más que un criminal en medio de una horda de criminales...; experimentó una sensación de compañerismo que no había conocido nunca en otras épocas, cuando los fieles venían a besar su guante negro de algodón.

La voz de la devota se lanzó histéricamente hacia él:

-Es una estupidez decirles eso. No sabe la clase de individuos que hay aquí, padre. Ladrones, asesinos...

-Y bueno -dijo una voz furiosa-, ¿y usted por qué está aquí?

-Porque tenía libros sobre religión en mi casa -anunció la mujer con insoportable orgullo.

El cura no había conseguido disminuir en nada su vanidad. Le dijo:

-Los hay en todas partes. No veo la diferencia.

-¿Libros sobre religión?

El cura se rió:

-No, no. Ladrones, asesinos... ¡Oh, bueno, hija mía, si usted tuviera más experiencia, sabría que se puede ser cosas peores!

El viejo parecía dormitar inquietamente; su cabeza reposaba de costado sobre el hombro del cura, y murmuraba en sueños, con furia. Dios sabía que en ningún momento había sido fácil moverse en ese calabozo, pero a medida que pasaba la noche y los miembros se agarrotaban, la dificultad parecía aumentar. No podía mover el hombro sin despertar al viejo, retrotraerlo a esa noche de sufrimientos. "Bueno", pensó, "los míos lo despojaron; me parece justo que ahora yo esté un poco incómodo por su culpa..." Se quedó callado e inmóvil contra la pared húmeda, con los pies muertos, como pies de leproso, bajo las caderas. Los mosquitos zumbaban; era inútil defenderse dando manotazos al aire; llenaban todo el recinto, como un elemento. Además del viejo, otra persona se había dormido, y roncaba, con un ronquido raro de satisfacción, como si hubiera bebido y comido bien, y ahora se echaba una siestita... El cura trató de calcular la hora; ¿cuánto tiempo había pasado desde su encuentro con el mendigo en la plaza? Probablemente, no era

mucho más de medianoche; todavía faltaban varias horas de suplicio.

Por supuesto, era el final, pero al mismo tiempo debía estar preparado para todo, hasta para la huida. Si Dios le reservaba la huida, podía arrebatarlo aun frente a la patrulla de fusilamiento. Pero Dios era misericordioso; sólo había un motivo, seguramente, que podía inducirlo a no concederle la paz (si esa paz existía): la posibilidad de que aun pudiera salvar un alma, la suya, o la de otro. Pero ¿para qué servía ahora? Ya lo habían acorralado; no se atrevía a entrar en ninguna aldea, porque alguien podía pagar su presencia con la vida; tal vez un hombre en pecado mortal, e impenitente; parecía imposible calcular cuántas almas podían perderse todavía, sólo porque él era tan obstinado y orgulloso que no quería reconocer la derrota. Ni siquiera podía decir misa; no tenía vino. Todo el vino había desaparecido por el gonzate sediento del jefe de policía. El mundo era asombrosamente complicado. Temía la muerte; más la temería cuando amaneciera, pero su simplicidad empezaba en cambio a atraerlo.

La mujer devota le susurraba algo: de algún modo, se le había acercado; le decía:

-Padre, ¿no quiere oírme en confesión?

-¿Hija mía, aquí? Es totalmente imposible. ¿Qué sería del secreto?

-Hace tanto...

-Diga un acto de contrición por sus pecados. Tiene que confiar en Dios, querida hija; él lo tendrá igualmente en cuenta...

-No me importaría sufrir...

-Bueno, aquí está sufriendo.

-Esto no es nada. Mañana por la mañana, mi hermana habrá reunido el dinero para pagar la multa.

En alguna parte, junto a la pared opuesta, empezó nuevamente la actividad sexual; era inconfundible: los movimientos, el jadeo, y los gritos ahogados. La mujer devota dijo en voz alta, con furor:

-¿Por qué no terminan de una vez? ¡Brutos, animales!

-¿De qué le serviría un acto de contrición, en ese estado de espíritu?

-Pero es tan horrible...

-No crea. Es peligroso creer eso. Porque de pronto descubrimos que nuestros pecados tienen belleza.

-¿Belleza? -dijo la mujer, con repugnancia-. ¿Aquí, en este calabozo, entre desconocidos?

-¡Tanta belleza! Los santos hablan de la belleza del sufrimiento. Bueno, nosotros no somos santos, ni usted ni yo. Para nosotros el sufrimiento es simplemente horrible. El mal olor y el amontonamiento y el dolor. Pero para ellos, eso es hermoso; para éstos del rincón. Hace falta mucha sabiduría para llegar a ver las cosas con los ojos de un santo; un santo llega a tener un gusto muy refinado por la belleza, y puede desdeñar los pobres paladares ignorantes. Pero nosotros no podemos.

-Es un pecado mortal.

-No sabemos. Tal vez lo sea. Pero yo soy un mal sacerdote, ¿sabe? Sé por experiencia cuánta belleza se llevó Satanás al infierno cuando cayó. Nadie dijo nunca que los ángeles caídos eran los más feos. ¡Oh, no!, eran precisamente tan rápidos y etéreos y...

Nuevamente se oyó el grito, expresión de un placer intolerable. La mujer dijo:

-¡Impídaselo! Es un escándalo.

El cura sintió unos dedos que le aferraban convulsivamente las rodillas. Dijo:

-Somos todos compañeros de cárcel. En este momento, lo que más deseo en el mundo es un trago de alcohol, más que al mismo Dios. También eso es un pecado.

-Ahora me doy cuenta de que usted es realmente un mal sacerdote -dijo la mujer-. Antes no quise creerlo. Ahora sí. Simpatiza con esas bestias. Si su obispo lo oyera...

-Ah, está tan lejos de aquí...

Pensó en el viejo obispo, en la capital; lo vio en una de esas feas y cómodas casas de devoción, llenas de estampas o imágenes religiosas, diciendo misa los domingos en uno de los altares de la catedral.

-Cuando salga de aquí, le escribiré...

No pudo contener la risa; la mujer no tenía idea de ningún cambio, en absoluto.

-Si recibe la carta se alegrará mucho de saber... que estoy vivo -dijo.

Pero recobró la seriedad. Era más difícil sentir piedad hacia ella que hacia el mestizo que una semana antes lo había perseguido por la selva; pero tal vez su caso fuera peor. El otro tenía muchas excusas: la pobreza y la fiebre y las innumerables humillaciones. Dijo:

-Trate de no sentir tanta ira. Rece por mí, en cambio.

-Cuanto más pronto se muera, mejor.

No podía verla en la oscuridad, ¡pero había tantas caras que él recordaba de otros tiempos, y que correspondían exactamente a esa voz! Cuando uno contemplaba cuidadosamente a un hombre o a una mujer, siempre podía llegar a sentir piedad... Era una cualidad inalienable de la imagen de Dios... Cuando uno veía las arrugas en la comisura de los ojos, la forma de la boca, el pelo, era imposible odiar. El odio era simplemente una falla de la imaginación. Nuevamente empezó a sentir una enorme responsabilidad por esta mujer tan devota.

-Usted y el padre José -decía ella-. Son las personas como ustedes las que consiguen que la gente se burle de la verdadera religión.

Después de todo, era tan excusable como el mestizo. Imaginaba la especie de salón donde la mujer se pasaba los días enteros, entre las mecedoras y las fotografías de familia, sin ver nunca a nadie. Dijo amablemente:

-Usted es soltera, ¿no es verdad?

-¿Por qué quiere saberlo?

-¿Y nunca sintió el llamado de la vocación?

-Nunca me creyeron -dijo la mujer con amargura.

El cura pensó: "Pobre mujer, no ha tenido nunca nada, absolutamente nada. Si uno pudiera encontrar las palabras apropiadas..." Sin esperanzas, se apoyó en la pared, moviéndose cuidadosamente para no despertar al viejo. Pero las palabras adecuadas no vinieron. Se sentía más alejado que nunca de ese tipo de mujeres; en otros tiempos hubiera sabido hablarle, sin sentir la menor piedad, repitiendo distraídamente uno o dos lugares comunes. Ahora, se sentía inútil; era un criminal, y sólo podía hablar con criminales; como de costumbre, había

hecho mal al tratar de humillar su vanidad; ¿por qué no dejarle creer que era un mártir?

Sus ojos se cerraron, e inmediatamente empezó a soñar. Lo perseguían; se encontraba frente a una puerta, golpeaba, rogando que lo dejaran entrar, pero nadie le contestaba; con una palabra, con un santo y seña podía salvarse; lo había olvidado. Trató desesperadamente de recordarlo al azar; queso y crema, California, excelencia, leche, Veracruz. Se le habían dormido los pies; se arrodilló frente a la puerta. Entonces supo por qué quería entrar; en realidad, no lo perseguían, era un error. A su lado estaba su hija, desangrándose, y la casa era la casa de un médico. Golpeó la puerta y gritó: "Aunque no pueda recordar la palabra exacta, ¿no tiene usted corazón?" La criatura se moría, y lo miraba con la experiencia y la satisfacción de una mujer madura. Le dijo: "Animal". Se despertó llorando. No podía haber dormido más de unos segundos, porque la mujer todavía hablaba de la vocación que las monjas no habían querido reconocerle. Dijo:

-Eso la habrá hecho sufrir, ¿no es verdad? Sufrir así..., tal vez haya sido mejor que ser una monja y vivir feliz.

Inmediatamente pensó: "Qué frase más tonta, ¿qué quiere decir? ¿Por qué no se me ocurrirá algo que ella pueda recordar? Desechó el esfuerzo; ese lugar se parecía demasiado al mundo exterior; la gente se desesperaba por encontrar motivos de placer y de orgullo en un ambiente atestado y desagradable; no tenía tiempo de hacer nada que valiera la pena, y siempre soñaba con escapar...

No volvió a dormirse; todavía tenía que cerrar otro tanto con Dios. Esta vez, si conseguía escaparse de la cárcel, se iría. Iría hacia el Norte, hacia la frontera. Su salvación era tan improbable que, si ocurría, sólo podía ser una señal, una indicación de que su ejemplo era más nocivo que el bien que podían representar sus fortuitas confesiones. El viejo se movió contra su hombro; la noche persistía en torno. La oscuridad era siempre igual, y no había relojes; nada que indicara el transcurso del tiempo. El único jalonamiento de la noche era el ruido de los que orinaban.

De pronto advirtió que comenzaba a distinguir una cara, y luego otra; había llegado a olvidar que alguna vez volvería a ver otro día, así como uno olvida que alguna vez morirá. Súbitamente, al oír el chirrido de un freno, o un silbido lejano,

recordamos que el tiempo avanza, y que alguna vez terminará. Todas las voces se convirtieron lentamente en caras; no eran sorprendentes; el confesionario enseña a reconocer la forma de una voz, el labio caído o la barbilla hundida, y la falsa franqueza de dos ojos imperturbables. A unos pies de distancia, vio a la devota, que soñaba inquietamente con la boca remilgada y entreabierta, mostrando unos dientes fuertes como tumbas; el viejo; el hombre del rincón, y la mujer desparramada sobre sus rodillas. Ahora que por fin era de día, el cura era el único despierto, exceptuando a un muchachito indio sentado junto a la puerta con las piernas cruzadas y una expresión de interesada felicidad, como si nunca hubiera estado en tan agradable compañía. En el patio, el encalado de la pared opuesta se hizo visible.

Como llenando una formalidad, el cura empezó a despedirse del mundo; no conseguía sin embargo concentrarse en la despedida. Para sus sentidos, su corrupción era menos evidente que su muerte. Pensó que una bala seguramente le daría en el corazón; en una patrulla, habría por lo menos un buen tirador. La vida acabaría en “una fracción de segundo” (así se decía), pero durante la noche había reflexionado que el tiempo depende de los relojes y de los cambios de luz. No había relojes, y la luz no cambiaría. Nadie sabía realmente cuánto podía durar un segundo de dolor. Podía durar todo un purgatorio; podía durar eternamente. Sin saber por qué, pensó en un hombre a quien había dado una vez la extremaunción, un enfermo de cáncer; los parientes tenían que taparse la cara, tan espantoso era el olor de sus vísceras ya putrefactas. No era un santo. Nada en el mundo era tan horrible como la muerte.

Desde el patio, una voz llamó:

-¡Montes!

Se sentó en cuclillas, sobre los pies dormidos; pensó automáticamente: “Este traje no me servirá más”; se había ensuciado con el piso de la celda, lo habían manchado sus compañeros de cárcel; recordó que lo había conseguido con gran riesgo en una tienda río abajo, simulando ser un labrador con pretensiones sociales desmedidas. Luego pensó que no lo necesitaría mucho tiempo más; esto le produjo una extraña emoción, como cuando uno cierra por última vez la puerta de su casa. La voz repitió, impaciente:

-¡Montes!

Recordó que ése era su nombre. Dejó de mirar el traje arruinado, y vio que el sargento abría la puerta del calabozo.

-Venga, Montes.

Dejó que la cabeza del viejo cayera suavemente sobre la pared húmeda, y trató de incorporarse; pero los pies se le deshacían como un pastel.

-¿Piensa dormir todo el día? -se quejó con fastidio el sargento. Algo lo había irritado; no parecía tan amistoso como la noche anterior.

Lanzó un puntapié a un hombre que dormía, y golpeó la puerta del calabozo:

-¡Vamos! ¡Despiértense todos! ¡Afuera! ¡Al patio!

Sólo el indiecito obedeció, saliendo casi subrepticamente, con su mirada de extraña felicidad. El sargento se quejó:

-Perros roñosos. ¿Quieren que los lavemos nosotros? Venga, Montes.

La vida volvía, dolorosamente, a sus pies. Consiguió llegar hasta la puerta.

El patio recobraba su animación. Una hilera de hombres se lavaba la cara en un grifo; un hombre en camiseta, sentado en el suelo, limpiaba un fusil.

-Salgan al patio y lávense -gritó el sargento a los presos.

Pero cuando salió el cura, le espetó:

-Usted no, Montes.

-¿Yo no?

-Tenemos otra cosa para usted -dijo el sargento.

El cura se quedó esperando, mientras los otros presos desfilaban hacia el patio. Uno por uno pasaron a su lado; de pie junto a la puerta, como una tentación, el cura les miraba los pies, en lugar de las caras. Nadie dijo una palabra; pasaron a su lado unos pies de mujer, arrastrando unos zapatos gastados y negros, de tacones bajos. El cura murmuró, sin alzar la vista:

-Ruegue por mí.

-¿Qué dijo, Montes?

No podía inventar una mentira; sentía que diez años de engaños habían agotado todo su repertorio.

-¿Qué es lo que dijo?

Los zapatos se habían detenido. La voz de la mujer dijo:

-Me pidió una limosna.

Luego agregó implacable:

-Es una estupidez; sabe bien que no tengo nada para darle
-y se alejó con paso de pato.

-¿Durmió bien, Montes? -preguntó burlonamente el
sargento.

-No muy bien.

-¿Qué se creía? -dijo el sargento-. Así aprenderá a ser
menos loco por el aguardiente, ¿no?

-Sí.

Se preguntaba cuánto durarían esos preliminares.

-Bueno, si se gasta todo el dinero en alcohol, tendrá que
trabajar un poco, para pagar el alojamiento de la noche. Vaya a
buscar todos los baldes de los calabozos y tenga cuidado de no
derramarlos; ya hay bastante mal olor en la casa.

-¿Adónde los llevo?

El sargento le señaló la puerta del excusado, del otro lado
del grifo.

-Venga a verme cuando haya terminado con eso -dijo, y se
alejó lanzando estruendosas órdenes.

El cura se agachó y levantó el balde; estaba lleno y
pesaba mucho; encorvado cruzó el patio con él; gotas de sudor
le cubrían los ojos. Se enjugó la frente, y vio en la cola de los
que se lavaban algunas caras conocidas; eran los rehenes. Allí
estaba Miguel, el muchacho que se habían llevado en su
presencia. Recordó el grito de la madre, la ira fatigada del
teniente, y el sol que ascendía en el cielo. También ellos lo
vieron; dejó el balde en el suelo, y los miró. No reconocerlos,
hubiera sido sugerirles, pretender suplicar que siguieran
sufriendo por él, y le permitieran salvarse. Miguel había sido
maltratado; tenía una lastimadura debajo de un ojo; las moscas
revoloteaban en torno, como revolotean sobre el flanco
desollado de una mula. Luego la cola se puso en movimiento;
pasaron a su lado mirando el suelo; fueron reemplazados por
otros desconocidos. El cura rezó mentalmente: "¡Oh, Dios,
envíales a alguien que merezca estos sacrificios!" Le parecía
una burla absurda que se sacrificaran por un cura borracho,

padre de una hija ilegítima. El soldado seguía sentado con el fusil entre las rodillas, recortándose las uñas y arrancándose con los dientes el pellejo suelto. En cierto modo se sintió abandonado, porque no habían dado muestras de reconocerlo.

El excusado era un pozo negro con dos tablones atravesados. Vacío el balde, y volvió a cruzar el patio hacia los calabozos. Había seis; uno por uno, vació los baldes; una vez se vio obligado a detenerse, porque la náusea lo dominaba; *splash, splash, splash*; iba y venía por el patio. Llegó a la última celda. No estaba vacía; un hombre yacía acostado contra la pared; el sol de la mañana le llegaba ya a los pies. Las moscas zumbaban sobre un vómito en el suelo. Los ojos del hombre se abrieron, y observaron al cura que se agachaba sobre el balde; asomaron dos colmillos...

El cura se dio prisa, y salpicó un poco el suelo. El mestizo dijo, con su voz machacona y familiar:

-Espere un momento. No puede hacer eso aquí. No soy un preso -explicó con orgullo-, soy un huésped.

En cura hizo un movimiento para disculparse (tenía miedo de hablar) y volvió a hacer ademán de irse.

-Un momento -le ordenó nuevamente el mestizo-. Venga aquí.

El cura permaneció cerca de la puerta, medio vuelto de espaldas, obstinado.

-Venga aquí -dijo el mestizo-. ¿Usted es un preso, no es verdad? Y yo soy un huésped..., un huésped del Gobernador. ¿Quiere que grite y llame a la policía? Entonces, haga lo que le digo; venga aquí.

Parecía que Dios, finalmente, decidía. Se acercó con el balde en la mano, hasta los anchos pies descalzos; el mestizo alzó la vista hacia él, desde la sombra, y le preguntó seca y ansiosamente:

-¿Qué está haciendo aquí?

-Limpiando.

-Sabe a qué me refiero.

-Me encontraron una botella de aguardiente -dijo el cura, tratando de simular una voz más áspera.

-Lo conozco -dijo el mestizo-. No podía creer lo que veía, pero ahora que lo oigo hablar...

-No creo...

-Esa voz de cura -dijo el mestizo con repugnancia.

Parecía un perro de distinta raza; no podía evitar que se le erizaran los pelos del lomo. El dedo grande del pie se movía, regordete y hostil. El cura depositó el balde en el suelo. Sin esperanzas, protestó:

-Usted está borracho.

-Cerveza, cerveza -dijo el mestizo-, nada más que cerveza. Me prometieron lo mejor de lo mejor, pero no se puede confiar en ellos. ¿Acaso no sé que el jefe tiene su aguardiente bajo llave?

-Debo vaciar el balde.

-Si se mueve, grito. Tengo tantas cosas que pensar -se quejó amargamente el mestizo.

El cura esperaba, no podía hacer otra cosa; estaba a la merced de aquel hombre; una frase estúpida, ya que esos ojos pálidos no habían sabido nunca lo que era la merced. Por lo menos se salvaba así de la indignidad de una súplica.

-La verdad es -explicó minuciosamente el mestizo- que aquí estoy muy cómodo.

Los dedos amarillos de sus pies se arqueaban voluptuosamente junto al vómito.

-Buena comida, cerveza, amigos, y este techo no tiene goteras. No hace falta que me digan lo que será de mí después; me echarían a puntapiés, como a un perro... como a un perro.

Su voz se volvió chillona e histérica.

-¿Para qué lo tienen a usted aquí? Eso es lo que quisiera saber. Hay algo que me huele mal. Soy yo quien tiene que encontrarlo, ¿no es así? ¿Quién va a recibir la recompensa si ya lo prendieron? El jefe; no me extrañaría nada. O ese desgraciado teniente.

Agregó en tono meditativo, con tristeza:

-Uno no puede confiar en nadie.

-Y además hay un Camisa Roja -dijo el cura.

-¿Un Camisa Roja?

-Él es quien me agarró, en realidad.

-Madre de Dios -dijo el mestizo-, y entre todos hacen lo

que quieren con el Gobernador.

Alzó la vista, como pidiendo ayuda. Dijo:

-Usted es una persona instruida. Aconséjeme.

-Delatarme sería un asesinato, un pecado mortal.

-No hablo de eso. Hablo de la recompensa. Porque en realidad, mientras ellos no sepan nada, bueno, aquí estoy muy bien. Uno se merece unas cuantas semanas de vacaciones. Y después de todo, usted no puede ir muy lejos, ¿no es verdad? Sería mejor que yo lo descubriera fuera de aquí. En alguna otra parte de la ciudad... Quiero decir, donde nadie más pudiera reclamar...

Terminó con furia:

-Los pobres tenemos siempre tantas complicaciones...

-Supongo -dijo el cura- que aunque me delatara aquí, algo le darían.

-Algo -dijo el mestizo, irguiéndose contra la pared-, ¿y por qué no todo?

-¿Qué pasa aquí adentro? -preguntó el sargento.

Estaba en el vano de la puerta, al sol, mirándolos.

El cura dijo lentamente:

-Quería que le limpiara el vómito. Le dije que si usted no me lo ordenaba...

-¡Oh, es un huésped! -dijo el sargento-. Hay que tratarlo bien. Haga lo que le dice.

-Y otra botella de cerveza, ¿no es cierto, sargento?

-Todavía no -dijo el sargento-. Todavía tiene que hacer la recorrida de la ciudad.

El cura recogió el balde, y volvió a cruzar el patio, dejándolos que discutieran solos. Tenía la sensación de que le apuntaban a la espalda con un fusil; entró en el excusado y vació el balde; luego volvió a salir al sol; ahora el arma le apuntaba al pecho. Los dos hombres estaban en la puerta de la celda, hablando. Atravesó el patio; lo miraban. El sargento dijo al mestizo:

-Entonces si tiene un ataque de bilis y no puede ver bien, límpiase usted mismo su vómito. Si no cumple con su deber...

A espaldas del sargento, el mestizo le dirigió un guiño

astuto y poco tranquilizador. Ahora el peligro inmediato había pasado, sólo sentía pesar. Dios había decidido. Tenía que seguir viviendo, tomando decisiones, obrando según su propio criterio, discurriendo planes...

La limpieza de las celdas le tomó media hora más; tuvo que arrojar un balde de agua en cada una. Vio a la mujer devota que desaparecía -para siempre, casi- a través del arco de entrada, hacia su hermana que la esperaba con el importe de la multa; ambas estaban envueltas en chales negros, como objetos comprados en un mercado, duros y secos y de segunda mano. Después fue a ver al sargento; éste inspeccionó las celdas, criticó su labor, y le ordenó que arrojara más agua; luego, repentinamente, harto de tanta historia, le dijo que podía ir a ver al jefe y pedirle permiso para irse. Esperó entonces otra hora en el banco, junto a la puerta del jefe, observando al centinela que se paseaba lánguidamente de un lado al otro bajo el sol tórrido.

Cuando al fin un policía lo hizo entrar, no encontró al jefe en el escritorio, sino al teniente. El cura se quedó a cierta distancia de su propio retrato clavado en la pared, y esperó. Miró rápida y nerviosamente el viejo recorte arrugado, y pensó con alivio: ya no se parece mucho a mí. Qué persona insoportable debía de ser entonces; y sin embargo en esa época era mucho más inocente que ahora. Otro misterio; a veces le parecía que los pecados veniales, la impaciencia, las mentiras sin importancia, el orgullo, las oportunidades desdeñadas, nos alejaban más implacablemente de la gracia que los peores pecados del mundo. En esa época, a pesar de su inocencia, no sentía amor hacia nadie; ahora, corrompido, había aprendido...

-Bueno -dijo el teniente-, ¿este hombre ya limpió los calabozos?

No levantaba la mirada de sus papeles. Dijo:

-Avísele al sargento que quiero dos docenas de hombres con los rifles bien limpios, antes de dos minutos.

Alzó la vista, abstraído, hacia el cura, y le dijo:

-Bueno, ¿qué espera?

-Que me den permiso para irme, Excelencia.

-No soy ninguna excelencia. Aprenda a llamar a las cosas por su nombre. ¿Estuvo aquí anteriormente? -agregó con sequedad.

-Nunca.

-Usted se llama Montes. Me parece que en estos últimos tiempos me encuentro demasiado a menudo con personas de este nombre. ¿Son parientes suyos?

Ahora lo observaba atentamente, como si empezara a recordar algo.

El cura dijo apresuradamente:

-Mi primo fue fusilado en Concepción.

-No fue culpa mía.

-Sólo quise decir... que éramos tan parecidos. Su padre y el mío eran gemelos. Tenían menos de una hora de diferencia. Pensé que su Excelencia creía...

-Según recuerdo, era bastante diferente. Era alto y delgado..., estrecho de hombros...

El cura dijo, siempre precipitadamente:

-Tal vez para los de la familia...

-Claro que yo sólo lo vi una vez.

Parecía tener un peso sobre la conciencia; sus manos se movían inquietas sobre los papeles, manos oscuras de indio, pensaba...

-¿Adónde irá ahora? -dijo.

-Dios sabe.

-Ustedes son todos iguales. No quieren entender la verdad, que Dios no sabe nada.

Un minúsculo animalejo, como un granito de hollín, cruzó el papel que el teniente tenía en ese momento ante sí; lo aplastó con el dedo.

-¿No tenía dinero para pagar la multa?

Miró otro animalejo que se escurría entre las hojas, buscando refugio; con ese calor, la vida resurgía por todas partes.

-No.

-¿Y de qué vivirá?

-Encontraré algún trabajo, tal vez...

-Ya está un poco viejo para trabajar.

Metió de pronto la mano en el bolsillo, y sacó una moneda

de cinco pesos.

-Tome -dijo-. Váyase de aquí, y que no vuelva a verle la cara. No se olvide de lo que le digo.

El cura apretó la moneda en la mano; era el precio de una misa. Dijo con asombro:

-Usted es una buena persona.

CAPÍTULO IV

Todavía era muy de mañana, cuando cruzó el río y chorreando agua, subió a la orilla opuesta. No esperaba encontrar a nadie por allí a esa hora. El *bungalow*, el galpón de techo de hojalata, el mástil de la bandera; tenía una vaga idea de que todos los ingleses arriaban las banderas al anochecer, y cantaban el Himno. Rodeó cautelosamente el galpón; la puerta cedió bajo su presión. Entró en la oscuridad, donde ya había estado una vez, ¿hacía ya cuántas semanas? No tenía idea. Sólo recordaba que en esa época faltaba poco para las lluvias, y que ahora las lluvias habían empezado. Dentro de una semana, sólo un aeroplano podría cruzar las montañas.

Tanteó el suelo con el pie; tenía tanta hambre, que hasta unas bananas le hubieran satisfecho; hacía dos días que no comía; pero no había ninguna, absolutamente nada. Seguramente, había llegado el día en que se llevaban la cosecha río abajo. Se quedó junto a la puerta, tratando de recordar lo que la muchacha le había dicho; el alfabeto Morse, la ventana; del otro lado del patio polvoriento y calcinado, la tela metálica reflejaba el sol. Esto le sugirió de pronto una fiambarrera vacía. Ansiosamente trató de escuchar algún ruido; no se oía nada; allí no había empezado todavía el día, con ese primer rumor soñoliento de un zapato sobre el piso de hormigón, las uñas de un perro que araña el suelo al desperezarse, el golpe de una mano contra una puerta. No se oía nada, absolutamente nada.

¿Qué hora sería? ¿Cuántas horas habían pasado desde el amanecer? Era imposible saberlo; el tiempo era elástico; se estiraba hasta romperse. Suponiendo, después de todo, que no fuera tan temprano; tal vez eran las seis, las siete... Comprendió cuántas esperanzas había puesto en esa criatura. Era la única persona que podía ayudarlo sin correr peligro. Si no conseguía llegar a las montañas antes de tres o cuatro días, estaría acorralado; daba lo mismo entregarse a la policía, porque ¿cómo haría para vivir cuando empezaran las lluvias, si nadie se atrevía a darle comida ni refugio? Habría sido mejor, más rápido, que lo hubieran reconocido en el cuartel de la policía, una semana antes; mucho menos trabajo. Oyó un ruido; era como una esperanza que renacía tímidamente; un rasgueo y un gemido; esto era lo que se llama el amanecer; el ruido de la vida que renace. Lo esperó, ávidamente, en la puerta del galpón.

Y el ruido se acercó. Era una perra mestiza, que se arrastraba por el patio; un ser desagradable, de orejas caídas, con una pata herida o rota; gemía. Algo tenía en la espalda. Se acercó muy lentamente; se podían distinguir todas sus costillas, como un esqueleto en un Museo de Historia Natural; era evidente que hacía días que no comía; la habían abandonado.

A diferencia de él, la perra conservaba una especie de esperanza. La esperanza es un instinto, que sólo la mente razonadora del hombre puede destruir. Un animal no conoce nunca la desesperación. Mientras contemplaba su marcha lastimosa, tuvo la sensación de que esto había venido ocurriendo día tras día; tal vez durante semanas; era uno de los efectos mejor ensayados del día, como el canto de las aves en regiones más felices. La perra se arrastró hasta la puerta de la galería frente a la casa, y empezó a rascar con la pata, tendida en el suelo con extraño abandono; aplicaba la nariz a una grieta, como respirando el aire inútil de las habitaciones vacías; luego empezó a gemir con impaciencia, y en cierto momento agitó la cola, como si oyera algo adentro. Finalmente, empezó a aullar.

El cura no pudo soportar más; ahora sabía lo que quería decir; podía darse el gusto de comprobarlo personalmente. Salió al patio, y el animal se volvió con torpeza, y empezó a ladrarle, como una parodia de perro guardián. No era ninguna de las personas lo que ella anhelaba; quería lo que siempre había tenido; quería el mundo de antes.

El cura miró por una ventana; tal vez era ésta la habitación de la niña. Se habían llevado todo, excepto lo inútil y lo roto. Había una caja de cartón, llena de papeles viejos, y una sillita con una pata rota. En la pared encalada un gran clavo que había sostenido antes un espejo o un cuadro. También se veía un calzador roto.

La perra se arrastraba por la galería; gruñendo; el instinto es una especie de deber; se lo puede confundir muy fácilmente con la lealtad. Para esquivar al animal no tenía más que salir; la perra no podía seguirlo con suficiente rapidez; empujó una puerta, y se abrió; nadie se había tomado el trabajo de cerrarla con llave. Una vieja piel de caimán, mal desollada y peor curtida, colgaba de la pared. Oyó un soplido detrás de él, y se volvió; la perra tenía dos patas sobre el umbral, pero ahora que lo consideraba establecido en la casa, lo aceptaba.

Él se hallaba en plena posesión de todo, era el amo, y en

el interior había suficiente variedad de olores para entretenerla. Se arrastró por el piso con un ruido húmedo.

El cura abrió una puerta, a la izquierda; tal vez había sido un dormitorio; en un rincón había un montón de botellas de remedios vacías; en algunas quedaban todavía restos de líquidos de colores crudos. Los había para dolores de cabeza, para dolores de estómago, remedios para tomar antes y después de las comidas. Alguien debió haber estado muy enfermo, para tener que tomar tantas medicinas. Había un marcador de ondas, roto, y un manojito de cabellos arrancados al peinarse; un cabello muy rubio que tendía hacia un blanco polvoriento. Pensó con alivio: “es la madre, es la madre”.

Entró en la otra habitación que daba al lento río desierto, a través de una tela metálica. Esto había sido la sala, porque habían dejado una mesa; una mesita de juego, plegadiza, de madera liviana, que no valía casi nada y que no habían considerado digno del transporte. ¿Habría estado a punto de morirse la madre?, se preguntaba el cura. Tal vez habían recogido la cosecha, dirigiéndose a la capital, donde había un sanatorio. Entró en otra habitación; ésta era la que él había visto desde afuera: el cuarto de la niña. Volcó el contenido del canasto de papeles, con triste curiosidad. Se sentía como quien arregla los objetos de un muerto, para decidir cuáles resultan más dolorosos de conservar.

Leyó: “La causa inmediata de la guerra de la Independencia Norteamericana fue lo que se llama el *Boston Tea Party*”. Parecía formar parte de un ensayo, escrito con letra grande y segura, cuidadosa. “Pero la causa fundamental” (esta palabra había sido mal escrita, tachada, y luego escrita correctamente) “fue la certeza de que no era correcto cobrar impuestos a personas que no estaban representadas en el Parlamento”. Seguramente era un borrador por las correcciones que había. Eligió otro borrador al azar; hablaba de unas personas llamadas *Whigs* y *Tories*; estas palabras le resultaban incomprensibles. Un objeto parecido a un plumero cayó del techo al patio; era un gavilán. Siguió leyendo: “Si cinco hombres tardan tres días en segar un campo de dos hectáreas, ¿cuánto segarán dos hombre en un día?” Debajo de este enunciado, había una prolija línea, y luego empezaban los cálculos; una confusión terrible de cifras, que no llegaban a ningún resultado. De ese papel arrugado, que el cura hizo a un lado, se desprendía un aire de acaloramiento y de irritación. La

veía perfectamente cortando por lo sano con el problema; la cara regularmente perfecta, y las dos trencitas apretadas. Recordó el entusiasmo con que la niña había jurado odio eterno contra toda persona que le hiciese daño a él; recordó también a su propia hija, en el muladar.

Cerró cuidadosamente la puerta al salir, como para impedir cualquier huida. Oía a la perra, que gruñía en alguna parte; la siguió hasta lo que en un tiempo había sido la cocina. El animal estaba echado frente a un hueso, enseñando los viejos dientes, como decidido a defenderlo hasta la muerte. Detrás de la tela metálica se veía la cara de un indio, como un objeto colgado a secar, algo oscuro, marchito y poco apetitoso. Miraba el hueso con codicia. Alzó la vista cuando el cura apareció en la cocina, e inmediatamente desapareció, como si nunca hubiera estado allí, dejando la casa tan abandonada como antes. También el cura miró el hueso.

Todavía tenía bastante carne; una nubecilla de moscas revoloteaba sobre él, a unos centímetros del hocico del perro; éste no desviaba la vista del cura, ahora que el indio había desaparecido. Todos eran rivales. El cura se adelantó uno o dos pasos, y dio dos golpes con el pie contra el suelo.

-Fuera -dijo-, fuera.

Golpeó las manos, pero la perra no quería irse; se agazapó sobre el hueso, gruñendo y concentrando en sus ojos amarillos toda la resistencia que le quedaba en el cuerpo. Era la imagen del odio en un lecho de muerte. El cura se acercó cautelosamente; todavía no se había habituado a la idea de que el animal no podía saltar; uno asocia la idea del perro con la idea del movimiento, pero este ser, como todo inválido, sólo podía pensar. Se le veían los pensamientos -hambre y esperanza y odio- a través de los ojos.

El cura tendió una mano hacia el hueso, y las moscas se alejaron; el animal dejó de gruñir, vigilante.

-Quietita, quietita -dijo el cura, para convencerla; hizo algunos ademanes halagadores; la perra lo miraba fijamente. Luego el cura se volvió y se alejó, simulando abandonar el hueso; tarareó suavemente una frase de la misa, para parecer distraído. Luego se volvió de pronto, pero la treta no le había dado resultado; la perra seguía vigilándolo, retorciendo el cuello para no perder sus ingenuos movimientos.

Durante un instante, se sintió furioso; le enfurecía que un

perro vagabundo, con el espinazo roto, le robara su único alimento. Le dijo algunas malas palabras; expresiones populares que había aprendido mientras escuchaba los conciertos de la banda de música; en otras circunstancias, le habría sorprendido la facilidad con que acudían a sus labios. Luego, de pronto, se echó a reír; ésta era la dignidad humana; pelearse con una perra por un hueso. Cuando le oyó reír, el animal echó las orejas hacia atrás, temblorosas, con temor. Pero no sintió ninguna piedad; la vida de la perra no tenía ninguna importancia al lado de la vida de un ser humano. Miró en torno buscando algo para tirarle, pero se habían llevado prácticamente todo lo que había en la cocina, excepto el hueso; tal vez -¿quién podía decirlo?- lo habían dejado especialmente para la perra; no le costaba nada imaginarse el momento en que la niña se acordaba del animal, antes de irse para siempre, con la madre enferma y el padre estúpido; le había dado la impresión de que era ella la que siempre tenía que decirlo todo. No encontró nada apropiado, excepto un morral de alambre roto, que había servido para guardar la verdura.

Se acercó a la perra y le golpeó ligeramente el hocico; la perra lanzó un mordisco al alambre, con sus viejos dientes rotos, y no se movió. Volvió a golpearla con más fuerza y el animal mordió el alambre; tuvo que sacudirlo para recuperarlo. Volvió a golpearla y golpearla, antes de comprender; por fin vio que la perra no podía moverse sin hacer un enorme esfuerzo; no podía evitar sus golpes, ni abandonar el hueso. Se veía obligada a soportar todo, mirándolo entre golpe y golpe con sus ojos brillantes, asustados y malévolos.

Entonces cambió de método; utilizó la canasta de la verdura como especie de bozal, apartándole con él los dientes; así pudo agacharse y capturar el hueso. Una pata trató de retenerlo, y luego cedió; soltó el alambre, y saltó hacia atrás, el animal, sin éxito, trató de seguirlo, luego se desplomó en el suelo. El hombre había ganado; ya tenía el hueso. La perra ni siquiera intentó seguir gruñendo.

En cura arrancó con los dientes parte de la carne cruda, y empezó a masticarla; nunca le había sabido tan bien ningún alimento; al sentirse momentáneamente feliz, experimentó cierta piedad. Pensó: comeré hasta aquí, y le dejaré el resto. Marcó mentalmente una línea divisoria sobre el hueso, y arrancó un poco más de carne. La repugnancia que había sentido durante horas desaparecía ahora para dejar lugar a un hambre

verdadera; comía y la perra lo observaba. Ahora que la lucha había terminado, parecía no guardarle rencor; empezó a golpear el suelo con la cola, esperanzada, interrogante. El cura llegó al límite que se había marcado, pero ahora pensó que su hambre anterior era imaginaria; hambre era lo que sentía ahora; la necesidad de un hombre era mayor que la necesidad de un perro; le dejaría el trozo de carne junto a la articulación. Pero cuando llegó el momento, también se comió eso; después de todo la perra tenía dientes; podía comerse el hueso. Se lo dejó caer frente al hocico, y salió de la cocina.

Volvió a recorrer los cuartos vacíos. Un calzador roto, botellas de medicina, un ensayo sobre la guerra de la independencia norteamericana; nada le revelaba por qué se habían ido. Salió a la galería, y a través de una hendidura entre los tablones del piso vio un libro caído, que ahora yacía entre los toscos pilares de ladrillos que sostenían la casa y la alejaban de la senda de las hormigas. Hacía meses que no veía un libro. Era casi como una promesa de una vida mejor, que se pudría entre los pilares; una vida en casas propias, con aparatos de radio y bibliotecas y camas tendidas para la noche y mantel para las comidas. Se arrodilló en el suelo y trató de alcanzarlo. De pronto pensó que una vez terminada su larga odisea, cuando consiguiera cruzar las montañas y la frontera del Estado, quizás, después de todo, podría volver a gozar de la vida.

Era un libro en inglés; pero gracias a sus años pasados en un seminario norteamericano, recordaba bastante el idioma como para entenderlo, aunque con cierta dificultad. A pesar de que no hubiera comprendido una sola palabra, siempre habría sido un libro. Se llamaba *Joyas en Cinco Palabras; Antología de la Poesía Inglesa*, y en la primera hoja habían pegado con engrudo un certificado impreso: “Adjudicado a...”, y luego el nombre de Coral Fellows, escrito en tinta; “por sus adelantos en el idioma inglés, Tercer Grado”. Había un confuso escudo, que parecía incluir un grifo y una hoja de roble, un lema en latín: *Virtus Laudata Crescit*, y un sello con la firma de Henry Beckley, B. A., Director de Private Tutorial, Ltd.

El cura se sentó en los escalones de la galería. En todas partes reinaba el silencio; no había la menor señal de vida en la plantación abandonada, excepto el gavián, que todavía no había perdido toda esperanza. El indio parecía haber sido una alucinación. Después de comer, pensó el cura con triste ironía,

un poco de lectura; y abrió el libro al azar. Coral (así que ése era el nombre de la niña); pensó en las tiendas de Veracruz, llenas de adornos de ese material frágil y duro, que por algún motivo desconocido era considerado tan apropiado para las niñas después de la primera comunión. Leyó:

*Vengo del reino de las garzas,
Y surjo repentinamente,
En los helechos centelleante,
Para alejarme valle abajo.*

Era un poema muy oscura para él, lleno de palabras que le parecían escritas en esperanto. Pensó: “así que ésta es la poesía inglesa; qué rara”. Las pocas poesías que él conocía se referían en general al sufrimiento, al remordimiento, y a la esperanza. Estos versos terminaban con una nota filosófica:

*El hombre viene, y el hombre se va,
Pero yo sigo eternamente.*

La vulgaridad y la falsedad del “eternamente”, le chocaron un poco; un poema así no debía estar en manos de una criatura. El gavilán cruzó el patio, estudiando cada paso que daba el hombre, como una aparición polvorienta y desolada; de vez en cuando se levantaba perezosamente del suelo, y se posaba aleteando unos quince metros más adelante. El cura leyó:

*“¡Vuelve! ¡Vuelve!, gritó desesperado
Sobre las aguas tormentosas.
Y yo perdonaré a tu bienamado,
¡Oh, mi hija, mi hija!”*

Esto parecía más interesante; aunque (lo mismo que el otro trozo) no era de ningún modo poesía para criaturas. El cura sentía en esas palabras extranjeras el acento de una auténtica pasión; repitió mentalmente, desde su tórrido y solitario refugio, la última frase: “¡Oh, mi hija, mi hija!” Las palabras le parecían contener todo el arrepentimiento, la ansiedad y el desdichado amor de su propio espíritu.

Era extraño, pero desde aquella noche cálida y populosa pasada en la celda, había entrado en una región de abandono; casi como si se hubiera muerto allá, con la cabeza del viejo sobre el hombro, y ahora vagara por una especie de limbo, porque no era ni bastante bueno ni bastante malo... La vida ya no existía para él; no era una simple impresión producida por el abandono de la plantación de bananas. Ahora, al estallar la tormenta, mientras corría en busca de refugio, sabía muy bien lo que encontraría: nada.

Las cabañas parecían saltar a la luz del relámpago, y temblar un instante, para desaparecer en la rumorosa tiniebla. Todavía no había llegado la lluvia; venía adelantándose desde la Bahía de Campeche, como enormes sábanas que cubrían todo el Estado con su avance metódico. Creía oírla entre los truenos, como un rumor gigantesco que se dirigía hacia las montañas, ahora tan cerca de él; unas veinte millas.

Llegó a la primera cabaña; la puerta estaba abierta, y al temblor del relámpago encontró lo que esperaba, es decir: nadie. Sólo un montón de maíz, y el confuso movimiento de una cosa gris, tal vez una rata. Se precipitó hacia la otra cabaña, pero era lo mismo (maíz, y nada más), como si ante su paso toda la vida humana se hubiera retirado, como si alguien hubiera decidido que desde ese momento en adelante viviría solo; absolutamente solo. En ese instante llegó la lluvia al claro; surgió de la selva como un humo blanco y espeso, y siguió su camino. Parecía que algún enemigo cubría con una nube de gas todo el territorio, cuidadosamente, para que nadie pudiera escapar. La lluvia se extendía y duraba justo lo necesario, como si el enemigo tuviera el cronómetro en la mano y supiera exactamente el límite de resistencia de los pulmones del adversario. El techo aguantó un rato el agua, y luego la dejó entrar; las ramitas se doblaban bajo el peso y se separaban; la lluvia entraba por una docena de aberturas, que chorreaban como oscuros embudos; luego el chaparrón cesó, el techo empezó a gotear, y la lluvia se fue a otra parte, mientras los relámpagos zigzagueaban en sus flancos, como una barrera de protección. En pocos minutos llegaría a las montañas; unas cuantas tormentas como ésta, y se volverían infranqueables.

Había caminado todo el día, y estaba muy cansado; encontró un lugar seco, y se sentó. A la luz de los relámpagos, podía ver el claro; por todas partes se oía el agradable rumor del agua que goteaba. Era casi como la paz, pero no totalmente

igual. Para la paz completa, hace falta la compañía de otros seres humanos; su soledad era como una amenaza de lo que aun le esperaba. De pronto recordó, sin motivo aparente, un día de lluvia en el seminario norteamericano; las ventanas vidriadas de la biblioteca, cubiertas por el vapor de la calefacción central, los altos estantes de libros serios, y un joven, un forastero de Tucson, que dibujaba con el dedo sus iniciales sobre el vidrio; eso era la paz. La contemplaba desde afuera; le parecía imposible volver a entrar en ella alguna vez. Ya se había creado su propio mundo, y su mundo era éste; las cabañas rotas y vacías, la tormenta que pasaba, y el temor que volvía; temor, porque después de todo no estaba solo.

Alguien se movía afuera, cautelosamente. Los pasos se acercaban un poco, y luego se detenían. Esperó con apatía, mientras el techo seguía goteando. Pensó en el mestizo, que se paseaba en torno de la ciudad, buscando una ocasión realmente apropiada para la delación. Una cara se asomó a la puerta de la cabaña y luego se retiró rápidamente: la cara de una vieja; pero con esos indios no se podía nunca estar seguro; tal vez no tuviera más de veinte años. Se levantó, y salió; la mujer se escapó, con su pollera pesada como una bolsa, y sus negras trenzas que oscilaban grávidamente. Al parecer, sólo habrían de interrumpir su soledad esas caras evasivas, y seres que parecían surgir de la edad de piedra, y se retiraban a toda velocidad.

Una especie de sombría cólera lo invadió; ésta no se escaparía. La persiguió por el claro, chapoteando en los charcos, pero ella le llevaba ventaja; además, no tenía ninguna vergüenza, y llegó a la selva antes que él. Era inútil buscarla allí, y retornó a la cabaña más cercana. No era la cabaña donde había eludido el chaparrón, pero estaba igualmente vacía. ¿Qué había ocurrido con toda esa gente? Sabía muy bien que esos campamentos más o menos salvajes eran solamente transitorios; los indios solían cultivar una extensión de terreno, y cuando habían agotado la tierra, simplemente, se iban a otra parte; no sabían nada de los cultivos en rotación; pero cuando se alejaban siempre se llevaban consigo el maíz. Esto más bien parecía una huida, provocada por la violencia o por la enfermedad. Había oído hablar de esas huidas en caso de epidemia, y lo horrible, por supuesto, era que se llevaban consigo la epidemia a cualquier parte que se fueran; a veces eran presas del pánico, como las moscas sobre el vidrio, pero

discretamente, sin decirlo a nadie, silenciando su agitación. Volvió a contemplar con mal humor el claro; allí estaba la india, que se arrastraba nuevamente hacia las cabañas; hacia la cabaña donde él se había guarecido. Otra vez la llamó con voz enérgica, y otra vez la mujer huyó, pesadamente, hacia la selva. Su andar torpe recordaba el pájaro que simula tener un ala rota... No hizo ademán de seguirla, y antes de llegar a los árboles la mujer se detuvo y lo observó; el cura se dirigió lentamente hacia la otra cabaña. De pronto se volvió para mirarla; la india lo seguía a cierta distancia, sin quitarle la mirada de encima. Nuevamente le produjo la sensación de un animal o de un pájaro, lleno de ansiedad. Siguió avanzando directamente hacia la choza; muy lejos, el relámpago cortó el cielo, pero apenas se oyó el trueno; el cielo se despejaba y apareció la luna. De pronto oyó un extraño grito artificial, y al volverse vio a la mujer que retrocedía hacia la selva; la india tropezó, elevó los brazos, y cayó al suelo, como un pájaro que se entregaba.

El cura estaba ahora seguro de que en la cabaña había algo muy valioso, tal vez escondido entre el maíz; no le hizo más caso, y entró. Ahora que los relámpagos se habían ido, no veía nada; tanteó el suelo hasta llegar al montón de maíz. Fuera, los pasos apagados se acercaron. Comenzó a tantear entre los maíces; tal vez había comida escondida; el crujido seco de las chalas se sumó al gotear del agua y a los pasos cautelosos como esos débiles ruidos de la gente muy ocupada. De pronto, tocó una cara.

Nada de eso podía asustarlo ya; sus dedos tocaban algo humano. Tantearon el cuerpo; era el de una criatura, completamente inmóvil. En la puerta, la luz de la luna iluminaba confusamente la cara de la mujer; probablemente, estaba frenética de ansiedad, pero era imposible saberlo. El cura pensó: “debo sacar esto afuera, donde pueda verlo...”

Era un varón, de unos tres años de edad; una cabecita marchita en forma de bala, con un mechón de pelo negro; inconsciente, pero no muerto; se sentían los debilísimos latidos del pecho. Pensó nuevamente en una epidemia; luego retiró la mano y descubrió que el niño estaba empapado en sangre, no en sudor. El horror y la repugnancia se apoderaron de él; en todas partes la violencia; ¿no terminaría nunca? Dijo rápidamente a la mujer:

-¿Qué ocurrió?

Parecía que en toda la extensión del Estado, el hombre hubiera sido abandonado al hombre.

La mujer se arrodilló a medio cuerpo de distancia, observándole las manos. Sabía un poco de español, porque le contestó:

-Americano.

La criatura llevaba una especie de camisa parda, de una sola pieza; se la levantó hasta el cuello; le habían pegado tres tiros. La vida se le iba implacablemente; no había realmente nada que hacer, pero de todos modos, había que probar...

Dijo a la mujer:

-Agua, agua.

Pero era evidente que no lo comprendía; seguía en cuclillas, vigilándolo. Era fácil cometer el error de creer que sólo porque los ojos no expresaban nada, no sentía pesar. Cada vez que el cura tocaba al niño, la veía moverse sobre las caderas; estaba dispuesta a atacarlo hasta con los dientes, si el niño lanzaba aunque fuera un solo gemido.

Comenzó a hablarle lenta y amablemente (no sabía hasta qué punto la india lo comprendía):

-Necesitamos agua. Para lavarlo. No me tenga miedo. No le haré daño.

Se quitó la camisa, y empezó a desgarrarla en tiras; era terriblemente antihigiénico, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Salvo rezar, por supuesto, pero uno no rezaba para pedir la vida, *esta* vida. Repitió nuevamente:

-Agua.

La mujer pareció comprender; miró desoladamente en torno, el agua de la lluvia que quedaba en los charcos; no había otra. "Bueno", pensó él, "la tierra está tan limpia como cualquier vasija". Empapó en agua una tira de camisa, y se inclinó sobre la criatura; sintió que la mujer se acercaba a él amenazante. Trató nuevamente de inspirarle confianza:

-No tenga miedo de mí. Soy un cura.

La india comprendió la palabra "cura"; se inclinó, tomó la mano que sostenía el trozo mojado de camisa, y la besó. En ese momento, mientras los labios de la india besaban su mano, la cara de la criatura se arrugó, los ojos se abrieron y miraron fijamente, el cuerpecito se estremeció en un furor de

sufrimiento; los globos de los ojos giraron hacia arriba, y de pronto se quedaron inmóviles, fijos como las bolitas de un juego, amarillos, y afeados por la muerte. La mujer soltó la mano y se agachó sobre un charco, juntando un poco de agua en el hueco de ambas manos. El cura le dijo:

-Ya no hace falta -poniéndose de pie, con las manos llenas de trozos de camisa.

La mujer abrió los dedos, y dejó caer el agua. Dijo: "Padre", en tono suplicante; el cura, con aire cansado, se arrodilló y empezó a rezar.

Ya no encontraba ningún sentido en estas plegarias; la Eucaristía era otra cosa; dejar la hostia entre los labios de un moribundo era dejarle a Dios. Era un hecho, algo que se podía tocar, pero esto sólo era una piadosa esperanza.

¿Por qué habría de escuchar Alguien sus plegarias? El pecado era como una cárcel que les impedía ascender; sentía en el cuerpo el peso de sus oraciones como una comida mal digerida, incapaces de emerger.

Cuando terminó, levantó el cuerpecito y volvió a llevarlo dentro de la cabaña, como un mueble; había sido una pérdida de tiempo llevarlo afuera, como esas sillas que uno lleva al jardín y luego vuelve a entrar porque el césped está húmedo. La mujer lo siguió humildemente; no parecía tener deseos de tocar el cadáver; sólo quería ver cómo lo depositaba nuevamente sobre los maíces, en la oscuridad. El cura se sentó en el suelo, y dijo lentamente:

-Habrá que enterrarlo.

La india entendió, y asintió con la cabeza.

El hombre dijo:

-¿Dónde está su marido? ¿No podrá ayudarnos?

La india empezó a hablar rápidamente; tal vez hablaba en el dialecto camacho; el cura sólo entendía de vez en cuando alguna palabra española. La palabra "Americano" volvía de tiempo en tiempo; recordó al delincuente, cuyo retrato compartía con el suyo la pared del cuartel. Le preguntó:

-¿Fue él ?

La mujer sacudió la cabeza. ¿Qué habría pasado?, se preguntaba el cura. Tal vez el hombre se había escondido allí, y los de la policía habían disparado sobre las cabañas. No era muy

improbable. De pronto, algo le llamó la atención; la mujer habló de la plantación de bananas; pero allí no había ningún agonizante, ningún signo de violencia, a menos que el silencio y el abandono fueran sus consecuencias. Había creído que la enferma era la madre, y que se la habían llevado; tal vez hubiera ocurrido algo peor; recordaba a ese estúpido capitán Fellows, capaz de presentarse desarmado, o mal armado, ante un hombre cuyo talento principal consistía en sacar el revólver antes de que nadie pudiera darse cuenta, o en disparar directamente desde el bolsillo. Esa pobre niña... Dios sabía qué responsabilidades se habría visto obligada a asumir.

Trató de pensar en otra cosa, y dijo:

-¿No tiene una pala?

La india no comprendió, y se vio obligado a imitar los ademanes de un cavador. Un nuevo estruendo de truenos los cubrió; se acercaba una segunda tormenta, como si el enemigo hubiera descubierto que, a pesar de todo, el primer ataque había dejado algunos sobrevivientes, ahora los destruiría totalmente. Nuevamente parecía oírse el aliento colosal de la lluvia, a varias millas de distancia; comprendió que la mujer había dicho la palabra "iglesia". Su castellano consistía en palabras aisladas. Se preguntó qué querría decir. Luego los cubrió la lluvia. Era como un muro que lo separaba de la huida; caía en un solo haz, y los encerraba. Toda luz desapareció, excepto la de los relámpagos.

El techo no podía resistir semejante lluvia; goteaba por todas partes; las hojas secas de maíz, donde yacía el niño muerto, crujían como leños ardientes. El cura tembló de frío; probablemente, no tardaría en sufrir un ataque de fiebre; le convenía irse, porque luego no podría ni moverse. La mujer (ya no la distinguía en la oscuridad) dijo nuevamente "iglesia", con voz suplicante. Pensó que tal vez quería enterrar a su hijo cerca de una iglesia, o simplemente llevarlo ante un altar, para que lo tocaran los pies de Cristo. Era una idea fantástica.

Aprovechó un largo resplandor tembloroso de luz azul para darle a entender con ademanes la imposibilidad de su deseo.

-Los soldados -dijo.

La india le contestó inmediatamente:

-Americano.

Esa palabra reaparecía insistentemente, como esas palabras con muchos sentidos, que según el acento se convierten en una explicación, un aviso, o una amenaza. Tal vez quería decir que los soldados estaban ocupados en cazarlo; pero de todas maneras, la lluvia lo arruinaba todo. Aun faltaban veinte millas para la frontera, y los pasos de la montaña se volverían probablemente intransitables después de esta tormenta; una iglesia, no tenía la más mínima idea de dónde podían encontrar una iglesia. Hacía varios años que ni siquiera veía una; le resultaba difícil creer que todavía quedara alguna, a pocas jornadas de distancia. A la luz de otro relámpago, vio que la mujer lo observaba con pétrea paciencia.

Durante las últimas treinta horas, sólo habían comido azúcar; grandes trozos pardos de azúcar, del tamaño de la cabeza de un niño; no habían visto a nadie, y no se habían dicho una palabra. ¿Para qué, si casi las únicas palabras que podían decirse eran “iglesia” y “americano”? La mujer lo seguía, pisándole los talones, con la criatura muerta atada a la espalda; parecía no cansarse nunca. Un día y una noche les permitieron salir de las marismas y llegar al pie de las montañas; durmieron junto al lento río verde, bajo un saliente rocoso, donde el suelo estaba seco; todo lo demás era fango. La mujer dormía con las rodillas recogidas, y la cabeza gacha; no demostraba ninguna emoción, pero había colocado el cadáver de la criatura detrás de sí, como para defenderlo de los merodeadores, exactamente como cualquier otra posesión inanimada. Se habían guiado por el sol, hasta que la muralla arbolada de la montaña les indicó el camino. Parecían los únicos sobrevivientes de un mundo agonizante; llevaban consigo las huellas visibles de esa muerte.

A veces el cura se preguntaba si no estaría ya a salvo; pero cuando no hay fronteras visibles entre un Estado y otro, ni revisión de pasaportes, ni aduanas, el peligro parece seguirnos, viajando con nosotros, moviendo sus pesados pies con el mismo ritmo que los nuestros. Parecían adelantar demasiado poco; el sendero a veces ascendía, escarpado, hasta unos doscientos metros, para volver a descender del otro lado, y convertirse en barro. En cierta ocasión describió una enorme horquilla, de modo que después de tres horas de caminata, llegaron casi exactamente al lugar de donde habían partido, a menos de ochenta metros de distancia.

Al término del segundo día, llegaron a una amplia meseta cubierta de hierba menuda; una extraña selva de cruces se alzaba oscuramente sobre el cielo, diversamente inclinadas; algunas tenían hasta seis metros de alto, otras dos. Parecían árboles que alguien hubiera dejado para semilla. El cura se detuvo y las contempló; eran los primeros símbolos cristianos que había visto durante los últimos cinco años, públicamente expuestos; si esa meseta desolada podía llamarse un lugar público. Ningún sacerdote había intervenido en esa extraña reunión de cruces; era obra de los indios, y no tenía nada en común con las pulcras vestiduras de la misa y los complicados símbolos de la liturgia. Era como un atajo para llegar al mágico y oscuro corazón de la fe, a la noche donde las tumbas se abrían y los muertos se paseaban. Algo se movió detrás de él; se volvió.

La india se había arrodillado, y avanzaba lentamente sobre el suelo hostil hacia el grupo de cruces; el niño muerto se balanceaba sobre sus espaldas. Cuando llegó junto a la cruz más alta, desató a la criatura; acercó la cara del niño muerto a la madera, luego los flancos; después se persignó, no como lo hacen habitualmente los católicos, sino con un diseño extraño y complicado que incluía la nariz y las orejas. ¿Esperaba algún milagro? Y si lo esperaba, ¿por qué no habría de ocurrir?, se preguntaba el cura. Dicen que la fe mueve las montañas, y esto era fe; fe en la saliva que cura al ciego, y en la voz que resucita a los muertos. La estrella vespertina ya había aparecido; resplandecía, baja, sobre el borde de la meseta; parecía al alcance de la mano; un vientecito cálido se levantaba. El cura, sin querer, observó el cadáver de la criatura para ver si se movía. Como esto no ocurrió, pensó que Dios había perdido una oportunidad. La mujer se sentó, y sacando un trozo de azúcar de su envoltorio, empezó a comer; la criatura seguía inmóvil al pie de la cruz. Después de todo, ¿por qué suponer que Dios ha de castigar a los inocentes, prolongándoles la vida?

-Vamos -dijo el cura, pero la mujer siguió rascando el azúcar con sus incisivos afilados, sin hacerle caso. El hombre miró el cielo, y vio que unas nubes negras cubrían la estrella crepuscular.

-Vamos.

En esa meseta no había dónde refugiarse.

La mujer no se movió; su cara irregular y chata, entre las trenzas negras, seguía absolutamente impasible; como si, habiendo cumplido con su deber, pudiera ahora descansar eternamente. De pronto el cura se estremeció; el dolor que durante todo el día le había oprimido la frente, como un sombrero apretado, se hizo más profundo. Pensó: “tengo que buscar un refugio; el deber primero del hombre es para consigo mismo; hasta la Iglesia lo dice”. Todo el cielo se oscurecía ahora; las cruces se alzaban en torno como feos cactus secos; se dirigió hacia el borde de la meseta. Antes de iniciar el descenso, volvió una vez la cabeza; la mujer seguía mordiendo su trozo de azúcar; recordó que era todo el alimento de que disponían.

El sendero era muy empinado; tan empinado que el cura tuvo que descender de espaldas; a cada lado, los árboles crecían perpendicularmente en la roca gris; ciento cincuenta metros más abajo, el sendero volvía a subir. El cura sudaba, y sentía una sed abrumadora; cuando empezó a llover, le pareció un alivio. Se quedó donde estaba, acurrucado junto a un peñasco; no había dónde refugiarse, por lo menos hasta llegar al pie de la barranca; y realmente, no le parecía que valiera semejante esfuerzo la pena. Ahora temblaba casi continuamente, y el dolor ya no parecía surgir de su cabeza sino de afuera; una nada casi, un ruido, un pensamiento, un olor. Tenía todos los sentidos confundidos entre sí. En un momento dado, el dolor era como una voz cansadora que le explicaba que se había equivocado de camino; recordó un mapa de los dos Estados limítrofes, que había visto una vez. El Estado de donde ahora huía, estaba cubierto de poblaciones; en esas tierras pantanosas y cálidas, la gente se multiplicaba tan fácilmente como los mosquitos; pero en el otro Estado, que quedaba al Noroeste, no se veía casi nada, excepto el papel en blanco. Ahora estás sobre ese papel en blanco, le decía el dolor. Pero hay un camino, replicaba él con aire cansado. ¡Oh!, un camino, decía el dolor, un camino que sigue cincuenta millas más, antes de llegar a ninguna parte; sabes muy bien que no soportarás tanto trayecto. Y en torno no hay más que papel en blanco.

Luego, el dolor era una cara. Tenía la convicción de que el norteamericano lo vigilaba; tenía la piel cubierta de puntitos, como la fotografía de un diario. Al parecer, los había seguido hasta allí porque quería matar a la madre, así como a la criatura; era su manera de mostrarse sentimental. Había que

hacer algo; la lluvia era como una cortina, y detrás de esa cortina todo podía ocurrir. Pensó: “no debí dejarla sola, Dios me perdone. No tengo sentido de la responsabilidad; ¿qué se puede esperar de un cura borracho?” Se puso de pie, trabajosamente, y reanudó la ascensión hacia la meseta. Muchas ideas lo atormentaban; no sólo era la mujer, también era responsable por el norteamericano; las dos caras, la suya y la del pistolero, estaban juntas en la pared del cuartel de policía, como hermanos en una galería de retratos de familia. No había que dejar esa tentación al alcance de un hermano.

Temblando, sudando y empapado de lluvia, llegó al borde de la meseta. Ya no había nadie; una criatura muerta no era nadie, sólo era un objeto inútil abandonado al pie de una de las cruces; la madre se había ido a su casa. Había hecho lo que deseaba hacer. La sorpresa pareció disminuirle la fiebre, pero luego cayó en el estado anterior. Un trozo de azúcar, eso era todo lo que quedaba, al lado de la boca del niño; ¿por si ocurría algún milagro, o para que se lo comiera el espíritu? El cura se agachó, con una oscura sensación de vergüenza, y cogió el azúcar; el niño muerto no podía gruñirle, como un perro inválido; pero ¿quién era él, para no creer en milagros? Titubeó, mientras la lluvia seguía cayendo torrencialmente; luego se puso el azúcar en la boca. Si Dios decidía volverlo a la vida, ¿no podía darle también de comer?

En cuanto empezó a comer, volvió la fiebre; el azúcar se le quedó en la garganta; sentía una sed insoportable. Echándose de bruces, trató de lamer un poco de agua en las irregularidades del suelo; se chupó los pantalones empapados. La criatura, bajo la lluvia incesante, parecía un montón oscuro de estiércol. El cura volvió al borde de la meseta, y bajó la barranca; lo que ahora sentía era soledad; hasta la cara había desaparecido; estaba solo en medio de esa hoja en blanco, hundiéndose cada vez más en la región del abandono.

En alguna parte, en alguna dirección, había ciudades, por supuesto; si uno seguía y seguía, llegaba a la costa, al Pacífico, a la línea ferroviaria de Guatemala; allí había caminos, y automóviles. Hacía diez años que no veía un tren. Se imaginaba la línea negra que bordeaba la costa, sobre el mapa, y veía los cincuenta, los cien kilómetros de territorio desconocido. Allí se encontraba ahora; había huido de la civilización; ahora la naturaleza se encargaría de matarlo.

Sin embargo, siguió su camino; no tenía sentido volver a

la aldea abandonada, a la plantación de bananas con su perra agonizante y el calzador roto. No le quedaba más remedio que adelantar primero un pie, y luego el otro; descender, y trepar. Desde lo alto de la barranca, cuando cesó la lluvia, no se veía nada, excepto una tierra inmensa y arrugada, de selvas y montañas, cubierta por el húmedo velo gris. Miró una vez, y no volvió a mirar más. Era como mirar a la desesperación.

Después de unas horas de viaje, el terreno se volvió más liso, y ya no se vio obligado a trepar constantemente; lo rodeaban la noche y la selva; entre los árboles, se oían los monos invisibles, torpes y temerarios; entre la hierba pasaban silbando, como llamaradas de fósforos, seres que probablemente eran serpientes. No les temía; eran formas de vida, y ya estaba habituado a ver que la vida se alejaba más y más de él. No sólo la gente se alejaba; hasta los animales y los reptiles; pronto se quedaría totalmente solo, solo con su aliento. Empezó a recitar mentalmente: "Oh, Dios, yo he amado la hermosura de Tu casa"; el olor de las hojas húmedas y podridas, la noche cálida y la oscuridad le producían la impresión de encontrarse en una mina; le parecía descender hacia el interior de la tierra, para sepultarse. Pronto daría con su tumba.

Cuando vio que un hombre se le acercaba con un rifle, no reaccionó. El hombre se acercaba cautelosamente; uno no espera encontrar a nadie en el interior de la tierra. El hombre dijo:

-¿Quién es usted? -apuntándole con el rifle.

Por primera vez después de diez años, el cura dijo su nombre a un desconocido: padre Fulano, porque estaba demasiado cansado, y seguir viviendo le parecía inútil.

-¿Un cura? -dijo el hombre atónito-. ¿De dónde viene?

La fiebre disminuyó un poco; sintió un atisbo de realidad; dijo:

-No importa. No le ocasionaré ninguna molestia; seguiré mi camino.

Reunió con un supremo esfuerzo las energías que le quedaban, y siguió unos pasos; un rostro perplejo penetraba la cortina de la fiebre, y luego desaparecía. "Ya no habrá más rehenes", se dijo en voz alta. Los pasos lo seguían; era como esas personas peligrosas cuya desaparición debemos verificar

con exactitud, antes de volvernos a casa. Repitió en voz alta:

-No se preocupe. No me quedo. No necesito nada.

-Padre... -dijo la voz, humilde y ansiosa.

-Me iré inmediatamente.

Trató de correr, y de pronto emergió de la selva, ante un vasto declive de hierbas. Abajo había luces y cabañas, y a su lado, al borde de la selva, un gran edificio encalado; ¿un cuartel? ¿estaría lleno de soldados?

-Si me vieron -dijo-, me entrego. Les aseguro que ninguno de ustedes tendrá que pagar las secuelas de mi presencia.

-Padre...

El dolor de cabeza lo atormentaba; tropezó, y se sostuvo con una mano en la pared. Se sentía inmensamente cansado. Preguntó:

-¿Es el cuartel?

-Es nuestra iglesia, padre -dijo la voz, perpleja y preocupada.

-¿Una iglesia?

El cura recorrió con sus manos incrédulas la pared, como un ciego que trata de reconocer una casa determinada, pero estaba demasiado cansado para reconocer nada. Oyó que el hombre del rifle murmuraba, mientras desaparecía de su campo visual:

-¡Qué honor para nosotros, padre! Hay que hacer sonar las campanas...

Se sentó de pronto en la hierba empapada de lluvia, y apoyando la cabeza contra la pared blanca, se quedó dormido; dormido contra la pared de su casa.

Su sueño estaba lleno de ruidos confusos y joviales.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer, de edad madura, estaba sentada en la galería, zurciendo calcetines; usaba lentes, y se había quitado los zapatos, para estar más cómoda. El señor Lehr, su hermano, leía una revista neoyorquina; una revista del mes pasado, lo que en realidad no importaba. Era una escena de paz completa.

-Sírvese agua usted mismo -dijo la señorita Lehr-, cuando lo desee.

En un rincón fresco, había una enorme tinaja de barro, con un cucharón y un vaso.

-¿No hacen hervir el agua? -preguntó el cura.

-Oh, no, *nuestra* agua es fresca y limpia -dijo afectadamente la señorita Lehr, como poniendo en duda el estado del agua de los demás.

-La mejor agua de todo el Estado -dijo su hermano.

Las hojas lustrosas y crujientes de la revista, reproducían fotografías de vastas mandíbulas pulcramente afeitadas de senadores y diputados. Del otro lado de la cerca del jardín se extendía una pradera, suavemente ondulante, que llegaba hasta la cadena contigua de montañas; un tulipanero florecía y se marchitaba diariamente junto al portón de entrada.

-Francamente, tiene mucho mejor aspecto, padre -dijo la señorita Lehr.

Ambos hablaban un inglés más bien gutural, con leve acento norteamericano; el señor Lehr se había ido de Alemania cuando niño para eludir el servicio militar; tenía una cara de rasgos astutos de idealista. Había que ser astuto en este país, si uno quería seguir siendo un poco idealista; su astucia se especializaba en defender las ventajas de una vida cómoda.

-¡Oh! -dijo Lehr-, sólo necesitaba descansar unos días.

No sentía ninguna curiosidad por ese hombre que su capataz le había traído sobre una mula, tres días antes, en un estado de completo agotamiento. Sólo sabía lo que el cura le había dicho; otra de las enseñanzas del país: no preguntar nunca nada, ni prever tampoco nada.

-Pronto podré irme -dijo el cura.

-No corre prisa -dijo la señorita Lehr, revisando los calcetines de su hermano, en busca de agujeros.

-Se está tan tranquilo aquí.

-¡Oh! -dijo Lehr-, también nosotros hemos tenido nuestras dificultades.

Volvió una hoja de la revista, y dijo:

-Ese senador Huey Long..., deberían contenerlo. No conviene de ningún modo insultar a los demás países.

-¿No trataron de quitarle sus tierras?

El rostro idealista se volvió hacia él, con una expresión de inocente astucia.

-¡Oh!, les di todo lo que me pedían: doscientas hectáreas de tierra estéril. Una gran economía de impuestos, para mí. No había conseguido nunca hacer crecer nada en ese lugar.

Señaló con la cabeza los postes de la galería:

-Ésa fue la última molestia *verdadera*. Fíjese en los agujeros de las balas. Los hombres de Villa.

El cura se levantó nuevamente, y bebió más agua; no tenía mucha sed; sólo deseaba aumentar su sensación de bienestar. Preguntó:

-¿Cuánto tardaría en llegar a Las Casas?

-Podría llegar en cuatro días -dijo Lehr.

-En el estado en que está, no lo creo -dijo la señorita-. Seis, por lo menos.

-Me parecerá tan raro -dijo el cura-. Una ciudad con iglesia, una Universidad...

-Por supuesto -dijo Lehr-, mi hermana y yo somos luteranos. No comulgamos con su Iglesia, padre. Demasiado lujo, me parece, mientras la gente se muere de hambre.

-Bueno, querido -dijo la señorita Lehr-, la culpa no es del padre.

-¿Lujo? -dijo el cura.

Permaneció al lado de la tinaja de barro, con el vaso en la mano, tratando de recapacitar, contemplando las vastas laderas tranquilas, cubiertas de vegetación.

-¿Quiere decir que...?

Tal vez Lehr tuviera razón; en otra época había vivido con

bastante desahogo, y ahora empezaba a acostumbrarse nuevamente a la holganza.

-Todo ese oro en hojas en las iglesias.

-Le diré que casi siempre es pintura -murmuró tranquilizadamente el cura.

Pensaba: Sí, tres días sin hacer nada. Nada. Se miraba los pies, elegantemente calzados con un par de zapatos del señor Lehr; las piernas, en un par de pantalones del señor Lehr. El dueño de casa dijo:

-No le importará, supongo, que le diga lo que pienso. Después de todo, todos somos cristianos.

-Por supuesto. Me gusta oír...

-Me parece que ustedes hacen mucho ruido por una cantidad de cosas de poca importancia.

-¿Sí? ¿Se refiere...?

-El ayuno..., el pescado de los viernes...

Sí, recordaba como un episodio de la infancia que en otra época había respetado esas reglas. Dijo:

-Después de todo, señor Lehr, usted es alemán. Una gran nación militar.

-Yo nunca fui soldado. Desapruebo...

-Sí, por supuesto, pero igualmente comprende... que la disciplina es necesaria. Los ejercicios no servirán en el frente de batalla, pero sirven en cambio para formar el carácter. Sin ellos, las personas se vuelven... como yo.

Miró con odio repentino los zapatos; eran como la divisa del desertor.

-Se vuelven como yo -repitió con furia.

Siguió un momento de embarazo; la señorita Lehr empezó a decir algo:

-Pero, padre...

Pero el señor Lehr la interrumpió, mientras dejaba a un lado la revista, pletórica de políticos bien afeitados. Con su voz germano-norteamericana, de gutural precisión, dijo:

-Bueno, supongo que ya es la hora de darse un baño. ¿Viene conmigo, padre?

El cura lo siguió, obediente, al dormitorio que

compartían. Se quitó la ropa del señor Lehr, se puso el impermeable del señor Lehr, y siguió al señor Lehr, descalzo, a través de la pradera que se extendía del otro lado de la galería. La víspera había preguntado con temor: “¿No hay víboras?”, y el señor Lehr había gruñido despreciativamente que si había alguna víbora mejor que desapareciera pronto. El señor Lehr y su hermana se las habían arreglado para desterrar la barbarie mediante el simple sistema de pasar por alto todo lo que desentonaba con las características corrientes de un hogar germano-norteamericano. En su género, era un sistema de vida admirable.

En el otro extremo de la pradera había un arroyito poco profundo, que corría sobre guijarros parduscos. El señor Lehr se quitó la bata y se acostó de espaldas; aun en sus delgadas piernas de anciano, en sus músculos secos, había algo de correcto y de idealista. Diminutos peces jugueteaban sobre su pecho, y le lanzaban mordisquitos, sin que nadie se lo impidiera; éste era el esqueleto de aquel joven que había desaprobado el militarismo hasta el punto de irse del país; por fin se sentó, y empezó a jabonarse cuidadosamente los delgados muslos. Luego, el cura cogió el jabón y lo imitó. Pensaba que eso era lo menos que esperaban de él, aunque no podía dejar de considerarlo una pérdida de tiempo. El sudor lavaba tan eficazmente como el agua. Pero ésta era la raza que había inventado aquel proverbio que decía que la limpieza era lo más parecido a la santidad; la limpieza, no la pureza.

De todos modos, uno sentía un placer inmenso, allí tendido en el arroyito, mientras el sol descendía... Pensó en la celda de la cárcel, el viejo y la devota, el mestizo acostado frente a la puerta de la choza, el niño muerto, la plantación abandonada. Pensó con vergüenza en su hija, abandonada a su experiencia y su ignorancia, en el muladar. No tenía derecho a gozar de semejantes placeres.

El señor Lehr le dijo:

-Por favor... ¿el jabón?

Se había echado de bruces, y empezó a lavarse la espalda.

El cura dijo:

-Creo necesario advertirle que mañana pienso decir misa en la aldea. ¿Prefiere que me vaya de su casa? No quiero traerle inconvenientes con las autoridades.

El señor Lehr chapoteaba con seriedad, sin cesar de lavarse. Dijo:

-¡Oh, a mí no me molestarán! Pero le conviene tener cuidado. Usted sabe, por supuesto, que es contra la ley.

-Sí -dijo el cura-. Lo sé.

-A un cura que conozco le impusieron una multa de cuatrocientos pesos. No pudo pagarla, y lo mandaron a la cárcel, una semana. ¿De qué se ríe?

-Porque aquí todo parece tan... tan tranquilo. Una semana de cárcel...

-Bueno, tengo entendido que ustedes se desquitan con las colectas. ¿Quiere el jabón?

-No, gracias, ya terminé.

-Entonces, será mejor que nos sequemos. A mi hermana le gusta bañarse antes de la puesta del sol.

Cuando volvían hacia el *bungalow*, uno detrás de otro, se encontraron con la señorita Lehr, muy voluminosa bajo su bata. La mujer preguntó mecánicamente como un reloj de suave carillón, lo que son seguridad habría preguntado mil veces:

-¿Está agradable hoy el agua?

Y su hermano le contestó, como seguramente ya le había contestado mil veces:

-Agradablemente fresca, querida.

La mujer se alejó por la hierba, en pantuflas, un poco agachada por la miopía.

-¿No le importaría -dijo Lehr, cerrando la puerta del dormitorio- que nos quedáramos aquí hasta que mi hermana vuelva? Usted comprenderá, desde el frente de la casa se ve el arroyo.

Empezó a vestirse; alto, huesudo, un poco tieso. Había dos camas de bronce, una silla y un ropero; la habitación era monástica; sólo que no había ninguna cruz, nada que fuera de "importancia secundaria", como hubiera dicho Lehr. Pero había una Biblia en el suelo, al lado de una de las camas, forrada de hule negro. Cuando el cura terminó de vestirse, la abrió.

En la primera hoja una etiqueta declaraba qué secta evangelista había proporcionado el libro. Luego decía: "Una Biblia en cada habitación del hotel. Para atraer a Cristo a los

viajantes de comercio. La Buena Nueva.”

Luego seguía una lista de textos apropiados a las circunstancias. El cura leyó con cierto asombro:

Si usted está afligido, lea: Salmo 34.

Si hay pocas ventas, lea: Salmo 37.

Si hay muchas; lea: I. Corintios, X, XII.

Si está abrumado y va por el mal camino, lea: Oseas XIV: 4-9.

Si está cansado de pecar, lea: Salmo 51. Lucas XVIII: 9-14.

Si desea paz, poder, y abundancia, lea: Juan XIV.

Si se siente solitario y desanimado, lea: Salmos 23 y 27.

Si está perdiendo la confianza en sus semejantes, lea: Salmo 121.

Le intrigaba pensar cómo habría llegado allí ese libro, con su grosero tipo de imprenta, y sus aclaraciones excesivamente inocentes, cómo había llegado a una hacienda del Sur de Méjico. El señor Lehr se volvió frente al espejo, con un gran cepillo duro para el pelo, y le explicó minuciosamente:

-En otra época, mi hermana dirigía un hotel. Un hotel para viajantes de comercio. Cuando murió mi mujer, lo vendió para venirse a vivir conmigo, y trajo una de esas biblias del hotel. Usted no podría comprenderlo, padre. Sé que no les gusta que la gente lea la Biblia.

Estaba todo el tiempo a la defensiva en lo que se refería a su creencia, como consciente de un roce perpetuo, semejante al de un zapato demasiado ajustado.

El cura dijo:

-¿Su mujer está enterrada aquí?

-Ahí afuera -dijo bruscamente el señor Lehr.

Con el cepillo en la mano, trató de oír los ligeros pasos que se acercaban.

-Ahí vuelve de su baño la señorita Lehr -dijo-. Ya podemos salir.

Cuando llegó a la iglesia, el cura se apeó del viejo caballo del señor Lehr, y dejó las riendas sobre unas matas. Era su

primera visita a la aldea, desde la noche en que se había desmayado junto a la pared. En la penumbra, la villa se extendía a sus pies; casitas de techo de lata y chozas de barro, frente a frente, sobre una sola calle ancha y cubierta de hierbas. Había unas cuantas lámparas encendidas, y en la zona más pobre llevaban el fuego de choza en choza. Avanzó lentamente, consciente de la calma y de la seguridad del lugar. El primer hombre que vio, se descubrió, se arrodilló y le besó la mano.

-¿Cómo se llama usted? -le preguntó el cura.

-Pedro, padre.

-Buenas noches, Pedro.

-¿Dirá misa mañana por la mañana, padre?

-Sí. Diré misa.

Pasó frente a la escuela rural. El maestro estaba sentado en el umbral; era un joven regordete, de ojos oscuros y anteojos de carey. Cuando vio llegar al cura, desvió ostensiblemente la mirada. Era uno de los que se atenían a la ley; no quería reconocer a un criminal. Empezó a hablar pedantesca y afectadamente con alguien que estaba detrás; algo referente a la clase infantil. Una mujer besó la mano del cura; era tan raro sentirse nuevamente deseado, no sentirse más el mensajero de la muerte. La mujer dijo:

-Padre, ¿nos oirá en confesión?

El cura contestó:

-Sí. Sí. En el granero del señor Lehr. Antes de la misa. Los espero a las cinco. Apenas amanezca.

-Somos tantos, padre...

-Bueno, entonces también esta noche... A las ocho.

-Y además hay tantas criaturas para bautizar, padre. Hace tres años que no viene un cura.

-Me quedaré dos días más.

-¿Cuánto nos cobrará, padre?

-Bueno, de costumbre se cobra dos pesos.

Pensó: tengo que alquilar dos mulas y un guía. Me costará cincuenta pesos hasta Las Casas. Cinco pesos para la misa... faltaban cuarenta y cinco.

-Somos todos muy pobres, padre -arguyó la mujer suavemente-. Yo tengo cuatro hijos. Ocho pesos es mucho

dinero.

-Cuatro hijos son muchos hijos, si sólo hace tres años que no hay cura.

Descubría en su voz la autoridad, el viejo tono parroquial que volvía; como si todos esos años hubieran sido un sueño, y en realidad no se hubiera alejado nunca de las cofradías, de las Hijas de María, y de la misa cotidiana. Dijo rápidamente:

-Cuántas criaturas hay en la aldea... sin bautizar?

-Tal vez cien, padre.

Calculó; no hacía falta llegar a Las Casas como un mendigo; se compraría un traje decente, se alojaría en algún lugar respetable, se instalaría... Dijo:

-Tendrán que pagar un peso cincuenta por cabeza.

-Un peso, padre. Somos muy pobres.

-Un peso cincuenta.

Una voz que surgía del pasado le decía con firmeza: no aprecian lo que no les cuesta. Era el anciano cura, su antecesor en Concepción. Éste le había explicado: la gente siempre le dirá que son muy pobres, que se mueren de hambre, pero siempre tienen un poco de dinero enterrado en alguna parte, en una tinaja. El cura prosiguió:

-Tiene que venir mañana, a las dos de la tarde, al granero del señor Lehr, con el dinero... y las criaturas.

La mujer agregó:

-Sí, padre.

Parecía bastante satisfecha; había conseguido una rebaja de cincuenta centavos por cabeza. El cura siguió su camino. Pensaba: "Supongamos que sean cien criaturas, representan unos ciento sesenta pesos, con la misa de mañana. Tal vez consiga las mulas y el guía por cuarenta pesos. El señor Lehr me dará comida para seis días. Me quedarán unos ciento veinte pesos." Después de todos esos años, era la riqueza. Sentía el respeto en todas partes, a medida que recorría la calle; los hombres se quitaban el sombrero cuando él pasaba; le parecía haber vuelto a los días anteriores a la persecución. Sentía que la antigua vida ya se endurecía en torno de él como un hábito, una caja pétrea que le hacía erguir la cabeza y le indicaba cómo debía andar, y hasta dictaba sus palabras. Una voz desde la cantina dijo:

-¡Padre!

Era un hombre muy grueso, con una triple papada de comerciante; tenía el chaleco puesto, a pesar del calor espantoso, y una cadena de reloj.

-¿Sí? -dijo el cura.

Detrás de la cabeza del hombre se veían hileras de botellas de agua mineral, cerveza, bebidas alcohólicas... El cura salió del calor de la calle polvorienta, para acercarse al calor de la lámpara. Dijo:

-¿Qué pasa? -con su nuevo estilo autoritario e impaciente.

-Pensé, padre, que tal vez necesitara un poco de vino para el sacramento.

-Tal vez... pero tendrá que fiármelo.

-El crédito de un cura, padre, es para mí el mejor crédito. Yo soy muy religioso. Este pueblo es muy religioso. Sin duda organizará un gran bautizo ¿no es cierto?

Se inclinaba ansiosamente sobre el mostrador, con modales respetuosos e impertinentes, como dando por sentado que eran dos hombres de ideas afines, dos seres educados.

-Tal vez...

El hombre sonrió comprensivamente. Entre personas como nosotros, parecía decir, no hace falta ser explícito; nos adivinamos los pensamientos.

-En otros tiempos, cuando la iglesia estaba abierta -dijo-, yo era tesorero de la Cofradía del Santísimo Sacramento. ¡Oh, soy muy buen católico, padre! La gente, por supuesto, es muy ignorante. ¿Me hará el honor de aceptarme un vasito de coñac?

A su manera, era bastante sincero.

Indeciso, el cura dijo:

-Muy amable...

Los dos vasos ya estaban llenos; recordó la última vez que había tomado alcohol, sentado en la cama, en la oscuridad, conversando con el jefe de policía; comprobando, a medida que oscurecía, cómo desaparecían las últimas gotas de vino... Ese recuerdo era como una mano, que le señalaba la verdad, que lo delataba. El olor a coñac le secaba la boca. Pensó: "¡Qué actor

de teatro soy! No tengo nada que hacer aquí, entre esta buena gente”. Hizo girar el vaso en la mano, y todos sus otros vasos giraron al mismo tiempo; recordó al dentista que le hablaba de sus hijos, a María que desenterraba la botella de aguardiente que había guardado para él, el cura borracho.

Bebió un sorbo, de mala gana.

-Es muy buen coñac, padre -dijo el hombre.

-Sí. Buen coñac.

-Podría conseguirle una docena de botellas por sesenta pesos.

-¿De dónde quiere que saque yo sesenta pesos?

Pensó: “En cierto sentido, era mejor allá, del otro lado de la frontera”. El temor y la muerte no eran lo peor. A veces era un error seguir viviendo.

-No quiero especular con usted, padre. Cincuenta pesos.

-Cincuenta, sesenta... Para mí es lo mismo.

-Sírvase otro vasito, padre. Es muy buen coñac.

El hombre se inclinó insinuadamente sobre el mostrador, y le dijo:

-¿Y por qué no media docena, padre, por veinticuatro pesos? Después de todo, padre -agregó astutamente-, están esos bautizos.

Era asombrosa la facilidad con que se podía olvidar, y volver al pasado; todavía oía su voz de un momento antes, en la calle, que hablaba con el antiguo acento de Concepción, en nada modificado por el pecado mortal, la deserción y el arrepentimiento. Su propia corrupción enranciaba en su boca el sabor del coñac. Dios podía perdonarle la cobardía y la pasión, pero ¿era posible perdonar la apariencia de la piedad? Recordaba a la mujer del calabozo, lo imposible que le había resultado conmover su seguridad, su vanidad; ahora le parecía que también él era uno de éstos. Apuró el coñac como una condena; personas como el mestizo podían salvarse; la salvación podía caer como un rayo en el corazón del malvado, pero la apariencia de la devoción excluía todo, excepto la plegaria vespertina y la reunión de la Cofradía y el roce de los labios humildes sobre la mano enguantada.

-Las Casas es una hermosa ciudad, padre. Dicen que allí uno puede oír misa todos los días.

Ésta también era una persona devota. Había muchos así en el mundo. En ese momento le servía un poco más de coñac, pero con cuidado; no demasiado. Agregó:

-Cuando llegue, vaya a ver a un compadre mío que vive en la calle Guadalupe. Es el dueño de la cantina junto a la iglesia; es muy buen hombre. Tesorero de la Cofradía del Santísimo Sacramento, como lo era yo aquí, en los buenos tiempos. Él se encargará de conseguirle lo que usted desee, mucho más barato. ¿Y qué le parece unas botellitas para el viaje?

El cura bebía. No había ningún motivo para no beber. Ya tenía el vicio, como la devoción, y la voz parroquial. Dijo:

-Tres botellas. Por once pesos. Guárdemelas aquí.

Bebió lo que quedaba en el vaso, y salió nuevamente a la calle. En las ventanas las lámparas estaban encendidas, y la ancha calle se extendía entre ellas como una pradera. Tropezó en un agujero, y sintió una mano que le tocaba la manga.

-Ah, Pedro. ¿Así se llamaba usted, no? Gracias, Pedro.

-Para servirle, padre.

La iglesia aparecía en la oscuridad como un bloque de hielo que se derretía poco a poco con el calor. En un sitio el techo se había derrumbado; un ángulo del portal se desmoronaba. El cura miró rápidamente a Pedro, de soslayo, conteniendo el aliento por si olía a alcohol, pero sólo distinguió el contorno de la cara. Con una sensación de astucia, como quien engaña a un ávido intrigante metido en el corazón, dijo:

-Dígale a la gente, Pedro, que sólo cobraré un peso por los bautizos...

De todos modos le alcanzaría para el coñac, aunque llegara a Las Casas pobre como un mendigo. Siguió un silencio de unos dos segundos, y la astuta voz aldeana contestó:

-Somos tan pobres, padre. Un peso es mucho dinero. Yo, por ejemplo, tengo tres hijos. Cóbrenos setenta y cinco centavos, padre.

La señorita Lehr distendió los pies dentro de sus cómodas zapatillas; los cascarudos llegaban de la tiniebla exterior, hacia la galería. Dijo:

-Una vez, en Pittsburgh...

Su hermano se había dormido con un diario viejo sobre las rodillas; había llegado el correo. El cura lanzó una risita halagadora, como en otros tiempos; una tentativa sin éxito. La señorita Lehr se interrumpió y olió el aire.

-¡Qué extraño! Me pareció sentir olor a... a alcohol.

El cura contuvo el aliento, echándose atrás en la mecedora. Pensaba: "Qué tranquilo es aquí, qué seguro". Recordó ciertas personas que vivían en ciudades y que no podían dormir en el campo, a causa del silencio; el silencio puede ser como un ruido que ensordece los tímpanos.

-¿Qué estaba diciendo, padre?

-Que una vez en Pittsburgh...

-Cierto. En Pittsburgh... Estaba esperando el tren. No tenía nada para leer; ¡los libros son tan caros! Entonces se me ocurrió comprar un diario; cualquier diario; las noticias son siempre iguales. Pero cuando lo abrí (se llamaba algo así como *La Gaceta Policial*)... No me había imaginado nunca que se escribieran cosas tan espantosas. Por supuesto, apenas leí unas cuantas líneas. Creo que es la cosa más horrible que me sucedió en la vida. Me..., bueno, me abrió los ojos.

-Sí.

-No se lo dijo nunca al señor Lehr. Si lo supiera, creo que no pensaría tan bien de mí como hasta ahora.

-Pero no había nada malo en...

-Saber que esas cosas existen, ¿le parece poco?

En alguna parte, muy lejos, un pájaro desconocido gritó; la lámpara de la mesa empezó a echar humo, y la señorita Lehr se inclinó para bajar la mecha; era como si hubieran disminuido la única luz en varias millas a la redonda. El cura sintió que el gusto a coñac volvía a su paladar; como el olor a éter, que recuerda al enfermo la operación reciente, antes de haberse acostumbrado nuevamente a la vida; lo vinculaba a otro estado. Todavía no estaba hecho a esa profunda tranquilidad; pensaba: "Con el tiempo me acostumbraré, tendré más voluntad, esta vez sólo compré tres botellas. Serán las últimas que beba en mi vida, allá no necesitaré de la bebida..." Sabía que mentía. El señor Lehr se despertó de pronto y dijo:

-Como iba diciendo...

-No ibas diciendo nada, querido. Estabas durmiendo.

-¡Oh, no, estábamos hablando de ese sinvergüenza de Hoover!

-No creo, querido. Por lo menos, desde hace un buen rato.

-Bueno -dijo Lehr-, ha sido un día fatigoso. El padre también estará cansado... después de todas esas confesiones - agregó con leve repugnancia.

Desde las ocho hasta las diez había habido un flujo continuo de penitentes; dos horas de lo peor que una aldehuela como ésa podía ofrecer, después de tres años. El mal no era mucho; una ciudad hubiera hecho mejor papel... ¿o tal vez no? No es mucho lo que el hombre puede hacer. Ebriedad, adulterio, impureza; todo el tiempo había sentido el gusto del coñac en la boca, sentado en una mecedora dentro de un *box* de la caballeriza, sin mirar la cara de la persona arrodillada a su lado. Los otros esperaban arrodillados en la cuadra vacía; porque la caballeriza del señor Lehr estaba totalmente despoblada, desde hacía algunos años. Sólo le quedaba un caballo, que resoplaba ruidosamente en la oscuridad, al compás de los pecados.

-¿Cuántas veces?

-Doce, padre. Tal vez más -y el caballo resoplaba.

Es asombrosa la sensación de inocencia que acompaña al pecado; sólo las personas rígidas y minuciosas y los santos no la conocen. Todas estas gentes salían de la cuadra limpios de alma; él era el único que no se había arrepentido ni confesado, y que no había sido absuelto. Hubiera querido decir a éste: “El amor no es malo, pero el amor tiene que ser feliz y visible; sólo es malo cuando es oculto y desdichado... Puede llegar a ser más desdichado que ninguna otra cosa en el mundo, exceptuando el infortunio de perder a Dios. En cierto modo, es perder a Dios. No necesitas penitencia, hijo mío, ya sufriste bastante”, y a este otro: “La lujuria no es lo peor. Sólo porque un día cualquiera la lujuria puede convertirse en amor, debemos evitarla. Porque cuando amamos nuestro pecado, entonces sí nos condenamos”. Pero los hábitos del confesionario privaban sobre él; le parecía haber vuelto a ese pequeño ataúd sofocante de madera, donde los hombres entierran sus impurezas, con la ayuda del sacerdote. Decía: “Pecado mortal..., peligro..., hay que dominarse”, como si esas palabras tuvieran algún sentido verdadero. Decía: “Rece tres Padrenuestros y tres Avemarías”.

Con voz cansada, decía: “La bebida sólo es el principio...”

Descubría que no podía alegar nada ni siquiera contra ese vicio común, corriente, excepto que él mismo olía a alcohol en un establo. Enunciaba la penitencia con rapidez, con aspereza, mecánicamente. El hombre se alejaba diciendo: “Es un mal cura”, al no sentir en él ningún aliento, ningún interés...

Decía: “Esas leyes fueron hechas por el hombre. La Iglesia no da por sentado..., si usted no puede ayunar, entonces tiene que comer, nada más”. La vieja seguía y seguía, mientras los demás penitentes se movían inquietos en el *box* contiguo, y el caballo relinchaba; charlaba de las abstinencias no cumplidas, de las oraciones vespertinas cercenadas. De pronto, sin ningún motivo, pensó con una extraña sensación de nostalgia en los rehenes del patio de la cárcel, que esperaban junto al grifo del agua, tratando de no mirarlo; el sufrimiento y la paciencia incesantes del otro lado de las montañas. Interrumpió cruelmente a la mujer:

-¿Por qué no se confiesa como es debido? No me interesan sus compras de pescados, ni el sueño que tiene de noche..., recuerde sus verdaderos pecados.

-Pero es que soy una buena mujer, padre -chilló la vieja atónita.

-Entonces, ¿qué hace aquí, ocupando el lugar de los malos? ¿Ama usted a alguien en el mundo, además de sí misma? -agregó.

-Amo a Dios, padre -dijo la mujer con altivez.

La miró rápidamente a la luz de la vela que ardía en el piso; los ojitos viejos como uvas bajo el chal negro; era otra devota, como él.

-¿Cómo lo sabe? Querer a Dios es exactamente como querer a un hombre, o a una criatura. Es querer estar con Él, cerca de Él.

Hizo un gesto sin esperanzas con las manos.

-Es querer protegerlo a Él de uno mismo.

Cuando el último penitente se fue, cruzó el corral, hacia el *bungalow*; podía ver la lámpara encendida, y a la señorita Lehr que tejía; olía el pasto de la pradera, húmedo por las primeras lluvias. Aquí era posible ser feliz, mientras uno no se sintiera demasiado atado al temor y al sufrimiento; también la desdicha puede volverse una costumbre, como la devoción. Tal vez fuera su deber quebrar esa costumbre, descubrir la paz.

Sentía una envidia inmensa de todas esas personas que se habían confesado y habían sido absueltas. “Dentro de seis días -pensaba- yo también, en Las Casas...”, pero en el fondo no creía que allá hubiera nadie capaz de aliviar su espíritu. Aun cuando bebía se sentía unido a su pecado por el amor. Era más fácil deshacerse de la ira.

La señorita Lehr le dijo:

-Siéntese, padre. Debe de estar cansado. Por supuesto, yo nunca fui partidaria de la confesión. Ni tampoco el señor Lehr.

-¿No?

-No sé cómo puede usted quedarse allí, escuchando a toda esa gente que le dice cosas tan horribles... Recuerdo que una vez en Pittsburgh...

Habían traído las dos mulas de noche, para que el cura pudiera partir apenas terminara la misa; la segunda misa que había dicho en el granero del señor Lehr. Su guía dormía en alguna parte, probablemente junto a las mulas; era un ser delgado y nervioso, que no había estado nunca en Las Casas; simplemente conocía el camino de oídas. La señorita Lehr había reclamado, la noche anterior, el privilegio de despertarlo, aunque el cura se despertó por su cuenta, antes del amanecer. Se quedó acostado en la cama y oyó el despertador en la otra habitación; sonaba como un teléfono; luego oyó los pasos de la señorita Lehr, en el corredor, y unos leves golpes en la puerta. El señor Lehr seguía durmiendo, de espaldas, imperturbable, con la delgada rectitud de un obispo sobre su tumba.

El cura se había acostado vestido, y abrió la puerta antes de que la señorita Lehr tuviera tiempo de escapar; la mujer lanzó un breve chillido de desesperación, deformó dentro de su bata, con una redecilla en el pelo.

-Discúlpeme.

-Oh, no es nada, padre. ¿Cuánto durará la misa?

-Hoy habrá muchos comulgantes. Tal vez tres cuartos de hora.

-Le prepararé un poco de café, y algunos sandwiches.

-No se moleste.

-Oh, no podemos dejarlo partir con hambre.

Lo siguió hasta la puerta, un poco escondida detrás de él,

para que no la viera nadie ni nada en el vasto mundo vacío de la madrugada. La luz gris se desperezaba sobre las praderas; en la puerta, el tulipanero volvía a florecer al nuevo día; muy lejos, del otro lado del arroyo donde se había bañado, la gente se dirigía desde la aldea hasta el granero del señor Lehr; a esa distancia eran demasiado pequeños para parecer humano. El cura se sentía rodeado por una sensación de expectante felicidad, por un universo que esperaba verlo desempeñar su papel, como un público de niños en un cinematógrafo o en un rodeo. “¡Qué feliz habría sido -pensaba- si no hubiera dejado del otro lado de las montañas más que unos pocos recuerdos desagradables!” Uno siempre debe preferir la paz a la violencia, y ahora él iba hacia la paz.

-Han sido muy buenos conmigo, señorita.

Qué raro le había parecido al principio sentirse tratado como un huésped y no como un criminal o un mal sacerdote. Éstos eran herejes; no se les había ocurrido ni una sola vez que él pudiera ser un mal hombre; no tenían la perspicaz intuición de sus correligionarios, los católicos.

-Ha sido un gran placer para nosotros, padre. Pero ya se alegrará de haberse ido. Las Casas es una hermosa ciudad. Un lugar de mucha moralidad, como dice siempre el señor Lehr. Si se encuentra con el padre Quintana, dele nuestros recuerdos; estuvo aquí hace tres años.

Sonó una campana; habían bajado del campanario la campana de la iglesia, y la habían colgado junto al granero del señor Lehr; parecía un verdadero domingo.

-A veces me gustaría -dijo la señorita Lehr- poder ir a la iglesia.

-¿Y por qué no?

-Al señor Lehr no le gustaría. Es muy estricto. Pero ahora esas cosas ocurren con tan poca frecuencia... Supongo que ahora nos pasaremos otros tres años sin misa, por lo menos.

-Volveré antes de tres años.

-¡Oh, no! -dijo la señorita Lehr-. No creo que vuelva. Es un viaje muy cansador, y Las Casas es una ciudad hermosa. Tienen luz eléctrica en las calles; hay dos hoteles. El padre Quintana prometió volver; pero naturalmente, en todas partes hay cristianos, ¿no es verdad? ¿Por qué había de volver hasta aquí? Todavía si fuéramos muy desdichados...

Un grupito de indios pasó frente al portón; seres menudos y nudosos, de la Edad de Piedra; los hombres, con camisas cortas, caminaban con largas pértigas, y las mujeres, con trenzas negras y caras curtidas, llevaban a sus criaturas colgadas de la espalda.

-Los indios se han enterado de su presencia -dijo la señorita-. No me sorprendería que algunos hayan recorrido por lo menos cincuenta kilómetros para venir a oírlo.

Se detuvieron junto al portón y lo contemplaron; cuando él los miró, se arrodillaron y se persignaron; un extraño y complicado mosaico, que comprendía la nariz y las orejas y la barbilla.

-Mi hermano se enoja tanto cuando ve que alguien se arrodilla ante un cura; pero no me parece que haga daño a nadie.

Del otro lado de la casa, las mulas piafaban; el guía las había traído seguramente para darles maíz; tardaban mucho en comer, y había que dárselo con mucha anticipación. Ya era hora de empezar la misa, e irse. El cura olía la madrugada; el mundo todavía estaba fresco y verde, y en la aldea lejana, algunos perros ladraban. El despertador dejaba oír su tic-tac en la mano de la señorita Lehr. El cura dijo:

-Tengo que irme.

Sentía un extraño desgano ante la idea de alejarse de la señorita Lehr, de la casa y del hermano que dormía en su habitación. Le habían ofrecido una mezcla de ternura y de seguridad. Cuando un hombre se despierta después de una operación peligrosa, confiere un valor especial a la primera cara que ve al disiparse el efecto del anestésico.

No tenía ornamentos, pero las misas en esta aldea eran las más parecidas a las de los viejos tiempos, de todas las que había dicho durante los últimos ocho años; no había peligro de que lo interrumpieran; nada de esconder apresuradamente los sacramentos, porque la policía se acercaba. Hasta había una piedra del altar, traída de la iglesia cerrada con candado. Pero justamente porque todo estaba tan tranquilo, tenía más conciencia que nunca de su propio pecado, al preparar los Elementos. "La participación de vuestro Cuerpo, oh Señor Jesucristo, que yo, indigno, me atrevo a recibir, no sea para mí motivo de juicio y condenación". Un hombre virtuoso casi puede dejar de creer en el Infierno; pero él llevaba al infierno dentro de sí. A veces, de noche, soñaba con él. *Domine, non sum*

dignus..., domine, non sum dignus... El mal corría por sus venas, como una especie de malaria. Recordaba un sueño donde había visto un vasto anfiteatro, bordeado por las estatuas de los santos; pero los santos estaban vivos, volvían los ojos hacia aquí y hacia allá, como esperando algo. También él esperaba, con una ansiedad horrible; Pedros y Pablos barbudos, con Biblias apretadas contra el pecho, vigilaban una entrada que él no podía ver; y sobre la que pesaba la amenaza de una bestia. Luego empezó a sonar una marimba, tintineante y repetida; explotó un cohete, y Cristo bailó en el anfiteatro; bailaba y se contorsionaba, con la cara pintada y ensangrentada, saltado y saltando, haciendo muecas como una prostituta, sonriente e insinuante. Se despertó con la sensación de desesperación absoluta del hombre que descubre que la única moneda que posee es falsa.

“...y vimos su gloria, la gloria del Hijo Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad”. La misa había terminado.

“Dentro de tres días”, pensaba, “estaré en Las Casas; me habré confesado y me habrán absuelto”; y el recuerdo de la criatura en el muladar volvía automáticamente a su mente, con punzante amor. ¿De qué servía la confesión, si uno amaba el resultado de su crimen?

Mientras volvía del granero, la gente se arrodillaba a su paso; vio al grupito de indios; mujeres cuyos hijos había bautizado; Pedro; también estaba allí el hombre de la cantina, arrodillado, con la cara hundida entre las manos regordetas, y un rosario que colgaba de sus dedos. Parecía un buen hombre; tal vez fuera un buen hombre; “tal vez”, pensaba el cura, “perdí la facultad de juzgar a los demás”; tal vez esa mujer de la cárcel fuera mejor que todos los otros presos. Un caballo, atado a un árbol, relinchó en la madrugada, y toda la frescura de la mañana entró por la puerta abierta.

Dos hombres aguardaban junto a las mulas; el guía ajustaba los estribos; a su lado, rascándose las axilas, esperando su llegada con una sonrisa imprecisa y defensiva, estaba el mestizo. Era como ese dolorcillo que recuerda al enfermo su enfermedad, como ese recuerdo inesperado que nos prueba que a pesar de todo, el amor no ha muerto.

-¡Hola! -dijo el cura-, no esperaba encontrarlo aquí.

-No, padre, por supuesto que no.

Se rascaba y sonreía.

-¿Trajo consigo a los soldados?

-¡Qué cosas dice usted, padre! -protestó con una risita rudimentaria.

Detrás del mestizo, del otro lado del corral, el cura veía a través de la puerta abierta a la señorita Lehr que le preparaba unos sandwiches; se había vestido, pero todavía tenía el pelo recogido en una redecilla. Envolvía cuidadosamente los sandwiches en papel manteca, y sus tranquilos movimientos tenían un aire de irrealidad. Sólo el mestizo era real. El cura dijo:

-¿Qué nueva treta es ésta?

¿Habría sobornado al guía para que lo llevara de vuelta al Estado de donde había venido? De ese hombre, podía esperarse cualquier cosa.

-No debería decir esas cosas, padre.

La señorita Lehr desapareció de la vista, tan silenciosamente como en un sueño.

-¿No?

-He venido, padre, para una obra de misericordia -dijo, aspirando profundamente antes de enunciar su sorprendente y pomposa declaración.

El guía terminó de arreglar una mula, y empezó con la otra, acortando el ya corto estribo mejicano. El cura reía nerviosamente.

-¿Una obra de misericordia?

-Resulta, padre, que usted es el único cura en toda la región, y el hombre está agonizando...

-¿Qué hombre?

-El yanqui.

-¿Qué está diciendo?

-Ése que la policía buscaba. Asaltó un banco. Usted sabe quién es.

-No me necesita -dijo con impaciencia el cura, recordando la fotografía de la pared descascarada, absorta en la fiesta de primera comunión.

-¡Oh, es muy buen católico, padre!

Se rascaba las axilas, y eludía la mirada del cura.

-Está agonizando, y ni usted ni yo quisiéramos tener en la conciencia el peso de todo lo que ese hombre...

-Podemos darnos por contentos si no tenemos algo peor.

-¿Qué quiere decir, padre?

El cura contestó:

-Él sólo mató y robó. No traicionó a sus amigos.

-¡Santa Madre de Dios! Yo nunca...

-Los dos lo hemos hecho -dijo el cura.

Se volvió hacia el guía.

-¿Están listas ya las mulas?

-Sí, padre.

-Entonces nos vamos.

Se había olvidado completamente de la señorita Lehr; el otro mundo había tendido un brazo por encima de la frontera, y nuevamente lo rodeaba la atmósfera de la huida.

-¿Adónde va? -preguntó el mestizo.

-A Las Casas.

Montó sin agilidad. El mestizo seguía aferrado al cuero de su estribo, lo que le recordaba su primer encuentro; la misma mezcla de quejar, súplicas e insolencias.

-Buen cura es usted -decía gemebundo-. Habría que hacérselo saber a su obispo. Un hombre agoniza, quiere confesarse, y sólo porque usted prefiere irse a la ciudad...

-¿Se cree que soy tan estúpido? -dijo el cura-. Sé por qué vino a buscarme. Usted es la única persona en todo aquel Estado capaz de reconocerme; y además, no pueden seguirme hasta acá. Ya sé que si le pregunto dónde está este norteamericano, usted me dirá que está justamente del otro lado de la frontera.

-Oh no, padre, en eso se equivoca. Está justamente de este lado.

-Una milla o dos no importan. Aquí no hay nadie que les haga una cuestión por tan poca cosa...

-Es horrible, padre -dijo el mestizo-, que no nos crean nunca. Sólo porque una vez, bueno, lo confieso...

El cura espoleó la mula, y la hizo andar; salieron del corral de la señorita Lehr y se dirigieron hacia el Sur; el mestizo trotaba junto a su estribo.

-Recuerdo -dijo el cura- que me dijo que nunca olvidaría mi cara.

-Y no la olvidé -replicó el individuo, triunfante-; si no, no estaría aquí, ¿no es verdad? Escuche, padre, le confesaré muchas cosas. Usted no sabe hasta qué punto una recompensa puede tentar a un individuo como yo. Y como usted no quería confiar en mí, bueno, pensé, si eso es lo que piensa de mí..., ya verá. Pero soy buen católico, padre, y si un agonizante necesita un cura...

Ascendieron la prolongada pendiente de los campos del señor Lehr, hacia la primera cadena de montañas. El aire todavía era fresco, a las seis de la mañana, a mil metros sobre el nivel del mar; allá arriba, de noche, haría bastante frío; todavía tenían que subir unos dos mil metros más. El cura dijo con intranquilidad:

-¿Por qué supone que caeré justamente a su lazo?

Era demasiado absurdo.

-Mire, padre.

El mestizo le tendía un trozo de papel; la letra, conocida, llamó la atención del cura; era la letra grande y concienzuda de una criatura. El papel había sido usado para envolver comida; estaba manchado y grasiento; el cura leyó: "El príncipe de Dinamarca duda si se matará o no, si es mejor seguir soportando todas esas incertidumbres sobre la muerte de su padre, o cortar de un solo golpe..."

-Eso no, padre, del otro lado. Eso no tiene nada que ver.

El cura volvió el papel, y leyó una frase escrita en inglés, con un lápiz sin punta: "Por el amor de Cristo, padre..." La mula, al ver que no la hostigaban, empezó a andar lenta y pesadamente; el cura no trató de azuzarla; este trozo de papel borraba todas sus dudas; sentía que la trampa se cerraba nuevamente en torno de él, irrevocable.

Preguntó:

-¿Cómo llegó esto a su poder?

-Le diré cómo, padre. Yo estaba con la policía cuando lo balearon. Eso ocurrió en una aldea del otro lado de la frontera. El hombre quiso protegerse utilizando a un niño como pantalla, pero por supuesto, los soldados no hicieron mayor caso. No era más que un indio. Los balearon a ambos, pero el hombre

consiguió escaparse.

-Entonces, ¿cómo...?

-Fue así, padre.

Hablaba con verdadero entusiasmo. Según parecía, tenía miedo del teniente, que estaba furioso porque el cura se le había escapado y por lo tanto había proyectado huir hacia el otro lado de la frontera, donde no pudieran alcanzarlo. Se había escapado de noche, y en el camino, probablemente antes de cruzar el límite del Estado, aunque nadie sabía bien dónde empezaba un Estado y dónde terminaba el otro, se encontró con el norteamericano. Lo habían herido en el estómago...

-Y entonces, ¿cómo había hecho para escaparse...?

-Oh, padre, es un hombre de una fuerza sobrehumana. Agonizaba, necesitaba un cura...

-¿Cómo hizo para explicarle todo eso?

-Con dos palabras bastaba, padre.

Luego, para probar la veracidad de la historia, el hombre había hecho un esfuerzo y escrito esa nota, y entonces... toda esa historia tenía más agujeros que una criba. Pero la nota quedaba en pie, como un monumento de piedra que uno no puede pasar por alto.

El mestizo volvió que erguir con ira la cabeza.

-No me cree, padre.

-¡Oh, no -dijo el cura-, no le creo!

-Piensa que son todas mentiras.

-Son casi todas mentiras.

Detuvo la mula y se quedó pensando, de cara al Sur. Estaba casi seguro de que era una trampa; probablemente el mismo mestizo la había fraguado; lo que quería era la recompensa. Pero también era incontrastable que allá estaba el norteamericano, agonizando. Pensó en la plantación abandonada, donde algo había ocurrido, y en la criatura indígena, muerta entre los maíces. Era indudable que necesitaban su presencia. Un hombre que tenía todos esos cargos de conciencia... Lo más extraño de todo era que se sentía casi contento; realmente, no había creído nunca en esa paz. Había soñado tantas veces con el otro Estado, que ahora todo le parecía un sueño. Empezó a silbar una melodía; algo que había oído alguna vez en alguna parte: "Hallé una rosa en mi prado"; era hora de despertar. Realmente,

no habría sido un sueño tan hermoso; esa confesión en Las Casas, tener que reconocer que había negado su asistencia a un moribundo en pecado mortal, aparte de todo lo demás.

-¿Estará vivo ese hombre todavía? -dijo.

-Supongo que sí, padre -replicó el mestizo ansiosamente.

-¿A qué distancia de aquí está?

-A unas cuatro o cinco horas, padre.

-Puede turnarse con el guía, para montar la otra mula.

El cura volvió grupas, y llamó al guía. El hombre desmontó y permaneció inmóvil, mientras le explicaba lo ocurrido. Sólo dijo al mestizo, cuando le ofreció la montura:

-Tenga cuidado con esa alforja. Adentro está el coñac del padre.

Volvieron lentamente; la señorita Lehr estaba en el portón. Dijo:

-Se olvidó los sandwiches, padre.

-¡Oh, sí! Muchas gracias.

Miró rápidamente en torno; todo eso, para él no significaba nada. Dijo:

-¿Todavía duerme el señor Lehr?

-¿Quiere que lo despierte?

-No, no. Pero ¿me hará el favor de agradecerle su hospitalidad?

-Sí. Y espero que dentro de algunos años lo veamos de nuevo por aquí, padre. Recuerde que lo prometió.

Miraba con curiosidad al mestizo, quien le devolvía la mirada con sus ojos amarillos e insultantes.

El cura dijo:

-Es posible -desviando la mirada con una sonrisa misteriosa y astuta.

-Bueno, adiós, padre. Le conviene emprender viaje, ¿no es cierto? Ya empieza a hacer calor.

-Adiós, señorita.

El mestizo azuzó con impaciencia su mula, y la hizo andar.

-Hacia el otro lado, amigo -le gritó la señorita.

-Antes tengo que hacer una visita -dijo el cura, como explicación.

Y lanzándose a un incómodo trote, se alejó detrás de la mula del mestizo hacia la aldea. Pasaron junto a la iglesia encalada; también eso pertenecía al sueño. La vida real no contenía iglesias. La larga y descuidada calle aldeana se abría ante ellos. El maestro estaba en la puerta, e hizo un ademán irónico y malicioso de despedida.

-Y bien padre, ¿se va con el botín? -dijo, detrás de sus anteojos de carey.

El cura detuvo la mula. Dijo al mestizo:

-Realmente... me había olvidado...

-Le fue bien con los bautizos -dijo el maestro-. Vale la pena esperar unos años, ¿no es verdad?

-Vamos, padre -dijo el mestizo-. No lo escuche. Es un mal hombre -y escupió.

El cura dijo:

-Usted conoce mejor que nadie a la gente de aquí. Si les dejo un regalo, ¿me promete gastarlo en cosas que no sean dañosas, en alimentos, en frazadas y no en libros?

-Necesitan más alimentos que libros.

-Aquí me quedan cuarenta y cinco pesos...

El mestizo gimió:

-Padre, ¿qué hace...?

-¿Le remuerde la conciencia? -dijo el maestro.

-Sí.

-De todos modos se lo agradezco, naturalmente. Me agrada encontrar un cura con conciencia. Es un grado más de evolución.

Sus lentes brillaban al sol; una silueta regordeta y amargada frente a su casilla de techo de lata; un exilado.

Pasaron frente a las últimas casas, frente al cementerio, y empezaron la ascensión.

-¿Por qué, padre, por qué? -protestaba el mestizo.

-No es un mal hombre, hace lo que puede, y ya no necesitaré nunca más el dinero, ¿no es verdad? -preguntó el cura.

Durante un buen rato siguieron su camino sin hablar, mientras surgía deslumbrante el sol, y las mulas se esforzaban en ascender los empinados senderos rocosos; el cura empezó nuevamente a silbar “Tengo una rosa”, la única melodía que conocía. En cierto momento, el mestizo empezó a quejarse de algo:

-Lo que me desagrada en usted, padre, es...

Pero la queja murió sin definirse, porque en realidad, al verlo seguir su camino tranquilamente hacia la frontera, le pareció que no tenía por qué quejarse.

-¿Tiene hambre? -preguntó finalmente el cura.

El mestizo murmuró algo, desdeñoso o irritado.

-Tome un sandwich -dijo el cura, abriendo el paquete de la señorita Lehr.

CAPÍTULO II

-Ahí tiene -dijo el mestizo, con una especie de relincho triunfal, como si hubiera soportado inocentemente esas seis horas de sospecha.

Señaló del otro lado de la barranca un grupo de chozas indígenas sobre una península de rocas que asomaban sobre el precipicio. Estaban tal vez a unos cien metros de distancia, pero por lo menos tardarían una hora en llegar, después de un descenso de trescientos metros, y un ascenso similar.

El cura, montando en la mula, observaba atentamente; no se veía el menor movimiento. Hasta la plataforma del vigía, construida con ramas sobre un montículo, estaba vacía. Dijo:

-Parecería que no hubiera nadie.

Nuevamente había entrado en la atmósfera de la desolación.

-Bueno -dijo el mestizo-, no esperaba encontrar a nadie, ¿no es verdad? Salvo al hombre. Él sí está. Pronto lo verá.

-¿Dónde están los indios?

-Otra vez -se quejó el individuo-, otra vez con las sospechas. Siempre las sospechas. ¿Qué sé yo dónde están los indios? Le dije que estaba absolutamente solo, ¿no es cierto?

El cura se apeó.

-¿Qué hace, ahora? -exclamó con desesperación el mestizo.

-Ya no necesitaremos más las mulas. Pueden llevárselas de vuelta.

-¿Que no las necesitaremos? ¿Cómo hará para irse de aquí?

-¡Oh! -dijo el cura-, de eso ya se encargarán otros, ¿no es verdad?

Contó cuarenta pesos, y dijo al dueño de las mulas:

-Lo alquilé para que me llevara hasta Las Casas. Bueno, alégrese. Le pago los seis días.

-¿No me necesita más, padre?

-No; creo que le conviene irse pronto de aquí. Déjeme eso que usted sabe.

El mestizo dijo con agitación:

-No podemos ir a pie hasta allá, padre. Recuerde que el hombre se muere.

-Podemos ir tan rápido como las mulas. Y ahora, amigo, váyase.

El mestizo contempló las mulas que se alejaban por el estrecho sendero de rocas, con una mirada de melancólica codicia; las mulas desaparecieron detrás de una protuberancia rocosa; *crak, crak, crak*, el ruido de los cascos se perdió en el silencio.

-Ahora -dijo animosamente el cura-, no perderemos más tiempo.

Empezó a bajar por el sendero, con una bolsita sobre el hombro. Oía la mestizo que jadeaba detrás de él; le faltaba el aliento; seguramente le habían dado demasiada cerveza en la capital; el cura pensó, con un extraño matiz de desdeñosa ternura, en todo lo que les había ocurrido desde aquel encuentro en una aldea de la que no conocía siquiera el nombre; el mestizo recostado al tórrido calor del mediodía, balanceando la hamaca con el pie descalzo y amarillento. Si en ese momento hubiera estado durmiendo, nada de eso habría ocurrido. Era realmente una mala mala suerte asombrosa, para semejante pobre diablo, cargar con el peso de un pecado de tanta magnitud. El cura lo miró rápidamente, volviendo la cabeza; y vio los dedos gordos del pie que emergían como gusanos de las sucias zapatillas; el hombre bajaba con cuidado, murmurando todo el tiempo; su perpetuo rencor no mejoraba su falta de aliento. "Pobre diablo -pensó en cura-, en el fondo no es malo, aunque..."

Y tampoco era bastante fuerte para soportar ese viaje. Cuando el cura llegó al fondo de la barranca, el mestizo estaba a unos veinte metros de distancia. El cura se sentó en un peñasco, y se enjugó la frente; el mestizo empezó a quejarse mucho antes de llegar a su lado:

-No corre tanta prisa.

Parecía que a medida que se acercaba a la traición, más crecía su rencor hacia la víctima.

-¿No me dijo que se moría? -preguntó el cura.

-¡Oh, sí, por supuesto, se moría! Pero eso a veces lleva mucho tiempo.

-Cuanto más tarde mejor para nosotros -dijo el cura-. Tal vez tenga razón. Descansaremos un poco.

Pero ahora, como una criatura díscola, el mestizo quería seguir viaje. Dijo:

-Usted no hace nunca nada con moderación. O corre, o se sienta.

-¿No cree que pueda hacer algo bien alguna vez? -le dijo el cura en tono de broma.

Luego agregó con astucia:

-Supongo que me permitirán verlo.

-Por supuesto -dijo el mestizo, y en seguida se corrigió:- Le permitirán... ¿De quién habla, ahora? Primero se queja de que no haya nadie en la aldea, luego pregunta si "le permitirán".

Con llanto en la voz, agregó:

-Tal vez usted sea un buen hombre. Hasta podría ser un santo, no sé, pero ¿por qué no habla claramente, para que uno pueda comprenderlo? Así, cualquiera se vuelve un mal católico.

El cura dijo:

-¿Ve esta bolsa? No hace falta que sigamos llevándola. Es pesada. Me parece que un traguito no nos vendría mal. Ambos necesitamos darnos ánimos, ¿no es cierto?

-¿Bebida, padre? -dijo el mestizo entusiasmado, mientras observaba cómo deshacía el paquete.

No alejó un instante la mirada, hasta que el cura apartó la botella de la boca. Sus dos colmillos sobresalían ávidamente, temblando un poco sobre el labio inferior. Luego también él bebió.

-Supongo que es un delito -dijo el cura con una risita-, de este lado de la frontera; siempre que hayamos cruzado la frontera.

Volvió a beber, y devolvió la botella; pronto la vaciaron. El cura la lanzó contra una roca, donde explotó como una granada. El mestizo se asustó. Dijo:

-Cuidado. La gente va a creer que tiene un arma de fuego.

-En cuanto a lo demás, no lo necesitamos -dijo el cura.

-¿Quiere decir que tiene más?

-Dos botellas más; pero con este calor no podemos seguir bebiendo. Mejor las dejamos aquí.

-¿Por qué no me dijo que la bolsa era pesada? Yo se la llevaré. Cualquier cosa que me pida, a sus órdenes. Pero usted insiste en no pedirme nada.

Reanudaron la marcha, cuesta arriba; las botellas tintineaban suavemente; el sol caía vertical sobre ambos. Tardaron casi una hora en llegar a lo alto de la barranca. Luego apareció sobre el sendero la torre del vigía, como una mandíbula superior y los techos de las chozas emergieron sobre las rocas. Los indios no construyen sus aldeas en un sendero de mulas; prefieren quedarse a cierta distancia, para ver quién pasa. El cura se preguntaba cuándo aparecería la policía; estaban cuidadosamente ocultos.

-Por aquí, padre.

El mestizo pasó adelante, trepándose por las rocas que bordeaban el sendero, hacia la meseta. Parecía preocupado, como si hubiera esperado otra cosa. Había una docena de cabañas silenciosas que se recortaban como tumbas sobre el cielo cargado. Se anunciaba una tormenta.

El cura sentía una impaciencia nerviosa; había entrado en la trampa, y lo mejor que podían hacer era cerrarla pronto, terminar de una vez. Se preguntó si le dispararían un tiro desde alguna de las chozas. Había llegado al límite mismo del tiempo; pronto no habría ni mañana ni ayer, sólo una prolongación eterna de la existencia; deseó haber bebido más alcohol. Su voz se quebró insegura, cuando dijo:

-Bueno, aquí estamos. ¿Dónde está ese yanqui?

-¡Oh, sí, el yanqui! -dijo el mestizo, un poco sobresaltado.

Parecía haber olvidado su pretexto. Se quedó mirando las chozas. Dijo:

-Cuando lo dejé, estaba allí.

-Bueno, no puede haberse movido, ¿no es cierto?

Si no hubiera sido por esa carta, habría dudado hasta de la existencia del norteamericano; y si no hubiera visto al indiecito muerto, además. Cruzó el pequeño claro silencioso, hacia la cabaña; ¿lo matarían de un tiro antes de llegar a la puerta? Era como andar a ciegas sobre una tabla; uno no sabía en qué momento caería para siempre en el espacio. Hipó una

vez, y se tomó las manos detrás de las espaldas para impedir el temblor. En cierto sentido, se había alegrado de alejarse del portón de la señorita Lehr; en realidad, no había creído nunca poder volver a su labor parroquial, a la misa cotidiana y a las minuciosas apariencias de la devoción; pero de todos modos hay que estar un poco ebrio para poder encarar la muerte. Llegó frente a la puerta; no se oía el menor ruido; luego, una voz dijo:

-Padre.

Se volvió, y miró en torno. El mestizo estaba en medio del claro, con la cara contraída; sus dos colmillos temblaban; parecía asustado.

-Sí, ¿qué pasa?

-Nada, padre.

-¿Por qué me llamó?

-No dije nada -mintió el otro.

El cura se volvió y entró.

En efecto, allí estaba el norteamericano. Otra cosa era saber si estaba vivo. Yacía sobre un colchón de paja, con los ojos y la boca abiertos, y las manos sobre el vientre, como un niño con dolor de estómago. El dolor altera los rostros; o tal vez el éxito criminal posea sus propias falsedades como la política o la devoción. Apenas se parecía a la fotografía del periódico clavada en la pared del cuartel de policía; allí era más duro, más arrogante, un hombre acostumbrado al éxito. Éste era simplemente la cara de un vagabundo. El dolor había descarnado los nervios, y otorgado a la cara una especie de espuria inteligencia.

El cura se arrodilló y se acercó a la boca del hombre, tratando de percibir la respiración. Un olor penetrante subió a sus narices; una mezcla de vómito y humo de cigarro y alcohol rancio; se necesitarían bastantes azucenas para ocultar esa corrupción. Una voz muy débil dijo cerca de su oído, en inglés:

-Váyase, padre.

Afuera, a la luz tormentosa del sol, estaba el mestizo, mirando hacia la cabaña, con las rodillas un poco temblorosas.

-Así que está vivo, ¿eh? -dijo con animación el cura-. Conviene que se dé prisa; no le queda mucho tiempo.

-Váyase, padre.

-Usted me mandó llamar, ¿no es verdad? ¿Usted es

católico?

-Váyase, padre -volvió a susurrar la voz, como si fueran las únicas palabras que pudiera recordar de una lección que había aprendido en otro momento.

-Vamos -dijo el cura-. ¿Cuánto hace que no se confiesa?

Los párpados se alzaron, y unos ojos atónitos miraron al cura. El hombre dijo con voz asombrada:

-Diez años, por lo menos. De todos modos, ¿qué está haciendo usted aquí?

-Usted mandó llamar a un cura. Vamos. Diez años es mucho tiempo.

-Tiene que irse, padre -dijo el hombre.

Ahora recordaba su lección; acostado allí en el colchón, con las manos cruzadas sobre el estómago, toda la vitalidad que le quedaba se acumulaba en el cerebro; era como un reptil con un extremo del cuerpo aplastado. Dijo con voz extraña:

-Ese desgraciado...

El cura dijo con furia:

-¿Qué clase de confesión es ésta? Hago un viaje de cinco horas, y lo único que consigo es que me diga palabras feas.

Le parecía horriblemente injusto que además del peligro resurgiera su inutilidad; no podía hacer nada por un hombre como éste.

-Escuche, padre... -dijo el hombre.

-Escucho.

-Váyase en seguida de aquí. Yo no sabía...

-No vine hasta aquí para hablar de mí -dijo el cura-. Cuanto más pronto termine con la confesión, más pronto me iré.

-No hace falta que se preocupe por mí. No tengo remedio.

-¿Quiere decir que se considera condenado? -exclamó con ira el cura.

-Naturalmente. Condenado -dijo el hombre, lamiéndose la sangre de los labios.

-Escúcheme -dijo el cura, agachándose más sobre ese olor rancio y nauseabundo-. Vine aquí para oír su confesión. ¿Quiere confesarse?

-No.

-¿Quería confesarse cuando escribió esa nota?...

-Tal vez.

-Ya sé lo que quiere decirme. Lo sé, ¿me comprende? Dejemos eso. Recuerde que está muriéndose. No confío demasiado en la gracia de Dios. Él le ha concedido esta oportunidad, tal vez no le conceda otra. ¿Qué clase de vida llevó usted todos estos años? ¿Le parece tan espléndida, ahora? Mató una cantidad de gente; nada más. Cualquiera puede hacer eso, durante un tiempo, y luego lo matan a su vez. Así como lo mataron a usted. No queda nada, excepto el dolor.

-Padre...

-¿Sí?

El cura lanzó un suspiro de impaciencia, agachándose más aún. Durante un instante, creyó que por fin había conseguido despertar en el individuo una débil chispa de arrepentimiento.

-Tome mi revólver, padre. ¿Me entiende? Bajo el brazo.

-No necesito revólver.

-Oh, sí, lo necesita.

El hombre retiró una mano del estómago, y empezó a moverla lentamente por el cuerpo, hacia el brazo. Tanto esfuerzo, era imposible contemplarlo con calma. El cura le dijo con sequedad:

-Quédese quieto; no está más allí.

Había visto la funda del revólver vacío, bajo la axila; era la primera señal definida de que él y el mestizo no estaba solos.

-Desgraciados -dijo el hombre, y su mano se quedó inerte donde se encontraba, sobre el corazón.

Imitaba la actitud remilgada de las estatuas desnudas: una mano sobre el pecho, y la otra sobre el estómago. En esa choza hacía demasiado calor; la luz pesada de la tormenta los envolvía.

-Escuche, padre...

El cura seguía al lado del criminal, sin esperanzas; nada podría ya volver ese cerebro violento hacia la paz; tal vez en otro momento, hacía algunas horas, cuando había escrito el mensaje; pero esa oportunidad había pasado ya. Ahora murmuraba algo referente a un cuchillo. Existe una leyenda,

creída por numerosos criminales, que afirma que los ojos de los muertos conservan la imagen de lo último que vez; un cristiano podía creer que el alma hacía lo mismo, conservaba la absolución y la paz del momento final, después de una vida de espantosos crímenes; a veces, ciertos hombres devotos morían repentinamente en un burdel, sin absolución, y lo que había parecido una vida piadosa quedaba con el sello indeleble de la impureza. Había oído hablar a ciertas personas de la injusticia del arrepentimiento *in articulo mortis*; como si fuera fácil quebrar los hábitos de toda una vida; ya sea para mejorarlos o empeorarlos. Uno desconfía de la bondad de una vida que termina en el mal, o del vicio de la que termina en el bien. Hizo una nueva y desesperada tentativa:

-Alguna vez, usted creyó. Trate de comprender; ésta es su última oportunidad. Es el último instante. Como el ladrón. Usted ha matado personas..., criaturas tal vez -agregó recordando al bultito negro junto a la cruz-. Pero eso tal vez no sea tan importante. Es algo de esta vida, unos cuantos años... ya terminó. Puede desprenderse de todo eso aquí, en esta choza, y seguir eternamente...

Sentía cierta tristeza y nostalgia al imaginar vagamente una vida que él no podría nunca conocer... ante esas palabras como paz, gloria, amor.

-Padre -dijo la voz con urgencia-, déjeme tranquilo. Ocúpese de usted. Tome mi cuchillo...

La mano recomenzó su fatigoso viaje; esta vez hacia la cadera. Las rodillas se doblaron hacia arriba, en una tentativa de movimiento, y luego el cuerpo entero abandonó el esfuerzo, la vida, todo.

El cura murmuró rápidamente las palabras de la absolución condicional, en caso de que el espíritu, algunos segundos antes de cruzar la frontera, se hubiera arrepentido; pero era mucho más probable que se hubiera ido en el esfuerzo de buscar el cuchillo, decidido a cometer un acto de violencia por intermedio de terceros. Rezó:

“¡Oh Dios misericordioso!, después de todo sólo pensaba en mí, fue por mi bien...”

Pero rezaba sin convicción. En el mejor de los casos, sólo se trataba de un criminal que ayudaba a escapar a otro criminal; de cualquier lado que uno los mirara, ninguno de los dos valía gran cosa.

CAPÍTULO III

Una voz dijo:

-Bueno, ¿ya terminó?

El cura se levantó e hizo un breve gesto asustado de asentimiento. Reconoció al oficial de policía que le había dado dinero en la cárcel, una silueta pulcra y oscura en el vano de la puerta; la tormenta centelleaba en sus polainas. Tenía una mano en el revólver, y frunció el ceño ásperamente al ver al pistolero muerto.

-No esperaba verme, ¿verdad? -dijo.

-¡Oh, sí! -dijo el cura-. Tengo que darle las gracias...

-¿Gracias, por qué?

-Porque me permitió estar un rato a solas con él.

-No soy un bárbaro -dijo el oficial-. ¿Quiere salir, ahora, por favor? Es totalmente inútil que intente huir. Usted mismo puede verlo -agregó, mientras el cura salía y contemplaba a los diez o doce soldados que rodeaban la cabaña.

-Estoy harto de huir -dijo.

El mestizo había desaparecido; las pesadas nubes se acumulaban sobre el cielo; a su lado, las verdaderas montañas parecían juguetitos brillantes. Suspiró, y lanzó una risita nerviosa:

-El trabajo que me costó atravesar todas esas montañas, y ahora... aquí estoy de nuevo...

-No creí nunca que volviera.

-Oh, bueno, teniente, usted ya sabe lo que son esas cosas. Hasta un cobarde tiene cierto sentido del deber.

El aire fresco que a veces sopla inmediatamente antes del estallido de una tormenta, rozó su piel. Dijo con mal simulada indiferencia:

-¿Piensan fusilarme ahora mismo?

El teniente volvió a decir con sequedad:

-No soy un bárbaro. Lo juzgarán... como se debe.

-¿Por qué?

-Por traición.

-¿Tengo que volver nuevamente hasta allá?

-Sí. A menos que intente escapar.

Seguía con la mano en el revólver, como si no confiara un ápice en el cura. Dijo:

-Juraría que en alguna parte...

-¡Oh, sí! -dijo el cura-. Ya me vio dos veces. Una vez, cuando se llevó un rehén de mi aldea... usted preguntó a mi hija: “¿Quién es ése?”, y ella le dijo: “Mi padre”, y usted me dejó ir.

De pronto las montañas dejaron aparentemente de existir, como si alguien les hubiera echado un balde de agua encima.

-Pronto -dijo el teniente-, entre en esa cabaña.

Ordenó a uno de los soldados.

-Traiga unos cajones, para sentarnos.

Mientras la tormenta los rodeaba en todas direcciones, entraron en la cabaña para hacer compañía al muerto. Un soldado empapado les trajo dos cajones.

-Una vez -dijo el teniente.

Se sentó sobre uno de los cajones, y sacó el revólver. Dijo:

-Siéntese allí, lejos de la puerta, donde pueda verlo.

El soldado encendió una vela, y la asentó sobre su propia cera en la dura tierra del piso; el cura se sentó cerca del norteamericano; acurrucado, en su tentativa de alcanzar el cuchillo, parecía querer acercarse a su compañero, para hablar unas palabras a solas con él... Parecían dos seres de la misma clase, sucios y sin afeitar; el teniente pertenecía a una especie totalmente distinta. Dijo con desprecio:

-¿Así que tiene una hija?

-Sí -dijo el cura.

-Usted..., un cura.

-No vaya a creer que son todos como yo.

La luz de la bujía brillaba en los botones relucientes. Dijo:

-Hay curas buenos y curas malos. Simplemente, yo soy un cura malo.

-Entonces, tal vez le hagamos un servicio a su Iglesia...

-Sí.

El teniente alzó rápidamente la vista; creía que se burlaban de él. Dijo:

-Usted dijo que nos vimos dos veces.

-Sí, la otra vez fue en la cárcel. Y usted me dio dinero.

-Recuerdo.

Agregó con furor:

-¡Qué burla espantosa! Tenerlo, y dejarlo ir. Pensar que ya perdimos dos hombres en la búsqueda. Hoy estarían vivos...

La bujía chirriaba bajo las gotas de lluvia que caían del techo.

-Este norteamericano no valía dos vidas. En realidad, no hacía mal a nadie.

La lluvia seguía cayendo a torrentes. Se quedaron callados. De pronto, el teniente ordenó:

-Saque esa mano del bolsillo.

-Sólo buscaba una baraja. Pensé que tal vez así pasara más rápido el tiempo...

-No juego a los naipes -dijo secamente el teniente.

-No, no. No para jugar. Sólo para mostrarle algunas pruebas. ¿Me permite?

-Bueno. Si así lo desea.

El señor Lehr le había dado una baraja usada. El cura dijo:

-Mire, aquí tiene tres cartas. El as, el rey y la sota. Ahora -agregó extendiéndolas en abanico sobre el piso-, dígame cuál es el as.

-Éste, por supuesto -dijo de mala gana el teniente, sin demostrar ningún interés.

-Pues se equivoca -dijo el cura, descubriendo el naipe-. Ésta es la sota.

El teniente dijo con desprecio:

-Es un juego para tahures... o para criaturas.

-Hay otra prueba -dijo el cura- que se llama "Vuela, sota". Corto la baraja en tres..., así. Tomo la sota de oros, y la coloco en el montón del medio..., así. Ahora toco los tres montones...

Su cara se iluminaba; hacía tanto tiempo que no tocaba una baraja; había olvidado la tormenta, el muerto, y la cara obstinada y hostil de su interlocutor.

-Entonces digo: “Vuela, sota” -y separando en dos mitades el montón de la izquierda, descubrió la sota-, y ahí la tiene.

-Naturalmente, hay dos sotas.

-Compruébelo usted mismo.

De mala gana, el teniente se agachó e inspeccionó el montón del medio. Dijo:

-Supongo que a los indios les dirá que es un milagro de Dios.

-¡Oh, no! -dijo el cura con una risita-. Me lo enseñó un indio. Era el hombre más rico de su aldea. No es extraño, ¿verdad?, con semejante destreza. No, yo solía hacer esas pruebas para entretener a la gente en las reuniones de la parroquia; las reuniones de las congregaciones.

Una mirada de repugnancia surgió en los ojos del teniente.

-Recuerdo bien esas congregaciones.

-¿De cuando era niño?

-Ya era bastante grande para comprender...

-¿Qué?

-Las trampas.

Estalló de pronto, con furia, con una mano sobre la pistola, como si se le hubiera ocurrido que convenía más eliminar inmediatamente a esa bestia, en ese mismo instante, para siempre.

-¡Qué excusa era todo, qué simulación! Vended todo lo que tenéis, y dadlo a los pobres; ésa era la consigna, ¿no es verdad? Y la señora Fulana, la mujer del farmacéutico, opinaba que en realidad esa familia no merecía ninguna caridad, y los señores Mengano, Fulano y Zutano decían que si se morían de hambre era justamente porque se lo merecían, y que de todos modos eran socialistas, y el cura..., usted..., se fijaba solamente en los que habían cumplido con sus deberes de Pascua y pagado las ofrendas habituales.

Su voz subió de tono; un soldado miró hacia el interior de

la cabaña, preocupado, y volvió a retirarse bajo la lluvia implacable.

-La iglesia era pobre, el cura era pobre, por lo tanto, todos tenían que vender todo y dárselo a la iglesia.

El cura dijo:

-¡Tiene tanta razón!

Y agregó inmediatamente:

-Y al mismo tiempo tan poca razón, por supuesto.

-¿Qué quiere decir? -preguntó salvajemente el teniente-.
¿Razón? ¿Ni siquiera es capaz de defender?...

-Cuando me dio dinero en la cárcel, comprendí que usted era un buen hombre.

El teniente dijo:

-Lo escucho solamente porque sé que no tiene ninguna esperanza. Ni la más mínima esperanza. Nada de lo que diga puede variar su condena.

-No.

No tenía la intención de irritar al oficial, pero durante los últimos ocho años, a fuerza de hablar sólo con algunos aldeanos y otros pocos indios, había perdido la práctica de la conversación. Había algo ahora en el tono de su voz que enfurecía al teniente. Éste dijo:

-Usted es un peligro. Por eso hay que matarlo. Como hombre, entiéndalo bien, no tengo nada que reprocharle.

-Por supuesto que no. Usted está contra Dios. Yo soy uno de esos individuos a quienes usted encierra todos los días en la cárcel... y después les da dinero.

-No, no lucho contra una ficción.

-Pero yo..., no vale la pena que luche contra mí, ¿no es verdad? Así me lo dijo. Un mentiroso, un borracho. Ese hombre se merece una bala más que yo.

-Son sus ideas.

El teniente sudaba un poco, en ese aire cálido y húmedo. Dijo:

-Ustedes son tan astutos, todos ustedes. Pero dígame: ¿Qué han hecho jamás en Méjico por nosotros? ¿Alguna vez le dijeron a un terrateniente que no debía castigar a un peón?...

¡Oh, sí!, ya sé, tal vez se lo dijeron en el confesionario; y es su deber, ¿no es cierto?, olvidarlo inmediatamente. Y después se van a cenar con él, y es su deber no saber que acaba de asesinar a un campesino. Esto se acabó; eso se quedó en el confesionario.

-Siga -dijo el cura.

Estaba sentado sobre el cajón, con las manos en las rodillas y la cabeza gacha; aunque hacía lo posible, no conseguía prestar atención a todo lo que el teniente le decía. Pensaba... "Cuarenta y ocho horas hasta la capital. Hoy es domingo. Tal vez el miércoles estaré muerto". Le parecía una traición temer más a las balas que a lo que venía después.

-Bueno, nosotros también tenemos ideas -decía el teniente-. Basta de dinero para oraciones, basta de dinero para construir lugares de oración. En su lugar, daremos al pueblo alimentos, les enseñaremos a leer, les proporcionaremos libros. Procuraremos que no padezca.

-Pero si quieren padecer...

-Un hombre puede querer violar a una mujer. ¿Tenemos que permitirle que la viole porque así lo desea? El padecimiento es malo.

-Y sin embargo, padecemos constantemente -contestó el cura, contemplando la amarga cara indígena del otro lado de la llama de la vela.

"Todo eso parece muy hermoso -dijo-. ¿Piensa también como usted el jefe?

-¡Oh, tenemos alguna gente que no sirve!

-¿Y qué ocurrirá después? Quiero decir, cuando todos tengan bastante para comer y puedan leer los libros adecuados... los libros que ustedes les dejan leer.

-Nada. La muerte es una realidad. No tratamos de deformar las realidades.

-Estamos de acuerdo en una cantidad de cosas -dijo el cura, barajando ociosamente las cartas-. Nosotros también conocemos algunas realidades, que no queremos deformar: que todo el mundo es desdichado aunque sea rico o aunque sea pobre, a menos que sea un santo; pero de éstos hay muy pocos. No vale la pena preocuparse mucho por un poco de dolor, aquí abajo. Hay una certeza que ambos compartimos: que dentro de unos cien años, las cosas no habrán cambiado mucho.

Al tratar de mezclar las cartas, las dobló, porque sus manos temblaban constantemente.

-De todos modos, veo que le preocupa un poco el dolor -dijo maliciosamente el teniente, observándole las manos.

-Porque no soy un santo -dijo el cura-. Ni siquiera soy valiente.

Alzó con temor la vista; la luz volvía; ya no hacía falta la vela. Pronto habría aclarado lo suficiente para emprender el viaje de vuelta. Sentía deseos de seguir hablando, de postergar unos minutos siquiera la decisión de partir. Dijo:

-Ésa es otra diferencia entre ustedes y nosotros. Es inútil que trabajen en pro de sus ideales, si no son personalmente correctos. Y no siempre habrá hombres correctos en su partido. Entonces volverá la antigua miseria, volverán los golpes, los enriquecidos. Pero no importa mucho que yo sea un cobarde... y todo lo demás. A pesar de todo, puedo seguir ofreciendo el cuerpo de Dios a la boca de los hombres, y también puedo darles el perdón de Dios. Sería exactamente lo mismo si todos los curas de la Iglesia fueran como yo.

-Ésa es otra cosa que no comprendo -dijo el teniente-, por qué usted, y no otro, se quedó aquí, cuando todos los demás huyeron.

-No todos huyeron -dijo el cura.

-Pero, ¿por qué se quedó usted?

-Una vez -dijo el cura-, me lo pregunté. La verdad es que uno no se encuentra casi nunca con la posibilidad de elegir entre dos caminos, uno bueno y el otro malo. Generalmente se encuentra atrapado. El primer año..., bueno, no creía que realmente hubiera tantos motivos de huida. No era la primera vez que quemaban las iglesias. Usted sabe cuántas veces ha ocurrido ya. No quiere decir nada. Pensé que me quedaría un mes más, pongamos, para ver si las cosas mejoraban. Luego... ¡Oh, usted no sabe cómo puede pasar el tiempo sin que nos demos cuenta!

Ya había aclarado casi completamente; la lluvia de la tarde había terminado; la vida proseguía. Un soldado pasó frente a la puerta de la cabaña, y miró con curiosidad a los dos hombres.

-¿Quiere creer que de pronto advertí que era el único cura que quedaba en muchas millas a la redonda? La ley que obligaba

a los curas a casarse fue el golpe definitivo. Se fueron; hicieron muy bien. Había en especial un cura... que siempre me había censurado. Le diré que tengo bastante lengua, y que a veces le doy demasiada libertad. El cura en cuestión, con toda justicia decía, que mi carácter no era muy firme. Huyó. Yo sentí, y supongo que usted se reirá de esto, lo que uno siente en la escuela cuando algún matoncito que nos ha atemorizado durante años termina sus estudios y se va a otro colegio. Porque ya no tenía que preocuparme más por la opinión de nadie. La gente... no me molestaba. Me querían.

Dirigió una débil sonrisa, de soslayo, hacia el yanqui acurrucado en su jergón.

-Siga -dijo pensativamente el teniente.

-A este paso -dijo el cura, con una risita nerviosa-, pronto sabrá tanto de mí como yo mismo, cuando lleguemos a..., bueno, a la cárcel.

-No me parece mal. No me parece mal conocer al enemigo, quiero decir.

-Ese otro cura tenía razón. Cuando él se fue, me vine abajo. Una tras otra, fui olvidando todas mis obligaciones. Empecé a beber. Habría sido mucho mejor que también yo me hubiera ido. Porque el orgullo no cesó un instante en su obra. El orgullo, no el amor de Dios.

Encorvado en su cajón, sólo era un hombrecito bajo y regordete, vestido con la ropa usada del señor Lehr. Continuó:

-El orgullo hizo caer a los ángeles. El orgullo es lo peor de todo. Creí que era una gran persona porque me había quedado cuando todos los demás se habían ido. Y luego pensé que era tan grande que podía sujetarme a mis propias reglas. Abandoné los ayunos, la misa cotidiana. Descuidé las oraciones... y un día, como me sentía solo y estaba borracho..., bueno, usted ya lo sabe, tuve una hija. Puro orgullo. Orgullo porque me había quedado. Era inútil quedarme, pero me quedé. Por lo menos, no era muy útil. Llegué a tener menos de cien comulgantes por mes. Si me hubiera ido, habría podido dar diez veces más comuniones. Es un error muy común..., creer que porque algo es difícil y peligroso...

Hizo un ademán con las manos, como un aleteo.

El teniente dijo con furia:

-Bueno, ahora va a ser un mártir..., le queda esa

satisfacción.

-¡Oh, no! Los mártires no son como yo. No se pasan el tiempo pensando; si hubiera bebido un poco más de aguardiente, no estaría tan asustado.

El teniente dijo con sequedad al soldado que estaba en la puerta:

-¿Y bueno, qué pasa? ¿Qué se queda haciendo allí?

-Ya pasó la tormenta, teniente. No sabíamos si teníamos que irnos.

-Nos vamos inmediatamente.

Se puso de pie, y guardó la pistola. Dijo:

-Preparen un caballo para el prisionero. Y algunos hombres caven rápidamente una fosa para el yanqui.

El cura se puso la baraja en el bolsillo, y se levantó. Dijo:

-Ha escuchado usted con mucha paciencia...

-No me asustan las ideas de los demás -dijo el teniente.

Fuera, la tierra humeaba aún de lluvia; la neblina subía casi hasta las rodillas; los caballos estaban preparados. El cura montó, pero inmediatamente una voz le hizo girar la cabeza; el mismo hosco plañido que tantas veces había oído.

-Padre.

Era el mestizo.

-Bueno, bueno -dijo el cura-. Usted otra vez.

-¡Oh, ya sé lo que piensa! -dijo el mestizo-. A usted lo que le falta es caridad, padre. En todo momento creyó que yo lo traicionaría.

-Váyase -dijo el teniente con aspereza-. Ya hizo lo que tenía que hacer.

-¿Puedo decirle una palabra, teniente? -preguntó el cura.

-Usted es un buen hombre, padre -intervino rápidamente el mestizo-, pero piensa muy mal de la gente. Sólo quería su bendición, nada más.

-¿Para qué? Una bendición no se puede vender -dijo el cura.

-Es que supongo que ya no volveremos nunca más a vernos. Y no quisiera que se fuera pensando tan mal de mí...

-Usted es demasiado supersticioso -dijo el cura-. Cree que mi bendición tapará los ojos de Dios. No puedo impedirle que se entere de todo lo que usted ha hecho. Más le conviene irse a su casa a rezar un poco. Después, si Él le concede la gracia del arrepentimiento, reparta el dinero...

-¿Qué dinero, padre?

El mestizo sacudió con ira el estribo.

-¿Qué dinero? Ya está otra vez con eso...

El cura suspiró. La prueba lo dejaba sin fuerzas, sin nada. El temor puede ser más cansador que una larga cabalgata monótona. Dijo:

-Rogaré por usted.

Y espoleó el caballo, para colocarse junto al teniente.

-Y yo rogaré por usted -anunció complacido el mestizo.

En una ocasión en que el caballo se detenía para no perder el equilibrio, durante el escarpado descenso entre las rocas, el cura volvió a mirar hacia atrás. El mestizo permanecía solo entre las chozas, con la boca un poco abierta, mostrando los dos largos colmillos. Parecía fotografiado en el momento de lanzar una protesta o una queja..., tal vez que era muy buen católico; se rascaba debajo de las axilas. El cura lo saludó con la mano; no le guardaba rencor, porque ya no esperaba nada de ningún ser humano, y por lo menos le quedaba una satisfacción: que esa cara amarilla y tan poco digna de confianza no estaría presente en el momento "de la muerte".

-Usted es un hombre educado -decía el teniente.

Estaba acostado frente a la entrada de la choza, con la cabeza apoyada en la capa enrollada, y el revólver al lado. Era de noche, pero ninguno de los dos podía dormir. El cura, cuando cambiaba de posición, gemía un poco, entumecido y acalambrado; el teniente tenía prisa por llegar a la capital, y había cabalgado hasta medianoche. Ya habían salido de las montañas; estaban en la llanura pantanosa. Pronto todo el Estado se vería subdividido por las marismas. Las lluvias habían empezado definitivamente.

-No creo. Mi padre era tendero.

-Quiero decir, que estuvo en el extranjero. Puede hablar como un yanqui. Tiene cierta preparación.

-Sí.

-Yo, en cambio, tuve que pensar todo por mi cuenta. Pero hay algunas cosas que no se aprenden en la escuela. Que existen los pobres y los ricos.

Agregó en voz baja:

-Por culpa suya maté a tres rehenes. Pobre gente. Por eso lo odio con tanta intensidad.

-Sí -reconoció el cura, y trató de ponerse de pie para calmar el calambre de su muslo derecho.

El teniente se levantó inmediatamente, con el revólver en la mano.

-¿Qué hace?

-Nada. Es un calambre. Nada más.

Volvió a acostarse, con un gemido.

El teniente dijo:

-Esas personas que mandé fusilar eran mi propia gente. Yo quería darles el mundo entero.

-Después de todo, ¿quién sabe? Tal vez se lo dio.

El teniente escupió con rabia, como si algo impuro le hubiera tocado la lengua. Dijo:

-Usted siempre tiene una respuesta a flor de labios, una respuesta sin sentido.

-Nunca me destaqué mucho con los libros -dijo el cura-. No tengo nada de memoria. Pero hay algo que siempre me intrigó en las personas como usted. Usted odia a los ricos y ama a los pobres, ¿no es verdad?

-Sí.

-Bueno; si yo lo odiara a usted, no querría que mi hija llegara a ser como usted. No tiene sentido.

-Eso no es más que un juego de palabras...

-Tal vez lo sea. Nunca consigo entender bien sus ideas. Siempre hemos dicho que los pobres son bienaventurados, y que los ricos tendrán mucha dificultad en entrar en el cielo. ¿Por qué crear esas dificultades también para los pobres? ¡Oh!, ya sé que nos dicen que debemos dar a los pobres, para que no pasen hambre... El hambre puede hacer tanto mal a la gente como el dinero. Pero ¿por qué habríamos de darles el poder? Es mejor

dejarlos morir en la suciedad, y despertar en el cielo; siempre que les restreguemos la cara contra la suciedad.

-Aborrezco sus razonamientos -dijo el teniente-. No quiero razonamientos. Si usted ve a alguien que sufre, razona y razona. Dice... tal vez el dolor sea conveniente, tal vez algún día tenga su recompensa. Yo, en cambio, dejo hablar al corazón.

-En la punta de un fusil.

-Sí. En la punta de un fusil.

-Oh, bueno, tal vez cuando usted tenga mi edad llegue a saber que el corazón es una bestia poco digna de confianza. La mente también, pero no nos habla de amor. Amor. Y una muchacha mete la cabeza bajo el agua, o una criatura se ahorca, y el corazón sigue diciendo amor, amor.

Se quedaron un rato en silencio. El cura creyó que el teniente dormía, hasta que lo oyó hablar.

-Usted no habla nunca directamente. A mí me dice una cosa, y a los demás les dirá: Dios es amor. Pero como piensa que yo me voy a tragar esas pamplinas, me dice lo contrario. Me dice lo que cree que yo pienso.

-¡Oh! -dijo el cura-, ahora me habla de algo totalmente distinto; Dios es amor. No digo que el corazón no experimente el sabor de ese amor, pero ¡qué sabor! El vasito más pequeño de amor, mezclado con un litro de agua del pantano. Nosotros no queremos reconocer ese amor. Podría confundirse con el odio. Bastaría para espantarnos... el amor de Dios. Consiguió incendiar la zarza en el desierto, ¿no es verdad?, y abrió con una palabra tumbas e hizo andar a los muertos por las tinieblas. ¡Oh, una persona como yo saldría corriendo sin detenerse, si se sintiera amenazada por ese amor!

-Usted no confía demasiado en Él, ¿no es verdad? No padre ser un Dios muy agradecido. Si un hombre me sirviera tan bien como usted lo sirve a Él, bueno, lo recomendaría para un ascenso, trataría de que le dieran una buena pensión... Si lo viera sufrir, de un cáncer, por ejemplo, le pegaría un tiro en la cabeza.

-Escuche -dijo el cura con gran seriedad, inclinándose hacia adelante en la oscuridad, y apoyándose en el pie acalambrado-, no soy tan sinvergüenza como usted cree. ¿Por qué supone que digo a las gentes desde el púlpito que si la muerte los toma desprevenidos corren peligro de condenarse

eternamente? No les relato cuentos de hadas, en los que yo personalmente no creo. No sé nada de la misericordia de Dios; no sé hasta qué punto le parece horrible a Él el corazón humano. Pero sí sé esto: que si alguna vez hubo en este Estado un hombre condenado, también estoy condenado yo. No quisiera – agregó lentamente– que fuera de otro modo. Sólo exijo justicia, nada más.

-Llegaremos antes del anochecer -dijo el teniente.

Seis hombres cabalgaban delante, y seis detrás; a veces, en las zonas enmarañadas comprendidas entre los meandros del río tenían que ir en fila india. El teniente no hablaba mucho, y en cierta ocasión, cuando sus soldados empezaron a cantar una canción relacionada con un tendero gordo y su mujer, les dijo despóticamente que se callaran. No era una procesión triunfal; el cura cabalgaba con una débil sonrisa forzada en los labios. Era como una máscara que se hubiera puesto para poder pensar rápidamente, sin que nadie lo advirtiera. Pero casi todo el tiempo pensaba en el dolor.

-Supongo -dijo el teniente, frunciendo el ceño hacia la lejanía-, que estará esperando un milagro.

-Disculpe. ¿Qué decía?

-Dije que supongo que estará esperando un milagro.

-No.

-Usted cree en los milagros, ¿no es verdad?

-Sí. Pero no en lo que a mí respecta. Ya no sirvo de nada a nadie, por lo tanto, ¿por qué habría Dios de conservarme la vida?

-No comprendo cómo un hombre como usted puede creer esas cosas. Los indios, todavía. La primera vez que ven una lámpara eléctrica creen que es un milagro.

-Y supongo que la primera vez que uno ve a un muerto resucitado, pensará también que es un milagro.

Lanzó una risita poco convincente, detrás de su máscara sonriente.

-¡Oh!, ¿es gracioso, verdad? No es que los milagros no ocurran; es que la gente los llama inmediatamente con otro nombre. ¿No ven a los médicos que rodean al muerto? Ya no respira más, su pulso se ha detenido, su corazón ya no late;

está muerto. Entonces, alguien lo vuelve a la vida, y todos... - ¿cómo es la expresión habitual?- reservan su opinión. No quieren decir que es un milagro, porque no les gusta esa palabra. Luego vuelve a suceder una y otra vez, tal vez... Porque Dios sigue en la tierra, y dicen: “no hay milagros; simplemente, hemos cumplido nuestro antiguo concepto de la vida. Ahora sabemos que se puede estar vivo sin pulso, sin respirar, sin que lata en corazón”. Y entonces inventan una nueva palabra para descubrir este estado latente de vida, y dicen que la ciencia ha refutado nuevamente un milagro.

Volvió a reír.

-No se puede con ellos -agregó.

Habían salido de la picada, y se encontraban ahora en un camino firme; el teniente hundió las espuelas y todo el grupo partió a medio galope. Ya estaban cerca de la capital. El teniente dijo de mala gana:

-Usted no es mala persona. Si puedo hacer algo por usted...

-Quisiera que me dieran permiso para confesarme...

Aparecieron las primeras casas; casitas de barro, en ruinas; algunas columnas clásicas, de revoque sobre barro, y una criatura sucia que jugaba entre los cascotes.

El teniente dijo:

-Pero no hay cura.

-El padre José.

-¡Oh, el padre José! -dijo el teniente, con desprecio-; no le sirve.

-No necesito nada mejor. No tengo muchas probabilidades de encontrar un santo por aquí, ¿verdad?

El teniente siguió cabalgando un rato en silencio; llegaron al cementerio, lleno de ángeles rotos, y pasaron frente al amplio pórtico con la negra inscripción: “Silencio”. Dijo:

-Muy bien. Podrá verlo.

No quiso mirar el cementerio, cuando pasaban, porque allí estaba la pared donde fusilaban a los condenados. El camino seguía bajando con bastante pendiente hacia el río; a la derecha, donde antes estaba la catedral, los columpios de hierro se erguían solitarios en la calcinada tarde. En todas partes reinaba un sentimiento de desolación; más que en las

montañas, porque antes había habido allí mucha vida. El teniente pensaba: “Sin pulso, sin respiración, sin latidos, pero sigue siendo vida; sólo tenemos que encontrarle un nombre”. Un niño los miró pasar; gritó al teniente:

-¿Lo agarraron, teniente?

El teniente recordó esa cara; la plaza, una botella rota; trató de devolver la sonrisa, con una extraña mueca de amargura, sin triunfo ni esperanza. Había que recomenzar con todo aquello.

CAPÍTULO IV

El teniente esperó que oscureciera, y fue personalmente. Habría sido peligroso mandar a otro, porque en un minuto la noticia correría por la ciudad, la noticia de que habían permitido al padre José cumplir con ciertos deberes religiosos en la cárcel. Era mejor no hacérselo saber ni al jefe; no se confiaba en los superiores, cuando tienen menos éxito que uno. Sabía que al jefe no le gustaba que hubiera traído al cura; desde su punto de vista, una “fuga” habría sido mucho más conveniente.

En el patio se sintió vigilado por una docena de ojos: las criaturas que esperaban la aparición del padre José para lanzarle insultos. Hubiera preferido no haber hecho ninguna promesa al cura, pero estaba dispuesto a cumplirla, porque habría sido un triunfo para ese mundo corrompido y caduco, tiranizado por Dios, la posibilidad de sentirse superior en algo; superior en coraje, o en veracidad, o en justicia...

Nadie contestó a su llamado; permaneció a oscuras en el patio, como un suplicante. Volvió a llamar, y una voz gritó:

-¡Un momento, un momento!

El padre José asomó la cara por la reja de la ventana, y dijo:

-¿Quién es?

Parecía tantear algo cerca del suelo.

-El teniente de policía.

-¡Oh! -chilló el padre José-. Discúlpeme. Son los pantalones. Con esta oscuridad...

Pareció alzar algo; se oyó un crujido seco, como si su cinturón, o los tirantes se hubieran roto. Del otro lado del patio, los niños empezaron a chillar:

-¡Padre José, padre José!

Cuando salió a la puerta, no quiso mirarlos; murmuró tiernamente:

-Esos diablillos...

El teniente dijo:

-Quiero que me acompañe al cuartel de policía.

-Pero ¡si no hice nada! Nada. Tengo siempre tanto cuidado.

-¡Padre José! -chillaban los chicos.

Imploró:

-Si es algo relacionado con un entierro, le han informado mal. Ni siquiera quise rezar una oración.

-¡Padre José, padre José!

El teniente se volvió y cruzó el patio a grandes pasos. Dijo con furia a las caras que se escondían detrás de la reja:

-¡Cállense! Váyanse a la cama. En seguida. ¿Me oyen?

Uno por uno desaparecieron de la ventana, pero en cuanto el teniente volvió las espaldas, ya estaban de vuelta, vigilando.

El padre José dijo:

-Nadie puede con esos chicos.

La voz de una mujer dijo:

-¿Dónde estás, José?

-Aquí, querida. Es la policía.

Una mujer inmensa, con un camisón blanco, apareció ante ellos como una ola; apenas eran las siete; el teniente pensó que quizá vivía así vestida; quizá vivía en la cama. Dijo:

-Su esposo -acentuando con satisfacción la palabra- tiene que acompañarme al cuartel de policía.

-¿Quién lo ordena?

-Yo.

-Si no hizo nada.

-Justamente le decía, querida...

-Cállate. Déjame hablar a mí.

-Pueden callarse los dos -dijo el teniente-. Tiene que venir al cuartel para ver a un hombre..., un cura. Quiere confesarse.

-¿Conmigo?

-Sí. No hay otro.

-Pobre hombre -dijo el padre José.

Sus ojillos rosados recorrieron el patio.

-Pobre hombre -repitió.

Se apartó, inquieto, y dirigió una mirada furtiva a las

constelaciones que giraban en el cielo.

-No irás -dijo la mujer.

-Es contra la ley, ¿no es verdad? -preguntó el padre José.

-Por eso no se preocupe.

-¡Oh, que no nos preocupemos!, ¿no? -dijo la mujer-. Soy más astuta que ustedes. No quieren dejar tranquilo a mi esposo. Quieren hacerlo caer en una trampa. Sé como son. Hacen que la gente le pida unas oraciones... y como es un buen hombre... Pero quiero que recuerden que es pensionista del gobierno.

El teniente dijo lentamente:

-Este cura... ha estado trabajando durante años, secretamente, por la Iglesia, por la Iglesia de ustedes. Lo hemos atrapado, y por supuesto, mañana lo fusilamos. No es mal hombre, y le dije que le permitiríamos verse con usted. Según parece, cree que eso le hará mucho bien.

-Lo conozco -interrumpió la mujer-, es un borracho. No es otra cosa.

-Pobre hombre -dijo el padre José-. Una vez quiso ocultarse aquí.

-Les prometo -dijo el teniente- que nadie lo sabrá.

-¿Nadie lo sabrá? -repitió la mujer con sorna-. Mañana lo sabrá todo el mundo. Fíjese en esos chicos. No lo dejan tranquilo un momento a mi marido. Y después -prosiguió-, será la de nunca acabar..., todos querrán confesarse, y el gobernador se enterará, y nos cortará la pensión.

-Tal vez, querida -dijo José-, sea mi deber...

-Ya no eres más cura -dijo la mujer-, eres mi marido.

Y empleó una palabra grosera.

-Ése es tu deber, ahora -concluyó.

El teniente los oía con ácida satisfacción. Era como volver a descubrir una vieja fe olvidada. Dijo:

-No puedo esperar hasta que terminen de discutir. ¿Viene conmigo o no?

-No puede obligarte -dijo la mujer.

-Querida, es que..., bueno..., todavía soy cura.

-Cura -dijo la mujer con sorna-, tú, cura.

Lanzó una carcajada, que sin mayor decisión halló eco

entre las criaturas de la ventana. El padre José se llevó los dedos a los ojillos rosados, como si le dolieran. Dijo:

-Querida... -y la risa prosiguió.

-¿Viene?

El padre José hizo un ademán de desesperación; parecía decir: ¿qué importa un fracaso más en una vida como la mía? Dijo:

-No creo que... que sea posible.

-Muy bien -replicó el teniente.

Se volvió bruscamente; no podía perder más tiempo en obras de misericordia; oyó la voz del padre José que le insistía en tono implorante:

-Dígale que rezaré por él.

Las criaturas habían recobrado confianza; un varón gritó con voz aguda:

-¡Ven a la cama, José!

El teniente sonrió, pobre agregado sin convicción a la risa general que ahora envolvía al padre José, ascendiendo hasta las disciplinadas constelaciones que otrora él había conocido por sus nombres.

El teniente abrió la puerta de la celda; adentro estaba muy oscuro; cerró la puerta con cuidado, y hechó el cerrojo con la mano sobre el revólver. Dijo:

-No quiere venir.

Esa silueta acurrucada en la oscuridad era el cura. Se agazapaba en el suelo como un niño que juega. Dijo:

-¿No quiere venir... esta noche?

-No quiere venir en ningún momento.

Siguió un rato de silencio, si se podía llamar silencio al zumbido de los mosquitos, y las breves explosiones de los cascarudos contra la pared. Por fin el cura dijo:

-Estaría asustado, supongo...

-Su mujer no quiso dejarlo venir.

-¡Pobre hombre!

Trató de reír, pero nada podía parecer más desdichado que

su fracasada tentativa. Dejó caer la cabeza entre las rodillas; parecía haber abandonado todo, y haber sido abandonado por todo.

El teniente dijo:

-Conviene que lo sepa de una vez. Ya lo juzgaron, y lo declararon culpable.

-¿No hubiera podido asistir a mi propio juicio?

-El resultado habría sido exactamente el mismo.

-Claro.

Se calló, preparando una actitud adecuada. Luego, con una especie de falsa frivolidad, preguntó:

-¿Y cuándo, si me permiten preguntar?...

-Mañana.

La rapidez y la brevedad de la respuesta desbarataron su simulación. Volvió a dejar caer la cabeza, y dentro de lo que podía verse en la oscuridad, pareció morderse las uñas.

El teniente dijo:

-Es muy feo quedarse solo una noche como ésta. Si prefiere que lo trasladen a la celda común...

-No, no. Prefiero estar solo. Tengo mucho que hacer.

La voz se apagó como si estuviera muy resfriado. Jadeó:

-Tanto que pensar...

-Quisiera hacerle algún favor -dijo el teniente-. Le traje un poco de aguardiente.

-¿Contra la ley?

-Sí.

-Usted es muy amable.

Tomó la botellita.

-Supongo que usted no lo necesitaría, en un caso semejante. Pero siempre tuve mucho miedo al dolor.

-Alguna vez tenemos que morir -dijo el teniente-. Cuándo, no importa mayormente.

-Usted es un buen hombre. No tiene por qué temer.

-Usted tiene unas ideas tan raras -se quejó el teniente-. A veces me parece que está tratando de engañarme.

-¿Con qué fin?

-Oh, tal vez para que lo deje escapar... o para hacerme creer en la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos... ¿cómo sigue?

-El perdón de los pecados.

-Usted no ha de creer mucho en todo eso, ¿verdad?

-¡Oh, sí, creo! -dijo el condenado, con obstinación.

-Entonces, ¿por qué se preocupa?

-Porque no soy ignorante. Siempre supe lo que hacía. Y no puedo absolverme a mí mismo.

-¿Cree que la presencia del padre José hubiera cambiado tanto la situación?

Tuvo que esperar largo rato la respuesta, y aun así, no la comprendió:

-Otra persona..., resulta mucho más fácil...

-¿Puedo hacer alguna otra cosa por usted?

-No. Nada.

El teniente volvió a abrir la puerta, colocando mecánicamente la mano sobre el revólver; se sentía un poco desdichado: ahora que el cura estaba seguro, bajo llave, no le quedaba otra cosa en qué pensar. El resorte de su actividad parecía roto. Recordaba las semanas de la cacería como una época feliz que no volvería nunca más. Ahora sentía una carencia total de propósitos, como si la vida entera del mundo se hubiera escurrido. Dijo con amarga amabilidad (no conseguía sentir ningún odio hacia ese hombre bajito y demacrado):

-Trate de dormir.

Cerraba ya la puerta, cuando la voz asustada habló:

-Teniente.

-Sí.

-Usted ha visto fusilar a otras personas. Personas como yo.

-Sí.

-Dígame..., ¿el dolor dura... bastante?

-No. Sólo un segundo -dijo con aspereza, y cerró la puerta, para volver a cruzar el patio encalado.

Entró en su oficina; todavía seguían en la pared los retratos del cura y del pistolero; los arrancó; ya no hacían falta. Luego se sentó ante el escritorio, apoyó la cabeza sobre las manos, y se quedó dormido de cansancio. Después, sólo recordó de su sueño una interminable sucesión de carcajadas, y un largo corredor sin salida.

El cura estaba sentado en el suelo, con la botellita de aguardiente. La destapó, y se la llevó a la boca. El alcohol no le hacía ningún efecto; parecía agua. Dejó de beber, e inició una especie de confesión general, susurrando las palabras. Decía:

-He fornicado.

La frase formal no le parecía significar nada; era como una frase periodística; uno no podía arrepentirse de eso. Empezó de nuevo:

-Me acosté con una mujer.

Trató de imaginar al otro cura que le preguntaba: "¿Cuántas veces? ¿Una mujer casada?"

-No.

Sin pensar, bebió otro sorbo de aguardiente.

Cuando el líquido le mojó los labios, recordó a su hija, en el momento en que entraba en la cabaña, rodeada por el resplandor del sol; la carita hosca, desdichada y llena de experiencia. Dijo:

-¡Oh Dios, ayúdala! Condéname, lo merezco, pero hazla vivir eternamente.

Ése era el amor que debió sentir hacia todos los seres del mundo; todo ese temor y ese deseo de salvación concentrado injustamente en una sola criatura. Se echó a llorar; como si la hubiera visto ahogarse lentamente, desde la orilla, impotente porque se había olvidado todo lo que sabía de natación. Pensó: "Esto es lo que debería sentir constantemente hacia todo el mundo", y trató de volver el pensamiento hacia el mestizo, el teniente, hasta un dentista con quien había conversado una vez, la niña de la plantación de bananas, evocando una larga serie de rostros que golpeaban su atención, como una puerta que no quiere abrirse. También ellos corrían peligro. Rezó: "Dios, socórrelos", pero en el momento de rezar volvió a pensar en su hija, junto al muladar, y comprendió que era por ella por quien

rezaba. Un nuevo fracaso.

Después de un rato recomenzó:

-Me he embriagado... no sé cuántas veces; no hay una sola obligación que no haya descuidado; me acuso de orgullo, de falta de caridad...

Nuevamente las palabras se volvían formalidades, no significaban nada. Necesitaba un confesor que supiera alejar su mente de las fórmulas, para volverla a la realidad.

Bebió otro sorbo de aguardiente, y levantándose penosamente a causa de los calambres, se acercó a la puerta y miró a través de los barrotes el cálido recinto lunar. Veía a los policías dormidos en sus hamacas; uno que no podía dormir se balanceaba perezosamente, lentamente. En otras partes reinaba un silencio extraño, aun en las otras celdas; era como si el mundo entero, con toda delicadeza, hubiera vuelto las espaldas para no verlo morir. Tanteando la pared, se dirigió hasta el rincón opuesto, y se sentó con la botellita entre las piernas. Pensó: "Si no hubiera sido tan inútil, tan inútil..." Esos ocho años, crueles, sin esperanza, le parecían sólo una caricatura de su apostolado; unas cuantas comuniones, algunas confesiones, y un interminable mal ejemplo. Pensó: "Si por lo menos pudiera ofrecer algún alma, para poder decir: Mirad lo que hice..." Algunos habían muerto por él; hubieran merecido un santo; un matiz de amargura tiñó su mente, amargura por ellos, al pensar que Dios no los había considerado merecedores de un santo. "El padre José y yo -pensaba- el padre José y yo"; y volvió a beber otro sorbo. Imaginó los fríos rostros de los santos que lo repudiaban.

La noche le pareció más lenta que la otra que había pasado en esa misma cárcel, porque ahora estaba solo. Gracias al aguardiente, que se le terminó a eso de las dos de la mañana, consiguió dormir un poco. Se sentía enfermo de miedo, le dolía el estómago, y tenía la boca seca por el alcohol. Empezó a hablar en voz alta, porque ya no podía soportar más el silencio. Se quejaba lastimosamente:

-Todo esto está muy bien... para los santos.

Y luego:

-¿Cómo sabe que sólo dura un segundo? ¿Cuánto dura un segundo?

Luego se puso a llorar, golpeándose suavemente la cabeza

contra la pared. Al padre José le habían dado una oportunidad, pero a él no le habían dado ninguna. Tal vez habían entendido todo mal... sólo porque los había eludido durante tanto tiempo. Tal vez pensaban que él no aceptaba las condiciones que el padre José había aceptado, que rehusaba casarse, que era demasiado orgulloso. Tal vez todavía le permitieran salvarse. Esta esperanza lo calmó un rato, y se quedó dormido, con la cabeza apoyada en la pared.

Tuvo un sueño curioso. Soñó que estaba sentado ante una mesita de café frente al altar mayor de la catedral. Delante de él había unos seis platos; comía con avidez. Había olor a incienso, y una especie de júbilo extraño. Los alimentos -como la comida de los sueños- no tenían casi gusto a nada; pero le parecía saber que cuando los terminara le servirían el mejor plato de todos. Un cura iba y venía ante el altar, diciendo misa, pero él no le hacía caso; la ceremonia no parecía interesarle más. Por fin terminó los seis platos; alguien hizo sonar la campanilla del *sanctus*, y el oficiante se arrodilló para elevar la Hostia. Pero él siguió sentado; se reducía a esperar, sin prestar mayor atención al Dios del altar, como si hubiera sido un Dios para los demás, pero no para él. Luego, el vaso junto a su plato empezó a llenarse de vino, y al alzar la mirada vio que la niña de la plantación de bananas lo escanciaba. La niña dijo:

-Lo saqué de la habitación de mi padre.

-¿No lo robaste?

-No exactamente -contestó ella con su voz precisa y minuciosa.

Él dijo:

-Es muy amable de tu parte. Me había olvidado del sistema... ¿cómo se llama?

-Morse.

-Eso es. Morse. Tres golpes largos y uno corto.

E inmediatamente empezaron los golpes; el cura junto al altar golpeaba, toda una congregación invisible golpeaba a lo largo de las naves; tres golpes largos y uno corto. Dijo:

-¿Qué significa?

-Noticias -dijo la niña, observándolo con una mirada austera, responsable e interesada.

Cuando abrió los ojos, era el alba. Se despertó con una

inmensa sensación de esperanza, que de pronto lo abandonó completamente al distinguir el patio de la cárcel. Ésa era la mañana de su muerte. Se acurrucó en el suelo con la botellita vacía en la mano, tratando de recordar el acto de contrición:

-Oh, pésame, Dios mío, y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido... pero mucho más me pesa...

Se confundió, pensaba en otra cosa; no era la buena muerte que uno siempre pedía en sus oraciones. Divisó su propia sombra sobre la pared del calabozo; tenía un aspecto sorprendente y grotesca insignificancia. ¡Qué estúpido había sido al creer que era suficientemente fuerte para quedarse cuando los demás huían! “¡Qué sujeto absurdo soy -pensaba-, y qué inútil! No hice nada por nadie. Lo mismo habría sido si yo no hubiera existido jamás. Mis padres están muertos, pronto ni siquiera seré un recuerdo; tal vez, después de todo, ni siquiera merezca realmente el infierno”. Las lágrimas le corrían por la cara; en ese momento ya no le importaba haberse condenado; hasta el miedo al dolor pasaba a segundo plano. Sólo sentía una inmensa decepción porque se veía obligado a presentarse ante Dios con las manos vacías, sin haber hecho absolutamente nada. En ese momento le parecía que hubiera sido bastante fácil ser un santo. Sólo hubiera requerido un poco más de dominio de sí mismo, y un poco de valor. Se sentía como alguien que, por llegar unos segundos más tarde a un lugar determinado, ha perdido la oportunidad de encontrarse con la felicidad. Ahora sabía que al final sólo una cosa importaba..., ser un santo.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La señora Fellows estaba acostada en la cama de la calurosa habitación del hotel; oía la sirena de un barco, en el río. No podía ver, porque tenía sobre la frente y los ojos un pañuelo empapado en agua de Colonia. Llamó con voz aguda:

-¡Querido! ¡Querido!

Pero nadie contestó. Se sentía como si la hubieran enterrado prematuramente en esa inmensa tumba de bronce, sola, sobre dos almohadas, bajo un dosel.

-¡Querido! -exclamó nuevamente, con voz aguda, y esperó.

-Sí, Trixy.

Era el capitán Fellows. Dijo:

-Estaba durmiendo; soñaba...

-Ponme un poco más de Colonia en ese pañuelo, querido. La cabeza me estalla.

-Sí, Trixy.

Cogió el pañuelo; parecía envejecido, cansado y fastidiado; un hombre sin objetivo, se acercó al tocador, y empapó la tela.

-No pongas demasiado, querido. Quién sabe hasta cuándo no podremos comprar otro frasco.

El hombre no contestó; la mujer le dijo con voz aguda:

-¿Oíste lo que te dije, querido, no es cierto?

-Sí.

-¡Te has vuelto tan lacónico, desde hace un tiempo! No comprendes lo que es estar enferma y sola.

-Bueno -dijo el capitán-, tú ya sabes por qué.

-Bueno ¿no recuerdas, querido, que convinimos en que era mejor no hablar nunca más de ese asunto? No tenemos que ser morbosos.

-No.

-Tenemos que pensar en nuestra propia vida.

-Sí.

Se acercó a la cama y colocó el pañuelo sobre los ojos de su mujer. Luego se sentó en una silla, metió una mano bajo el

mosquitero y buscó la mano de ella. Tenían la extraña apariencia de dos criaturas perdidas en una ciudad desconocida, que anhelaban la protección de una persona adulta.

-¿Tienes los pasajes? -preguntó la mujer.

-Sí, querida.

-Tengo que levantarme, dentro de un rato, y preparar las valijas; pero me duele tanto la cabeza... ¿Les dijiste que pasaran a buscar los baúles?

-Me olvidé.

-Tienes que hacer un esfuerzo, realmente, para acordarte de esas cosas -dijo la mujer, débil y hoscamente-. Si no, no hay quien lo haga.

Ambos callaron, ante esa frase que hubieran preferido evitar. El hombre dijo de pronto.

-Hay mucho agitación en el pueblo.

-Espero que no sea una revolución.

-¡Oh, no! Atraparon a un cura, y esta mañana lo fusilaban, pobre diablo. Todo el tiempo me pregunto si no será ese hombre que Coral..., quiero decir, ese hombre a quien dejamos esconder en el granero.

-No es muy probable.

-No.

-Hay tantos curas.

El capitán soltó la mano de su mujer, y acercándose a la ventana miró hacia afuera. Algunos barcos en el río, un jardincillo pedregoso con un busto, y gavilanes en todas partes.

La mujer dijo:

-¡Qué agradable será volver a Inglaterra! A veces creí que me moriría en este país.

-Por supuesto que no, querida.

-Bueno, no sería la única.

-Sí, en efecto -dijo Fellows lúgubremente.

-Bueno, querido -exclamó la voz aguda de la mujer-, recuerda tu promesa.

Lanzó un largo suspiro, y prosiguió:

-¡Mi pobre cabeza!

-¿Quieres una aspirina? -preguntó él.

-No sé dónde las guardé. No sé por qué, pero ahora no encuentro nunca nada en su lugar.

-¿Quieres que vaya a comprar?

-No, querido, no soporto quedarme sola.

Con dramática vivacidad, prosiguió:

-Espero estar bien cuando lleguemos a Inglaterra. Tendré por lo menos un médico de veras. A veces pienso que es algo más que un simple dolor de cabeza. ¿Te dije que me escribió Norah?

-No.

-Tráeme los anteojos, querido, y te leeré la carta; la parte que se refiere a nosotros.

-Los tienes sobre la cama.

-Cierto.

Uno de los barcos de vela soltó amarras, y se dejó llevar por la perezosa corriente, hacia el mar. La señora Fellows leyó, con satisfacción:

“Querida Trix: ¡Cómo habrás sufrido! Ese canalla...”

Se interrumpió bruscamente.

-Ah, sí, y luego dice: “Por supuesto, tú y Charles tendrán que quedarse un tiempo en casa, hasta encontrar algún lugar que les convenga. Si no les importa una casa con jardín al costado...”

El capitán dijo de pronto, con aspereza:

-No quiero volver.

-“El alquiler es solamente cincuenta y seis libras por años, y hay baño para la criada”.

-Me quedo.

-“Un termosifón...” ¿Qué estás diciendo, querido?

-Que no vuelvo.

-Querido, ya hemos hablado tantas veces de eso. Sabes bien que para mí quedarme sería la muerte.

-No hace falta que te quedes.

-Pero no podría irme sola -dijo la mujer-. ¿Qué pensaría Norah? Además... ¡oh, es absurdo!

-Aquí sobra trabajo.

-Sí, juntar bananas -dijo la señora Fellows.

Lanzó una risita helada.

-Y tampoco te destacabas mucho en ese sentido.

Fellows se volvió con furia hacia la cama.

-Y tú... -dijo-, no te importa, ¿no es cierto?, salir corriendo de la casa y *dejarla*...

-No fue mi culpa. Si hubieras estado tú en casa...

Se echó a llorar, acurrucada bajo el mosquitero. Luego dijo:

-No llegaré viva a Inglaterra.

Fellows se aproximó con aire cansado a la cama, y volvió a cogerle la mano. Era inútil. Los habían abandonado. Tenían que seguir juntos.

-¿No me dejarás sola, no es cierto, querido? -preguntó ella.

La habitación apestaba a agua de Colonia.

-No, querida.

-¿Te das cuenta de lo absurdo que sería?

-Sí.

Siguieron callados un rato, mientras el sol matutino trepaba por el cielo y el cuarto se calentaba hasta la sofocación. Por fin dijo la señora Fellows:

-Dímelo, querido.

-¿Qué?

-Lo que piensas.

-Pensaba en ese cura. ¡Qué tipo raro! Bebía. Me pregunto si será él.

-Si es él, supongo que le habrán dado su merecido.

-Pero lo más extraño es... cómo cambió ella de manera de ser, después de conocerlo..., como si le hubiera dicho algo.

-Querido..., tu promesa -repitió la señora, con áspera laxitud, desde la cama-..., tu promesa.

-Sí, discúlpame. Hago lo que puedo, pero no sé por qué, siempre vuelvo a lo mismo.

-Suerte que podemos consolarnos mutuamente -dijo la señora Fellows.

Volvió la cabeza envuelta en el pañuelo, para eludir la luz cruda de la calle; al moverse, la carta de Norah crujió sobre la cama.

El señor Tench se agachó sobre la palangana esmaltada, para lavarse las manos con jabón rosado. En su deficiente español dijo:

-No tenga miedo. Dígame si le duele.

Provisionalmente, la oficina del jefe había sido convertida en un consultorio dental; lo que había resultado bastante oneroso, porque no sólo implicaba el transporte del señor Tench, sino también de su vitrina, su silla, y una cantidad de misteriosos paquetes que no parecían contener gran cosa fuera de la paja y que probablemente no volverían vacíos.

-Hace meses que está así -dijo el jefe-. No puede imaginarse el dolor...

-Ha sido una locura no llamarme antes. Tiene la boca en muy mal estado. Por suerte, hasta ahora se ha salvado de la piorrea.

Terminó de lavarse, y de pronto se quedó inmóvil, con la toalla en la mano, pensando en algo.

-¿Qué pasa? -preguntó el jefe.

Tench se despertó sobresaltado, y se dirigió hacia la vitrina; dispuso las agujas del torno en una hilerita metálica prometedora de dolor. El jefe lo miraba atemorizado. Dijo:

-Le tiembla mucho la mano. ¿No estará enfermo?

-Es un poco de indigestión -dijo Tench-. A veces veo tantas manchas ante los ojos, que me parece llevar un velo.

Colocó una aguja en el torno, y acercó el brazo.

-Abra bien grande la boca.

Empezó a llenarle la boca con rollos de algodón. Dijo:

-Nunca vi una boca en tan mal estado como la suya, excepto una vez.

El jefe hizo un esfuerzo por hablar. Sólo un dentista podía comprender su inquieta y amordazada pregunta.

-No era un paciente mío. Supongo que alguien lo habrá curado. En este país, ustedes curan a la gente con balas, ¿no es verdad?

Mientras escarbaba y escarbaba el diente, trataba de mantener el flujo de la conversación; así hacían los dentistas en Southend. Dijo:

-Hoy me ocurrió una cosa muy rara, cuando venía. Recibí una carta de mi mujer. Hacía mucho que no sabía nada de ella, absolutamente nada, ¡ah, por lo menos veinte años! Y de pronto, como caída del cielo...

Se acercó más, y forcejeó furiosamente con su instrumento; el jefe se debatió en el aire y gruñó.

-Enjuáguese la boca -dijo el señor Tench, y empezó a ajustar lúgubremente el torno-. ¿De qué hablábamos? ¡Oh, de mi mujer, no es verdad? Parece que se ha dedicado a alguna especie de secta religiosa, en Oxford. Me pregunto qué andaría haciendo en Oxford. Me escribe para decirme que me ha perdonado y que quiere legalizar la situación. Divorciarse, quiere decir. Perdón -agregó Tench, dejando vagar la mirada por el horrible cuartito, distraído en sus pensamientos, y con una mano sobre el torno.

Eructó, y se llevó la otra mano al estómago, oprimiéndolo, oprimiéndolo, en busca de un oscuro dolor que ahora lo acompañaba casi siempre. El jefe se echó hacia atrás, exhausto, con la boca abierta de par en par.

-Viene y se va -dijo Tench, perdiendo definitivamente el hilo del discurso-. Por supuesto, no tiene importancia. Una simple indigestión. Pero no me deja.

Miró fija y pensativamente la boca del jefe, como si hubiera un cristal escondido entre los dientes cariados. Luego, como obedeciendo a un esfuerzo terrible de la voluntad, se inclinó hacia adelante, acercó el brazo del torno, y empezó a pedalear. Un zumbido, y un chirrido. Un zumbido, y un chirrido. El jefe se endureció de pies a cabeza, y se aferró a los brazos del sillón; el pie del señor Tench subía y bajaba, subía y bajaba. El jefe hacía ruidos extraños, agitaba las manos.

-Paciencia -le decía Tench-, paciencia. No falta más que un rinconcito insignificante. Ya está casi terminado. Ahí va. Ya está.

Suspendió la labor, y dijo:

-Dios mío, ¿qué es eso?

Abandonó por completo al jefe, y se dirigió hacia la ventana. Abajo, en el patio, una patrulla de policía acaba de descansar las armas. Con una mano sobre el estómago, Tench protestó:

-No será otra revolución, espero.

El jefe se irguió, y escupió un trozo de algodón.

-Claro que no -dijo-. Van a fusilar a un hombre.

-¿Por qué?

-Por traición.

-Yo creía que de costumbre lo hacían en el cementerio - dijo Tench.

Una horrible fascinación lo retenía junto a la ventana; esto era algo que no había visto nunca. Como él, los gavilanes observaban desde el techo el patiecito encalado.

-Esta vez no nos pareció conveniente. Corríamos el peligro de una manifestación popular. Esta gente es tan ignorante.

Por una puerta lateral entró un hombre de escasa estatura; dos policías lo sostenían, pero era evidente que hacía lo posible para mantener las apariencias, aunque no conseguía dominar totalmente las piernas. Lo llevaron hasta la pared opuesta; un oficial le ató un pañuelo sobre los ojos. Tench pensó: "Pero si lo conozco. Dios mío, habría que hacer algo". Era como ver fusilar a un vecino.

El jefe dijo:

-¿Qué espera? Me entra el aire en la muela.

Naturalmente, ya no se podía hacer nada. Todo ocurrió con mucha rapidez, como obedeciendo a una rutina diaria. El oficial se hizo a un lado, los fusiles apuntaron, y de pronto el hombre hizo unos ademanes espasmódicos con los brazos. Trataba de decir algo; ¿cuál era la frase que solían decir? Eso también formaba parte de la rutina, pero tal vez tuviera la boca demasiado seca, porque nada salió de ella, excepto una palabra que sonaba más bien como "Perdón". El estampido de los fusiles estremeció al señor Tench; le parecían vibrar dentro de sus propias entrañas: se sintió un poco descompuesto, y cerró los ojos. Luego se oyó un tiro aislado, y al abrir nuevamente los ojos vio que el oficial metía otra vez el revólver en su funda, y

que el hombrecito se había convertido en el montón en el montón habitual junto a la pared; una cosa sin importancia, que había que barrer de una vez. Dos hombres patizambos se acercaron con rapidez. Era un anfiteatro, allí estaba el toro muerto, y no había más nada que ver.

-¡Oh! -gimió el jefe desde su sillón-, qué dolor, qué dolor.

Imploró al señor Tench:

-Dese prisa.

Pero el señor Tench se había quedado pensando junto a la ventana, buscando automáticamente con una mano la oculta inquietud de su estómago. Recordaba a ese hombre bajito que se había levantado con amargura y sin esperanzas de la mecedora, para seguir al niño que venía a buscarlo, aquella tarde canicular; recordaba una regadera verde, la fotografía de sus hijos, el modelo de arena de un paladar hendido.

-El empaste -rogaba el jefe.

La mirada del señor Tench se dirigió hacia el montoncito de oro sobre la platina de vidrio. Divisas..., insistiría en que le pagaran en moneda extranjera; esta vez estaba decidido a irse, a irse definitivamente. Afuera, en el patio, habían limpiado todo; un hombre esparcía arena con una pala, como quien llena una fosa. Pero no había ninguna fosa; no había nadie; una sensación abrumadora de soledad oprimió al señor Tench, encorvado por el dolor de estómago. El hombre bajito hablaba en inglés y sabía que él tenía dos hijos. Se sintió abandonado.

-“Por fin -dijo la voz de la mujer, pomposamente triunfal, mientras las dos niñas de ojos como cuentas contenían el aliento-, había llegado el gran día de la prueba”.

Hasta el niño parecía interesado, junto a la ventana; miraba hacia afuera, hacia la calle oscurecida por el toque de queda; era el último capítulo, y en el último capítulo la acción siempre se vuelve violenta. Tal vez toda la vida era así; aburrida, y de pronto, al final, una ráfaga de heroísmo.

-“Cuando el jefe de policía entró en la celda de Juan, lo encontró de rodillas, sumido en la oración. No había dormido en toda la noche, preparándose para el martirio. Estaba muy tranquilo y contento, y sonriendo preguntó al jefe de policía si venía para conducirlo al gran festín. Hasta ese hombre malvado, que había perseguido a tantos inocentes, se sintió visiblemente

conmovido”.

“Si llegara pronto el fusilamiento”, pensó el muchacho. El fusilamiento siempre le provocaba gran entusiasmo, y por eso esperaba con ansiedad el tiro de gracia.

-“Lo llevaron hasta el patio de la cárcel. No hacía falta maniatar esas manos que sólo se interesaban en el rosario. Durante el corto trecho que lo separaba del lugar de la ejecución, ¿recordó tal vez Juan aquellos breves y felices años que tan valientemente había vivido? ¿Recordó los días del seminario, los amables retos de sus mayores, la disciplina formativa; esos días, también, de frivolidad, cuando representaba el papel de Nerón ante el anciano obispo? Nerón estaba ahora a su lado, y éste era el anfiteatro romano”.

La voz de la mujer era ahora un poco ronca; hojeó rápidamente las páginas que faltaban; no valía la pena interrumpir la lectura, y trató de llegar velozmente al final.

-“Al llegar junto a la pared, Juan se volvió y empezó a rezar; no por él, sino por sus enemigos, por esa patrulla de pobres soldados, indios inocentes que lo atacaban, y hasta por el mismo jefe de policía. Elevó el crucifijo que pendía de su rosario, y rogó que Dios los perdonara, iluminara su ignorancia, y los condujera finalmente -como ya había conducido a Saulo, el perseguidor- al reino eterno.”

-¿Ya habían cargado? -preguntó el muchacho.

-¿Qué quieres decir con eso?

-¿Por qué no dispararon para impedir que rezara?

-Porque Dios lo había decidido de otro modo.

Tosió y prosiguió:

-“El oficial dio la orden de presentar armas. En ese momento, una sonrisa de adoración y de felicidad total iluminó el rostro de Juan. Parecía haber visto los brazos de Dios que se abrían para recibirlo. Siempre había dicho a su madre y a sus hermanas que tenía el presentimiento de que llegaría al cielo antes que ellas. Con una sonrisa pícara, solía repetir a su madre, ama de casa excelente aunque excesivamente minuciosa: ‘quiero tener todo arreglado para cuando tú llegues’. Ahora había sonado la hora, el oficial dio la orden de hacer fuego, y...”

había leído demasiado rápido, porque ya se había pasado la hora de acostar a las niñas, y ahora un acceso de hipo le

impedía proseguir.

-“Fuego -repitió- y...”

Las dos niñas estaban plácidamente sentadas, una al lado de la otra; parecían casi dormidas; ésa era la parte del libro que les interesaba menos; la soportaban esperando la compensación de las representaciones de aficionados y la primera comunión del principio, y la hermana que tomaba los hábitos y se despedía conmovedoramente de la familia en el capítulo tercero.

-“Fuego -intentó nuevamente la madre- y Juan, alzando ambos brazos hacia lo alto, exclamó con voz poderosa y valiente, ante los soldados y los fusiles que le apuntaban: ‘¡Salve Cristo Rey!’ Un momento después, caía acribillado por una docena de balas, y el oficial, agachándose sobre su cuerpo, acercaba el revólver al oído de Juan y oprimía el gatillo”.

Un largo suspiro se oyó junto a la ventana.

-“Este último tiro era inútil. El alma del joven héroe ya había abandonado su morada terrestre, y la sonrisa feliz del muerto explicaba aun a esos hombres ignorantes dónde encontrarían ahora a Juan. Uno de los presentes se sintió tan conmovido por su valentía, que empapó sin que lo vieran el pañuelo en la sangre del mártir, y ese mismo pañuelo, dividido en cien reliquias, se encuentra actualmente repartido en muchos hogares devotos”. Y ahora -agregó rápidamente la madre, dando una palmada-, a la cama.

-Y ése que mataron hoy -dijo el muchacho lentamente- ¿también él era un héroe?

-Sí.

-¿El que estuvo escondido aquí en casa?

-Sí. Es uno de los mártires de la Iglesia.

-Tenía un olor raro -dijo una de las niñas.

-No tienes que volver a repetir nunca eso -dijo la madre-. Tal vez sea un santo, ahora.

-¿Y entonces tenemos que rezarle?

La madre titubeó:

-No estaría mal. Por supuesto, antes de saber si es realmente un santo, hay que probar los milagros...

-¿También él gritó “Viva Cristo Rey”? -preguntó el niño.

-Sí. Es uno de los héroes de la fe cristiana.

-¿Y empaparon un pañuelo en la sangre? -prosiguió el niño-. ¿Alguien hizo eso?

La madre dijo sin precipitarse:

-Tengo motivos para creer... La señora Jiménez me dijo... Creo que si tu padre me da un poco de dinero, conseguiré alguna reliquia.

-¿Cuestan dinero?

-¿Y cómo crees que podría conseguirla, si no? No puede tener un pedazo todo el mundo.

-No.

El niño se quedó en cuclillas junto a la ventana, mirando hacia afuera; a sus espaldas, se oía el ruido apagado de las niñitas que se acostaban. Era una revelación..., saber que había albergado a un héroe en la casa, aunque sólo había sido un día. Y era el último. Ya no había más curas, no había más héroes. Escuchó con rencor el ruido de unas botas que se acercaban por la calle. La vida vulgar de todos los días volvía a rodearlo. Descendió del alféizar de la ventana, y cogió la bujía; Zapata, Villa, Madero, y todos los demás, estaban muertos, y eran las personas como ese hombre que pasaba quienes los mataban. Se sintió defraudado.

El teniente se acercaba por la calle; había en su andar algo vivaz y obstinado que parecía decir a cada paso: "Hice lo que hice". Miró al niño de la bujía, sin reconocerlo del todo. Pensó "haría mucho más por él y por todos ellos, mucho más; la vida ya no será para ellos lo que fue para mí"; pero el dinámico amor que solía impulsar el gatillo de su pistola, parecía aplastado, muerto. "Por supuesto", pensaba, "ya volverá". Era como el amor de las mujeres, y variaba cíclicamente; esa mañana lo había satisfecho, nada más. Era una especie de hartazgo. Sonrió penosamente al niño de la ventana, y le dijo:

-Buenas noches.

El muchacho miraba la funda de su pistola; el teniente recordó cierto incidente en la plaza, cuando había permitido a una criatura acercarse y examinar su revólver; tal vez era este mismo niño. Sonrió nuevamente, y puso la mano sobre el arma, para demostrarle que también él recordaba; el niño arrugó la cara y escupió a través de los barrotes, con buena puntería; unas burbujas de saliva humedecieron la culata de la pistola.

El niño cruzó el patio para ir a acostarse. Compartía con su padre un cuartito oscuro, con una cama de hierro. Él dormía junto a la pared, y el padre junto a la puerta, de manera que podía acostarse sin despertar al hijo. Se quitó los zapatos y se desvistió melancólicamente a la luz de la bujía. Oía el murmullo de los rezos en la habitación contigua; se sentía burlado y defraudado, porque se había perdido algo. Acostado boca arriba, en ese calor sofocante, miraba el cielo raso; le parecía que ya no quedaba nada en el mundo, fuera de la tienda, las lecturas de su madre, y los estúpidos juegos en la plaza.

Pero pronto se durmió. Soñó que el cura que habían fusilado esa mañana había vuelto a la casa, vestido con las ropas que su padre le había prestado; estaba rígidamente tendido, esperando que lo enterraran. El niño estaba sentado junto a la cama, y la madre leía un libro larguísimo, donde decía que el cura había representado ante el obispo el papel de Julio César; a sus pies había una canasta de pescados, y los pescados sangraban, envueltos en el pañuelo de la mujer. El niño se sentía muy aburrido y fatigado, y alguien clavaba la tapa de un ataúd en el corredor. De pronto, el cura muerto le guiñó un ojo; un inconfundible movimiento del párpado, nada más.

Se despertó, y oyó el crac-crac del aldabón en la puerta de calle. Su padre todavía no se había acostado, y en la otra habitación no se oía el menor ruido. Debían de haber pasado algunas horas. Se quedó escuchando; estaba asustado, pero después de un breve intervalo volvió a oírse el llamado del aldabón; y nadie se movía en toda la casa. De mala gana, puso los pies en el suelo; tal vez era su padre que se había olvidado la llave; encendió la vela y se envolvió en una frazada; luego volvió a escuchar. Tal vez su madre había oído y se levantaba, pero él sabía muy bien cuál era su deber como único hombre de la casa.

Lentamente, cruzó el patio, hacia la puerta de calle. Suponiendo que fuera el teniente que volvía para vengarse de la escupida... Asió la pesada puerta de hierro, y la hizo girar un poco. Un desconocido estaba en la calle: un hombre pálido y delgado, de boca más bien amargada, con una valijita en la mano. Nombró a la madre del muchacho, y preguntó si ésa era la casa de la señora. Sí, contestó el niño, pero la señora dormía. Se dispuso a cerrar la puerta, pero un pie se introdujo para

impedírselo.

El desconocido dijo:

-Acabo de desembarcar. Llegué anoche, por el río. Pensé que tal vez... Tengo una carta de presentación para la señora, de parte de un gran amigo.

-Está durmiendo -repitió el muchacho.

-Si usted me permitiera entrar -dijo el hombre con una extraña sonrisa asustada.

De pronto, bajando la voz, agregó:

-Soy sacerdote.

-¿Usted? -exclamó el niño.

-Sí -dijo el otro con suavidad-. Me llamo padre...

Pero el muchacho ya había abierto la puerta de par en par, y puesto los labios sobre la mano del desconocido, sin esperar a que dijera su nombre.

FIN